

**LA HISTORIA Y EL PRESENTE EN EL ESPEJO
DE LA GLOBALIZACIÓN**

HUGO FAZIO VENGOA

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - CESO
DEPARTAMENTO DE HISTORIA

Fazio Vengoa, Hugo Antonio, 1956-
La historia y el presente en el espejo de la globalización / Hugo Fazio Vengoa. – Bogotá: Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, CESO, Ediciones Uniandes, 2008.
174 p.; 17 x 24 cm.

ISBN 978-958-695-349-8

1. Historia 2. Historia moderna – Siglo XX 3. Filosofía de la historia 4. Globalización 5. Historiografía
I. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Historia II. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Ciencias Sociales. CESO III. Tit.

CDD 901

SBUA

Primera edición: agosto de 2008

© Hugo Fazio Vengoa

© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales - CESO

Carrera 1ª N° 18ª-10 Edificio Franco P. 3

Teléfono: 3 394949 - 3 394999 Ext. 3330 - Directo 3 324519

Bogotá D.C., Colombia

<http://faciso.uniandes.edu.co/ceso>

ceso@uniandes.edu.co

Ediciones Uniandes

Carrera 1ª N° 19-27 Edificio AU 6

Teléfono: 3 394949 - 3 394999 Ext. 2133 - Fax: Ext: 2158

Bogotá D.C., Colombia

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-695-349-8

Esta publicación es el resultado de la investigación financiada por Colciencias “Instituto Colombiano para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología”

Corrección de estilo: Guillermo Díez

Diseño, diagramación e impresión:

Legis S.A.

Av. Calle 26 N° 82-70

Bogotá, Colombia

Conmutador.: 4 255255

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	1
<i>Consideraciones y agradecimientos</i>	18
1. LA HISTORIA: ENTRE LA UNIVERSALIDAD Y LA GLOBALIDAD	23
Tiempo y espacio: fundamentos de la universalidad y de la globalidad.	28
El universalismo histórico.	42
La globalización y la eclosión de la historia universal.....	54
La recuperación de la autoconciencia histórica.....	73
Elementos para la periodización del presente.	85
2. EL PRESENTE HISTÓRICO.	89
El presente histórico: algunas consideraciones teóricas e historiográficas. ..	89
El presente y el presente histórico.....	99
Presente, historia e historiografía.....	112
Acontecimiento, periodización e historia del tiempo presente.....	119
De un presente histórico a otro.....	124
<i>ANNUS MIRABILIS: A MANERA DE CONCLUSIÓN</i>	137
BIBLIOGRAFÍA.....	153

INTRODUCCIÓN

Como ocurre habitualmente, todos los finales de ciclo o de período se convierten en momentos insuperables para ofrecer miradas de conjunto sobre el respectivo capítulo que se aproxima a su desenlace. El último tramo del siglo XX no podía ser una excepción; más aún cuando no solamente una centuria se acercaba a su ocaso, también el milenio se encontraba próximo a su desenlace.

Esta circunstancia, de por sí, revestía una alta significación para la disciplina de la historia, puesto que representaba una excelente ocasión para que los profesionales de este campo del saber forzaran los muros de su área del conocimiento y se abrieran a temáticas propias de la contemporaneidad, en las cuales, valga reconocer, de manera indudable, no han dispuesto de una gran experticia, porque, por regla general, el pasado, y no el presente, ha conformado su área privilegiada de experiencia.

La oportunidad, sin embargo, no podía ser desaprovechada; la demanda de conocimiento sobre el período en su conjunto brindaba una excelente ocasión para salir de cierto ostracismo, en el que suele vivir un buen número de profesionales de la historia, y ganar audiencia en el medio académico, editorial y mediático. La ocasión, igualmente, constituía una excelente coyuntura para disputarles a los especialistas de las otras ciencias sociales y demás disciplinas afines un lugar en la explicación de aquellos temas de la actualidad que gozaban de una alta demanda por parte de importantes sectores de la opinión pública. Para ello, contaban con una ventaja nada despreciable, puesto que la principal función de la historia, “aparte de recordar lo que otros han olvidado o desean olvidar, consiste en tomar distancia, en la medida de lo posible, respecto de la crónica de lo contemporáneo y en encuadrarla en un contexto más amplio y con mayor perspectiva” (Hobsbawm, 2007, p. VIII).

No fue extraño, por consiguiente, que, en estas circunstancias, numerosos historiadores se sumergieran en la tarea de ofrecer visiones sintéticas que dieran cuenta del sentido y del recorrido que había comportado la centuria que se aproximaba vertiginosamente a su finalización, mientras otros, quizá, aún más audaces, propusieron enfoques panorámicos sobre todo el último milenio (Fernández-Armesto, 1995).

Si el cierre de un capítulo, que indistintamente podía valorarse en siglos o en décadas, justificaba de por sí emprender este tipo de temerarios esfuerzos de síntesis, la demanda de conocimiento histórico sobre el período se incrementó de modo sensible, porque el final del siglo destapó una sorpresa que nadie se había atrevido a imaginar: uno de los dos sistemas, en torno a los cuales se había organizado gran parte de la historia de la centuria, súbitamente, se derrumbó, sin que mediara ningún cataclismo o revolución que fuera equiparable a esas otras conmociones, como la Revolución Francesa de 1789, que habían abierto las compuertas para empezar a conquistar y a colonizar un futuro anhelado.

La confluencia de estas dos circunstancias –la finalización cronológica de un siglo y el derrumbe del Muro de Berlín, preámbulo de la posterior disolución de la Unión Soviética– entrañó, súbitamente, una radical reorientación del pensamiento social y, de modo particular, del histórico. Con toda seguridad, si se hubiera llegado al final de una plácida centuria, sin sobresaltos, sin grandes cataclismos sociales, si la estructura que en su momento organizaba el esquema de mundialidad de la Guerra Fría se hubiese mantenido incólume, la mirada sobre el período, a ciencia cierta, hubiera sido bastante convencional; los historiadores y demás científicos sociales interesados en los asuntos contemporáneos de manera preferente se hubiesen concentrado en describir sobre seguro el esquema principal que organizaba el siglo y hubiesen sentado la polémica sobre aquel acontecimiento que debería destacarse como fundacional del respectivo período (*epoch-making*), evento que habría servido argumentativamente como elemento catalizador de la respectiva época histórica y de fuente explicativa de la conciencia colectiva prevaleciente.

Pero como el final de siglo no transcurrió placidamente, pues contuvo hasta el último momento una enorme conmoción, como fue la disolución del campo socialista y el abrupto final del guión de la Guerra Fría, el pensamiento histórico ya no podía organizarse de acuerdo con estos procedimientos habituales; persistir en la insistencia de destacar el acontecimiento inaugural ya no representaba la mayor importancia, porque lo que en realidad interesaba era comprender y explicar su vertiginoso epílogo.

El estrepitoso final del socialismo en Europa entrañó, por tanto, un aumento en la demanda de conocimiento histórico, en aras de explicar un fenómeno tan importante para el presente que se vivía, sobre todo debido a la urgente necesidad de revelar cómo y bajo qué circunstancias se había llegado a esa trascendental coyuntura, que a todos desarmó, porque nadie sospechaba que pudiera llegar a ocurrir, y, menos aún, de la manera como efectivamente se cumplió.

En otras palabras, esta complicada finalización impuso un necesario cambio en la mirada con respecto a los que han sido los procedimientos tradicionales en la interpretación histórica. En lugar de concentrarse en subrayar el acontecimiento inaugural del período, los historiadores se vieron impulsados a resaltar la importancia del evento conclusivo del mismo, y lo más importante es que, a partir de estas coordenadas, tuvieron que ofrecer, retrospectivamente, una mirada de conjunto sobre el período, que sirviera de explicación sobre la manera en que se había arribado a dicho desenlace. “En una palabra, la historia del siglo XX escrita en el decenio de 1990” tuvo “que ser cualitativamente distinta” a la que se hubiera “escrito antes [...] En el plazo de uno o dos años se hizo claramente necesario replantear [...] el siglo XX”, sentenciaba el historiador inglés Eric Hobsbawm (1998, p. 237).

Esto último le asignó un sello muy particular a la mayor parte de las síntesis históricas escritas sobre este siglo: fue tal la importancia asignada al acontecimiento que selló la finalización del respectivo período que todo la centuria parecía quedar contenida en su simbología, lo cual tuvo como corolario que todo el siglo quedara parcialmente incomunicado de la gran corriente de la historia (Vivarelli, 2005), que se inscribieran en un registro más presentista que histórico del presente, porque se le entendió como una unidad compacta que se explicaba a sí misma, con un acontecimiento final que prescribía un determinado inicio y un correspondiente desarrollo de aquello que, en la contemporaneidad de finales de siglo, irremediablemente concluía. Un claro ejemplo de esta concepción predominante nos lo brinda nuevamente el mismo historiador inglés, cuando sostiene que “el mundo que se desintegró a finales de los ochenta era aquel que había cobrado forma bajo el impacto de la revolución rusa de 1917” (Hobsbawm, 1997, p. 14).

Este retraimiento del siglo del gran curso de la historia desencadenó de inmediato dos tipos de circunstancias, las cuales, a la postre, y aun cuando los correspondientes especialistas no tuvieran ese propósito en mente, terminaron por *deshistorizar* precisamente la misma contemporaneidad, que originalmente anhelaban explicar, a partir de su propia cadencia temporal: de una parte, como la esencia última del período fue decodificada a partir de su desenlace, toda la centuria quedó irremediablemente desvinculada de su *antes*. En este sentido, el estrepitoso final exigía una mirada retrospectiva que sirviera de explicación de aquel desenvolvimiento que había conducido al respectivo epílogo, con lo cual sus correspondientes orígenes, principales situaciones y dinámicas debían quedar inscritos dentro del acontecimiento que le confería un sentido a todo el período, que no era otro que el de su final. No fue extraño que en los noventa se popularizara la tesis de que el siglo había sido “corto”, con un inicio tardío (1914 o 1917) y un temprano y abrupto final (1989).

En el otro extremo, en este encerramiento de la centuria en sí misma intervino la naturaleza del acontecimiento conclusivo: los sucesos de la noche del 8 al 9 de noviembre de 1989 constituyeron un típico evento global, cuyo desarrollo se realizó en *clave local*, y, en ese sentido, fue un hecho que comportaba todos los elementos de un acontecimiento estructural, es decir, planetario. Sostenemos que fue global porque la caída del Muro de Berlín constituyó la síntesis más lograda y fue el principal símbolo de la prolongada revuelta pacífica que sacudió a toda la Europa Centro Oriental, que se llevó por delante al viejo sistema comunista y erosionó el andamiaje del sistema bipolar.

Este levantamiento popular, que fue desarrollándose de manera escalonada, de país en país, en el transcurso de unas cuantas semanas, sin embargo, no puede ser considerado como una revolución, en la acepción corriente que ha comportado el término en su sentido moderno, es decir, que fuera una situación radical que inauguraba una nueva época en la historia de la humanidad y que conectaba el respectivo acontecimiento con un determinado devenir.

Sobre el particular, conviene recordar que originalmente el término revolución se utilizaba para denotar un movimiento circular, que llegó a la política desde la astrología, como un girar sobre sí mismo, tal como ocurre con los planetas que orbitan en torno al Sol. Este sentido que se le asignaba en ese entonces al concepto de revolución era completamente congruente con la idea predominante de la historia como una dispensadora de ejemplos, como una cíclica repetición de situaciones y eventos.

La significación moderna del término arrancó con el pensamiento ilustrado, pero se dotó de un contenido nuevo cuando sobrevinieron los sucesos de Francia en 1789, en la medida en que esta revolución alimentó la idea de que la historia constituía un “colectivo singular”, se realizaba como una “aceleración” humana de la misma y entrañaba un “nuevo espacio de experiencia con puntos de fuga perspectivistas” que se abría *permanentemente* al futuro (Koselleck, 1993, pp. 66-85). La nueva acepción que comportó el término designaba de este modo un cambio profundo, una fractura con respecto al orden precedente, una disociación de la situación presente con el pasado, puesto que abría el camino a algo completamente nuevo: “no más un retorno, sino el inicio de un viaje hacia horizontes aún no explorados” (Vivarelli, 2005, p. 59).

La “revolución de terciopelo” de 1989, para retomar la bella caracterización que se hizo de los sucesos de Checoslovaquia en ese mismo año, más bien, representó todo lo contrario; personificó un cierre definitivo, y como era un acontecimiento que no proyectaba la construcción de un futuro, porque no se planteaba inaugurar ningún porvenir, sino un retorno a un “curso natural” que, en algún momento, de

manera errónea, se había abandonado, entonces, el gran desenvolvimiento de la historia del siglo no sólo quedó desvinculado de su *antes*; también con este evento se cerró de manera definitiva un capítulo y, de esta manera, quedó desligado de su *después*. La perplejidad que suscitaba esta desunión con el *antes* y el *después* fue tan grande que llevó a un insigne historiador inglés (Hobsbawm, 1997, p. 26), uno de los mejores intérpretes de todo el siglo, a sostener, con cierta amargura, lo siguiente:

En las postrimerías de esta centuria ha sido posible, por primera vez, vislumbrar cómo puede ser un mundo en el que el pasado ha perdido su función, incluido el pasado en el presente, en el que los viejos mapas que guiaban a los seres humanos, individual y colectivamente, por el trayecto de la vida ya no reproducen el paisaje en el que nos desplazamos y el océano por el que navegamos.

No obstante la incuestionable centralidad del acontecimiento, cuyas fosforescencias todavía no se extinguen (v. gr., la permanencia de la acción popular no violenta, que desde la Europa Centro Oriental se ha desplazado por medio mundo hasta llegar incluso a la recóndita Birmania y al remoto Tíbet), al quedar desvinculado del curso de la historia, ha comportado unas claves, las cuales se han ido borrando rápidamente de la memoria. Como ha sido un acontecimiento que no representó ningún gran comienzo, sino “un final grandioso” (Timothy Garton Ash, “El ejemplo del muro sigue vivo”, *El País*, 11 de noviembre de 2007), su fuerza paulatinamente se ha ido deshistorizando y, a pesar de su trascendental importancia histórica, tiende, en la actualidad, a palidecer frente a otros acontecimientos, mucho más lejanos en el tiempo, pero que, en sus momentos, sí ocasionaron una reorganización del *después*, como, en efecto, ocurrió con la Revolución Francesa.

Tres autores contemporáneos han cumplido un papel paradigmático por sus relevantes esfuerzos en ofrecer las claves de este extenso período a partir del acontecimiento conclusivo del mismo. El alemán Ernst Nolte, en una prolongación del gran debate historiográfico germano occidental sobre la naturaleza del nazismo, sostuvo que la caída del comunismo constituyó aquel acontecimiento que le otorgaba un sentido al siglo XX, patética centuria que había tenido por columna vertebral una guerra civil política e intelectual, que acabó por convertirse en una guerra entre Estados, que enfrentó al comunismo y al fascismo, y representó “la tragedia espiritual del siglo XX” (Nolte, 1995, p. 30).

Eric Hobsbawm, por su parte, popularizaría la bella imagen del siglo XX como un *siglo corto*, en contraposición al largo siglo XIX, que habría debutado tardíamente en 1914 y habría finalizado apresuradamente en 1989, cuando sobrevino la desintegración del campo socialista en Europa. Para el historiador

británico, el final del siglo XX habría entrañado la terminación de una época de la historia del mundo. Y fue tan enfático en el reconocimiento de este carácter conclusivo que su imponente libro que compendia la historia del siglo XX finaliza con las siguientes palabras: “una cosa está clara: si la humanidad ha de tener un futuro, no será prolongando el pasado o el presente. Si intentamos construir el tercer milenio sobre estas bases, fracasaremos. Y el precio del fracaso, esto es, la alternativa a una sociedad transformada, es la oscuridad” (Hobsbawm, 1997, p. 576).

François Furet, por último, desde una posición política e intelectual que segrega un fuerte espíritu liberal, sostuvo, por su parte, que el siglo XX fue la centuria del comunismo, pero que, en la práctica, había sido simplemente la *historia de una ilusión*, sin llegar a convertirse en una genuina revolución, porque en lugar de anticipar el futuro, este experimento social fue el producto de unas particulares circunstancias, que lo llevaron a desencadenar una gran reacción antiliberal y antidemocrática y, con su estruendoso fin, su anhelo universalista de transformación prestamente se evaporó.

Napoleón [...] dejó en Europa una estela de recuerdos, ideas e instituciones, incluso enemigos que se inspiraron para vencerlo. En Francia, fundó el Estado por los siglos a venir. Por el contrario, Lenin no dejó herencia. La Revolución de Octubre cerró su trayectoria sin ser vencida en el campo de batalla, pero liquidando ella misma todo lo que se hizo en su nombre. En el momento en que se desagrega, el imperio soviético ofrece ese carácter excepcional de haber sido una superpotencia sin haber encarnado una civilización. (Furet, 1995, p. 12)

Todas estas interpretaciones tuvieron el importante mérito de proponer variadas composiciones explicativas de conjunto sobre el siglo que llegaba a su fin, y todas ellas coincidieron en valorar la centuria a partir de su descomunal desenlace. Comportaron, empero, insuficiencias, que, con el correr del tiempo, se harían muy evidentes: primero, la lectura del siglo XX en términos de una guerra civil, primero europea (comunismo y nazismo), y después mundial (la Segunda Guerra Mundial y los orígenes de la bipolaridad de la Guerra Fría), brindaba una visión sesgada de todo el período, en tanto que deshistorizaba la segunda mitad del siglo, dado que los problemas fundamentales de este subperíodo obedecían a otros presupuestos, que sólo en la lejanía rememoraban los de la primera mitad.

En todos estos autores, la clave fundamental de la centuria se habría realizado en unas cuantas décadas (básicamente, entre el veinte y el cuarenta), y aquello que habría sobrevenido después resultaba relativamente marginal, aun cuando se registrara una próspera coyuntura de “años dorados”, hasta que sobrevino el fatídico final del socialismo en Europa, cuando lo contemporáneo cobraba nuevamente alta visibilidad y significación; los distintos momentos en que se

podía subdividir el siglo constituían, en suma, conjuntos de acontecimientos discontinuos y circunstanciales dentro de su propia historicidad. El presente, de esta manera, quedaba al margen del devenir de la historia y de la temporalidad, dado que la principal clave interpretativa –la contienda entre el fascismo y el comunismo– constituía una situación que se remontaba a un pasado ya clausurado. Los años dorados, de esta manera, no representaban más que un esguince en el camino. Sobre el particular, Eric Hobsbawm (1997, p. 17) escribió:

Sólo la alianza –insólita y temporal– del capitalismo liberal y el comunismo para hacer frente a ese desafío permitió salvar la democracia, pues la victoria sobre la Alemania nazi fue esencialmente obra (no podría haber sido de otro modo) del ejército rojo. Desde una multiplicidad de puntos de vista, este periodo de alianza entre el capitalismo y el comunismo contra el fascismo –fundamentalmente las décadas de 1930 y 1940– es el momento decisivo en la historia del siglo XX.

Segundo, una visión tal de las cosas confinaba el grueso del análisis histórico en temáticas preferentemente europeas, menospreciando las dinámicas heterogéneas que particularizaban al resto del mundo. En los textos de Ernst Nolte y François Furet, aun cuando constituyen propuestas de interpretación del siglo en su conjunto, el mundo extraeuropeo brilla cándidamente por su ausencia. Eric Hobsbawm es un poco más generoso y le dedica algunos capítulos que sólo tangencialmente se relacionan con el nervio central de la obra.

Éste no ha sido un exceso en el que han incurrido únicamente estos autores. Howard y Louis (2000), en otra interesante síntesis oxfordiana del siglo, procuraron equilibrar la visión occidental del mundo siguiendo un procedimiento bastante convencional, como fue el hecho de dedicar algunos capítulos a las regiones que ellos mismos denominaron como “no occidentales”, a lo largo del siglo, procedimiento que terminaba reconociendo de manera implícita la centralidad que correspondía a Estados Unidos, y sobre todo a Europa, en la organización de la trama central del período en cuestión. La excepción que confirma la regla es un texto de Marcello Flores, aparecido en los inicios del nuevo siglo, en el cual el historiador italiano procura construir *una historia global* de este período, razón por la cual el libro lleva como título *El siglo mundo*, a través de aquellas dinámicas y situaciones que unifican en sus temáticas y problemáticas a los diversos países a lo largo de estas décadas (Flores, 2002).

Tercero, estas síntesis eran concepciones que en buena medida procuraban construir una alternativa a los viejos modelos universales de historia; aunque el esquema comunista se alzaba como la principal columna vertebral de toda la centuria, y dado que este sistema se sumió prestamente en la vorágine, entonces –visto en perspectiva–, el significado de todo el siglo quedaba profundamente alterado, con una clara inclinación a lo que había ocurrido en la primera mitad.

Por último, la mayoría de estos autores ha tendido a pasar por alto la novedad que entrañaba la intensificación de la globalización. Además de Flores, la excepción está representada por Eric Hobsbawm, cuando asevera que el mundo durante el siglo XX se convirtió en una única unidad operativa, pero su enfoque no logra hacer de su genial intuición una herramienta explicativa de la trayectoria de la centuria, porque reduce la globalización a un ámbito en particular:

De hecho, en muchos aspectos, particularmente en las cuestiones económicas, el mundo es ahora la principal unidad operativa y las antiguas unidades, como las “economías nacionales”, definidas por la política de los estados territoriales, han quedado reducidas a la condición de complicaciones de las actividades transnacionales. (1997, p. 24)

El desconocimiento de la importancia de la globalización ha obedecido a que unos autores la percibieron como una continuación del internacionalismo decimonónico, como aquello que es posible de medir en las interacciones que se presentan entre las partes, lo que denota una completa confusión entre la internacionalidad y la globalidad, mientras que otros la interpretaban como una continuación de la extendida modernización. No obstante las diferencias, unos y otros seguían interpretando el problema de acuerdo con los cánones interpretativos tradicionales, entre los cuales el tema de la nación, pivote de la internacionalidad, se seguía concibiendo como la articulación principal.

Eric Hobsbawm, por ejemplo, ha insistido en que “la globalización es un proceso que simplemente no se aplica a la política [...] políticamente hablando, el mundo sigue siendo pluralista, dividido en Estados territoriales” (Hobsbawm, 2001, p. 61). Más enfático aún resultó ser en su más reciente texto (2007, p. IX), cuando sostiene que la política es el único campo de la actividad humana que no se ha visto afectado por la globalización. Esta conclusión a la que arriba el autor obedece a que tiende a imaginar que la globalización en el campo de la política debería significar la emergencia de autoridades globales, con facultades para tomar decisiones de alcance transnacional. El error en que incurre el mencionado historiador consiste en suponer que la globalización alude al surgimiento de una macroestructura global, cuando, en realidad, se expresa como una constelación que pone en interacción lo local con lo global. La existencia de una macroestructura mundial sugiere mundialidad, y en ningún caso se refiere a una condición de globalidad. Como acertadamente ha argumentado Agostino Giovagnoli (2005, p. 63), “los sentimientos de reacción identitaria suscitados por la globalización son diferentes del nacionalismo tradicional, así como el internacionalismo militante antifascista es distinto de las tendencias globalizantes de los últimos decenios del siglo XX”.

Este asunto se convirtió en un importante problema irresuelto desde el punto de vista de la historiografía, porque la mirada sesgada y convencional sobre el pasado reciente no permitía comprender cabalmente la calidad de los problemas sociales que estaban en juego. Como bien ha sostenido Jürgen Habermas (2006) en su crítica a las tesis de Ernst Nolte, el problema de fondo ha consistido en no reconocer el declive que ha experimentado la nación en el horizonte de la globalización.

Si todo esto de por sí ha constituido un problema mayor para la comprensión íntegra del capítulo que se cerraba, un enigma mayor terminó sobreponiéndose. Fue común a todas estas concepciones que, como el análisis era retrospectivo, se evocaba el cierre de un período, se clausuraba un pasado, sin comportar, al mismo tiempo, una valoración del presente en cuestión ni una idea de construcción de futuro. Es decir, en la medida en que el acontecimiento explicativo del siglo XX coincidía con la autodisolución de un pasado, esto trajo consigo que estas concepciones carecieran de elementos que apuntaran en el sentido de dar cuenta de la naturaleza del presente, su profundidad en términos de duración, y más aún, se encontraban poco preparadas para vincular la contemporaneidad con algún tipo de futuro. Así lo reconoce Hobsbawm, cuando escribe: “la destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX” (1997, p. 13). En otro pasaje es mucho más enfático, cuando sostiene:

El siglo XX corto acabó con problemas para los cuales nadie tenía, ni pretendía tener una solución. Cuando los ciudadanos del fin de siglo emprendieron su camino hacia el tercer milenio a través de la niebla que les rodeaba, lo único que sabían con certeza era que una era de la historia llegaba a su fin. No sabían mucho más. (Hobsbawm, 1997, p. 552)

Del mismo tipo de preocupación se hizo partícipe François Furet, porque el final de siglo evidenciaba la desarticulación, antes tan evidente, entre el pasado, el presente y el futuro. La historia, de esta manera, se había convertido en una especie de túnel,

donde el hombre se sumerge en la oscuridad, sin saber a dónde le conducirán sus acciones, indeciso sobre su destino, desposeído de la ilusoria seguridad de una ciencia [...] Privado de Dios, en este fin de siglo, el individuo democrático ve temblar en sus fundamentos la divinidad histórica: angustia que va a tener que conjurar. A esta amenaza de la incertidumbre se une en su espíritu el escándalo de un porvenir clausurado. (Furet, 1995, p. 80)

Curiosamente, estos importantes historiadores –aseveración que también podemos hacer extensiva a la mayor parte de los científicos sociales, los mismos

que manifestaban un fuerte interés por hacer de la historia una herramienta para interpretar los sucesos del presente más inmediato, sin quererlo, y obviamente sin proponérselo, debido a la preeminencia acordada a la culminación de una época—terminaron destronando el presente de la explicación histórica, desvinculando el nuevo registro temporal con respecto al pasado, generando enormes dificultades a la hora de tratar de avanzar en la comprensión histórica de la contemporaneidad y sumiendo a la actualidad más inmediata, de cara al futuro, en un total desconcierto. De suyo, esta actuación terminó llevándose por delante otro ícono del siglo XX: 1945, en su calidad de fecha-acontecimiento, el cual peculiarmente había sido considerado como situación germinal no tanto del presente histórico, sino como origen de la historia contemporánea.

Esta deshistorización del presente, cuya responsabilidad no ha sido exclusiva de los historiadores, puesto que ha sido un rasgo común a todas las ciencias sociales, pero que seguramente ellos son los más capacitados para remediar, se ha convertido, a la postre, en una de las situaciones que mejor permite entender la dificultad que se experimenta en nuestra contemporaneidad cuando se quieren entender las particularidades y las principales propiedades que comprende el mundo actual. En razón de ello, y como expresión del desconcierto que este deshistorizado presente ha suscitado entre los analistas, no ha sido extraño encontrar análisis en los que el mundo contemporáneo es definido como un caótico y desordenado “ordenamiento” (Todorov, 2003) o como un mundo que carece de sentido (Laïdi, 1997). “En suma, el siglo finalizó con un desorden global de naturaleza poco clara, y sin ningún mecanismo para poner fin al desorden o mantenerlo controlado” (Hobsbawm, 1997, p. 555).

El problema, empero, no es que prevalezca un desorden mundial; más bien, lo que ocurre es que las ciencias sociales, y en particular la historia, no han encontrado las claves que permitan dar cuenta de la naturaleza de nuestro presente, explicar la historicidad que reviste nuestra contemporaneidad, la temporalidad que registra el presente y la naturaleza de los elementos en los que se fundamenta. En razón de esta insuficiencia es que el individuo, en la actualidad, se siente prisionero de los avatares que le imponen tanto los efectos del pasado como la contemporaneidad, y no ha podido convertir al presente en una oportunidad liberadora, porque, como bien ha sostenido el internacionalista John Hobson, “la forma en que los agentes conciben el mundo determina también la forma en que actúan en él” (2006, pp. 404-405).

El libro que tiene el lector en sus manos se ha construido a partir de estas preocupaciones, y se traza como propósito examinar los grandes cambios que ha registrado el mundo contemporáneo, pero sin pretender ofrecer una radiografía o una imagen panorámica del acontecer actual. Tampoco se propone describir los

principales eventos y situaciones característicos de nuestra contemporaneidad. Libros semejantes existen en gran abundancia, son de alta factura, e, incluso, hace poco nosotros mismos emprendimos este tipo de análisis (Fazio, 2004).

En esta oportunidad, nuestro propósito consiste en ofrecer un marco interpretativo que permita reconstruir el sentido del presente histórico, determinar sus características fundamentales, establecer su naturaleza y explicar algunos de los principales eventos y situaciones que se han convertido en sus propiedades sustanciales. Se comprenderá que escasas son las reflexiones que se han desarrollado en las ciencias sociales sobre esta condición temporal, motivo por el cual, para poder aprehender el sentido que comporta nuestro presente, tuvimos necesidad de organizar el tema de estudio a través de un permanente contraste y polémica con algunos analistas actuales, y particularmente, con las principales tendencias historiográficas modernas y contemporáneas.

Este procedimiento explica en buena medida la estructura que finalmente adoptó este escrito y permite entender por qué conjuga elementos propios de una investigación historiográfica con otros que podríamos considerar como inherentes a un libro de lo que hemos denominado como una historia del tiempo presente (Fazio, 2007a). Es un texto que se ubica, por tanto, en un pliegue transdisciplinario y conjuga indistintamente elementos de un estudio de la realidad contemporánea con otros propios de la historiografía.

La fundamentación teórica que nos ha servido para explicar y justificar la perspectiva que utilizaremos en este escrito –y que nos es impuesta por la distancia temporal que nos separa con respecto al acontecimiento que ha sido valorado como conclusivo del “siglo corto”, y que permite que situemos el presente en su correspondiente duración, como un *presente mundo*– la retomamos a partir de una sugerente tesis que, en su momento, desarrolló el historiador alemán Reinhart Koselleck con base en la distinción entre diferentes tipos de escritura y experiencia que participan en la historia, entendida ésta en su doble acepción como proceso y como forma de conocimiento. De acuerdo con el pensador alemán, en la historia se pueden distinguir tres tipos-ideales de escritura, las cuales corresponden a estratificaciones temporales específicas: la historia que registra, la historia que desarrolla y la historia que reescribe (Koselleck, 1997, p. 214).

La primera constituye un acto completamente único, es una especie de crónica o de “biografía del presente”, que se caracteriza por el énfasis en la sincronidad y se fundamenta en fuentes directas y en experiencias vividas. La segunda es una operación histórica que acumula duraciones, compara, sobrepone un buen número de experiencias individuales y colectivas, para ofrecer una mirada de conjunto, para demostrar la manera como un acontecimiento o una situación pudo

haber sido experimentado por una determinada generación. La última se confecciona obligatoriamente con base en las dos anteriores, incluye las valoraciones y explicaciones en términos de variadas duraciones y “corrige las anteriores para retrospectivamente extraer una nueva historia”, porque corresponde a una nueva condición de experiencia.

Esta variabilidad de formas de escrituras no cabalga en el vacío, sino que se fundamenta en otro tríptico histórico, que tanto interesó a este historiador: las diferentes maneras en que son asumidas las experiencias. Sostiene el filósofo e historiador alemán que la historia trata fundamentalmente sobre las experiencias, y que los distintos modos en que las historias son contadas obedecen a disimilitudes que se presentan en la manera como las experiencias son asumidas, interiorizadas y valoradas por los respectivos individuos o colectivos de los mismos. Estos tipos posibles de escrituras se organizan, de esta manera, a partir de tres modalidades recurrentes de experiencias.

La primera consiste en la experiencia original; es aquella que ocurre como por sorpresa, que desencadena una mínima diferencia temporal entre el “antes” y el “después”, y en la que todo individuo quedará marcado por la forma como vive o sufre el correspondiente acontecimiento. La segunda se realiza por un proceso de acumulación, para lo cual se requiere de un tiempo mínimo para recoger la experiencia, la cual puede ser tanto individual (a lo largo de una misma vida) como colectiva (propia de una generación). La tercera se despliega a largo plazo,

[...] lentamente o a golpes, sobrepasando las conmociones espontáneas y las cosas imprevisibles, desplazando todas las experiencias determinadas, hechas constantes y lentamente aceptadas por las generaciones: es entonces cuando el capital de experiencia anterior de corto y mediano plazo se transforma completamente. (Koselleck, 1997, p. 212)

En este último caso, se trata de una mutación sistémica que trasciende la experiencia de las personas individuales y de las correspondientes generaciones, razón por la cual sólo una reflexión histórica puede aprehender de manera retrospectiva. Si las dos experiencias primeras son preferentemente sincrónicas, y se corresponden con el vivir inmediato, la última es fundamentalmente una perspectiva diacrónica de las sincronías anteriores, y ello obedece a que es un enfoque que se sustrae de la experiencia directa y no se encuentra mediada por ella. Esta última perspectiva más diacrónica que sincrónica precisa la gran distancia que separa a nuestra propuesta explicativa sobre el presente de aquellos trabajos históricos como los de Nolte, Furet, Hobsbawm, quienes se ubican entrecruzadamente en los dos primeros niveles de experiencia.

Como la mayor parte de estos historiadores valoró el siglo que finalizaba a partir del desenlace que entrañó el fin del socialismo en Europa, podemos observar que, en esas lecturas, estaban presentes las dos primeras modalidades de experiencia, directas y sincrónicas, y, en ese sentido, no fue extraño que desvincularan el presente de su correspondiente registro histórico. A casi cuatro lustros de distancia de esos sucesos, la experiencia que hoy se tiene es muy distinta y, a partir de esta nueva cualidad de experiencia, la mirada tiene que encaminarse obligatoriamente en el sentido de una *perspectiva diacrónica de las sincronías anteriores*, y, de esta manera, se convierte en un enfoque que permite restituirle al presente su correspondiente espesor temporal. Nuestro trabajo, de tal suerte, se sitúa en el tercer nivel de escritura y de experiencia y, sin duda, esta distancia temporal es lo que nos permite proponer una lectura histórica de la contemporaneidad que nos ha correspondido vivir.

Tres son los motivos principales que nos han llevado a la necesaria articulación de concebir el análisis del presente histórico y la historiografía como si fueran una gran y única unidad. El primero consiste en recusar la tendencia de los historiadores que gustan de preocuparse por los problemas de métodos que se emplean en el tratamiento de las fuentes, descuidando las reflexiones de orden epistemológico, situación que ha llevado a que temas importantes en el quehacer histórico, como el examen de la historicidad, hayan quedado en manos de sociólogos y filósofos.

El segundo podemos abordarlo con la legendaria metáfora del árbol y el bosque. Ha sido común a muchos textos de historiografía (Iggers, 1998; Fontana, 2001) concentrarse en el desarrollo y las vicisitudes que ha enfrentado el pensamiento histórico, aislando sus problemas de otros tipos de determinantes, como si este conocimiento fuera inteligible en y de por sí mismo. Al estudiar con detalle cada uno de los árboles, se pierde de perspectiva el conjunto del bosque, o sea, el carácter histórico de los fenómenos sociales, incluidas las ideas. Pero también porque un procedimiento tal permite soslayar otra explicación sesgada en la que se incurre habitualmente, la cual aboga por una especie de sociología del conocimiento y recaba en múltiples determinantes externos a la especificidad del pensamiento histórico, con lo que se termina explicando el bosque a partir de las características morfológicas del terreno, desestimándose la evaluación de las propiedades de los árboles mismos. Cuando, por el contrario, reunimos ambas variables en una misma narrativa, podemos evaluar los problemas desde múltiples niveles de observación, comprender la necesaria interrelación que existe entre ellas y entender el papel que cumple la historia como objeto y sujeto de sí misma y del presente como época histórica.

Por último, el tema que aquí nos convoca sólo puede ser aprehensible dentro de un espíritu de necesaria transdisciplinariedad, pero, como acertadamente ha

argumentado Renán Silva (2007, pp. 30-31), esta perspectiva debe ser acometida en torno a temas y obras concretas, como la que aquí se propone, procurando reunir en una misma narrativa elementos históricos, sociológicos, politológicos y filosóficos:

El conocimiento de las relaciones y de las tensiones entre las distintas disciplinas que conforman el campo de las ciencias sociales no existe por fuera de las obras concretas de investigación en que esas tensiones y relaciones encuentran su presencia. El conjunto creciente de obras puramente abstractas que se ocupan de estos temas, por ejemplo bajo el rubro de “interdisciplinariedad” o “transdisciplinariedad”, son simplemente el murmullo afectado de ejercicios especulativos universitarios que actúan como signos de distinción social y que son una expresión concreta de la razón escolástica, de la que varias veces habló Pierre Bordieu.

Un conjunto de tesis sustenta el enfoque que se desarrolla en este trabajo. En investigaciones anteriores tuvimos la ocasión de realizar importantes precisiones sobre muchas de ellas (Fazio, 2007 y 2007a), motivo por el cual, en esta oportunidad, simplemente nos limitaremos a enunciarlas con la mayor brevedad posible. Primero, desde hace algunos años hemos venido insistiendo en la importancia que ha adquirido nuestro presente histórico, un dilatado espacio de tiempo cuyos inicios más directos se remontan a la radical coyuntura ocurrida a finales de la década de los sesenta del siglo XX y que *simbólicamente* se han representado en el año-acontecimiento de 1968. En alto grado, como intentaremos demostrar a lo largo de este texto, este intervalo de tiempo comprende el presente histórico contemporáneo, período que aún no ha concluido, puesto que, incluso cuarenta años después, el momento actual que vive el mundo transcurre aún bajo las fosforescencias inauguradas en esa crucial coyuntura.

Segundo, ha sido consustancial a este presente histórico que nos ha correspondido vivir el inicio de una de las transformaciones más radicales que ha registrado nuestra contemporaneidad: los albores en la sustitución de la modernidad clásica por una modernidad mundo, concepto que gustosamente hemos retomado de Renato Ortiz (2003), expresión experimental que denota el ingreso en la palestra mundial de una naciente sociedad global y el momento en el que se asiste a una “radicalización de las modernidades anteriores” (Ortiz, 2004, p. 75). Volviendo al punto anterior, pero sin por ello crear la idea de que estamos incurriendo en una explicación circular, este convencimiento en torno a una nueva matriz de modernidad es lo que nos ha llevado a argumentar que en el fragor de esta coyuntura fue cuando se inauguraron nuestro presente histórico y la historia global.

Tercero, el conocimiento histórico ha profusamente demostrado que existen determinados momentos en los cuales las sociedades renegocian su relación con

el tiempo y con el espacio. Si echamos una mirada a grandes zancadas sobre este importante asunto, se puede reconocer que uno de esos períodos fue el Renacimiento, con los imponentes desarrollos de la perspectiva (el punto de vista) en la pintura y la arquitectura, así como el desarrollo de un sentido de la perspectiva temporal; otro tuvo lugar a finales del siglo XIX, cuando los modernos medios de transporte supusieron el dominio temporal del espacio, y el último se inició a finales de la década de los sesenta (Harvey, 1998). La principal particularidad de este último momento consistió en que fue una fase en la que entró a operar un acortamiento del tiempo y del espacio a través de un presente que se exhibe como omnipresente (Laïdi, 2000).

De ahí la importancia de emprender un análisis histórico sobre nuestro presente, porque un procedimiento tal permitirá entender los factores que subyacen a esta renegociación que socialmente se experimenta con el tiempo. Para decirlo en otras palabras, la actualidad exige no solamente ofrecer una mirada que ubique el presente en su temporalidad, con el ánimo de proporcionar un conjunto de claves para la comprensión de la contemporaneidad; también se requiere brindar un enfoque que permita percibir la actitud que las sociedades actuales han desarrollado frente al tiempo y, de manera particular, con respecto al presente.

Cuarto, este presente histórico testimonia el tránsito de una globalización internacional bajo un formato mundializado, esquema predominante entre la década de los cuarenta y finales de los sesenta del siglo pasado, a otra que comprime el espacio a través de la superposición del tiempo, que se extiende desde finales de los sesenta hasta hoy. Entender las particularidades de esta coyuntura ayuda, por tanto, a descifrar el cambio cualitativo que experimentó este proceso, así como contribuye también a la comprensión de las particularidades que dicho fenómeno ha asumido en nuestro presente, uno de cuyos principales rasgos consiste en el sentimiento de “aceleración” que registran algunos campos en la historia, pero obviamente no de ésta en toda su globalidad (Jeanneney, 2001, p. 137).

Este sentimiento de mayor celeridad no es una simple percepción, sino que corresponde a una realidad muy concreta, aun cuando no exista un motor único que la ponga en funcionamiento. La aceleración obedece a que la orientación histórica es un asunto más imperativo en nuestras sociedades, motivo por el cual es mayor el número de personas que se comportan como actores históricos, es decir, que se convierten en productores deliberados de historicidad. La aceleración, en últimas, remite a una amplificación de la acción histórica (Gauchet, 2003, pp. 409-410). Este incremento del número y calidad de los sujetos históricos es una de las principales expresiones de la modernidad mundo en un contexto de historia global, y como bien enseña el filósofo francés, la intensificación de la aceleración incrementa, y en ningún caso aminora, la densidad histórica del presente.

Quinto, el intervalo temporal que cubre este presente y la necesidad de precisar sus fronteras cronológicas obligan a volver a pensar sobre dos condiciones inherentes al oficio de historiar: proponer y discutir el significado de la periodización, para el caso de nuestro presente histórico, y reflexionar sobre el sentido heurístico que encierran los acontecimientos, particularmente los contemporáneos. Ambas condiciones no contienen una importancia exclusivamente disciplinar, por cuanto su esclarecimiento permite entender los elementos de continuidad con los de ruptura que entraña nuestro presente histórico, así como sugieren también las perspectivas metodológicas apropiadas para aprehender el tema que aquí nos convoca.

Sexto, el estudio de esta condición presente permite poner dialécticamente en juego un análisis que incorpora las miradas de larga, mediana y corta duración. Un procedimiento tal resulta ser muy apropiado porque hace posible trascender los enfoques que se ciñen a la circunstancialidad del momento en cuestión, conducta tan propia de todas aquellas disciplinas que se esfuerzan por desplegar enfoques ahistóricos. Sólo mediante la contraposición de estos distintos desarrollos temporales es que se pueden entender, descifrar y explicar los movimientos tectónicos que transcurren en clave subterránea en nuestra contemporaneidad, así como las variaciones temáticas que ha registrado el conocimiento histórico.

Por último, la motivación de trabajar sobre este tema incluye también una preocupación teórica y metodológica de otro orden. En investigaciones previas (2006, 2006a) tuvimos ocasión de exponer la tesis de que este presente histórico, que se representa como una historia global, debido a sus particulares formas de organización, requiere de una nueva mirada de los asuntos sociales, sean estos locales, nacionales, regionales, mundiales o globales. De la anterior perspectiva que se estructuraba con base en una explicación en términos de una causalidad lineal, consideramos que se debe abogar por otra que se despliega argumentativamente bajo la forma de las resonancias, las sincronizaciones y los encadenamientos. Las representaciones planas o geométricas ya no sirven, porque en una historia global, como es la que aquí nos convoca, los eventos se expresan numerosamente en forma de curvas y espirales.

La preocupación teórica y metodológica en que se fundamenta la perspectiva aquí propuesta sienta las bases para acometer de una manera distinta uno de los grandes temas que interesó a la historiografía del siglo XX: la historia total, la cual Fernand Braudel explicaba en los siguientes términos: “[...] no es la pretensión de escribir una historia total del mundo. No es esta pretensión pueril, simpática y loca. Es simplemente el deseo, cuando se ha abordado un problema, de traspasar sus límites” (citado en Revel, 1999, p. 14). En esta oportunidad, para evitar posibles confusiones con la noción de historia global que estamos desarrollando

en este escrito, a esta historia total la denominaremos historia integral, para evitar, además, algunos malos recuerdos que dicho término puede evocar.

Como claramente ha establecido André Burguière, la perspectiva relacional, la atención a las dinámicas del intercambio, a los movimientos de circulación, en detrimento de la estaticidad de la sociedad (en síntesis, la propuesta braudeliana más cercana a lo que se conoce comúnmente como antropología histórica), resulta muy fecunda e innovadora, tanto en el nivel epistemológico como en el teórico, para comprender varias de las principales coordenadas de nuestra contemporaneidad.

En el plano epistemológico, la necesidad de pensar las transformaciones del mundo físico en su interacción con las del mundo social obliga a renunciar a los modos de imputación causal utilizados por la física y transmitidos a las ciencias sociales como modo obligado de razonamiento científico. Se trata de reemplazar la causalidad simple por una causalidad compleja, reversible, y tener en cuenta los regímenes de transformación que no se limitan a una homología de fuerza y de dirección entre la causa y el efecto. En el plano teórico, Braudel, al situar sus investigaciones en las fronteras de la historicidad y al preocuparse por las temporalidades más lentas, más cercanas a la inercia, pero también a los cambios que relacionan el mundo físico con el simbólico, se aproxima a la definición kantiana de la antropología: estudiar la condición humana en su diversidad, tratando de comprender “el interior por el exterior”. (Burguière, 2006, p. 198)

En este sentido, se puede sostener que una de las grandes limitaciones que, a nuestro modo de ver, comporta la mayor parte de los estudios dedicados a diferentes tópicos de nuestro presente, incluidos los históricos, consiste en que son miradas que tienden a fragmentar la problemática global en sectores, o se inclinan por aislar territorial y nacionalmente lo que ocurriría de un país a otro, razón por la cual, a lo sumo, logran producir una explicación en términos de interconexiones (internacionalidad); y también son perspectivas que tienden a aislar el presente de la duración, son concepciones acrónicas de la contemporaneidad, que no comprenden “el interior por el exterior”, es decir, el complejo componente relacional que todos esos eventos y situaciones comportan en la espesura del tiempo.

De esta sugestiva idea se puede hacer otra inferencia de no menor calado: también en contravía de las tendencias intelectuales predominantes que preferían la “cientificidad” de la sociología, la politología, la antropología o la economía, el mencionado historiador francés demostró que la disciplina histórica encierra una inmensa capacidad explicativa cuando se le quiere utilizar como una herramienta analítica para descifrar las claves del presente (Braudel, 1991). El entendimiento de los movimientos subterráneos sólo es aprehensible dentro de una perspectiva que concatene variadas duraciones, y ello hace de la historia un enfoque privilegiado que debe forzar la puerta para contribuir al discernimiento de muchas dinámicas poco comprendidas del presente.

En síntesis, el trabajo que tiene el lector en sus manos constituye una propuesta que ambiciona puntualizar la naturaleza de nuestro presente desde una perspectiva histórica, procedimiento que nos permitirá ofrecer algunas particularidades que comporta nuestra contemporaneidad, especificar algunos elementos de la relación especial que las sociedades actuales mantienen con el tiempo y, por último, precisar algunos componentes nuevos que encierra la noción de historia. Para tal efecto, el trabajo lo dividiremos en tres partes.

En la primera parte se efectuará una digresión teórico-histórica sobre los factores que a lo largo del siglo XX entrañaron el tránsito de la universalidad a la globalidad en la historia, entramados que comportan una gran diferencia entre sí, en tanto que el primero era *fuerte*, dado que disponía de un núcleo central que organizaba el sentido, mientras que el segundo es una *constelación débil*. La importancia de acometer este análisis consiste en que permite situar historiográfica e históricamente el presente contemporáneo. En la segunda parte, nos proponemos precisar la naturaleza del presente histórico actual con base en los desarrollos que en las últimas décadas ha experimentado el pensamiento histórico y mediante una contraposición con las fechas-acontecimientos que usualmente se han utilizado como manantiales de donde habría brotado la contemporaneidad. Por último, como conclusión, realizaremos un rápido barrido sobre el año-acontecimiento que consideramos como fundador de nuestro presente histórico y sobre algunas de las constantes principales sobre las cuales se reproduce este último.

Puesto que éste es fundamentalmente un texto de historia, y dado que nuestra intención consiste en hacer de esta disciplina un marco de reflexión sobre nuestro presente, todos estos capítulos estarán atravesados por los correspondientes debates historiográficos, procedimiento que deberá permitir sentar las bases para la construcción de una historiografía de la globalidad y mostrar también la manera como en el presente se ha modificado el uso asignado a la historia.

Consideraciones y agradecimientos

Antes de finalizar esta necesaria introducción ha llegado el momento de realizar los consabidos agradecimientos. Este trabajo le debe mucho a una idea que en alguna oportunidad obtuve de un texto de Immanuel Wallerstein sobre las incertidumbres del saber (2005). En dicha ocasión, el sociólogo norteamericano sostenía que todo científico social debía estar en condiciones de leer por lo menos en cinco lenguas, pero no por simple vanidad intelectual, como ha sido habitual en aquellos autores que gustan de referenciar numerosos textos en diferentes idiomas en sus publicaciones, con el fin de destacar su erudición y la pretendida seriedad de

su obra, sino con el propósito, menos rimbombante pero más efectivo, de “descolonizar” el conocimiento.

En efecto, en las ciencias sociales existen numerosas tradiciones intelectuales, y muchas de ellas sólo son comprensibles dentro de las discusiones académicas que tienen lugar en un determinado entorno sociocultural. Así como todas las lenguas tienen su propia e inigualable capacidad expresiva, de la misma manera, las distintas tradiciones históricas nacionales ofrecen oportunidades distintas de comprensión de un mismo problema.

Ocurre numerosas veces que la obra, el concepto o la propuesta de un autor son desarraigados con respecto al contexto en el que fueron enunciados y se les termina confiriendo un significado algo distinto a la intención original. Así, por ejemplo, todo parece demostrar que no es el mismo Foucault, cuando su obra se visualiza dentro de los ambientes intelectuales europeos, e incluso mediterráneos, en las álgidas décadas de los sesenta y los ochenta, que cuando el autor es interpretado fragmentariamente a partir de la apropiación que la academia norteamericana ha realizado de sus escritos. Por desgracia, ha sido este segundo el que más se ha popularizado por todo el mundo.

Cuando se retoman elementos de estas obras al margen de su contexto, se corre el riesgo de desvirtuar el sentido de fondo que comportan y el desarrollo en el cual se inscriben. A ello se suma, además, algo que la experiencia histórica ha demostrado profusamente, que si bien el inglés constituye la *lingua franca* de nuestro presente, de la que ningún científico social se puede privar, a este idioma sólo se traduce aquello que despierta interés en el mundo angloparlante y también aquello que se puede decodificar en los términos usuales de ese entorno sociocultural. No es extraño encontrar que un autor o una obra sean descalificados por su “sabor mediterráneo”, como si ese simple hecho lo ubicara de inmediato en un nivel inferior en la escala del conocimiento con respecto a la elevada sapiencia que se produciría en la lengua de Shakespeare.

Sobre este punto, conviene recordar a Renato Ortiz (2005), quien ha documentado magistralmente que la producción intelectual anglosajona en las ciencias sociales no es universal por su misma naturaleza, sino que, al igual que todas las demás, constituye un localismo o un provincianismo que, para la ocasión, funge de una pretensión universalizante. Además, como no todo el saber se encuentra en esta lengua vehicular de nuestra contemporaneidad, importantes textos y destacados autores permanecen desconocidos para el mundo de habla inglesa y para gran parte de la comunidad académica, y, por desgracia, muchos de ellos quedan prisioneros de un cierto anonimato, a menos que puedan ser leídos en su idioma original. Un simple dato corrobora este provincianismo (imperial): mientras las

casas editoras alemanas en 2002 adquirieron los derechos de traducción de 3.782 libros norteamericanos, los editores estadounidenses compraron derechos de sólo 150 libros alemanes. Y eso que estamos hablando de la lengua de Goethe y no la de Cervantes o Bocaccio.

Entender la riqueza que encierra esta problemática que acabamos de evocar constituye una premisa importante para los objetivos de nuestro trabajo, por cuanto, como es nuestra intención correlacionar la historia del presente con la globalidad, este procedimiento implica, en alguna medida, abogar por una globalización de la historia, pero sin que tenga que derivar en la dirección de pretender construir una *única narrativa histórica* planetaria. Quizá, esto último tan sólo pueda ser aprehensible dentro de los marcos de los vínculos académicos transnacionales que se organizan en torno a la lengua y a la academia anglosajonas, principal medio de realización de las comunicaciones internacionales, aunque también en este caso nos enfrentaríamos a una globalización segmentada, porque, como señaló hace algunos años Néstor García Canclini (1999, p. 12):

[...] sólo una franja de políticos, financistas y académicos piensan en todo el mundo, en una globalización *circular*, y ni siquiera son mayoría en sus campos profesionales. El resto imagina globalizaciones *tangenciales*. La amplitud o estrechez de los imaginarios sobre la globalización muestra las desigualdades de acceso a lo que suele llamarse economía y cultura globales.

Globalizar la historia significa más bien que, así como las lenguas nacionales poseen una gran riqueza expresiva que nadie puede pensar en suprimir, de la misma manera, no se pueden anular las perspectivas históricas locales, nacionales o regionales, incluso cuando se está hablando de fenómenos de naturaleza global. Parafraseando a Francesco Galgano (2005, p. 88), de una de cuyas obras hemos inferido el título de este libro, cuando analiza la manera como la globalización ha transformado el contenido mismo del derecho en nuestro presente, podemos decir que reconocer esta pluralidad interpretativa es también una forma de globalizar la historia, no imponiendo a todos el mismo sistema o código de interpretación, sino permitiendo a todos *vivir a costa del emporio planetario de las construcciones interpretativas*. Esta perspectiva es la que nos lleva a argumentar que no es el inglés la lengua de la globalidad, a lo sumo puede llegar a serlo otro tipo de lenguajes, como el televisivo, el musical, el computacional o el de las ciencias “duras”, cuyas expresiones, de hecho, pueden ser verbalizadas en todos los idiomas, sin mayores disonancias entre sí.

He querido iniciar los reconocimientos con esta breve digresión porque desde que me encontré con esta sugestiva idea de Wallerstein he procurado abrir mis horizontes intelectuales para incluir nuevas miradas, muchas de las cuales no son

hegemónicas ni hacen parte de las tradiciones académicas que son consideradas como evidentes y naturales en el mundo universitario anglosajón, así como también en aquellos contextos académicos que pretenden aproximarse o emular al anterior. Si no hubiera tenido esta preocupación en mente, quizá nunca me habría encontrado con un texto que se ha convertido en mi principal compañero de ruta durante gran parte de esta empresa intelectual: *Storia e globalizzazione* de Agostino Giovagnoli.

No me considero un aprendiz en el campo de la historiografía contemporánea mundial ni en los temas referidos a la globalización. Éstas son áreas del conocimiento en las que me desenvuelvo más o menos a mis anchas, y puedo decir, sin ninguna pretensión, que domino varias de las grandes tradiciones que han gobernado estos temas en el último medio siglo. Pero debo reconocer que nunca me había encontrado con un texto tan refrescante, sugestivo, e incluso, a veces emocionante, como el de Giovagnoli.

Sobre el particular, valga recordar a Walter Mignolo (2003), quien, en un sugerente ensayo, distinguía las lenguas de producción del conocimiento y las de traducción. El italiano, al igual que el castellano, pertenecería al rubro de las lenguas de traducción. *Storia e globalizzazione* demuestra que el italiano, así como el castellano, también es una lengua de producción de conocimiento, pero si no se le asume como tal, ello obedece en gran parte al peso inercial de un cierto “colonialismo académico”, que reproducimos por doquier, el cual presupone que el principal requisito de “cientificidad” consiste en que sea una producción escrita preferentemente en inglés, o en su defecto, en alemán o francés.

Varias de las más importantes reflexiones que acompañan este texto han sido inferencias que he podido realizar de esta imponente obra. Mis primeros agradecimientos son para aquella invitación intelectual wallersteiniana que ha contribuido enormemente a cosmopolitizar el conocimiento, así como el entendimiento que se ha desarrollado en los últimos años sobre el mundo presente, pues sin esta actitud seguramente no habría interés por ocuparse de los autores “otros” y, con ello, este texto seguramente tendría un formato más riguroso y acoplado a los cánones del *deber ser* de la ciencia, pero sería, a pesar de su densidad, mucho menos alegre y propositivo.

Un reconocimiento especial va para la institución donde laboro, grato ambiente intelectual donde he podido desarrollar muchas de las inquietudes académicas aquí consignadas tanto en los cursos a nivel de pregrado y posgrado como en mis poco formales propuestas investigativas y en conversaciones con mis colegas y amigos. A Colciencias, que ha brindado un invaluable apoyo con la financiación de un proyecto de investigación sobre una historia global de las relaciones

internacionales, del cual éste es su primer producto. Como siempre, este libro se lo dedico a mi familia –Julieta, Antonella, Luciana y Daniela–, donde siempre reina un cálido ambiente que puedo conjugar con mis funciones académicas.

1. LA HISTORIA: ENTRE LA UNIVERSALIDAD Y LA GLOBALIDAD

En el verano boreal de 1969, el astronauta norteamericano Michael Collins se encontraba orbitando la Luna mientras sus compañeros realizaban el primer descenso sobre el satélite terrestre. En la soledad de la distancia, la contemplación de nuestro planeta lo llevó a evocar una sugestiva reflexión:

Creo de veras que si los líderes políticos del mundo pudiesen ver su planeta desde mucha distancia, digamos unos 160 mil kilómetros, su punto de vista podría cambiar radicalmente. Esa frontera de importancia tan fundamental resultaría invisible, la ruidosa discusión se vería de pronto silenciada. El minúsculo globo continuaría girando, ignorando con serenidad toda subdivisión, presentando una fachada unificada que exigiría a gritos un entendimiento unificado, un tratamiento homogéneo. La Tierra debe volverse tal como aparece: azul y blanca, no capitalista o comunista; azul y blanca, no rica o pobre; azul y blanca, no envidiosa o envidiada. (Citado en Kurlansky, 2004, pp. 490-491)

Se ha querido comenzar este capítulo con la admirable y sugerente imagen que brinda el astronauta estadounidense y las reflexiones que le motivó la observación de la Tierra desde las cercanías a nuestro satélite natural, porque en estas pocas y sencillas palabras se encuentra contenido, de manera sucinta, un cambio trascendental en la representación habitual que la humanidad –o, por lo menos, buena parte de ella– se ha forjado de nuestro planeta a lo largo de nuestro presente histórico: el reconocimiento de la globalidad de nuestro mundo y el consiguiente debut de un nuevo régimen de historicidad, que podemos catalogar de presentista y global.

Seguramente, nada permite entender mejor la radicalidad de esta transformación en las representaciones e imaginarios que una rápida comparación con otra importante travesía, emprendida aproximadamente cinco siglos atrás por terrenos igualmente desconocidos, la navegación de Cristóbal Colón a través del Atlántico y el “descubrimiento” de un nuevo mundo. Si las navegaciones de este último, los subsiguientes “grandes descubrimientos geográficos” y las consiguientes exploraciones de remotos parajes habían demostrado que el planeta era una esfera mucho más extensa –cuyos horizontes se iban alejando, situación que contribuyó a que se dilatara de manera sustancial la representación del mis-

mo—, desde finales de la década de los sesenta del siglo pasado, cuando se obtuvieron, reprodujeron y difundieron las primeras imágenes de nuestro planeta desde el espacio sideral, el mundo pareció “encogerse”. Dejó de ser una vasta esfera para transformarse en un minúsculo punto en el espacio, dejó de ser un inmenso territorio que contenía una multiplicidad de lugares para convertirse en una simple e integrada unidad.

Parece, empero, que, con contadas excepciones, muchos todavía no son plenamente conscientes de las implicaciones que comporta esta representación que subyace a este “encogimiento” que ha experimentado nuestro planeta. La distancia que nos separa de la imagen que se forjó hace cinco siglos no es simplemente un problema conexas con un desarrollo histórico ineluctable o una simple cuestión de escalas; no obedece al punto que se elige en el momento de situar la observación; tampoco es únicamente un problema de conciencia o de los imaginarios que se construyen. La cuestión es mucho más de fondo. El encogimiento, sin duda, se representa como un imaginario, pero no es un simple problema de representaciones; es un asunto real porque simboliza la entrada del mundo en un ambiente de intensa globalidad. Observemos aleatoria y rápidamente algunas cosas que han cambiado, para que dispongamos de elementos que permitan comenzar nuestra evaluación del escenario actual.

En el recodo de los siglos XVII y XVIII, la población humana traspasó por primera vez los mil millones de personas (Ferrer, 2000, p. 14). A finales del siglo que acaba de concluir, un número seis veces mayor de personas habitaban el planeta Tierra. Si figurativamente dividiéramos la superficie terrestre entre esos millones de personas que vivían en el siglo XVIII, obtendríamos una distribución espacial de varios kilómetros cuadrados por cada habitante; nadie podría ver a sus vecinos a simple vista; todo individuo se encontraría en un completo aislamiento y tendría que recorrer un largo trayecto para encontrar al habitante más próximo. Diferente es el escenario que se presenta en la actualidad: en tres siglos, la proporción se ha encogido en un seiscientos por ciento, es decir, si proyectáramos el mismo ejercicio a nuestro presente, y distribuyéramos a los seis mil millones de personas por toda la superficie terrestre, la distancia entre habitantes se reduciría a tal grado que todo individuo no sólo vería a sus vecinos a simple vista, sino que podría comunicarse sin problemas con gritos o señas de mano.

Otra situación que refuerza la idea del “encogimiento” podemos observarla en una tesis que recorre buena parte del famoso libro *Civilización material, economía y capitalismo*, en el cual el historiador francés recordaba que “Napoleón se desplazaba con la misma lentitud que Julio César” (Braudel, 1979, tomo 1, p. 478). Algunos estudios sugieren que en el siglo XVII, en el mejor de los casos, y poniendo a disposición todos los recursos de transporte entonces disponibles, se

podía realizar como máximo un trayecto de 100 kilómetros en 24 horas. Ahora bien, en esa época no solamente la velocidad era lenta, más complicado aún era que la movilidad se encontraba totalmente subordinada a la topografía y a los ritmos y caprichos de la naturaleza. En el siglo XVI, los conquistadores españoles tenían que atravesar un peligroso e inhóspito océano para recorrer los más de ocho mil kilómetros que separan la península Ibérica de las costas de México. No era aleatorio el momento en que se daba inicio a la travesía en cualquiera de los dos sentidos; había que esperar el momento propicio para levantar el ancla, cuando las corrientes marítimas y los vientos permitían iniciar la travesía, y esto ocurría tanto en el trayecto de ida como en el de vuelta. Hoy, por el contrario, sólo diez horas de vuelo separan a Ciudad de México de la capital española, y todos los días despegan aviones –esas maravillosas “cápsulas del tiempo”– que ponen en conexión a ambos países.

Igualmente evidente es lo que ha ocurrido en el plano de las comunicaciones. Hasta mediados del siglo XIX, la información se transmitía a la misma velocidad en que se trasladaban las personas y las cosas. El único sistema de comunicación más veloz que el desplazamiento humano era la poco segura paloma mensajera, de la que se sabía a ciencia cierta de su partida, pero no se tenían certezas sobre su arribo, más aún cuando muchas de ellas se extraviaban o perecían en el intento. Noticias como la abdicación de Carlos IV, la caída de Godoy en Aranjuez y la ascensión al trono de Fernando VII, ocurridas entre el 17 y el 19 de marzo de 1808, tardaron cinco meses en llegar a un lugar periférico del Imperio español como era Santiago de Chile, intervalo durante el cual, con toda seguridad, en el extremo sur del continente americano se seguía honrando al viejo monarca, cuando éste hacía tiempo que había cesado en sus funciones.

Fue sólo a partir de la segunda mitad del siglo XIX cuando las cosas comenzaron súbitamente a cambiar. Primero el telégrafo óptico y después el telégrafo, el tendido de cables submarinos, la radiotelefonía, la radio y el teléfono acortaron sustancialmente las distancias terrestres, marítimas y aéreas y permitieron –por vez primera– una comunicación prácticamente instantánea. No obstante la radicalidad que supusieron estos cambios, todavía quedaba un gran trecho por recorrer para llegar a la instantaneidad, característica que empieza a ser una impronta tan particular de nuestro presente. La lentitud en esos desarrollos de comunicación inmediata obedecía a que la masificación de esas nuevas tecnologías ocurría lentamente. Además, durante largo tiempo estos medios sólo estuvieron disponibles para los funcionarios estatales –diplomáticos y militares– y para el puñado de personas pudientes con capacidad de acceso a estas tecnologías. Como recuerda Anthony Giddens (2000), se requirió que pasaran cuarenta años para que un medio como la radio estuviese al alcance de 50 millones de personas, fue-

ron necesarios quince años para que un número similar de personas en Estados Unidos dispusiera de un computador personal, pero sólo cuatro años para que un idéntico número de personas tuviera acceso a internet. No sólo la masificación es más rápida; también se observa un drástico encogimiento del intervalo de tiempo que separa un descubrimiento científico de su materialización en la vida diaria. Mientras este intervalo era de treinta años a finales del siglo XIX y de nueve años en las dos primeras décadas de la segunda mitad del XX, en la actualidad las tecnologías de punta se renuevan cada dieciocho meses y sus costos se reducen exponencialmente (Jeanneney, 2001, p. 12).

Si bien la cobertura de los medios de comunicación actuales no está completamente generalizada, pues los principales nodos todavía se encuentran en las grandes ciudades de los países más desarrollados, los avances registrados en los últimos años permiten prever que, al cabo de muy poco tiempo, su cobertura será prácticamente total. No sólo la rapidez de la masificación de estos medios constituye un importante indicador del “encogimiento”, tampoco debemos olvidar que el mundo que nos ha correspondido vivir carece de lugares vedados para la comunicación instantánea. Desde inmediaciones apartadas de la selva tropical, las profundidades submarinas o la cima del Everest, el teléfono satelital se ha convertido en un recurso tecnológico que permite una conectividad inmediata con cualquier lugar del planeta. Esta instantaneidad de la comunicación demuestra que el tiempo, por abstracta e inaprensible que sea su naturaleza, ha vencido al espacio, y ello ha sido potenciado paralelamente por el desarrollo de tecnologías, como internet, que han contribuido a una importante radicalización de esta indisoluble relación, debido, entre otras, a que ha intensificado la competencia basada en el dominio del tiempo (Laïdi, 2004).

Por último, para no abundar en ejemplos, recordemos otro elemento capilar de nuestro presente: los riesgos. Como han enseñado los sociólogos Ulrich Beck y Anthony Giddens, el riesgo es un concepto moderno, porque cuando la gente se encontraba expuesta a las catástrofes naturales o la intervención de fuerzas sobrenaturales, el riesgo simplemente no podía existir, porque, entre otras, ninguna reflexividad podía servirle de fundamento. “El concepto de riesgo expresa el intento de una civilización por hacer previsible las consecuencias imprevisibles de decisiones propias, por controlar lo incontrolado, por someter las consecuencias a acciones preventivas consabidas y a las correspondientes disposiciones institucionales” (Beck, 2002, p. 111).

Los riesgos comportan dos cualidades que singularizan el mundo actual: de una parte, transportan elementos del futuro al presente, porque se convierten en un criterio de referencia para la acción y la reflexión, y de la otra, se expresan como dinámicas desterritorializadas. Las actividades para contrarrestarlos tam-

poco pueden inscribirse dentro de diseños predestinados, y menos aún pueden ser confinados territorialmente, pues los riesgos se encuentran abiertos a todo tipo de contingencias, ritmos, expansiones y dispersiones. Los riesgos no se confinan en un campo en particular, sino que se expresan en los más variados ámbitos sociales: medioambiente, economía, política, el mundo de las finanzas, en el campo de la seguridad, etc. Y, como ha quedado profusamente demostrado, estos riesgos no son posibles de contener dentro de determinados límites y, en ese sentido, acentúan el desvanecimiento de las fronteras, y con ello, la idea de la sociedad como un sistema autónomo y organizado pierde parte de su anterior consistencia.

A su manera, los riesgos también intervienen en este “encogimiento” del planeta, en la medida en que fuerzan la desvinculación con el futuro de aquel ideal de progreso que expandía nuestros horizontes, y porque un acontecimiento, producido en cualquier parte del planeta, genera réplicas y consecuencias insospechadas e inmanejables en los parajes más distantes, fortaleciendo las tendencias sincronizadoras en el mundo actual. Esta nueva calidad de peligros, por último, se ha convertido en una especie de *otredad*, en un “enemigo” en potencia, que está azuzando la comprensión de un nosotros compartido, situación que se encuentra en el trasfondo de la emergencia de una naciente *comunidad global imaginada* (Zarifian, 2004).

Esta rápida mirada histórico-comparativa entre estas dos coyunturas sirve de primera entrada para entender las transformaciones que ha experimentado el mundo, y también permite precisar ciertos elementos históricos que han hecho posibles dichos cambios. La conjetura a que hemos llegado sobre el “encogimiento” ha servido de primera motivación para escribir este libro y representa, metafóricamente hablando, la tesis de fondo que subyace al concepto que iremos desarrollando paulatinamente sobre el presente histórico que nos ha correspondido vivir.

A simple vista, podría suponerse que el “encogimiento” del mundo alude a la materialización de dos tipos de circunstancias: de una parte, a una enérgica tendencia en dirección de una mayor convergencia y comunión de los distintos colectivos humanos, proceso en el cual una incumbencia muy elevada le correspondería a la intensificación de las tendencias globalizantes, y de la otra, a la indiscutible puesta en escena de una cada vez más sólida historia universal, la cual estaría conduciendo al conjunto de la humanidad hacia un destino único.

De ser válida esta inferencia, el “encogimiento” del planeta se expresaría en dos planos al mismo tiempo: de una parte, sería el resultado de un conjunto de dinámicas que estarían vigorizando el acercamiento, y de la otra, consistiría en la consolidación de una nueva forma de representar la realidad mundial. Es decir,

sería materialidad y representación, de manera simultánea. Si bien ninguna de estas dos circunstancias puede ser considerada como equivocada, pues cada una de ellas aporta significativos elementos de veracidad, somos de la opinión de que el “encogimiento” es un asunto mucho más complejo que una simple confluencia en torno a un inevitable destino común. Más bien, podríamos argumentar que esta situación actual representa la puesta en escena de una historia global, con un destino compartido, pero que ya no es común.

Para ir de una vez al fondo del asunto, desentrañar el contenido y no solamente quedarnos en la descripción de las formas en que transcurre este “encogimiento”, y avanzar en la dirección de precisar ciertas coordenadas que nos permitirán discutir más adelante el sentido que comporta el presente histórico contemporáneo, comencemos nuestro recorrido abordando brevemente dos temas complejos, pero que, a nuestro modo de ver, son centrales en el tipo de preocupaciones que aquí nos convocan: las relaciones que tienen la historia y, de suyo, las sociedades con el tiempo y el espacio, porque son estas constantes las que permiten desarrollar una perspectiva que dé cuenta del contenido que experimenta el “encogimiento”, precisa la radicalidad de las transformaciones que dicho cambio comporta, así como suministra también una importante información sobre el contenido que le asignamos al concepto de historia global.

Tiempo y espacio: fundamentos de la universalidad y de la globalidad

Detengámonos brevemente en este par de importantes asuntos: el tiempo y el espacio, los cuales, indudablemente, se encuentran en el trasfondo de esta discusión sobre el “encogimiento”. Como veíamos recientemente, dos dinámicas han desempeñado un ‘importante papel en su calidad de procesos conducentes a este encogimiento: la materialidad de ciertos elementos de la historia universal y la globalización, de cuya conjunción ha surgido la historia global. Ambas, por su parte, en su calidad de dinámicas que han conducido a la contracción del mundo, son problemas que se pueden analizar conjuntamente, porque son situaciones que responden a elementos comunes: aluden a una transformación en la relación que las sociedades entretienen con el espacio y el tiempo.

Antes de entrar a abordar cada uno de estos elementos por separado, debemos precisar las razones que nos han llevado a considerar el tiempo, el espacio e, incluso, uno de sus principales corolarios, la globalidad, y no otros factores, como los ambientes institucionales habituales, muy destacados por la literatura sociológica contemporánea, de más fácil aprehensión, como los elementos particulares de la condición moderna en nuestro presente más actual.

En un trabajo anterior (Fazio, 2007), sosteníamos que uno de los mayores problemas que encierra la comprensión del presente consiste en que numerosos autores han establecido de manera mecánica que la globalización actual y, de suyo, la renegociación frente al tiempo y el espacio habrían sido una consecuencia de la expansión por todo el planeta de los ambientes institucionales que habrían emanado del itinerario histórico occidental (Spybey, 1997). Más adelante discutiremos con mayor profundidad sobre este importante aspecto; por el momento, contentémonos con señalar que esta manera de entender las cosas ha tenido como resultado no sólo el desconocimiento de otros posibles desarrollos de modernidad, distintos al europeo occidental y al norteamericano, sino también que todos estos factores, así como la correspondiente globalidad contemporánea –y, por ende, los rasgos constitutivos de nuestro presente–, han quedado subsumidos dentro la experiencia histórica de la modernidad de Occidente. Por último, este conjunto de axiomas que se desprende de la derivación de la globalización como consecuencia de la modernidad ha terminado identificando ciertas expresiones históricas particulares con la matriz y la esencia de la modernidad.

Nuestra concepción de la modernidad y de la globalidad se ubica en otro plano y arranca de otro conjunto de premisas. Un adecuada entrada a esta problemática se puede realizar a partir de los conceptos metahistóricos koselleckianos de “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa”. El primero constituye el *pasado actual* y es un asunto ante todo de naturaleza espacial, en la medida en que conforma una totalidad en la que se sobreponen enrevesadamente muchos estratos anteriores de tiempo. El segundo “es aquella línea tras la cual se abre en el futuro un nuevo espacio de experiencia” y, por ende, es una categoría de tiempo, es decir, es el *futuro actualizado*. A partir de la conjunción de estas dos nociones, el mencionado historiador concluye que en la “época moderna va aumentando progresivamente la diferencia entre experiencia y expectativa, o, más exactamente, que sólo se puede concebir la modernidad como un tiempo nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas” (Koselleck, 1993, pp. 339, 340 y 343).

De esta concepción podemos inferir que tanto la modernidad como de suyo la globalidad (sin que con ello estemos presuponiendo que la segunda es un producto de la primera) –simplemente queremos constatar que ambas se realizan a partir de los mismos factores– son procesos que cobran vida en el tiempo histórico a partir de las variadas maneras en que interactúan las “experiencias” con las “expectativas”. En otras palabras, no hay ningún elemento único que otorgue uniformidad y consistencia a la modernidad y a la globalidad, no existe un “ladrillo”, es decir, un fundamento que las sustancie; más bien, ambas se construyen en

nuestro presente a través de la coexistencia de una infinidad de temporalidades relativas. Esta misma idea tiene en mente el historiador norteamericano Stephen Kern, cuando escribe:

No todas las sociedades tienen reyes, parlamentos, sindicatos de trabajadores, grandes ciudades, burguesías, iglesias cristianas, diplomáticos o marinas militares. No quiero dudar de la importancia de la historia de estas instituciones, sino simplemente destacar que no son universales. El tiempo y el espacio sí lo son. (Kern, 1995, p. 10)

De esta manera, para evitar caer en la trampa de generalizar acontecimientos, situaciones o experiencias y elevarlos al rango de fenómenos universales y mundializados, preferimos concentrarnos en aquellos factores que nos pueden brindar información sobre la condición presente y que, además, son globales en sí mismos. Una vez precisada esta circunstancia, pasemos revista a cada uno de estos componentes, comenzando por el papel del tiempo en la sociedad y en la historia. Nuestro análisis se referirá particularmente a la historia, porque es la que mejor puede dar cuenta de las razones que han hecho posible el “encogimiento” y porque, como demostró Norbert Elias (1997), el tiempo, condición imprescindible de toda historia, no es un dato *a priori* de la naturaleza humana ni una propiedad de la naturaleza en sí, sino una síntesis humana que se refiere a procesos sociales. Del mismo parecer fue George Gurevitch, para quien no sólo cada género de la actividad humana se afirma en un tiempo particular, también son distintos los tiempos en los que trabajan las diferentes ciencias e incluso los subcampos en que éstas se subdividen.

Como es bien sabido, dos son las temáticas centrales que caracterizan a la historia como disciplina: el estudio de la sociedad y el análisis del tiempo. En aras de la brevedad, recurramos a Julio Arostegui (2001, p. 197), quien brinda una adecuada síntesis de esta problemática, cuando sostiene:

La relación de la teoría de la historia con la teoría social es múltiple. Por una parte, el *sujeto* de la historia, el agente, el ejecutor y el depositario de ella es, en sus términos más abstractos y más generales, la sociedad misma. Cuando hablamos de los actores individuales, el individuo no puede ser tampoco entendido al margen de su inmersión en la sociedad. En segundo lugar, la teoría de la historia es, de hecho, una teoría de la sociedad desde el punto de vista de la temporalidad de esta. El proceso de cambio o de permanencia en las sociedades afecta tanto a la teoría social como a la histórica. La relación del cambio social con el cambio histórico hace que ambas cosas sean algunas veces indiscernibles. Por ello, dada la inextricable convergencia de lo social y lo histórico, como hemos establecido ya, es preciso hablar de la *sociedad*, desde diversos puntos de su teoría, para poder hablar de *qué es la historia*.

No se debe, empero, perder de perspectiva que, no obstante el inevitable entrecruzamiento de la sociedad con la historia, ambas dimensiones constituyen ór-

denes distintos de la realidad. Mientras la primera puede ser discernible como una cosa, como un artefacto social, la segunda es una dimensión no materializable. En esta ocasión, hablaremos fundamentalmente sobre el tiempo en la historia, pero no debemos perder de vista que no nos estamos refiriendo a una condición etérea, sino a una de las principales manifestaciones en las que se realiza lo social.

Ha sido habitual en el pensamiento social considerar el tiempo como uno de los elementos centrales de la historia. “La historia es una ciencia del tiempo”, argumentaba Jacques Le Goff en su libro *Pensar la historia*. Ciertamente, sin una determinada concepción del tiempo, sencillamente no puede haber historia. En rigor, es el manejo del tiempo y la comprensión de su armazón, es el tiempo histórico y no la cronología, lo que convierte a la historia en un enfoque particular dentro del concierto de las ciencias sociales (Koselleck, 1993). Como bien demuestra el mencionado historiador de los *Annales*, el tiempo es el material fundamental de la historia; la cronología constituye simplemente uno de sus principales recursos,

[...] como hilo conductor y ciencia auxiliar de la historia. El instrumento principal de la cronología es el calendario [...] sus articulaciones más eficaces están vinculadas con la cultura, no con la naturaleza. El calendario es producto y expresión de la historia; está vinculado con los orígenes míticos y religiosos de la humanidad, con los progresos tecnológicos y científicos (medida del tiempo), con la evolución económica, social y cultural (tiempo del trabajo y tiempo de la diversión). Lo cual pone de manifiesto el esfuerzo de las sociedades humanas para transformar el tiempo cíclico de la naturaleza y los mitos, el eterno retorno, en un tiempo lineal pautado por grupos de años [...] Con la historia están íntimamente conectados dos progresos esenciales: la definición de los puntos de partida cronológicos y la búsqueda de una periodización, la creación de unidades iguales, mensurables, de tiempo. (Le Goff, 1995, p. 14)

En el desarrollo de esta tesis, ciertos autores, como el historiador George Duby, en sus conversaciones con Guy Lardreau, han sostenido que este maridaje entre la historia y el tiempo explica el hecho de que la primera, como forma de conocimiento, haya sido una práctica particular de la cultura occidental, región donde por vez primera habría aparecido, no la historia, sino una conciencia propiamente histórica. La misma tesis ha sostenido George Iggers (1998, p. 23), cuando argumenta que la ciencia histórica es una expresión del mundo occidental moderno; las sociedades no occidentales la habrían adoptado solamente en el transcurso de su propia modernización, como resultado de los contactos e influencias provenientes de la expansión de Occidente. Otros autores han afirmado que esto efectivamente ha sido así, porque en el mundo no europeo los distintos colectivos humanos eran menos proclives a dejarse tiranizar por el tiempo. Si finalmente cedieron a esta tiranía temporal, ello ocurrió cuando tuvieron que interiorizar la megamáquina moderna occidental (Bultjens, 1993, p. 75).

La proclividad por la historia de la experiencia civilizatoria europea habría sido una consecuencia de la implantación del cristianismo, doctrina religiosa que habría propagado el desarrollo de una concepción lineal del tiempo, conformada a partir de tres momentos esenciales: la Creación (el pasado como anales de las Sagradas Escrituras), la Encarnación y la futura segunda venida de Jesucristo. La propagación de esta cosmovisión lineal habría entrañado una marcada diferencia con las concepciones más antiguas sobre el tiempo, las cuales le conferían básicamente un carácter cíclico al mismo. Mientras Guy Lardreau sostenía hace algunos años que “hacemos historia porque somos cristianos”, George Duby acotaba que “hay una manera cristiana de pensar qué es la historia. ¿La ciencia histórica no es acaso occidental? ¿Qué es la historia en China, en India, en el África negra? El Islam tuvo admirables geógrafos, pero ¿dónde están sus historiadores?” (Duby y Lardreau, 1980, pp. 138-139).

Esta correspondencia que se establece corrientemente entre el cristianismo y la historia, razonamiento ampliamente difundido y muchas veces repetido en el gremio de los historiadores, no es del todo valedera. Evidentemente, en los pasados más antiguos, las “sociedades frías”, al decir de Lévi-Strauss, manejaban una concepción que, por regla general, identificaba el tiempo con el ciclo meteorológico, lo que denotaba una concepción periódica del mismo; el fundamento del movimiento del tiempo se basaba en la secuencialidad de las estaciones. Sin embargo, no es cierto que China y el islam carecieran de historiadores. Cabe recordar a Ibn Jaldun, a quien no pocos expertos en historia universal han catalogado como uno de los más grandes historiadores de todos los tiempos, o la historia de Sima Qian, que data del siglo III a. C. (Lévi, 1997, pp. 63-80).

De la otra, tampoco es completamente cierta la aseveración de que con anterioridad al cristianismo la concepción del tiempo hubiera sido cíclica, y lineal sólo después. Innegablemente, durante mucho tiempo, en la Grecia clásica, y de modo evidente en la época de Homero, el tiempo se desdoblaba en una temporalidad terrenal y otra propia de las deidades. Ambas eran, sin embargo, inmutables, y se retroalimentaban mutuamente, es decir, se ubicaban en un constante presente.

Sin embargo, debe reconocerse que no sólo los antiguos hebreos disponían de una concepción lineal del tiempo, sino que también los historiadores griegos y romanos tenían una elevada concepción de la causalidad, la diacronía y la sincronía, situación que, en su conjunto, remite a una noción sino lineal, por lo menos acumulativa, sincrónica y diacrónica, y no obligatoriamente circular, del tiempo. La magna obra de Tucídides sobre la guerra del Peloponeso se estructura en torno a una unidad de lugar, el mundo griego, de composición y de problema, y una unidad de tiempo, que no es otra que la duración de la guerra entre Esparta y Atenas. Lo mismo puede decirse de Polibio, que escribió

la primera historia mundializada a escala del Mediterráneo, para quien Roma encadenaba variadas trayectorias de desarrollo que repercutían en su simultaneidad. Tampoco es casual que a Herodoto se lo considere el primer historiador. El gran mérito de su importante obra fue haber contribuido a fundamentar una perspectiva humanizada del tiempo social, es decir, el hecho de concebir la historia como una participación de los hombres dentro de una temporalidad que comenzaba a serles propia.

Tampoco el cristianismo se ha reconocido dentro de una única dimensión temporal, pues en él cohabitan remanentes de un tiempo astrológico, identificado con el desplazamiento regular de los astros, cálculo a partir del cual se determinan varias de las principales fechas de los oficios; el tiempo circular de la liturgia, vinculado con las estaciones, “y que recuperaba el calendario pagano; el tiempo cronológico lineal, homogéneo y neutro, calculado matemáticamente, y el tiempo lineal teleológico, o tiempo escatológico” (Le Goff, 1995, p. 57).

Lo que sí se puede rescatar como valedero de esta implícita asociación que algunos autores han establecido entre el cristianismo y la historia consiste en la convergencia que se presenta entre ambos, debido a la centralidad que uno y otro le asignan al factor tiempo, lo que sugiere que la cosmovisión cristiana se encuentra en el trasfondo de la aparición de una *conciencia histórica* en Occidente, sobre todo por la importancia asignada a las categorías de tiempo, el rol que se le asigna al devenir y la etapa histórica como vínculos entre el pasado, el presente y el anhelado futuro. “Con la concepción cristiana de la historia, las ‘épocas’ aparecen como etapas dentro de una progresión global, los movimientos que la humanidad debe completar para elevarse hacia el bien y hacia su propio fin” (Agacinski, 2000, p. 10).

En lo que atañe a la historia, fácilmente podríamos llenar decenas de páginas de definiciones en las que se hace una explícita o implícita referencia a que uno de sus caracteres centrales está conformado por el manejo del tiempo. “Ciencia de los hombres en el tiempo”, bella expresión, que nos recuerda Marc Bloch en su célebre texto sobre la historia, o la historia como “lectura del tiempo”, tal como lo ha propuesto recientemente Roger Chartier (2007), pueden servir de notorios ejemplos. La alusión al tiempo se ha convertido en una referencia tan permanente entre los profesionales de la disciplina que escasos han sido los historiadores que se han detenido a reflexionar seriamente sobre su naturaleza.

¿Qué es y cómo debe entenderse el tiempo en la historia? Compleja pregunta, que, cuando nos es formulada, nos lleva por lo general a balbucear algunas tentativas de respuesta, pero sobre la cual no podemos ser categóricos, porque rara vez nos detenemos a reflexionar sobre este crucial asunto. Nobert Elias, en

un célebre texto, aventuró una respuesta, que puede servir de aproximación preliminar, cuando recuerda que la palabra “tiempo es el símbolo de una relación que un grupo (esto es, un grupo de seres vivos con la facultad biológica de acordarse y sintetizar) establece entre dos o más procesos, de entre los cuales toman uno como cuadro de referencia o medida de los demás” (Elias, 1997, p. 56).

Existe, empero, otro conjunto de elementos de gran relevancia en esta emergencia de la conciencia histórica, los cuales se pueden recuperar a partir de esta concepción religiosa, y que pueden ayudar al entendimiento del papel que le ha correspondido al tiempo en la historia. Uno de ellos se puede valorar a través de la importancia que esta religión le confirió al Acontecimiento: “La historicidad de Jesús, como fuente empírica de la revelación, contribuyó en gran medida a que el concepto de historia adquiriera una pretensión enfática de verdad” (Koselleck, 2004, p. 34).

Es cierto que los historiadores griegos mucho antes también habían mostrado una elevada conciencia sobre la importancia de los acontecimientos. Tucídides, como lo anotábamos, dedicó su magna obra al análisis de un suceso trascendental para su época: la guerra del Peloponeso. Su enfoque, sin embargo, versaba sobre un acontecimiento demasiado cercano, era una historia inmediata, razón por la cual su análisis no comportaba ningún tipo de entrelazamiento deliberado entre el discernimiento del fenómeno en cuestión y la temporalidad consustancial al mismo.

Esta interrelación entre tiempo y acontecimiento sólo se percibe de modo visible y palpable a partir de la difusión del cristianismo, porque la concepción sobre el nacimiento y la muerte de Jesús ha operado como una ruptura en el tiempo, estableciendo una cisura entre el *antes* y el *después*, entre un período ya concluido, “un espacio de experiencia”, y otro regido por las expectativas. Dentro del intervalo temporal de este último, pero determinado por la gloria de un pasado anhelado, se desenvuelve el presente, que se abre permanentemente al futuro, hasta cuando sobrevengan el regreso de Cristo y el Juicio Final. Quizá, sea éste el lugar para recordar que existen otras culturas que manejan una concepción muy distinta del tiempo, como la India brahmánica, que reconoce indistintamente el hacinamiento, la superposición, la coexistencia, la absorción de variadas dimensiones del tiempo, perspectiva que abre la posibilidad de trascendencia, incluso en lo que se refiere a vidas anteriores (Whitrow, 1990).

Con toda seguridad, esta secuencia temporal cristiana sirvió de fundamento para la aparición de una conciencia histórica en Occidente y dotó de contenido al sentido del devenir humano. La historicidad del acontecimiento permitió la consolidación de dos constantes que se han convertido en rasgos inherentes de

la mentalidad histórica occidental. De una parte, la gravitación del pasado como origen, donde el Acontecimiento constituyó un importante punto de inflexión, y de la otra, la tensión entre el presente catalizado por lo ya ocurrido y el futuro como expectativa de salvación.

Conviene destacar este último aspecto porque a partir de esta concepción se puede inferir que dentro de esta conciencia histórica los acontecimientos no sólo ocurren cronológicamente en un momento determinado del tiempo, sino que disponen de la cualidad de perdurar (*duración*) a través del tiempo, con lo cual este último se reconvierte en uno de los elementos centrales del devenir, en tanto que permite visibilizar la temporalidad del evento y la del proceso que germina o se inflexiona a partir del anterior. Con el acontecimiento, el tiempo se convierte en un *actor* central de toda historia.

Una interesante constatación de esta versatilidad en la temporalidad del proceso y de los acontecimientos podemos observarla en una preocupación que recorre buena parte del pensamiento del filósofo marxista italiano Antonio Gramsci: la tardía formación de una conciencia nacional en su país, en comparación con sus vecinos septentrionales, situación que no se explicaría exclusivamente por un mayor atraso material y económico, tal como se desprendería de una interpretación marxista o liberal ortodoxa, sino por la alta gravitación en la conciencia colectiva de la tradición universal romana y medieval (tiempo extendido), estilo tan apegado a la piel social que habría inhibido el desarrollo de fuerzas políticas nacionales, hasta cuando sobrevino la revolución en Francia. Hemos querido recordar esta sugestiva preocupación gramsciana porque en ella se puede observar claramente la idea de que el tiempo en la historia no se ubica en una relación de exterioridad con respecto a los fenómenos sociales, sino que es una dinámica intrínseca del proceso mismo.

El interés que despierta la recordación de esta reflexión del filósofo marxista consiste también en el reconocimiento de que en la historia se materializan complejas relaciones entre distintos componentes, eventos y situaciones, pero todos ellos tienen en común el hecho de que el tiempo es una *condición interna* de las cosas. Aunque el sentido de la historia se organice a partir de un determinado devenir, el recorrido se encuentra salpicado de acontecimientos, conjugando aleatoria e indistintamente elementos de universalidad con otros que se inscriben en la singularidad. Los acontecimientos cumplen diferentes funciones y pueden cristalizar “los momentos relevantes del devenir pero también pueden provocar la formación de un sentido objetivo y modificar la orientación del curso de un devenir” (Zarifian, 2001, p. 244). En definitiva, esta problemática demuestra que co-responde a los hechos históricos la producción de la temporalidad de las cosas.

Esta breve digresión sobre algunos componentes que gravitan en torno al tiempo histórico nos muestra la complejidad que tiene este registro temporal y la gran distancia que lo separa de las nociones que usualmente se manejan en la vida cotidiana. Como sostiene el filósofo e historiador italiano Giuseppe Galasso, el tiempo histórico es muy distinto al que nos hemos habituado con el reloj: es incompatible con aquella sucesión uniforme de idénticos intervalos temporales, medidos espacialmente a través de los puntos del cuadrante, que se encuentran ubicados a idéntica distancia los unos de los otros. El tiempo histórico no dispone de esa regularidad de intervalos y sucesiones, pues no es un tiempo que se organice con base en una medida de espacio; su naturaleza se formaliza a partir de la temporalidad de los procesos, situaciones y eventos que recubre. Esto es lo que permite sostener que el tiempo histórico no se puede concebir como un registro único, puesto que su ritmicidad incluye múltiples indicaciones irregulares (externamente) del tiempo.

Este carácter irregular resulta de la movilidad y de la aleatoriedad de los acontecimientos, ocasionando que los mismos criterios de medida experimenten profundas variaciones de un caso a otro. El tiempo histórico, por tanto, es un registro constituido de variadas aceleraciones, ralentizaciones, saltos y discontinuidades. Estos tiempos discontinuos son independientes, pero se encuentran correlacionados en su simultaneidad. Son independientes, porque cada ámbito conserva un valor específico, pero están correlacionados, debido a que numerosas interferencias se presentan circunstancialmente entre todos ellos.

En la historia, en síntesis, el tiempo es tanto una cantidad como una cualidad –concluye el autor– y sólo en abstracto se puede diferenciar la una de la otra. No existe, en efecto, un tiempo histórico sin cualidad, o sea, sin pluralidad y ritmos articulados y diferenciados según una lógica, que no sea la temporal, del tiempo que, por definición, transcurre. Pero no existe tampoco un tiempo que sea pura cualidad, mera duración, o sea un tiempo como cualidad que no se traduzca en el tiempo que se desliza por sus convenciones y medidas. (Galasso, 2000, p. 44)

Además de esta distinción de composición entre cantidad y cantidad, desde otro ángulo se puede observar que el tiempo histórico se puede organizar también a partir de la linealidad cronológica, pero que, en su fuero interno, concurren indistintamente elementos lineales (únicos) con otros repetitivos o sistémicos, y son estos últimos los que confieren el carácter particular a los primeros, pues estas estructuras de repetición sólo se modifican lentamente, en la *longue durée* (Koselleck, 2001, p. 38).

Una inferencia que podemos realizar de la interrelación entre concepción y tiempo, entre cualidad y cantidad y entre unicidad y repetición tiene que ver con el hecho de que la articulación de la historia con el tiempo no es un asunto de

tipo metafísico ni constituye una propiedad universal, válida para todo período y espacio. El desenvolvimiento del tiempo es variable e históricamente contingente, porque el significado social que en un determinado momento se le asigne se inscribe dentro del *régimen de historicidad* que hegemoniza cierto período.

Por régimen de historicidad puede entenderse la expresión de un orden dominante de tiempo, de acuerdo con la estructura sociocultural preponderante en un momento en cuestión. François Hartog, historiador contemporáneo que ha trabajado prolíficamente sobre la variabilidad histórica de este concepto, considera que este régimen es una manera de traducir y de ordenar las experiencias del tiempo –maneras de articular pasado, presente y futuro–, y asignarles un sentido. Como señala el mencionado autor, el régimen de historicidad se puede entender básicamente de dos maneras: en un sentido estrecho, como la manera en que una sociedad procesa su pasado. En un sentido más amplio, el régimen de historicidad sirve para designar la modalidad de conciencia que una comunidad humana tiene de sí misma (Hartog, 2003, pp. 18-19). Quizá, nada como un buen estudio comparativo de los distintos regímenes de historicidad brinde más información sobre las particularidades que registran los distintos tipos de sociedades a través del tiempo.

Los regímenes de historicidad muestran que el tiempo histórico no sólo es variable en su composición misma, debido a la concurrencia de múltiples factores, tales como cualidad y cantidad, unicidad y repetición, etc., sino también que su variabilidad se inscribe en la representación que construyen los distintos colectivos.

Esquemáticamente, esta diversidad de regímenes de historicidad ayuda a entender por qué no son ni pueden ser equivalentes las actitudes presentistas ante el tiempo que tenían las intemporales “sociedades frías” –al decir de Lévi-Strauss– a las predominantes durante un largo período de la Antigüedad clásica, en las que se valoraba un tiempo en el que confluían distintos estratos temporales en un mismo registro; a las de la Edad Media, cuyo presente oscilaba entre un pasado fundacional y un futuro de salvación y juicio; a las concepciones renacentistas que implicaron una sensible revalorización del presente, un deliberado distanciamiento con el pasado inmediato, pero que recuperaba un tiempo muy remoto; a la actitud segura asignada al futuro en la época moderna (Heras, 1999), cuando se asiste al retorno de una nueva modalidad de “sociedades frías” en nuestra contemporaneidad, para las cuales el presente parece constituir, al igual que en las primeras, una totalidad diacrónica y sincrónica o un “presente permanente”, al decir de Hobsbawm (1997, p. 13). De acuerdo con la experiencia contemporánea, se puede presuponer que el régimen contemporáneo de historicidad consiste en la emergencia de un esquema de tipo nuevo en el cual predomina de manera durable la categoría presente: un

porvenir cerrado, un futuro imprevisible, un presente omnipresente y un pasado incesante y compulsivamente visitado y revisitado (Hartog, 2005, p. 292).

Evidentemente, un régimen de historicidad se refiere a una conciencia de tiempo predominante en un momento dado, pero ello no significa que todos los individuos compartan de manera uniforme una idéntica valoración del mismo. Hace años, Paul Imbs sostuvo que los modos de concebir y expresar la relación con el tiempo pueden diferir según las clases sociales:

El tiempo de los filósofos, los teólogos y los poetas oscila entre las fascinación del pasado y el impulso hacia la salvación futura: tiempo de la decadencia y la esperanza; el del caballero es el tiempo de la velocidad pero que a menudo gira en el vacío, confundiendo los tiempos; el tiempo del campesino es el tiempo de la regularidad y la paciencia, de un pasado donde se trata de mantener el presente; mientras el tiempo del burgués, naturalmente, es el que distingue cada vez más entre pasado/presente/futuro), y se orienta más deliberadamente hacia el futuro. (Citado en Le Goff, 1995, p. 179)

Estas actitudes, si bien evidencian proclividades que pueden tener distintos grupos, son conductas variables que refractan elementos de la condición hegemónica del tiempo, y por ello sólo pueden ser decodificados dentro de los parámetros de un determinado régimen de historicidad. Con toda seguridad, el burgués decimonónico y el actual comparten la concepción de orientarse hacia el futuro, pero mientras el primero podía hipotecar su contemporaneidad en aras del devenir radiante, el actual seguramente se siente mucho más inclinado a retrotraer elementos de futuro al presente (v. gr., la expansión de los mercados financieros de futuros).

De lo anteriormente señalado, se puede concluir que, así como la historia tiene una doble fisonomía, al ser simultáneamente una forma de conocimiento y el objeto de estudio de ese respectivo saber, el tiempo histórico también se desdobra en un par de dimensiones, ninguna de las cuales puede existir sin la otra. De una parte, alude a la temporalidad intrínseca de los múltiples registros históricos, es decir, es un tiempo que para poder ser decodificado tiene que ser entendido como duración. De la otra, incluye la variabilidad de las concepciones del tiempo que prevalecen en un momento en cuestión. Esta versatilidad de tiempos se inscribe dentro de determinados cánones sociales y no constituye un simple capricho del sujeto observador. El tiempo histórico es indeterminado en tanto que la temporalidad de los eventos y situaciones que engloba no es posible de formalizar dentro de un esquema preestablecido, y también porque la conciencia histórica se encuentra moldeada por el régimen de historicidad prevaleciente en un determinado momento.

Esta breve disertación que hemos realizado sobre el significado de la categoría tiempo en la historia no sólo nos muestra las variaciones que ha registrado este concepto a lo largo de los siglos, sino que también nos brinda una valiosa información sobre la manera como las sociedades actuales asumen el mismo; y en esto último encontramos una de las principales claves que permiten dilucidar el contenido del presente histórico. Éste se ubica dentro de un régimen de historicidad que se representa como un *presente omnipresente* pero, debido a la variabilidad de tiempos que contienen los hechos sociales, esta presentización no actúa como una fuerza homogénea, pues incluye múltiples estratos de tiempos.

Con respecto al espacio, hace varios años, el sociólogo inglés Anthony Giddens, en un célebre texto, sostuvo la tesis de que con el advenimiento de la modernidad se habría asistido a una disociación del tiempo y del espacio con respecto al lugar, proceso que se habría convertido en una de las premisas más importantes para que se pudieran consolidar las dimensiones institucionales modernas. Hablar de una separación del espacio con respecto al lugar resulta ser un asunto muy significativo porque implica reconocer la existencia de espacios no territoriales, o “espacios vacíos”, como los define el mencionado sociólogo.

El advenimiento de la modernidad paulatinamente separa el espacio del lugar, al fomentar las relaciones entre “ausentes” localizados a distancia de cualquier situación de interacción cara-a-cara. En las condiciones de la modernidad, el lugar se hace crecientemente fantasmagórico, es decir, los aspectos sociales son penetrados en profundidad y configurados por influencias sociales muy distantes, que se generan a distancias de ellos. (Giddens, 1999, p. 30)

Una tesis semejante sostuvo Yves Crozet (1998, p. 28) cuando escribía que el espacio, concebido generalmente como una realidad concreta o un territorio, deja de serlo para convertirse en una abstracción donde se vinculan múltiples relaciones, sin correspondencia directa con la localización, y algo similar encontramos en los trabajos de Marc Augé, cuando nos recuerda la proliferación de los *no lugares* (2001).

Las reflexiones de estos autores sugieren que el espacio es distinto del territorio y que la condición básica del primero consiste en la diversidad de sus expresiones, las cuales se materializan en la medida en que se convierten en ámbitos donde cobran existencia las relaciones sociales. Estas espacialidades no se organizan geométrica ni jerárquicamente, son figuraciones topológicas con enlaces diferenciados entre ellas, pues incluso se reconocen espacialidades *fantasmagóricas*, al decir de Giddens. Esto nos lleva a aseverar que, de modo particular, en nuestra condición presente, no existe ninguna escala espacial que detente de por sí una posición de liderazgo, que configure un mapa valorativo y les proporcione

un sentido a las otras. La significación que todas ellas comportan es cambiante tanto en el espacio como en lo relativo al tiempo.

En su representación espacial, las interpenetraciones se presentan como una desordenada y caótica concatenación de disímiles espacialidades, las cuales son portadoras de distintos grados de intensidad, cobertura y radio de acción. Como hemos tenido oportunidad de sostener en un trabajo anterior, el hecho de que no se deba reconocer una férrea jerarquía de ordenamiento espacial, tal como se infería en la época de predominio irrestricto del Estado-nación, ello no significa que el espacio deba interpretarse como una red, tal como lo han pregonado importantes figuras del mundo académico actual. No está de más recordar que la imagen de la red no sólo es muy simple desde un punto de vista conceptual, más importante aún es el hecho de que estos flujos no se pueden analizar con completa independencia de las estructuras locales, nacionales, transnacionales y político-económicas, y menos aún pueden ser entendidos al margen de las relaciones de poder, las cuales se encuentran siempre presentes (Beck, 2005, p. 114; Harvey, 2004). Más bien, consideramos que el criterio espacial debe incluir indefectiblemente las distintas espacialidades en las que se desenvuelven las relaciones sociales y el conjunto de componentes e intersecciones que las mediatizan.

Hemos optado por recurrir a este conjunto de analistas sociales contemporáneos porque ellos, de manera breve y concisa, han revelado la complejidad que reviste el espacio en la actualidad, fenómeno de naturaleza más topológica que geométrica, en el cual concurren indistintamente elementos de homogeneidad y continuidad con heterogéneas discontinuidades, pero también con redes y flujos estrechos y laxamente vinculados.

Debe evitarse, eso sí, caer en la tentación de sucumbir a la fascinación que despiertan las heterogéneas formas contemporáneas de espacialidad, propias de nuestro presente, e imaginar que el espacio ha devorado al tiempo, tal como supuso Michel Foucault, cuando escribió:

Sabemos que la gran obsesión del siglo XIX era la historia: [...] el tema del continuo acumularse del pasado, del colosal predominio de los muertos sobre los vivos [...] Quizá la época presente será, sobre todo, la época del espacio. Estamos en la época de la simultaneidad [...] Creo que hoy no experimentamos el mundo como una larga existencia que se desenvuelve en el tiempo, sino como una red que vincula puntos que se retuercen en su misma madeja. (Citado en Kumar, 2000, p. 203)

Curiosamente, aunque sea desde el otro lado de la barricada, una concepción tal reproduce, a su manera, la polémica idea del fin de la historia, porque presupone que la superposición del espacio ocasiona un detenimiento del tiempo. La destemporalización del espacio y la sobrevaloración del papel de la simulta-

neidad conducirían a un tipo de organización social que sería no-histórico en su fundamentación misma. Evidentemente, mostrarse conforme con la autonomía relativa de que puede gozar el espacio es un asunto muy importante, porque el reconocimiento de la compleja espacialidad ha sido un excelente antídoto contra todas aquellas ideologías basadas en el progreso, y también ha servido de poderoso argumento para contrarrestar las concepciones que transfiguran la realidad, presentándola como si ésta fuese un apéndice o una simple prolongación del hombre. “Sin embargo, intercambiar el tiempo con el espacio significa renunciar a una dimensión esencial: sin tiempo, de hecho, no hay historia” (Giovagnoli, 2005, p. 103), ni criaturas históricas ni conciencia humana.

Se debe, por tanto, evitar incurrir en este tipo de equívocos. Para ello, debe reconocerse que si analíticamente hemos separado el espacio del tiempo, somos conscientes de que el primero no puede existir al margen de este último, y viceversa. Por ello, quizá se debe hablar de *espacio histórico*, el cual no es sólo superficie y territorio, sino una realidad estructurada por la densidad y la intensidad histórica. El espacio histórico constituye, en el fondo, una expresión del inevitable encadenamiento entre el tiempo y el espacio. Como sostiene Giuseppe Galasso, la densidad y la intensidad del espacio sólo son aprehensibles en el tiempo; y, a su vez, la calidad-cantidad temporal no es comprensible en el vacío y exige siempre estar de algún modo localizada. “Lo que de aquí se visualiza es una intrínseca y radical correlación histórica entre el tiempo y el espacio. La complejidad de la vida histórica –de sus condicionamientos y proyecciones– se refleja, pues, con inmediata y total eficacia en tal correlación” (Galasso, 2000, p. 45).

La correspondencia entre tiempo y espacio en la historia resulta ser un tema de la mayor significación, porque, como bien argumentara Koselleck (2001, p. 111), tanto el tiempo como el espacio pertenecen a las condiciones de posibilidad de la historia, y el uno y el otro se reproducen dentro del cambio histórico. De un parecer similar era Norbert Elias, cuando afirmaba que “todo cambio en el espacio es un cambio en el tiempo y todo cambio en el tiempo es un cambio en el espacio” (1997, p. 113). En efecto, le ha correspondido a la temporalización del espacio a lo largo de la historia la transformación “del globo en una unidad de experiencia”. Y, como recuerda el mencionado historiador alemán, la manera como el espacio vaya a configurarse en tanto que unidad de acción es un asunto que corresponde a la política, *ergo*, a la historia, y no a la geografía.

Al igual que ocurre con el entendimiento del concepto tiempo en la historia, la comprensión del espacio histórico goza igualmente de una alta significación, sobre todo cuando se quiere acometer un análisis de las sociedades contemporáneas. De una parte, porque en él se encuentran ciertas coordenadas que explican la profusión de variadas historias, muchas de las cuales no reconocen distingo de

territorio (v. gr., el *euroislam*). De la otra, nos muestra los complejos entrecruzamientos que registran los distintos colectivos humanos, lo que obliga a entretejer una concepción histórica abierta y extensiva a las variadas compenetraciones sociales.

La necesidad de comprender la correlación entre ambas condiciones históricas se fundamenta también en el hecho de que, cuando se privilegia exclusivamente la dimensión temporal, se destacan los cambios, las novedades, el avance y, naturalmente, la comprensión avanza en dirección de un cierto tipo de progreso con fuerte sabor a universalismo. Pero cuando a lo anterior se le suma la estructuración espacial, entonces no sólo se recupera la importancia de las permanencias e invariabilidades en el devenir de la historia, también se comprenden las razones que han hecho posibles las disímiles formas de experiencias. Con la dimensión espaciotemporal, la inteligibilidad histórica, aunque se vuelva más compleja en comprensión, gana poderosamente en contenido.

Finalmente, este conjunto de reflexiones que hemos presentado de manera breve sobre las interpenetraciones que se presentan entre tiempo y espacio nos brinda importantes pistas para entender el camino recorrido entre lo que fue una historia universal y aquello que gustamos en denominar como una historia global. La primera arrancaba de la centralidad del tiempo, al cual se supeditaban las correspondientes lógicas espaciales. La historia global, por su parte, se organiza mediante la convergencia de un espacio histórico con un tiempo espacializado, y como veremos más adelante, esta fusión constituye el trasfondo de nuestro presente histórico, y ello no ha sido un asunto de representación únicamente, pues también alude a las profundas transformaciones que han experimentado todas las sociedades en la época contemporánea, independientemente de su nivel de desarrollo.

El universalismo histórico

A partir de estas coordenadas podemos entrar a considerar la naturaleza de la historia universal, pensamiento y diseño ampliamente popularizados en la época de la modernidad clásica, y que constituyó una narrativa que comportaba una especial concepción en cuanto a la organización del tiempo y del espacio. La necesidad que en esta ocasión experimentamos de volver sobre este tema radica en que la contraposición entre esta historia universal y la realidad contemporánea demuestra palmariamente el amplio trayecto recorrido por la humanidad en las últimas décadas, descubre ciertos dispositivos que se encuentran detrás de este “encogimiento” y brinda, además, una perspectiva comparativa mucho más concreta del sentido que comporta el presente histórico actual.

Evidentemente, resulta muy complicado considerar el presupuesto de que el “encogimiento” del mundo actual sería el resultado de la concreción de una historia universal, en el sentido de un fin de la historia, como de manera triunfalista dejara entrever el politólogo y publicista Francis Fukuyama, en aquella trascendental coyuntura de finales de la década de los ochenta, cuando sobrevinieron el derrumbe del socialismo en Europa, el ocaso de la Guerra Fría y el correspondiente “triunfo” de Occidente. No obstante ello, esta universalidad constituyó una importante práctica y representación de un conjunto de fuerzas y dinámicas que, a lo largo de más de dos siglos, contribuyeron enormemente a moldear el planeta en la dirección que hemos venido sugiriendo. Observemos la manera como operó esta dinámica.

Con el ánimo de simplificar la argumentación, retomemos rápidamente como guía algunas importantes consideraciones que nos brinda el historiador Reinhart Koselleck (2004), en un imponente texto sobre las condiciones que hicieron posible, así como el contenido que comporta, el concepto de historia en la acepción que convinieron los filósofos modernos.

Recuerda el autor alemán que la noción de historia universal fue desarrollada por los pensadores ilustrados en la segunda mitad del siglo XVIII, como respuesta a aquellas concepciones anteriores que imaginaban el devenir de las sociedades como resultado de un diseño de la Providencia. Grandes historiadores, como Herodoto, Tito Livio, Bossuet, Giambattista Vico, para sólo citar a algunos, entendían el devenir humano como resultado de la Fortuna o el *Fatum*, de lo cual se infería que la acción humana era parte de un diseño en el que, en últimas, primaban ciertas fuerzas indeterminadas. Un fragmento escrito por Bossuet, en su libro *Discurso sobre la historia universal*, muestra con gran elocuencia el papel de este tipo de diseños en la historia humana, tal como ésta era concebida con anterioridad a que se popularizara la acepción moderna del término:

Dios, desde lo alto de los cielos, tiene asidas en sus manos las riendas de todos los reinos, así como también tiene en las mismas todos los corazones [...] Él es quien prepara los efectos en las causas más lejanas y quien descarga estos grandes golpes, cuyas resultas hácese sentir tan lejos. Cuando quiere soltar las riendas y destruir los imperios, todo es débil e irregular en los gobiernos que los rigen [...] porque es quien da y quien quita el poder, quien le transfiere de un hombre a otro, de una dinastía a otra, de un pueblo a otro, para manifestar a todos que le tienen prestado, y que Él es el único en quien reside naturalmente [...] Sólo Dios es él que lo tiene todo en su mano; quien sabe el nombre del que es, y del que no existe todavía; quien preside a todos los tiempos, y previene todos los juicios de los hombres. (Citado en Moradiellos, 2001, pp. 137-138)

En contravía de un pensamiento centrado en torno a la intervención de una mano divina como fuerza orientadora de las acciones humanas, la nueva

historia universal dieciochesca, que reivindicaba en su singularidad el conjunto de itinerarios reales y posibles, se concebía secularmente como la realización del espíritu humano. “Si el plan divino quedaba eliminado, la Historia se vería forzada a desarrollar las conexiones, si es que las había, a partir de factores que resultaban de la misma historia”, sentencia Koselleck.

Este concepto moderno de historia comportaba también otra finalidad: actuar como sustituto de la concepción clásica –la *historia magistra vitae*–, la cual valoraba la historia como una dispensadora de ejemplos, articulada en torno a dos principios: la repetición de los acontecimientos y el carácter plural de la historia, en razón de la misma reiteración de análogas situaciones en otros tiempos, lugares y circunstancias.

No está de más recordar que si bien los libros sobre historiografía acostumbran encumbrar los orígenes de la historia a la Grecia de los siglos VI y V a. C., fue sólo en el siglo XVIII cuando el concepto moderno de historia adquirió la fisonomía que en ella hoy reconocemos. No es desmedida la afirmación de Nicole Loraux (1980), cuando sostuvo que Tucídides no es el colega de los historiadores contemporáneos, porque la historia anterior era un receptáculo de eventos para aprender, mientras que la versión moderna se proponía ser un enfoque de comprensión del devenir humano. “Lo que distinguía especialmente al nuevo concepto de una ‘historia en general’, su logro especial –escribe Koselleck–, es que ya no era preciso remontarse hasta Dios. Con ello iba de consuno el que quedara despejado un tiempo que era propio sólo de la historia...”.

Un hecho fundamental que precipitó esta transmutación del concepto de historia le correspondió, poco tiempo después, a la Revolución Francesa de 1789, acontecimiento que en la formalización del conocimiento histórico ha desempeñado un papel seguramente tan importante como fue la crucifixión de Jesucristo para la emergencia de la conciencia histórica cristiana en Occidente. Los eventos parisinos fueron una clara demostración de la manera como se *construye* la historia, además de servir de nutriente para la terrenalización del devenir en las acciones que desencadenan los hombres mismos. En este sentido, la historia universal significó un importante quiebre con las cosmovisiones anteriormente imperantes, al terrenalizar y humanizar los factores explicativos del desenvolvimiento histórico, construir un marco explicativo en singular y asignar una función a la razón, tanto en términos de esclarecimiento del desarrollo como en la posibilidad humana de construir su propio futuro, distinto de la Salvación, la Fortuna o el Juicio Final.

Es a partir de esta concepción, en la cual los acontecimientos son creativos e irrepetibles, que la historia comenzó a reconocer en el tiempo histórico uno de

sus principales distintivos, pensamiento que dotaba a los individuos de la posibilidad de *acumular experiencia*, modificando permanentemente la relación con el tiempo, pero no con uno reiterativo o cíclico, sino como una vectorial “flecha del tiempo”. No fue extraño que, a partir de estas coordenadas, todas las narrativas de historia universal se interesaran por vincular el pasado con el futuro a través del presente.

El cuestionamiento del sentido cristiano del devenir planteaba, empero, un complicado desafío: requería ser sustituido por algo nuevo, para evitar caer en un vacío interpretativo, porque el desgaste de las viejas historias había desvalorizado el papel del futuro profetizable dentro de la experiencia humana. Es decir, entrañaba indefectiblemente la reconstrucción de un nuevo marco explicativo general del acontecer histórico, porque, como sostuviera Alexis de Tocqueville: “Me remonto de siglo en siglo hasta la Antigüedad más lejana: no percibo nada que se asemeje a lo que está ante mis ojos. Desde que el pasado ha dejado de arrojar su luz sobre el futuro, el espíritu humano anda errante en las tinieblas” (citado en Jeanneney, 2001, p. 37).

En la solución de este problema, la nueva concepción histórica no podía suponer una ruptura total con su antecesora; también debía proporcionar un sentido al curso de la historia; subrepticamente, esta nueva historia comportó una concepción secularizada de la idea de la Providencia, bajo el disfraz de que el devenir constituía un *proceso caracterizado por el progreso*, que ejemplificaba el avance de la Razón, importante procedimiento este último que contribuyó a formalizar subsiguientemente la primacía moral e intelectual que le tenía que corresponder a Europa Occidental, en su calidad de región más desarrollada y perfeccionada de la civilización mundial, como trayectoria general para la emancipación de la humanidad. La organización de la historia en torno al progreso fue, de este modo, una forma de conferirle un nuevo *sentido* terrenal y práctico al devenir humano, con la gran particularidad, eso sí, de que sus explicaciones y resultados se encontraban objetivados en esta misma práctica histórica, que era humana y no divina.

Cuando el progreso entró a determinar el sentido y el curso de la historia, ésta no pudo dejar de ser otra cosa que un *colectivo singular*, que englobaba indefectiblemente el conjunto de las historias particulares. “Todas las historias son comprensibles únicamente por la historia del mundo y en la historia del mundo [...] Cada historia tiene que estar en la historia del mundo, y sólo con relación a toda la historia es posible el tratamiento histórico de una materia individual”, recuerda el historiador alemán.

De este carácter singular de la historia se puede inferir que la acepción dieciochesca y de los albores del XIX entrañara otra diferencia con respecto a las

narrativas similares anteriores, en tanto que estas últimas eran simples sumatorias de variados itinerarios posibles, una dispensadora de ejemplos, sin comportar un sentido ni un presupuesto de organización del conjunto, salvo el que se pudiera derivar de la actuación de las fuerzas sobrenaturales.

La nueva historia propuesta, por el contrario, impregnada de los valores de su época, procuraba aproximarse al método científico experimental y quería emular la cultura mecanicista típica de la revolución científica del siglo XVII. Así como los cuerpos celestes gravitaban en un equilibrio maravilloso, según determinantes y férreas leyes físicas, de la misma manera, los sujetos de la historia debían comportarse como parte de un sistema y tenían que encontrarse en situación de equilibrio con respecto a un determinado centro.

Esta concepción mecanicista, que reconocía un núcleo central y se organizaba como un sistema, tuvo como corolario la inclusión de la historia de todo el mundo dentro del tríptico de la trayectoria de la historia europea: la antigua, la medieval y la moderna. Sobre el particular, el historiador holandés Johan Huizinga reflejó claramente el nuevo axioma imperante, cuando compartió una tesis en torno a la cual, en ese entonces, sin duda, todos coincidían: “Por primera vez nuestra civilización capta como propio el pasado del mundo entero, por primera vez nuestra historia es historia universal” (Huizinga, 1967, p. 13). La historia, de esta manera, se convirtió en un tipo de conocimiento reflexivo, en objeto y en sujeto de sí misma. Los más de cincuenta volúmenes que comprendía la *Universal History*, escrita en Londres entre 1758 y 1766, incluían cuatro dedicados al Medio Oriente bíblico, once a Grecia y Roma, veintisiete a Europa, con sus actividades en el extranjero, y los restantes quince volúmenes trataban la historia del resto del mundo.

Esta inclusión de los “otros” no constituía un elemento completamente nuevo con respecto a lo que había sido el pensamiento occidental, dado que, desde la Grecia clásica hasta bien entrado el siglo XX, el papel de los pueblos distintos había contribuido a definir la especificidad de la experiencia europea. En realidad, ha sido un rasgo común de la cultura europea definirse siempre a través de una polaridad, sea con el bárbaro, el chino, el turco, el persa o el musulmán, distinto a lo que parece que ocurre con algunas de las otras civilizaciones, las cuales se reconocen de manera autocentrada, dado que se perciben simplemente como el centro del universo, como ocurría, en efecto, con los chinos cuando se proyectaban como el imperio del medio entre el cielo y los bárbaros. La identidad y la civilización europea se forjaron, de esta manera, en un ambiente global en el encuentro imaginario y real con los “otros”.

Lo novedoso que comportaba esta historia universal consistía en que lo distinto deja de ser lo opuesto, para incluirse como diferente dentro de la misma his-

toria europea. Con esta inclusión se pretendía resolver un complicado problema, el cual el filósofo Giacomo Marramao (2006, p. 64) ha resumido en los siguientes términos:

El hecho de que la razón occidental sea inconcebible sin esa polaridad interna y que, por lo tanto, apele a la *necesidad* de la referencia al Otro a los fines de la propia autoidentificación simbólica confiere al acto de autoadscripción de la “primacía” cumplido por Occidente un significado que no es de mera supremacía jerárquica, sino que al mismo tiempo es de dependencia inconsciente, una dependencia inscrita desde los orígenes en la naturaleza especular de la relación interna de la diáda.

Esta narrativa requería también una representación visual que se ajustara a sus propios términos, que de inmediato creara una imagen apropiada. Si las primeras cartas geográficas ubicaban a Jerusalén en el centro de la Tierra, como resultado de una combinación de conocimientos geográficos y de nociones bíblicas, a medida que las potencias europeas se expandían por toda la faz de la Tierra, el término Europa empezó a sustituir al de cristiandad, Bizancio fue separado del universo de la civilización cristiana y los nuevos mapas comenzaron a exhibir a Europa en el centro, relegando a los demás continentes a los márgenes. La cartografía, de este modo, desempeñó igualmente un importante papel en la consolidación de esta concepción histórica, en la medida en que facilitaba la emergencia de una representación global del mundo, ayudaba a concebir un orden político planetario, dividido en distintas naciones y regiones, mostraba el poderío de los imperios europeos que se extendían por buena parte del globo y permitía al observador una comparación “instantánea” de los distintos continentes (Ballantyne, 2002, pp. 122-124). Los mapas, en síntesis, se convirtieron en “sistemas abstractos y estrictamente funcionales para el ordenamiento fáctico de los fenómenos en el espacio” (Harvey, 1998, p. 277).

De modo elemental, esta pretensión de universalidad actuaba en calidad de juez y parte. Como juez, debido a que se convirtió en la basa de medición de todas las cosas. Como era Ilustración (les *Lumières*, il *Iluminismo*, die *Aufklärung*, the *Enlightenment*), significaba el triunfo de la razón, y desde esta posición de superioridad, se arrogaba automáticamente el derecho de dictaminar el bien y el mal, la luz y la oscuridad, el atraso y el desarrollo. Con el carácter universal, el pensamiento ilustrado representaba, de esta manera, la medida moral de la historia de todos los pueblos.

En su calidad de parte, la razón ilustrada reconocía obviamente la existencia de civilizaciones distintas a la cristiano-occidental, pero advertía que la historia, con una profundidad mayor a los orígenes bíblicos, seguía disponiendo de un núcleo, lógico y no solamente moral, que ya no se representaba en las Sagradas Escrituras, en la Iglesia, en la cristiandad ni en el papado, sino en su experiencia

más exitosa: el indefectible avance y desarrollo de Europa como civilización regional y, como representación perfeccionada del progreso, mundial en potencia. Pero también se puede observar que era parte en otro sentido: era una concepción que tomaba partido indefectiblemente en favor de lo nuevo (el progreso, la luz) y rechazaba lo antiguo (la tradición, la oscuridad); proponía una lectura histórica de la que se sabía de antemano sobre qué elementos tenía que organizarse. Así lo constata George Iggers, cuando asevera:

Uno de [...] los axiomas sostiene que la historia es un desarrollo lleno de sentido, en el que los valores “burgueses” (un modo de pensar y actuar) del sometimiento de la naturaleza y de lo indómito por medio de la razón y de la ciencia se realizan en beneficio de la humanidad. Esta idea de evolución, que sirvió de norma a la mayoría de los pensadores del siglo XIX [...] parte del supuesto de que el sentido de la historia estriba en una irresistible victoria de la cultura, esto es, de la formación cultural, la ciencia y la técnica, en fin, de la razón ilustrada, sobre la irracionalidad de la naturaleza. (Iggers, 1998, p. 18)

Obviamente, no se discutía el hecho de que otras civilizaciones, como las asiáticas, mucho más antiguas que las europeas, y portadoras de otras cadencias de desarrollos, por lo general, no se representaran dentro de esta tripartición. Sin duda que para un indio, un birmano o un chino, la Edad Media les dice poco o nada. Sus recorridos históricos no han comportado ningún Medioevo y, quizá, lo más cercano a ello sobrevino como resultado de la expansión europea, lo que, para muchos, supuso una época de *oscuridad* que se extendió durante varios siglos, de la cual sólo con la descolonización comenzaron a salir. Si ello, empero, no constituía una preocupación, esto obedecía a dos tipos de factores: de una parte, al acentuado eurocentrismo, del cual este pensamiento se hacía portador, y, de la otra, al carácter singular y único asignado al concepto de civilización. Si la historia se había convertido en un colectivo singular, de la misma manera tenía que representarse la civilización; también ésta tenía que ser una forma de encarnar genéricamente al conjunto de la humanidad, tal como se prefiguraba a partir de la vistosa experiencia europea.

Otro elemento que realizaba la importancia de esta manera de entender la universalidad conformada por un progreso consistía en la propuesta de incluir, darle un sentido, evidenciar el nivel de desarrollo y presuponer el itinerario a seguir por las “otras” experiencias, mediante una clasificación diacrónica de aquello que se percibía sincrónicamente. La unicidad del tiempo del progreso era válida sólo en el caso de los itinerarios más desarrollados. En las demás experiencias se reconocía la existencia de un sinnúmero de temporalidades relativas o, como gustaba decir al mismo Koselleck, concurría *la contemporaneidad de lo no contemporáneo*. Toda práctica histórica era posible de entender y decodificar a

partir de las experiencias más evolucionadas. Cuando esto simplemente se tornaba en un imposible, entonces, se le interpretaba como folclore, donde se encontraban presentes los residuos de los legendarios sistemas indescifrables.

Dos conjuntos de tesis decimonónicas desempeñaron un importante papel en la puesta en escena de esta universalidad histórica: las primeras fueron las teorías evolucionistas, que reconocían una única temporalidad lineal, la “flecha del tiempo”, las cuales afirmaban la localización de los distintos colectivos humanos dentro de una determinada secuencia temporal (la civilización, contrapuesta a la barbarie), esquema en el cual Europa indudablemente se encontraba en la cúspide del desarrollo, mientras que las otras civilizaciones (islam, China, India) se encontraban en retraso con respecto a la primera. Este evolucionismo reconocía también otro grupo, los pueblos “inferiores”, los cuales se encontraban más rezagados aun y no habían alcanzado todavía el estadio civilizatorio, motivo que llevó a agruparlos bajo el concepto de culturas o “pueblos sin historia”.

Estas teorías evolucionistas se articulaban en torno a un determinismo tecnológico y económico y presuponían una ulterior unificación del mundo bajo el imperativo de los avances técnicos y económicos, los cuales habían alcanzado mayor esplendor precisamente en Occidente (Diamond, 2006). Las otras teorías eran las difusionistas, las cuales se convirtieron en un complemento de las primeras, en la medida en que recababan en la existencia de unos pocos pueblos talentosos e inspirados, de los cuales emanaban las enseñanzas a los menos dotados, es decir, un centro motor (Europa) de donde se surgían y se expandían estas prácticas más evolucionadas por todo el planeta (Leclerc, 2000). Es decir, mientras se aceptaba que algunos pueblos eran los elegidos para desarrollar grandes ideas e instituciones, los otros “sólo podían progresar aprendiendo de sus superiores” (Fernández-Armesto, 2004, p. 101). Si las teorías evolucionistas implicaban una organización del tiempo del mundo, las difusionistas se convirtieron en su necesario complemento, ya que establecían una distribución espacial a partir de un reconocido centro.

Este último punto encerraba una poderosa contradicción en sus propios términos, un conflicto interpretativo del cual la disciplina histórica requirió de dos siglos para poder comenzar a zafarse. De una parte, supuso una manera racional y natural de abordar los itinerarios pasados o vigentes en otras latitudes, de acuerdo con aquellos preceptos que emanaban del mismo corpus ilustrado y de la práctica de la historia a la cual aludía de modo preferente. De tal suerte que se propició una universalización retrospectiva de todas aquellas dinámicas e instituciones que se habían consolidado a la par con el advenimiento de lo moderno. No fue extraño que se comenzara a buscar racionalmente el Estado, el mercado, la libre inicia-

tiva, las clases sociales, etc., en contextos históricos anteriores, procedimiento que, de suyo, debía servir para explicar la manera como se había arribado a la condición presente.

Quienes ya llevamos un buen número de años en el medio académico aprendimos, casi de memoria, un curioso concepto, de gran utilidad en ese entonces para intentar comprender racionalmente aquello que se presentaba como inexplicable dentro de los cánones del deber ser de la ciencia: la “propiedad colectiva”, forma particular de tenencia, propia de los colectivos menos desarrollados. Pero lo que generalmente olvidamos es que el concepto mismo de propiedad no comportaba ningún sentido en la mayor parte de esas sociedades. Pero el pensamiento ilustrado nos persuadió de que, así como la propiedad es un rasgo inherente de la modernidad occidental, tenía que ser una institución natural, válida en todo tiempo y espacio.

De la otra, presuponía que toda sociedad distinta a la moderna estaba condenada al estancamiento, cuando no cumplía con los elementos que este mismo pensamiento consideraba como apropiados, o cuando, por un error de la historia, se desviaba del camino ya trazado. La famosa y estéril discusión marxista sobre la existencia y las particularidades del “modo de producción asiático”, y las teorías anglosajonas sobre la modernización han sido dos claras evidencias de esta particular forma de racionalización de la historia y demuestran la larga perdurabilidad que le correspondió a este tipo de enfoques.

En suma, en su fuero interno, la historia universal era una filosofía de la historia que tuvo el importante mérito de posicionar la conciencia histórica sobre nuevas coordenadas, pero que, en lo más profundo, contradecía la misma condición de existencia de la historia y de la disciplina histórica como forma de conocimiento. Podemos, por tanto, completar a Nicole Loraux, y sostener que no sólo Tucídides no es nuestro colega, tampoco lo son Voltaire, Kant ni Hegel, por importantes que hayan sido sus reflexiones para el establecimiento de una nueva manera de comprender el devenir de la humanidad.

Pero en esta concepción, si bien admitía la existencia de un núcleo que le daba coherencia al conjunto –la unicidad del progreso–, que conjeturaba el avance hacia un futuro genérico para toda la humanidad, la historia era un colectivo singular que se cristalizaba no en un pasado común ni en un presente compartido, sino en un futuro que actuaba como vector de base en la construcción del sentido. Como señalara Karl Marx en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (Marx y Engels, 1976, tomo 1, pp. 410-411):

La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino sólo del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración

supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido. Allí, la frase desbordaba el contenido; aquí, el contenido desborda la frase.

Dentro de esta misma tradición intelectual moderna, en su espíritu podemos inscribir la célebre expresión pronunciada por Fidel Castro: “La historia me absolverá”, la cual presumía que la historia, en este caso como futuro, deberá actuar como correctivo de los eventuales equívocos e injusticias del presente, e inscribir también la clasificación weberiana de las sociedades de acuerdo con los tipos ideales, procedimiento que sirvió para contraponer las sociedades modernas y racionales a las carismáticas y mágicas.

Cuando sobrevino la profesionalización de la historia a lo largo del siglo XIX, cuya fecha germinal se sitúa alrededor de 1848, la relación de los historiadores con esta filosofía de la historia fue compleja y ambigua. De una parte, hubo un esfuerzo deliberado por fundar la nueva disciplina sobre unas bases empíricas, lo que condujo a que se cuestionara poderosamente a la filosofía por su carácter especulativo sobre el ser y el *modus operandi* para hacer inteligible la historia. La famosa y siempre citada máxima de Leopold von Ranke, que tanto debate ha suscitado entre los profesionales de la disciplina, debe entenderse desde este ángulo: “Se le ha atribuido a la historia la misión de juzgar el pasado, de instruir el mundo para el aprovechamiento de los años futuros: el presente ensayo no pretende tan altas misiones: sólo quiere mostrar cómo ha sido realmente”. Lo que el historiador alemán tenía en mente no era otra cosa que el interés en recalcar que el progreso del conocimiento es posible por medio de la investigación empírica y el estudio de los hechos, y no por las especulaciones metafísicas sobre un pretendido *sentido* de la historia (Noiriel, 1997, p. 56).

Sin embargo, los presupuestos implícitos de este recorrido de la historia no sólo no fueron cuestionados, sino que fueron interiorizados por los profesionales de la disciplina, a lo que simplemente se añadieron ciertos elementos novedosos referidos a los métodos y a las técnicas de investigación. Por ello no es equivocado sostener que esta concepción ilustrada de la historia tuvo un importante desarrollo ulterior, cuando sobrevino la profesionalización de la disciplina durante el siglo XIX, con la importancia asignada a los análisis institucionales, con unos Estados intrigantes que actuaban como personas y con una normatividad jurídica cimentada en los códigos napoleónicos, que subsumían las relaciones sociales en todo tiempo y lugar a derechos “ficticios” (Guerreau, 2001).

El fundamento filosófico de esta concepción estuvo constituido por aquello que ha llegado a llamarse historicismo. A este concepto se le han asignado dife-

rentes significados. George Iggers recuerda que, para el romanticismo, el concepto se empleaba como opuesto al naturalismo, con lo cual se quería destacar la historia que realizan los hombres, a diferencia de la historia natural, en tanto que esta última era un proceso que transcurría al margen de las acciones de los humanos. En la segunda mitad del XIX, el término se volvió más riguroso y se empleó como visión del mundo y como método: “Como visión del mundo, historicismo significaba que la realidad sólo puede ser comprendida en su desarrollo histórico, por lo que toda ciencia del hombre debe partir de la historia” (Iggers, 1998, p. 26), es decir, el historicismo consideraba que “los hechos y situaciones pasadas son únicos e irrepetibles y no pueden comprenderse en virtud de categorías universales sino en virtud de sus contextos propios y particulares” (Moradiellos, 2001, p. 155). Este pensamiento desempeñó un importante papel en la validación de la historia universal porque sirvió de fundamentación para construir la idea de que aquellas experiencias más desarrolladas eran de aplicación general y, con el tiempo, devendrían globales mediante su difusión por fuera de las fronteras del Viejo Continente. Fue, en el fondo, una importante herramienta ideológica que enalteció lo particular al rango de lo general (Chakrabarty, 2000).

Los historiadores decimonónicos, de esta manera, se mantuvieron igualmente apegados a aquella concepción de la historia universal que incluía desniveladamente al resto del mundo dentro del itinerario europeo. A título de ejemplo, se puede citar la *Histoire générale*, editada por Ernest Lavisse y Alfred Rambaud, publicada en París entre 1892 y 1901, que constaba de 291 capítulos, de los cuales sólo el diez por ciento trataba acerca del mundo no occidental.

La identificación del Estado con el individuo, como cuando, por ejemplo, al Imperio otomano lo llamaban “el hombre enfermo de Europa”, no era un simple gaje del oficio, ni un mero recurso retórico, sino una evidente inferencia de las concepciones teóricas e ideológicas hegemónicas. El individualismo liberal suponía la existencia universal del hombre, bajo la figura del individuo, y como el Estado representaba su principal garantía, entonces, se suponía que estos aparatos de poder actuaban como personas, y que el marco jurídico establecido por éste era lo que permitía hilvanar al individuo con el marco institucional. Gran parte del pensamiento realista, que hallaría un importante desarrollo en la ciencia política, encontraría en esta concepción algunos de sus principales fundamentos.

Además, el importante papel que se le asignó a la tarea de construcción de las naciones y de los Estados nacionales sirvió a los profesionales de la disciplina para que proveyeran a sus comunidades de las respectivas genealogías que legitimaban la existencia de las mismas. Nada más elocuente que las palabras

empleadas por Ernest Lavisse en el prefacio a la última edición de su manual de historia:

Si el escolar no lleva consigo el recuerdo vivo de nuestras glorias nacionales, si no sabe que sus ancestros han combatido en 1.000 campos de batalla por nobles causas; si no ha aprendido el costo de sangre y esfuerzos para forjar la unidad de nuestra patria y extraer enseguida del caos de nuestras viejas instituciones las leyes que nos han hecho libres; si no se convierte en un ciudadano penetrado de los deberes y en un soldado que ama su fusil, el institutor habrá perdido su tiempo. (Citado en Dosse, 1987, p. 34)

Esta proclividad por el tema de lo nacional se tradujo, por su parte, en una “nacionalización del internacionalismo, tratando el amplio mundo como una extensión de los estrechos intereses estatales y después nacionales, internacionalizando el nacionalismo y exportando el modelo del Estado-nación y su correspondiente historiografía a los nuevos países independientes en el resto de Europa y en el mundo no europeo” (Hopkins, 2002, p. 16).

Sobre este asunto, recuerda Koselleck que entre esta nacionalización y la universalización de la historia no se presentaba ninguna contradicción porque la gran misión que se le asignaba a este campo de experiencia era la de servir a la educación y a la realización de la sociedad burguesa, la cual se pensaba como pueblo, como nación, por lo que resultaba inadmisibile y dañino cualquier veleidad de separar las historias del Estado y del pueblo. “La utilización política directa de la “historia” dirigiéndose a un amplio público de oyentes y lectores –concluye Koselleck– sólo fue posible porque la historia no se concebía únicamente como ciencia del pasado, sino, en primer lugar, como espacio de experiencia y medio de reflexión de la unidad de acción política o social a la que en cada caso se aspiraba”.

En el fondo, el sentido del curso de la historia, que se organizaba a partir de un futuro, que se cristalizaba en torno a un progreso anhelado, cumplía una importante función porque servía para precisar la especificidad que comportaban tanto lo particular como lo universal en el devenir de los pueblos y permitía jerarquizar –espacial y temporalmente– a todos los colectivos humanos, jerarquía en la cual la dimensión temporal asumía un carácter absoluto (diversos estadios de desarrollo por los cuales debían transitar los distintos colectivos humanos), avalando la comparación a través del supuesto de la “contemporaneidad de lo no contemporáneo”, al decir del mismo Koselleck, mientras la expresión espacial adquiría un carácter relativo (ocupación de diversos territorios en el mundo). “Con la temporalización de la historia, la perspectiva temporal ganó un mayor rango metodológico. También aquí era la economía de la salvación la que ahora como economía del tiempo, permitía interpretar de modo progresista los cambios históricos”, recuerda el historiador alemán.

La globalización y la eclosión de la historia universal

El “encogimiento” que ha experimentado el mundo actual en el transcurso de las últimas décadas sólo parcialmente se inscribe dentro de esta secuencia del desarrollo histórico. Ha sido su resultado en tanto que se ha visto favorecida por varios progresos y adelantos que se acumularon en los últimos dos siglos como resultado de la expansión por todo el mundo que experimentaron las instituciones, prácticas y ambientes de la modernidad occidental (Vivarelli, 2005). Pero difiere por el desgaste que ha padecido la noción central que le daba coherencia a la historia universal: el progreso. Con el correr del tiempo se fueron sumando otros elementos que le restaron aún mayor consistencia, como la pluralización que ha registrado el factor tiempo en los variados contextos históricos que amalgaman indistintamente elementos diacrónicos con otros sincrónicos, la consiguiente parcial desvinculación del itinerario general recorrido con respecto al futuro, el cual ha comenzado a quedar incluido dentro de un dilatado presente, y la multiplicación de espacialidades que dejan de reconocer un centro.

Ya en el recodo de los siglos XIX y XX, y de modo más particular, luego de la Primera Guerra Mundial, importantes pensadores occidentales –Émile Durkheim, con su relatividad social de tiempo; Max Weber, con su “jaula de hierro”; Georges Sorel, André Gide, Georges Friedmann, entre otros– comenzaron a cuestionar la pertinencia de la idea construida en torno al progreso. Aquéllas fueron expresiones intelectuales que expresaban una cierta reticencia alrededor del futuro anhelado y no compartían el optimismo que entrañaba el desfogue de la gran “megamáquina civilizatoria” occidental, tal como ha sido definida por Serge Latouche (2005). También se observa la existencia, en ese mismo entonces, de una crítica cada vez más elocuente, proveniente desde las filas conservadoras, la cual se proponía recuperar los orígenes, restablecer las tradiciones y afirmar todas aquellas singularidades que serían propias de determinados colectivos y que estaban siendo barridas por el avance del progreso, postura política e intelectual que, sin duda, alcanzó su máxima expresión en las ideologías y prácticas promovidas por los regímenes nazi y fascista, en Alemania e Italia, respectivamente. Esta orientación, salvo escasos ejemplos difíciles de replicar, como la España franquista, no logró sobrevivir a la Segunda Guerra Mundial.

Un trabajo posterior, que puede ser considerado como pionero en esta impugnación del progreso, sobre todo porque de manera más sistemática entró a cuestionar la concepción espaciotemporal de la historia universal tradicional, fue el libro *Raza e historia* de Lévi-Strauss, texto escrito a solicitud de la UNESCO, y publicado en 1952, en el cual el antropólogo sostenía que la humanidad constituía una civilización mundial. A partir de esta tesis, el analista francés argumentaba

que se debía reconocer la existencia de una diversidad de culturas, todas las cuales se encuentran en la historia, pero donde cada una de ellas maneja un registro distinto del tiempo. El texto concluye con el argumento de que las formas de sociedad que se tendían a imaginar como *escalonadas* en el tiempo en las viejas grandes narrativas de la historia universal debían más bien ser contempladas como *desplegadas* en el espacio (Lévi-Strauss, 1952), razonamiento que abría las puertas para el entendimiento de diferentes itinerarios de desarrollo.

Fue igualmente dentro de este contexto cuando comenzó a desplegarse un inusitado interés por el estudio de la larga duración. En la medida en que la historia había interiorizado el ideal del progreso, su sentido último se realizaba en el cambio. La victoria de la larga duración es, por el contrario, “la sanción por parte de la historiografía de una desconfianza con el cambio, es la conciencia de un fracaso [...] La historia del progreso tenía como base la idea de que la cronología era el soporte último de la racionalización, es decir, que la sucesión era el modelo de explicación causal. Lo que ha desaparecido de nuestro horizonte intelectual es la idea, largamente admitida, de que el tiempo de la historia humana tiene respuesta para todo, que es la instancia explicativa por excelencia, y que no exige él mismo ser explicado” (Mona Ozouf, citado en Leduc, 1999, p. 41).

A medida que avanzó el siglo, se fueron acumulando otros factores y circunstancias históricas que le infligieron duros golpes a la anterior confianza depositada en el progreso y demostraron, al mismo tiempo, que esta crisis no era simplemente un problema de conciencia o de representación, pues también afectaba a los cambios sistémicos que entrañaba el avance que experimentaba la modernización mundial. Las destrucciones y muertes ocasionadas por la Segunda Guerra Mundial, la irracionalidad de los campos de concentración nazis, a lo que después se sumarían el reconocimiento de los igualmente desmedidos gulags soviéticos, la bomba atómica y el riesgo de desaparición de la vida humana en el planeta, la crítica desde el Tercer Mundo a las teorías de la modernización y del desarrollo, el negativo impacto que en el medio natural estaba ocasionando el desafortado “progreso”, la acumulación de riesgos manufacturados, las dificultades que evidenciaron los grandes sistemas socioeconómicos para responder a los cada vez más agudos problemas sociales, etc., actuaron como otros tantos aceleradores de la crisis del progreso y del ideal construido en torno a él.

Originalmente, este cuestionamiento del progreso se expresó con mayor fuerza entre las mismas naciones desarrolladas, y sólo con el paso del tiempo se convirtió en una tesis en la que también se comenzó a representar el resto del mundo. En alto grado, esta temprana concientización que se experimentó entre las naciones más desarrolladas fue el resultado del descomunal impacto que tuvo la barbarie nazi en la conciencia colectiva. En 1955, Aimé Césaire, en

su *Discurso sobre el colonialismo*, expuso con claridad esta faceta del problema, cuando escribió:

Lo que el burgués muy cristiano del siglo XX no perdona a Hitler, no es el crimen en sí, el crimen en contra del hombre, no es la humillación del hombre en sí, es el crimen contra el hombre blanco [...]; el haber aplicado a Europa los mismos procedimientos colonialistas a los cuales, hasta entonces, sólo se sometía a los árabes, a los coolíes de la India y a los negros de África. (Citado en Ferro, 2000, p. 16)

En el fondo, lo que empezaba a estar en discusión era la relación existente entre las variadas formas de totalitarismo y la modernidad, revelación que supuso un duro golpe al sentido de una pretendida superioridad moral europea u occidental, en su calidad de senda que mostraba el futuro a seguir por los demás pueblos, planteando interrogantes radicales adicionales sobre la presunta filiación entre civilización y modernidad, cuestionando la creencia ilimitada en la razón instrumental, y, de suyo, poniendo en tela de juicio las tradicionales concepciones de la historia universal articuladas en torno al progreso (Giovagnoli, 2005, p. 130).

Si el catalizador original que puso en duda el progreso fue promovido por la toma de conciencia sobre las aberraciones cometidas por los regímenes nazi y fascistas, con el correr del tiempo se sumaría el descrédito en que cayeron otras formas “totalitarias” de modernidad, como la experiencia comunista durante el siglo XX (Courtois, 2000), variante particular de la modernización occidental, la cual, con el propósito de alcanzar y sobrepasar a las mismas naciones occidentales en todos los indicadores básicos, puso un énfasis desmedido en el desarrollo de la industrialización, de la urbanización; proletarizó a grandes sectores de la población, expresó un culto desmedido a la máquina, la técnica, la ciencia, y un desprecio, sin igual, por el medio natural (Latouche, 2005, p. 63).

Por último, pero no por ello menos importante, encontramos el colonialismo. En su monumental obra sobre el totalitarismo, Hannah Arendt no sólo tuvo en consideración las experiencias del nazismo y del comunismo, también se interesó por las prácticas del imperialismo colonial (Arendt, 1997). El colonialismo, tal como lo denunciara Aimé Césaire a mediados del siglo pasado, representó asimismo una forma “totalitaria” de modernidad, en el sentido de que, como pretendía llevar el progreso a las zonas periféricas del planeta, por donde pasó, desarticuló y hundió en el atraso a continentes enteros y sembró un sentimiento de humillación y de revancha entre los antiguos colonizados (Ferro, 2000 y 2003; Zupí, 2004).

Este cuestionamiento de la anterior confianza depositada en el progreso no significa, sin embargo, que éste haya desaparecido y que sus restos reposen en el museo de la historia. Ha logrado pervivir durante décadas a través de las teorías económicas y políticas de la modernización y de muchas propuestas sobre el

desarrollo y, hoy por hoy, el mentado progreso constituye el alfa y el omega de las popularizadas tesis neoliberales y de varias lecturas economicistas y de otras “políticamente correctas” sobre la globalización (Fazio, 2007), entre las cuales se puede destacar lo que se ha empezado a denominar como el “imperialismo de los derechos humanos”, que consiste en la exportación e imposición de un modelo político democrático y liberal, el cual es considerado como el más “apropiado” para modernizar las sociedades atrasadas. Pero, seguramente, lo más importante que ha ocurrido en el transcurso de las últimas décadas es que se ha comenzado a presentar un cuestionamiento práctico, y no solamente discursivo, de los lineamientos fundamentales de la modernidad clásica y de su correspondiente basamento: el progreso.

Si bien todo esto fue contribuyendo paulatinamente a destronar el ideal construido en torno al progreso, difícilmente podemos encontrar otro elemento que haya coadyuvado más que la globalización en este destronamiento de la historia universal, y de su principal soporte del pedestal, sobre el que antes se alzaba. En contravía de los discursos más repetidos por doquier, que tienden a percibir la intensificada globalización actual como una conformación de una integración genuina del género humano y, en ese sentido, como una constatación de la universalidad fáctica de la historia del mundo, la tesis que hemos tenido ocasión de exponer en varias oportunidades sobre este fenómeno construye una representación muy distinta del mundo contemporáneo.

A nuestro modo de ver, el conjunto de dinámicas que se aglutinan bajo este concepto no sólo apunta hacia una mayor integración o comunidad; también se observa que contribuyen al despliegue de otras tendencias que concurren, al mismo tiempo, a la exacerbación de la tendencia opuesta, a la fragmentación (Clarc, 1997). Es decir, no es un argumento concluyente afirmar que la globalización únicamente acentúa la integración y la homogeneización, pues sus dinámicas entrañan una aproximación y un distanciamiento, y, al mismo tiempo, un engrandecimiento y un encogimiento del mundo, ponen a vibrar conjuntamente la regularidad sincrónica con la singularidad diacrónica.

Conviene igualmente recordar que la globalización constituye una dinámica cuyo *modus operandi* también se basa en las alternancias que registran las relaciones sociales, de cara al tiempo y el espacio. En los últimos años se ha avanzado enormemente en el entendimiento de la naturaleza histórica de la globalización, pero como con acierto señalara Jerry Bentley (2006, p. 20), más en la dirección de “globalizar la historia, que en historizar la globalización”, más en el sentido de incluir nuevos temas que habían sido pasados por alto, que en el entendimiento de la globalización como un proceso que, valga la redundancia, sólo puede ser reconocido en su historicidad. Se observa igualmente que un

número cada vez mayor de profesionales de la disciplina se interesa por el estudio de las experiencias globalizantes que se presentaron en períodos anteriores de la historia humana (Gruzinski, 2004; O'Rourke y Williamson, 2000; Robertson 2005; Mazlish, 1993; Sen, 2006; Abu-Lughod, 1989).

Este procedimiento de recuperación del componente histórico ha tenido la gran importancia de poner en evidencia los elementos de continuidad y los de cambio y, en ese sentido, ha contribuido a sofisticar el debate sobre la relación que existe entre la globalización, la occidentalización y los ambientes institucionales modernos (Hobson, 2006), perspectiva que ha permitido descentrar el anterior nervio central de la historia universal, situando la experiencia europea en el contexto más amplio de una historia global (Gills y Thompson, 2006; Fernández-Armesto, 1995).

Otros aportes importantes de este tipo de enfoques han consistido en demostrar que la globalización es un proceso y no se identifica ni con un sistema ni con una estructura, y que, debido a esta condición, su naturaleza suscita permanentes relaciones de fuerza entre las tendencias que apuntan en dirección de la homogeneización y aquellas que refuerzan las diferencias; que existen múltiples manifestaciones globalizantes, cuyas propagaciones no siempre se encuentran sincronizadas, y que, por tanto, su desarrollo no es equivalente, ni inevitable, ni se encamina hacia una dirección preestablecida.

El conocimiento histórico ha demostrado igualmente que períodos de creciente globalización (v. gr., finales del siglo XIX) (Berger, 2003) pueden ir seguidos de otros en donde rige la desglobalización (el período de entreguerras) (Soyinka, 2004), y por último, que reiteradamente el incremento de las tendencias globalizantes en un determinado ámbito social puede ir acompañado de una ralentización o de una involución en los otros ámbitos (Fazio, 2001).

El desarrollo más importante, para los objetivos de nuestro trabajo, que ha ocasionado este campo de experiencia consiste en que el avance en el conocimiento que ha producido esta tendencia académica por preocuparse por el tipo de expresiones globalizantes en otros contextos y períodos ha tenido, a la postre, el importante mérito de mostrar la historicidad que ha revestido el fenómeno, y, de manera particular, ha permitido construir herramientas analíticas que posibilitan situar el presente globalizador, con las particularidades que le son inherentes, dentro de una perspectiva de larga duración, lo cual, además, ha tenido como corolario que se haya podido recuperar el sentido histórico que comporta el presente histórico contemporáneo.

Para decirlo en otros términos, le ha correspondido a la extensa bibliografía aparecida en los últimos años sobre “la globalización de la historia y sobre la

historia de la globalización” desempeñar un papel renovador en el conocimiento social, sobre todo por su interés en reinstalar el presente global actual en una perspectiva de larga duración. Al proceder de esta manera, este tipo de historias ha contribuido, de modo significativo, a superar el *impasse* al que habían conducido las grandes síntesis sobre el siglo XX, aparecidas en la década de los noventa y en los inicios del nuevo siglo, las cuales, como tuvimos oportunidad de comentar en la introducción a este libro, habían ocasionado una deshistorización del presente, debido a la importancia que todas ellas le asignaban a la caída del Muro de Berlín, en su calidad de acontecimiento conclusivo de un período, y también porque eran contribuciones que se mantenían aferradas a un marco interpretativo tradicional, basado en la matriz nacionalidad/internacionalidad. Eran síntesis que tampoco comportaban ninguna concepción ni valoración de la naturaleza del “después” ni especificaban los elementos de novedad en torno a los cuales comenzaba a girar el presente, situación que condujo, a la postre, a que predominara la idea o de que se estaba ingresando a un “mundo sin sentido” (Laïdi, 1997) o que se estaba asistiendo a un “desordenado y caótico orden mundial”.

Esta nueva historiografía, por el contrario, al interesarse en situar el presente globalizador dentro de una perspectiva de larga duración, ha ayudado enormemente a corregir esa malformación y se ha convertido en la premisa fundamental a partir de la cual se ha podido volver a historizar nuestra contemporaneidad y a encontrar las claves que permiten decodificar la naturaleza del presente histórico contemporáneo. O, para decirlo en términos de Marcel Gauchet, la comprensión de la dimensión histórica de la globalización ha tenido el importante mérito de ayudarnos a entender la *condición histórica del presente* que nos ha correspondido vivir. Como señala el mencionado filósofo galo:

Tengo la impresión de situarme en esa herencia de observadores de la contemporaneidad que aparecen cuando surge la conciencia de una condición humana que cambia en el tiempo con las mismas sociedades. [...] Si es indispensable escrutar de cerca el movimiento del presente, pues es una fuente inagotable de inspiración y de cuestionamientos, es igualmente necesario remontarse al pasado –en los pasados–, pues los enigmas del presente no se comienzan a alumbrar si no es a la luz de la historia, por medio de la puesta en perspectiva con las sociedades anteriores. (Gauchet, 2003, p. 10)

El cambio de perspectiva que se desprende de esta historiografía nos permite conjeturar que, más que una descripción del cambio social, la globalización ha servido, en el fondo, de estrategia heurística que se correlaciona directamente con las transformaciones que han experimentado las sociedades con respecto al espacio y al tiempo en las condiciones contemporáneas, y obliga a trascender las viejas unidades de análisis en los distintos campos del conocimiento (Assayag, 2005, p. 57).

Las investigaciones que previamente hemos desarrollado dentro de esta perspectiva sobre este fenómeno nos han permitido demostrar que, si bien la globalización comprende una dilatada densidad histórica, ha sido propio de nuestro presente histórico el hecho de que este fenómeno se desenvuelva bajo tres modalidades, las cuales se retroalimentan mutuamente: de una parte, la globalización se ha convertido en un proceso central que ha entrado a definir el *contexto histórico*, en el cual tienen lugar las actuales actividades humanas, y, de la otra, se ha transformado en un *conjunto de dinámicas*, en las cuales se expresan y realizan muchos de los cambios que se despliegan en los distintos ámbitos sociales. Por último, pero no por ello menos importante, la globalización se ha vuelto una valiosa forma de *representación* y de entendimiento del mundo, es un globalismo que, para un número cada vez mayor de personas, se ha convertido en el criterio de referencia de su actuación, orientación y pensamiento (Osterhammel y Petersson, 2005, p. 13).

Para la historia, como campo del conocimiento, la intensificación de la globalización comporta una cualidad nueva, dado que la historia contemporánea se ha ido transmutando en una historia global, y este sensible cambio ha conducido, como lo ha sugerido Geoffrey Barraclough (2005, p. 8), a tener que amplificar el ángulo visual de los asuntos actuales, pero “esto no significa integrar simplemente nuestro juicio sobre el pasado reciente agregándole unos pocos capítulos sobre los sucesos extraeuropeos, sino reexaminar y afinar todo el andamiaje de opiniones y preconcepciones sobre los cuales se basan nuestros juicios”. En una historia global se asiste a un encadenamiento y sobreposición de relaciones horizontales entre grandes unidades territoriales, con otras transversales y verticales, entre diferentes niveles de localidad, lo cual explica la fabricación de una creciente diversidad (Assayag, 2005, p. 279).

¿Cuáles son algunos de los grandes cambios que han desencadenado las dinámicas globalizantes en nuestro presente, que reposicionan el sentido asignado a la historia? Podemos distinguir las siguientes características fundamentales: la primera consiste en el desenlace que finalmente ha tenido la interrelación entre nacionalidad e internacionalidad, dinámica central que recorrió buena parte del siglo XX. Cuando sobrevino la caída del Muro de Berlín, dos tendencias interpretativas dividieron a buena parte de los analistas internacionales. Algunos autores interpretaron el hecho como una revancha de la nación sobre el marco de internacionalidad que se había forjado cuatro décadas atrás bajo el ropaje de la Guerra Fría:

La nación, esta extraña figura, está de regreso. Quién lo hubiera creído, después de un eclipse de casi medio siglo [...] Todo parecía apuntar hacia el internacionalismo [...] Vivimos en realidad en el final de un proceso viejo de medio siglo, que ha visto

al internacionalismo convertirse en aquel “horizonte insuperable” [...] este período se cierra [...] La victoria de la economía de mercado y del librecambio no comporta necesariamente la desaparición de las naciones [...] el equilibrio del terror constituía en el fondo la mejor arma antinacional [...] la desaparición de la cuestión social reabre el problema nacional [...] no pudiendo luchar más por la repartición del beneficio, nosotros los franceses nos batimos en el terreno de la identidad. No son más las viejas clases las que regulan la sociedad, sino las formas de identidad. (Minc, 1993, pp. 1-6)

Dentro de esta misma línea argumentativa, no faltaron quienes propusieron reinterpretar todo el “siglo corto”, no como el período que se extendió entre la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia y el fin del socialismo en la Europa Centro Oriental en 1989, sino como un intervalo un poco más grande, aunque igualmente “breve”, de Sarajevo a Sarajevo, es decir, de aquel desencadenante que dio inicio a la Primera Guerra Mundial hasta cuando sobrevino la etapa más cruda de la ola de guerras yugoslavas en la década de los noventa, o sea, de un escenario donde el nervio central de la política mundial estaba representado por la cuestión nacional a otro en el cual el tema de lo nacional nuevamente se habría vuelto a redimensionar. En este sentido, para muchos, el siglo XX se representó como un gran congelador que puso en estado de hibernación una dinámica histórica natural, la cual venía desarrollándose desde las entrañas de los siglos XVIII y XIX y que sólo habría reencontrado su camino cuando sobrevino la finalización del orden bipolar.

Otros, que ya habían percibido su temprano ocaso en el recodo de los siglos XIX y XX, sostuvieron que la reivindicación nacional en las postrimerías del siglo que recién finalizó no era otra cosa que el canto de cisne del nacionalismo y de las formas de organización nacional.

[...] a pesar de su evidente prominencia, el nacionalismo es históricamente menos importante. Ya no es un programa político mundial, por así decirlo, como cabría afirmar que era en el siglo XIX y principios del XX [...] Dijo Hegel que la lechuza de Minerva que lleva sabiduría levanta el vuelo en el crepúsculo. Es una buena señal que en estos momentos esté volando en círculos alrededor de las naciones y el nacionalismo. (Hobsbawm, 1991, pp. 195 y 197)

De modo más reciente, y de manera alegórica, el mencionado historiador inglés recuerda a Benedict Anderson, para quien, “la piedra filosofal de la identidad en el siglo XXI no es la partida de nacimiento del Estado-nación, sino el documento de identidad internacional, el pasaporte” (Hobsbawm, 2007, p. 91).

A la distancia, se puede fácilmente sostener que ninguna de estas dos profecías se ha cumplido. El mundo posterior a la Guerra Fría no ha sido testigo de una consolidación de la internacionalidad, como la imaginaba Eric Hobsbawm, ni tampoco de un reverdecimiento de las naciones, como imaginara Alain Minc. En

realidad, el escenario imperante es mucho más complejo, porque es un ambiente en el cual se ha tornado más evidente la contraposición entre el universalismo y el particularismo, entre lo local y lo global.

Es aquí donde interviene la globalización como contexto, dinámica y representación, ya que, como bien ha argumentado Clifford Geertz (1999, p. 57), la intensificación de las dinámicas que este concepto recubre “comporta un aumento de nuevas diferenciaciones”, situación que nos lleva a sostener que el particularismo de finales del siglo XX e inicios del XXI guarda marcadas diferencias con respecto al nacionalismo tradicional, pues tiene lugar en un escenario en el cual el cosmopolitismo y el particularismo han dejado de contradecirse y oponerse; más bien, se interconectan y se refuerzan en su actividad mutua. “Aunque el siglo XX finaliza dejándonos un mundo más pequeño que nunca, en él los pueblos subrayan lo que los diferencia y niegan lo que los une como nunca antes en la historia”, escribieron Geyer y Bright (1995, p. 104).

Mientras el nacionalismo romántico, colonial o totalitario, tenía una proyección universalista y los Estados nacionales siempre se plantearon el problema de sus relaciones internacionales, el particularismo con base étnica carece por lo general de estas dimensiones: no se encuentra a la ofensiva, sino más bien a la defensiva, afirma una identidad, pero no se propone emprender expansiones, reivindica los derechos, pero no elabora proyectos, presiona por una separación del “centro”, pero no aspira a fundar, como alternativa, nuevos “centros” capaces de atraer y unificar. No se trata, de hecho, de un retorno de la nación en un sentido tradicional, sino del nacimiento de algo nuevo, de la emergencia de nuevas formas de agregación social sobre una base étnica, de nuevos modelos de pertenencia comunitaria, de nuevos conflictos entre identidades culturales diversas. (Giovagnoli, 2005, p. 82)

La segunda característica, tal como señalábamos en un trabajo anterior (Fazio, 2007), consiste en que desde finales del siglo XX nos encontramos distantes de aquellos escenarios que fueron tan propios de los dos siglos anteriores, porque una de las particularidades que más distingue al mundo actual es el hecho de que lo que se ha comenzado a erosionar es aquel nivel intermedio que antes separaba a la comunidad local de la integración mundial: la nación y el Estado-nación, y todas las propiedades que les eran inherentes, razón por la cual la interpenetración entre lo local y lo global es, en el tiempo presente, más directa, fluida y evidentemente contradictoria.

Sobre el particular, conviene recordar que las distintas modalidades de internacionalización que se impulsaron durante la *Belle époque* o la era victoriana fueron una derivación de la actividad desplegada por los Estados (Formigoni, 2000; Pombeni, 2006). En nuestro presente la situación es muy diferente, debido a que las fuerzas y los actores que acentúan las dinámicas globalizantes trascienden y condicionan el activismo estatal. Es decir, si la acentuada inter-

nacionalización fue, en últimas, una actividad desplegada por aquel anillo intermedio conformado por el sistema de Estados, que existía entre la comunidad y la integración mundial, la intensificada globalización actual se realiza a su pesar. Como señala Marramao (2006, pp. 47 y 41), con respecto a la actual fase de la globalización:

[...] no consiste en una interdependencia genérica ni en una pura y simple apertura transcontinental de los mares; ambas condiciones se habían cumplido, en efecto, en las “oleadas” anteriores con el descubrimiento del Nuevo Mundo y con la creación del mercado moderno. La novedad debe rastrearse, pues, en otra parte: en la ruptura del modelo de Westfalia, o sea del sistema de relaciones internacionales basado [...] en la figura del Estado-nación soberano, territorialmente cerrado [...] Lo local no es un microcosmos que refleje el macrocosmos de lo global, sino que es, más bien, la aporía del sistema-mundial que da lugar a la forma actual de un *conflicto-mundo* policéntrico y molecularmente difuso.

A nivel de la producción historiográfica, los campos privilegiados de la macro (Christian, 2005) y de la microhistoria parecen confirmar esta proclividad a dotar a lo uno y lo otro con nuevos elementos de significación. El cometido no es simple, por cuanto en la determinación de estas escalas, más que en los otros ámbitos, intervienen poderosamente los planteamientos y las perspectivas de los mismos profesionales de la disciplina:

La historia de la vida cotidiana y la microhistoria se han distanciado de las categorías macrohistóricas de “mercado” y “estado”, las cuales eran de importancia decisiva para el marxismo y para las diversas formas de la ciencia social histórica, pero han adoptado la idea de que el poder y la desigualdad social constituyen factores básicos de la historia. En la concepción de la historia de la mayor parte de los historiadores de la vida cotidiana y de los microhistoriadores, la desigualdad y las relaciones de dominación asociadas con ella incluso asumen un papel aún más relevante que en el marxismo. (Iggers, 1998, p. 90)

Esta nueva dinámica planetaria, que conjuga de modo más fluido lo local con lo global, no ha sido un resultado fortuito, sino el producto de la depuración de varias tendencias. Como ha sostenido Serge Latouche, a lo largo de los últimos siglos, y hasta hace un puñado de décadas atrás, una gran “máquina civilizatoria”, “impersonal y sin alma”, “cuyos agentes eran la ciencia, la técnica, la economía y el imaginario, sobre los cuales reposaban los valores del progreso, constituía el molde que determinaba la fisonomía del mundo en su conjunto” (Latouche, 2005, pp. 26 y 40). Esta formidable “máquina” operaba también como una anticultura negativa y uniformadora, pues no suponía una real integración social y cultural del “otro”, sino su anulación. El avance de este modelo de modernización occidental fue tan grande que tempranamente llegó a “identificarse con la modernidad misma” y a “convencerse a sí misma de que no existía más que un camino a la

modernización” (Touraine, 2006, p. 70). Esta megamáquina, en síntesis, impuso por doquier su propia arquitectura temporal.

En su momento, la difusión de estos ambientes institucionales actuó como una fuerza ecualizadora del planeta, como una expansiva historia universal fundamentalmente de índole europea, que, a veces, de manera consensual, y en otras, de manera impositiva, se puso al servicio de todos los colectivos humanos. Al mundializarse, dejó de ser una categoría espacial, para convertirse en una condición temporal, porque constituyó la completa realización de su etnocentrismo original. Este modelo civilizatorio impersonal comportaba una particularidad, la cual le imprimiría una impronta muy especial: si bien era universalizable en su naturaleza misma, su difusión se realizó mediante la absorción y el parcial desmonte del transnacionalismo antiguo y medieval (Hobson, 2006; Le Goff, 2004), dado que se impuso mediante el desarrollo de unas estructuras estatales, las cuales sirvieron de fundamento para el despliegue de unas relaciones internacionales, o sea, interestatales. De esta manera, el universalismo de esta megamáquina civilizatoria no se realizó en su transnacionalidad, sino que se estatizó y posteriormente se cubrió con el ropaje de la nacionalidad. Paradigmáticos en este sentido fueron los esfuerzos del Japón de la dinastía Meiji, de la China republicana de Sun Yat-Sen de 1912 y de la Rusia de Pedro el Grande y la revolucionaria de 1917 por crear unos Estados y unas sociedades que rememoran de cerca las instituciones occidentales.

No está de más recordar que, desde un punto de vista histórico, el Estado-nación ha sido una institución típicamente europea, pero que durante los siglos XIX y XX se convirtió en uno de los organismos más emblemáticos, además de cumplir la importante función de ser el principal soporte del sistema internacional. Si en 1950 se reconocía la existencia de 81 Estados, en 1960 ya eran 90, y al despuntar la década de los setenta se alcanzó la cifra de 134. Después de 1988, la Organización de las Naciones Unidas se ha visto en la necesidad de reconocer más de treinta nuevos miembros. En varias partes del mundo, como en algunas regiones de África, fue la lógica estructurante del sistema internacional la que impuso la tendencia a construir Estados-naciones “desde arriba”, sin que éstos fueran el resultado de su “misma” historia (Hannerz, 1998, p. 128). Esta estatalización y posterior nacionalización de la civilización universalista occidental sirvió para organizar el planeta en torno a unos patrones comunes, pero el hecho de que las apropiaciones de ésta terminaran siendo particulares, se tradujo en una nativización de esas instituciones y/o ambientes institucionales.

En el otro extremo, esta occidentalización encontró límites naturales para su expansión, debido a que sus principales agentes no sólo no lograron reproducir el anhelado bienestar en las otras latitudes, sino también porque destruyeron los

ámbitos sociales donde podía anclarse el proceso de occidentalización. Sus fracasos más estruendosos se experimentaron en los temas concernientes al desarrollo, en el debilitamiento de la estructuración nacional estatal y en el creciente rechazo de sus imaginarios. Como señala Latouche, el polémico analista francés:

El fracaso de la máquina técnico-económica engendra el declive de Occidente como civilización. El fracaso del desarrollo y el fin del orden nacional-estatal son los signos y las manifestaciones de esta decadencia, pero no son las causas exclusivas. Las resistencias de las sociedades diferentes, su capacidad para sobrevivir como diferentes, la destreza de las sociabilidades elementales para desviar los aportes más diversos de la modernidad en sentidos radicalmente diferentes contribuyeron a la erosión de la dominación del modelo occidental. (2005, pp. 139-140)

La tercera característica sería el fracaso de la unidad que proveía la modernización, la cual actuó como un fenómeno atomizador de las legendarias historias mundiales. Más aún cuando el occidentalismo, es decir, aquella modalidad de conexión global del mundo que se desarrolló bajo su propia hegemonía, fue cediendo el paso a un escenario en el que diversas identidades buscan demarcarse, en la pretensión de señalar el futuro mismo de Occidente. La multiplicidad de respuestas a este modelo, el cual en su momento había ecualizado el planeta, no sólo demostró que la modernidad se estaba convirtiendo en un fenómeno plural; más importante aún ha sido el hecho de que fortaleció la multiplicidad de itinerarios de modernización, puesto que, dada la mayor estrechez del globo, ha comenzado a entremezclar las experiencias de unos colectivos con las de los otros. Lo universal y lo particular encuentran en esta compleja síntesis uno de sus más sólidos fundamentos. En la historiografía, esta importante transmutación la describió George Iggers (1998, p. 54) en los siguientes términos:

Junto con el concepto de tiempo, se pierde también la confianza en el progreso y, con ella, la fe en la primacía de la moderna cultura occidental en la historia. No sólo es que no haya ya un tiempo único que pueda servir como hilo conductor de una narración; tampoco existe ya ningún punto único de referencia en torno al cual esa narración pueda articularse. El concepto de nación, que fue tan importante para la fe que la burguesía culta y la ciencia histórica del historicismo tenían en la historia, se disuelve. Con pocas excepciones, la historiografía de los *Annales* es regional o supranacional.

Un buen ejemplo histórico contemporáneo lo brindaba recientemente Xulio Ríos, director del Observatorio de la Política China, cuando expresa su interés por precisar la naturaleza del reformismo político chino actual. Señala el autor que en Occidente no se ha logrado entender el curso que ha adoptado la dirigencia en ese país, porque se sigue visualizando la problemática del coloso asiático a partir de estereotipos que han sido consustanciales al desarrollo occidental. El problema no es únicamente la complementariedad o la contradicción entre una economía

liberalizada (la economía de mercado) y la persistencia de una dimensión política autoritaria (el régimen comunista). “Esa visión quedará incompleta si no integra otros dos factores, cada día más presentes y visibles en el comportamiento chino: el civilizatorio y el histórico”, siendo el primero el retorno de un confucionismo *ad hoc* al marxismo que debe asegurar la estabilidad y la armonía social mediante un recurso al interclasismo y a través de la lucha contra la corrupción, factor de debilidad de las viejas dinastías, mientras que el segundo consiste en revertir la tendencia a la decadencia de la cultura china, cuando sus dirigentes se resistieron a insertarse en el naciente sistema internacional en el siglo XVIII.

El aprendizaje de esta traumática experiencia histórica ha llevado a sustituir el aislamiento por la apertura; la negativa a comerciar con el exterior, por la producción orientada a la exportación, y la tendencia al fraccionamiento, a combatirla mediante la preservación de la integridad territorial, razón por la cual el tema de Taiwán se mantiene como una alta prioridad en la agenda. “Prescindiendo de la cultura o de la historia, y queriendo reducirlo todo a un debate “occidental” acerca del modelo de sociedad –concluye el sinólogo español– que puede surgir de la reforma no llegaremos a comprender la verdadera identidad del cambio chino” (Xulio Ríos, “La doble naturaleza del proyecto chino”, *El País*, 18 de diciembre de 2007).

Si queremos explicar esta tendencia en términos propios de la disciplina histórica, podemos decir que esta nueva constelación ha dado lugar a un fortalecimiento del entrelazamiento de la diacronía de los entramados históricos particulares con la sincronía de la contemporaneidad globalizada, principal pivote de una historia que ha dejado de ser universal, para convertirse en global; es decir, como producto de la intensificación de la globalización, que trasciende la internacionalidad, se asiste a una intensa concordancia de un sinnúmero de temporalidades relativas. Esta nueva realidad globalizada, a su vez, explica la dilatación que ha experimentado el presente, convirtiendo a la historia en un fenómeno cada vez *más contemporáneo* (pero no por ello menos histórico) y *menos europeo*.

Debido a esta nueva realidad planetaria es que sostenemos que, a medida que se refuerza la tendencia a un entrelazamiento de variadas experiencias de modernidad, la historia global se realiza como una dinámica parcialmente desoccidentalizada, aun cuando su telón de fondo haya sido promovido por la consistente promoción de las instituciones y otras herramientas de comprensión occidentales. En esta nueva constelación, ya ningún otro centro puede ocupar el lugar que alguna vez le correspondió a Europa en la producción de sentido. Como en su momento escribiera Tony Spybey (1997, pp. 34 y 22), una vez que son creados los sistemas globales, como por su misma naturaleza se encuentran abiertos a los

participantes globales, y en la medida en que su reproducción cotidiana depende de la contribución de los participantes en la escala global, ello significa que las instituciones globales se encuentran en una permanente transformación:

La civilización occidental ha producido la primera y verdadera cultura global en el mundo, pero muchas de las reacciones que ha suscitado, radicadas sobre todo en las culturas alternativas, han entrado a ser parte de su continuo proceso de reproducción, y tanto es así que, en los finales del siglo XX, la cultura global dejó de ser exclusivamente occidental.

De esta manera, podemos concluir que el cambio más sensible a que ha dado lugar la globalización ha consistido en que, a su manera, contribuyó de manera poderosa a la desvalorización del ideal de progreso y, en ese sentido, pulverizó el núcleo que le daba consistencia y significación a la antigua historia universal. No se requiere de un gran caudal de conocimiento histórico para comprender lo distante que se encuentra el mundo contemporáneo en su conjunto de los ideales ilustrados y decimonónicos de una historia universal, organizada en torno al tronco europeo y posteriormente occidental, o al anhelo de organización mundial de los historiadores decimonónicos, debido al declive que ha registrado esta matriz organizadora de la anterior universalidad, en condiciones en que ningún otro país o región del planeta ha podido asumir –y seguramente ninguno podrá hacerlo– el papel que el Viejo Continente detentó por largo tiempo.

Es decir, la “universalidad” de la historia en torno a un centro organizador *fuerte*, función que le correspondió a Europa durante casi cinco siglos, ha ido poco a poco cediendo su lugar a una configuración histórica *débil*, pero no por ello menos efectiva, la cual carece de un núcleo territorial y/o espacial con capacidad para organizar y proveer de sentido al conjunto. Es débil igualmente porque la historia se ha convertido en un entramado que deja de ordenarse por los grandes poderes del ayer: la religión y el Estado. Esta transmutación que ha experimentado el desarrollo histórico de la humanidad se puede valorar, como ha sostenido Gérard Leclerc (2000, pp. 6-7), como una tercera gran revolución:

Después de la “revolución copernicana” que vio la Tierra destronada de la posición central que ocupaba en la astronomía aristotélica, después de la “revolución freudiana” que vio exiliada la conciencia de la posición central que le atribuía la filosofía desde la “revolución cartesiana”, tenemos aquí, quizá, la última revolución, aquella que hace aparecer, en una Tierra exiliada en el fondo del Universo, un mundo sin centro absoluto, un planeta en el que sólo subsisten centros relativos, temporales y parciales, donde todo individuo, portador de creencias, certezas y de fe, debe confrontar su “visión del mundo” con la del Otro, los otros, sus cercanos, sus semejantes, sus “extranjeros” y sus “lejanos”.

Durante unas pocas décadas, el marco de la bipolaridad pudo actuar como sustituto de Europa en su calidad de centro organizador fuerte. Pero a medida que fue avanzando y se fue consolidando la matriz de la mundialidad, la consistencia de este esquema se fue debilitando correlativamente, no por la fragilidad del mismo, sino porque comportaba intersticios a través de los cuales se fue consolidando lo global. La multiplicación de experiencias y el pluralismo conformado por centros de poder emergentes tornaron imposible “circunscribir el conjunto de las nuevas relaciones internacionales dentro de la lógica bipolar. La segunda guerra fría ya no fue más el centro del sistema mundo” (Formigoni, 2000, p. 420).

No nos cansaremos de insistir en que, en nuestro presente histórico, el papel que antes estuvo reservado para el Viejo Continente en la estructuración de la historia universal no lo podrá ocupar ni siquiera la única superpotencia superviviente: Estados Unidos. Con el perdón de quien haya leído un trabajo nuestro anterior sobre este crucial tema, me permito retomar brevemente algunas ideas que desarrollé sobre el particular, porque desgraciadamente en torno a este tópico se han popularizado numerosas tesis erróneas, las cuales han creado una representación equivocada sobre las características de la globalidad actual. En dicho trabajo (Fazio, 2004) se sostenía que los analistas internacionales han recurrido a variados calificativos, con el ánimo de dar cuenta de los atributos que tendría esta potencia en el mundo actual (Ikenberry, 2003), tales como “hiperpotencia”, “megapotencia”, “imperio sin imperialistas”, “imperio *light*”, “imperio liberal”, etcétera.

Estos disímiles esfuerzos por caracterizar el singular poderío que detentaría Estados Unidos constituirían una demostración de que el mundo se encontraría frente a un fenómeno inédito: el estatus, la condición y el poder alcanzado por Estados Unidos no tendrían parangón en la historia y, por ello, cualquier intento de recurrir a viejos conceptos se queda a medio camino y no daría real cuenta de su compleja naturaleza. A su manera, todas estas tentativas de definición reconocen que Estados Unidos constituye una modalidad nueva en cuanto a la magnitud de su poderío, así como por la sofisticación de los hilos que ha tejido para realizar y conservar su poder. Dada la centralidad de que gozaría la potencia del norte, toda la historia, en tanto que colectivo singular, seguiría comportando un núcleo, un centro organizador, y el presente comprendería un sentido, que no podría ser otro que el que le estaría confiriendo esta poderosa potencia.

No obstante la popularidad de estas ideas, ampliamente divulgadas, sobre todo en los medios de comunicación, en dicha ocasión desarrollábamos la tesis de que, en condiciones de intensa globalidad, como la actualmente en curso, una potencia sólo puede ser global, y dentro de estas coordenadas encuentra ventajas y desventajas para el ejercicio de su poder. Entre las primeras se encuentran las

formas más sutiles de dominación, su control de las redes de poder, su predominio sobre las nuevas espacialidades temporalizadas globalizantes y su capacidad para ejercer atracción, es decir, para convertirse en referente de acción y emulación por parte de los demás países y actores.

Una potencia global, sin embargo, tiene que asumir también una serie de costos y adversidades, muchos de los cuales escapan de su control. Dados los altos niveles de compenetración y la magnitud de los problemas que aquejan al mundo en su conjunto, Estados Unidos sólo puede realizar su supremacía y encontrar mecanismos para la resolución de los problemas a través de alianzas, sean éstas económicas, políticas y/o militares con Estados, o apoyándose en otro tipo de organizaciones o instituciones.

Concluíamos en esa oportunidad, tesis que seguimos compartiendo, que Estados Unidos ha llegado a convertirse en una potencia global, pero dista enormemente de la capacidad para poder realizar una dominación global, razón por la cual se plantea el imperativo de fortalecer los hilos de la “interdependencia” y evolucionar de una matriz estadocéntrica nacional a la de un *Estado transnacional cooperante*. El abandono, durante el segundo mandato de George Bush, del ideologizado proyecto de exportación del modelo estadounidense a todo el mundo por el reconocimiento de un esquema de realismo clásico ha sido, sin duda, el primer paso dado por los actuales dirigentes de Estados Unidos en esta dirección.

Desde una perspectiva que podríamos denominar de relaciones internacionales globales, no es atrevido sostener que no hay nada más ajeno a la intensa globalización contemporánea que la mera existencia de la potencias, porque un Estado que se ve forzado a interdependizarse para preservar sus esquemas de hegemonía encuentra que su poder se diluye en los marcos de la negociación con aquellos agentes sobre los cuales precisamente desea ejercer su autoridad.

Sobre este particular, el analista David Rieff recientemente sostuvo una tesis análoga a la nuestra, cuando afirmaba que los grandes partidos políticos norteamericanos están de acuerdo en una idea central con respecto a la política exterior: que “Estados Unidos seguirá siendo la única superpotencia mundial y el guardián de la seguridad internacional y el comercio mundial en el futuro inmediato”. Esta tesis se basa en dos convicciones, ampliamente divulgadas por los analistas y los tomadores de decisiones estadounidenses: de una parte, la inexistencia de algún Estado en condiciones de desafiar la supremacía norteamericana, y, de la otra, la creencia de que Estados Unidos proporciona los bienes mundiales: mantendrá “la estabilidad política y económica en todo el mundo”, garantizará “un orden mundial capitalista democrático y, gracias a un poder militar sin precedentes”, servirá “de último recurso cuando se necesita a un policía mundial”.

No está de más recordar que esta identificación de sus intereses con los bienes comunes no ha sido un rasgo exclusivo de la potencia del norte. Desde el Imperio romano hasta la actualidad, ha sido un argumento esgrimido por todos los grandes centros imperiales que la historia ha conocido. Como acertadamente concluye el mencionado autor, Estados Unidos puede ser la única superpotencia,

Pero, en vez de engañarnos y pensar que vamos a seguir siéndolo durante tiempo indefinido, una política exterior que cuidase de forma inteligente nuestros intereses nos obligaría a hacer todo lo posible para determinar, de acuerdo con nuestra prioridades, las normas internacionales que regirán las relaciones entre Estados una vez que haya pasado el momento de hegemonía estadounidense, como inevitablemente ocurrirá [...]. Tenemos que elegir, pero no entre otro siglo americano y la anarquía, sino entre un mundo multipolar en el que tengamos un importante papel y un siglo antiamericano. (David Rieff, “¿Una superpotencia en declive?”, *El País*, 17 de septiembre de 2007)

Que las actuales autoridades norteamericanas gocen de un poder inmenso y que tengan una explícita intención transformadora de la vida internacional, ello no debe interpretarse como si este accionar se produjera en el vacío. Estados Unidos es parte integrante de un mundo globalizado y, a la postre, sus propósitos sufren de distorsión por las actuaciones y réplicas de los demás actores.

El problema, también en dicha ocasión, lo visualizábamos desde otra perspectiva, la cual también permite confirmar el mismo tipo de resultados. La historia de los dos últimos siglos ha demostrado la inestabilidad de las formas hegemónicas de poder (Hobsbawm, 2007). Quién hubiera imaginado que la Francia napoleónica, al cabo de muy pocos años, perdería súbitamente gran parte de su grandeza. Cómo no recordar que la Inglaterra victoriana encontró desafíos a su supremacía por parte de Estados Unidos, su antigua colonia, y de un país recién reunificado, como era la Alemania de Bismarck. La Rusia zarista, otrora el “gendarme de Europa”, fue humillada al despuntar el siglo XX por el País del Sol Naciente. La Alemania Federal, por su parte, e incluso la recientemente reunificada, no son más que un pálido reflejo de la antes poderosa maquinaria bélica del período de entreguerras. La Unión Soviética, gran coloso que sembró el terror entre las clases dirigentes de Occidente durante más de cuarenta años, hoy tiene como sucesora a una ligera potencia regional. ¿Qué enseñanzas se desprenden de todo esto?

Como sagazmente observara Lenin, el fundador del Estado soviético, un rasgo básico de las relaciones internacionales consiste en que su desarrollo es asimétrico. Los cambios en las ecuaciones de poder en la vida internacional transcurren a unas velocidades insospechadas y nada garantiza que en la actualidad Estados Unidos pueda mantener su actual supremacía ni en el espacio (dominio mundial) ni en el tiempo. Este principio del desarrollo asimétrico de la vida internacional

es tanto más importante hoy en día, debido a las transformaciones a que ha dado lugar el fenómeno de la globalización, que altera sin distinción los patrones sobre los cuales descansa el poder e induce a aceleraciones y ralentizaciones de los mismos, lo que convierte en un asunto bastante azaroso la lógica misma de las ecuaciones de poder dentro de un contexto de política global. Quizá, el aspecto más innovador que ha traído consigo la intensificada globalización es avanzar en la dirección de una sustitución de las relaciones internacionales por unas *relaciones internas al mundo*, lo que significa que incluso el poderoso accionar norteamericano no es más que un fragmento de una totalidad que lo trasciende.

Tampoco se avizora que un ámbito particular pueda entrar a cumplir ese rol conductor y aglutinador, tal como algunos ideólogos del *globalismo del mercado* ambicionaron en la década pasada, mediante la exaltación de las dinámicas económicas a la condición de eje central de las relaciones internacionales (Brenner, 1999), esfuerzo que se derrumbó de manera estrepitosa cuando sobrevinieron la crisis financiera asiática en 1997 y sus variadas reverberaciones en Rusia y América Latina.

El reconocimiento de este carácter *débil* de la historia en nuestro presente es, desde luego, un argumento muy distinto del proclamado fin de la historia de Francis Fukuyama, quien, a inicios de los noventa, pregonó que, con la caída del Muro de Berlín y la desaparición del socialismo en el continente europeo, se había llegado al fin de la historia, en tanto que se había desvirtuado el último y más serio intento de generar una contradicción que supusiese una amenaza al capitalismo, la economía de mercado y la democracia liberal, los cuales encontraron en estas nuevas coordenadas un terreno abonado para su ulterior expansión y universalización.

En contravía de las previsiones de Fukuyama, es fácil demostrar que el tiempo histórico en ningún caso se ha detenido, tal como presupone el polemista mediático en su argumentación, y que si se ha llegado al fin de una historia eso significa que un fragmento de la historia general de la humanidad, en efecto, se ha acabado, la universal, pero que una nueva historia recién ha comenzado a dar sus primeros pasos, la cual hemos definido como una historia global, de la cual, digamos de pasada, para evitar posibles equívocos, la historia de la globalización constituye simplemente un segmento.

Con el ánimo de aclarar de antemano posibles dudas y ambigüedades que se puedan presentar, dado que esta noción la seguiremos empleando de modo recurrente en lo que sigue del texto, digamos que por historia global entendemos un alto nivel de compenetración del mundo, en donde se acentúan y entrecruzan las diversas trayectorias de modernidad, las cuales, a través de los intersticios

globalizantes, entran en sincronidad y resonancia. Es una historia en la cual “todos los pueblos se pueden identificar, sin que sea consustancial a ninguno de ellos” (Mazlish, 1993, p. 120). Por su naturaleza, esta historia comporta una configuración *débil* porque carece de un centro organizador, de un sentido genérico; amalgama los disímiles itinerarios diacrónicos, es un escenario que amplifica las situaciones de crisis, se encuentra disociada de un explícito futuro y engloba distintos pasados, presentes y porvenires que entran en resonancia. Es una historia en la cual el cosmopolitismo y el provincialismo dejan de ser posturas contradictorias, pues se encuentran interconectados y se refuerzan recíprocamente (Geertz, 1999, p. 57), dado que se asiste a una fuerte “interpenetración entre la universalización del particularismo y la particularización del universalismo” (Robertson, 1992, p. 100). Michael Geyer y Charles Bright (1995, p. 104), de manera conclusiva, han señalado:

En una época de integración global, las recientes oleadas de racismo, nacionalismo, fundamentalismo y comunismo expresan más bien la irreductibilidad última de lo “local”. Ésta es la clave de la historia universal [léase global, H. F.] en la época de la globalización, pues el avance de la integración global y las luchas entre débiles y poderosos a las que aquella ha dado lugar han desatado la lucha por el reconocimiento y la identidad, o la soberanía [...], así como la aspiración a la autonomía, y de ese modo han vuelto a conferir importancia a la diferencia frente a la integración, de manera que en el mismo momento en que el mundo se ha hecho uno, no ha dejado de fragmentarse.

Todo esto nos lleva finalmente a concluir que el mundo actual ya no se puede interpretar con las categorías del pasado y, por ello, urge desarrollar un aparato conceptual y analítico que incluya la globalidad no como pretexto o, en el mejor de los casos, como marco descriptivo o normativo de los asuntos contemporáneos, sino como factor de causalidad de los problemas del presente. En esta historia global no existe ninguna ley universal que presida el curso de los eventos, aun cuando su trayectoria se sustancie en el mundo policéntrico potenciado por el despliegue de la misma modernización. Es una historia que no tiene un fin al cual esté obligada, ni una dirección preestablecida hacia la cual se encamine; tampoco tiene un principio que la determine; únicamente consta de un sentido que la sintetiza.

En la siguiente sección de este capítulo pasaremos a analizar la manera en que la historia, como conocimiento, ha ido avanzando lentamente, y no sin tropiezos, en esta misma dirección. De esta digresión igualmente podemos colegir que el “encogimiento” del mundo actual no constituye simplemente un mayor nivel de interacción, más bien denota una complejización de la realidad contemporánea, debido a la compresión de lo local y lo global a través de los fenómenos de transnacionalización y al entrelazamiento de disímiles itinerarios de modernidad que

se sincronizan y traslapan. El reconocimiento de una pluralidad de modernidades constituye un buen antídoto contra todas aquellas interpretaciones que han sugerido que el mundo avanza en la dirección de la homogeneidad.

La recuperación de la autoconciencia histórica

El paulatino desgaste que fueron experimentando a lo largo de la segunda mitad del siglo XX las tendencias universalistas tuvo un poderoso impacto en el ulterior perfeccionamiento de la conciencia histórica y, seguramente, en el nivel sistémico, su derivación más importante fue que hizo posible el advenimiento de un nuevo régimen de historicidad, el cual ya no podía organizarse como una “flecha del tiempo”, sino como un complejo entrelazamiento de disímiles itinerarios temporales en torno a un presente cada vez más dilatado.

La progresiva toma de conciencia de que se estaba arribando a un escenario en el cual era imposible seguir manteniendo una única narrativa universal tuvo, además, el importante mérito de posibilitar de entrada la progresiva liberalización de la autoconciencia histórica europea y contribuir, de esta manera, a que esta región comenzara a forjar su identidad no tanto en relación con otras partes del mundo, como había sido habitual a lo largo de los siglos y como en su momento fue magistralmente documentado por Edward Said (2004), en su polémico libro *Orientalismo*, sino a partir de dinámicas históricas propiamente europeas.

Al empezar a reconocerse en torno a sí misma, este nuevo pensamiento creó el contexto básico para que también las restantes regiones del planeta dieran inicio a sus propios procesos de emancipación, situación que ha redundado finalmente en la paulatina emergencia de un saber histórico cada vez más sofisticado, el cual está forzando las puertas de una globalidad que ya no se reconoce dentro de los cánones de la universalidad.

Claro está que este proceso no ha transcurrido plácidamente. No han faltado autores que han percibido esta desvalorización de la historia universal como una verdadera tragedia, porque con esta atomización el optimismo histórico habría desaparecido, al llegar a su término un reino de más de tres siglos, en los cuales habrían primado el orden, el progreso y el dominio de la razón. El nuevo mundo consistiría en una especie de retorno a la Edad Media, debido a la ausencia de sistemas organizados, la desaparición de un centro, la aparición de solidaridades fluidas y evanescentes y el primado de la indeterminación, los avatares y la imprecisión (Minc, 1993a).

No obstante estas críticas y desazones, un importante aspecto que merece ser rescatado del nuevo escenario que ha entrado a sustituir al anterior es que en

este proceso de recuperación de la autoconciencia, el Viejo Continente, poco a poco, dejó de incluir al resto del mundo dentro de su propia narrativa histórica y lo reservó únicamente para sus variadas formas de relaciones externas. Es decir, la polémica y la necesidad de diferenciación con los antiguos modelos de la historia universal suscitaron un vivo interés por lo particular, lo local, los temas conexos con la identidad, etc., todo lo cual derivó en una mayor atracción por la historia, como construcción de lo singular, desestimando, al mismo tiempo, la propensión por los análisis de la especificidad dentro de tramas argumentativas más amplias.

Un buen testimonio de esta nueva tendencia fue el interesante texto de Lucien Febvre, que data de mediados de la década de los cuarenta (2001), sobre el nacimiento de la civilización europea, en el cual el historiador galo declaraba que por Europa entendía no un continente ni una división geográfica del globo, ni un departamento racial de la humanidad blanca, ni una formación política, sino simplemente una unidad histórica, la cual, por lo demás, se explica desde su fuero interno.

Esta Europa no se define con unos límites geográficos estrictos, desde fuera de alguna manera, con la ayuda de mares, montañas, ríos y lagos; se define desde dentro con sus propias manifestaciones, con las grandes corrientes que por ella se propagan desde hace mucho tiempo: corrientes políticas, corrientes económicas, corrientes culturales, científicas, artísticas, corrientes espirituales y religiosas. (Febvre, 2001, p. 29)

Se puede considerar que esta preocupación por comprender la trayectoria identitaria europea desde lo específico produjo una serie de consecuencias, algunas de las cuales pueden valorarse positivamente, mientras que otras, en el corto plazo, han tenido repercusiones más bien negativas. Entre las primeras encontramos los esfuerzos por comprender la singularidad de esta experiencia histórica y el entendimiento de los procesos que condujeron a la emergencia de dinámicas e instituciones tan importantes como la modernidad occidental, el Estado, la nación y el capitalismo.

De esta misma autoconciencia y del nutriente de su singularidad surgieron las variadas preocupaciones por recuperar la importancia de aquellas historias específicas de este itinerario histórico particular, como la historia medieval, debido a que este extenso período representó un dilatado intervalo de tiempo entre dos reveladores momentos metaeuropeos, como fueron el Mundo Antiguo y la Época Moderna, el primero de los cuales se extendió con la Grecia clásica y, luego, con el Imperio romano por buena parte del entonces “mundo conocido”, mientras que el segundo intentó organizar el conjunto del planeta a su imagen y semejanza. Dentro de esta óptica, la recuperación de lo medieval cumplía

una doble función: de una parte, revalorizaba aquello que la historia universal menospreciaba (la pretendida oscuridad, en contraposición con la luminosidad del progreso), y de la otra, permitía la elaboración de una construcción histórica singularmente europea (Le Goff, 2004; Lopez, 2004).

Este recentramiento en torno a las particularidades de la historia europea tuvo también como corolario desmontar la concepción lineal del tiempo que progresa en dirección de un perfeccionamiento continuo. Se comprendió que la historia sigue un itinerario cercano al que experimenta la física con la teoría de las probabilidades y la relatividad, o, como decía Marc Bloch: “La investigación histórica, como tantas otras disciplinas del espíritu, cruza su camino con la gran ruta real de la teoría de las probabilidades” (Bloch, 1974). Esa anterior temporalidad cronológica pasó a ser sustituida por una concepción en la cual los diferentes intervalos de tiempo son analizados como reproducciones en discontinuidad. Krzysztof Pomian (1984, p. 94) ha elaborado una interesante conceptualización sobre esta evolución de la pluralidad de tiempos, cuando escribe que son los procesos estudiados los que, por su desarrollo, imponen al tiempo una topología determinada: “La topología del tiempo no se encuentra preestablecida de una vez por todas. Son los procesos estudiados los que, en su desenvolvimiento, imponen al tiempo una topología determinada”.

Esta inmersión en las particularidades de su misma historicidad se convirtió en un factor que contribuyó enormemente a la antropologización del discurso histórico, proceso que se inició en la década de los treinta y alcanzó su máximo paroxismo en los setenta del siglo XX, cuando en la Francia de los *Annales* se impuso el controvertido tema de las *mentalidades*. Dos elementos concurren en el desarrollo de esta nueva temática: de una parte, la introspección condujo a celebrar las miradas históricas de larga duración, recabando sobre todo en las permanencias, y de la otra, la propensión a la búsqueda del “otro” diferente, pero no en los trópicos, como había sido costumbre entre los antropólogos, sino dentro del espesor temporal de las mismas sociedades occidentales. Una buena expresión de ello fue el denodado interés por el estudio de las tradiciones y de la nación (Gellner, 1988; Anderson, 1993; Hobsbawm y Ranger, 2002).

Entre las consecuencias negativas de esta autoconciencia europea reflexiva encontramos dos tipos de dinámicas: de una parte, como sostiene Guerreau, la exaltación del referente nacional, incluso para períodos en los que la idea moderna de frontera es absolutamente inaplicable, así como la imposibilidad, de hecho, de pensar una historia general de Europa, que fuera mayor a la simple sumatoria de las historias particulares. “En la época de la pretendida ‘globalización’, el horizonte de la gran mayoría de medievalistas europeos se mantiene circunscrito dentro de fronteras seculares. Las ‘escuelas nacionales’ nacidas en el siglo XIX,

estructuradas por las perspectivas sesgadas e irracionales, perduran de hecho” (Guerreau, 2001, p. 87). Desde otra perspectiva, Eric Hobsbawm es aún más enfático cuando critica ciertas retroproyecciones que se han vuelto habituales:

No es inverosímil presentar la historia del mundo eurocéntrico como un proceso de “edificación de naciones”, como hizo Walter Bagehot. Todavía presentamos la historia de los principales estados europeos de Europa después de 1870 de esta manera, como en el título de *Peasants into Frenchmen*, de Eugen Weber. ¿Hay probabilidades de que alguien escriba la historia del mundo a finales del siglo XX y comienzos del XXI en tales términos? Muy pocas. (Hobsbawm, 1991, pp. 195-196)

A todo ello, además, podría agregarse otro tipo de factores, como la escasa preparación de los especialistas de la disciplina en lenguas distintas a la materna, el conocimiento insuficiente de los entornos socioculturales, incluso el de los países colindantes; el “culto” por las fuentes primarias, que, de modo recurrente, ha circunscrito la investigación a aquella que se puede realizar en el país de origen; todo ello mantuvo a la historia, como disciplina, como forma de conocimiento, inmersa dentro de un referente decimonónico de nación, lo que a la postre se ha traducido en que la pretendida autoconciencia europea, las más de las veces, no sea otra cosa que la extrapolación de una experiencia histórica nacional específica al rango de una “universalidad” de alcance regional.

Albert Wirtz, en un interesante texto, en el cual aboga por una *ciencia histórica transnacional*, sostiene que la historia en Alemania se ha preocupado ante todo por responder el interrogante de si existía una vía propiamente alemana, preocupación que condujo a la disciplina a enfrascarse en lo fundamental por los temas internos. “¡No nos vendría mal mirar más allá de nuestras fronteras e interesarnos por lo que ocurre en el centro, en el este y en el sur de Europa!” (citado en Beck y Grande, 2006, p. 189). Barraclough es igualmente enfático, cuando asevera:

Probablemente el 90% de la historia se sigue escribiendo en un marco nacional. El mantenimiento de la historia nacional se debe en parte a la inercia, al hecho de que es más fácil continuar por caminos trillados, a la familiaridad y a las mayores facilidades que supone tratar con un material del que se puede disponer en el propio país y en la propia lengua. Se debe también en algunos casos a las presiones patrióticas y a la supervivencia de la teoría, tan fuerte en el siglo XIX, de que uno de los principales propósitos de la historia es fomentar la conciencia nacional. (Barraclough, 1981, pp. 484-485)

Este asunto, siempre presente en las diferentes tradiciones historiográficas, se convirtió en un problema de primer orden luego de la caída del Muro de Berlín, con el reclamo por parte de los países de la anterior órbita soviética de su pertenencia europea y la confusión que dicha demanda sembró en la parte occiden-

tal, la cual durante los últimos cuarenta años se había acostumbrado a imaginar que Europa tenía un límite oriental en la tristemente célebre “Cortina de Hierro” (Fazio, 1997). Lo que se ha tornado cada vez más evidente en el Viejo Continente luego del fin de la división de Europa en dos mitades es que la historia ya no puede seguir clamando por la distinción entre lo nacional y lo internacional. “En el espacio histórico europeo ha aparecido algo cualitativamente nuevo: [...] la europeización de las perspectivas históricas [que] no sustituyen a la historia nacional, sino que la abre, la amplía, la enriquece con puntos de vista externos y traspasando continuamente fronteras”, escriben Beck y Grande (2006, p. 190).

Eric Hobsbawm, en su libro autobiográfico, reseñó muy bien los obstáculos que ha entrañado esta deficiencia en el momento de integrar de nuevo una historia mundial de espíritu moderno, aseveración que evidentemente es válida sobre todo cuando se tiene en mente la experiencia de los países europeos, cuando sostiene que

[...] las historias de Europa, de Estados Unidos y del resto del mundo siguieron separadas unas de otras: sus respectivos públicos coexistían, pero apenas se rozaban. La historia sigue siendo, por desgracia, principalmente una serie de nichos para los que la escriben y para su público lector. En mi generación sólo un puñado de historiadores ha intentado integrarlos en una historia universal de largo alcance. Ello fue debido en parte a que la historia no supo prácticamente emanciparse –en gran medida por motivos institucionales y lingüísticos– del marco del Estado-nación. Volviendo la vista atrás, probablemente fue el principal punto débil de la materia en mi época. (Hobsbawm, 2003, p. 207)

La otra dinámica es el marginamiento deliberado del que fue objeto el Mediterráneo, cuyo último gran homenaje seguramente se encuentra representado en la obra escrita por Braudel en 1949, en su calidad de cuna de una gran civilización que incluía a Europa. Este marginamiento, sin duda, operó por ser ésta la historia de una región que evidentemente otorgaba carta de ciudadanía a la alteridad europea meridional y a la no europea que concurre y participa de este mar interior, porque era una perspectiva que descentraba a los desarrollados pueblos del noroeste como fundamento de la europeidad y elevaba y daba una extensa marca de continuidad a los atrasados pueblos meridionales en la elaboración de la europeidad, situación que, en últimas, habría avalado la suposición, en completa contravía con el pensamiento ilustrado, de que la modernidad “occidental” tendría que contener un importante fundamento mediterráneo. Este desplazamiento que se operó del Mediterráneo en dirección del Atlántico tenía que demostrar también que Europa empezaba a dejar de ocupar una posición marginal y periférica en un contexto intercivilizatorio, como el que tenía lugar en el *Mare Nostrum*, para empezar a convertirse en una civilización autocentrada, central y hegemónica (Leclerc, 2000, pp. 79-80).

Sobre el particular, no está de más volver a plantearse un problema que necesariamente vincula de manera estrecha a la historia con el conocimiento que se ha podido acumular a partir de los respectivos desarrollos historiográficos. Fueron la Europa del noroeste y la del centro norte las que “inventaron” el oficio moderno de historiar. De esta constatación se puede derivar un interrogante: ¿no será que la importancia que corrientemente se le asigna a esta historia es simplemente el resultado de que los procesos ocurridos en esta región son los más conocidos porque han sido exhaustivamente estudiados? Siguen siendo muy oportunas las palabras de Fernand Braudel, cuando escribía:

Habiendo inventado el oficio del historiador, Europa se ha servido de su ventaja. [...] La historia de la no Europa está en vías de hacerse. En tanto que el equilibrio de conocimientos y de interpretaciones no se haya restablecido, el historiador vacilará respecto a romper el nudo gordiano de la historia del mundo, entender la génesis de la superioridad de Europa. [...] Una cosa me parece segura, la brecha entre Occidente y los otros continentes ocurrió tardíamente, y atribuirla sólo a la racionalización de la economía de mercado, como muchos contemporáneos tienen tendencia a hacerlo, es evidentemente muy simplista. (Braudel, 1979, tomo 2, p. 142)

Al tiempo que Europa daba inicio a su proceso de automarginación frente a la obsoleta historia universal, con el propósito de desarrollar su propia autoconciencia, la historia del mundo empezó a quedar privada de su anterior columna vertebral, situación que dejó las puertas abiertas para que las restantes regiones del planeta estimularan la producción de sus propias narrativas particulares y desarrollaran también sus propias autoconciencias históricas. Claro está que en el mundo extraeuropeo las cosas no podían expresarse de manera tan simple. Tony Spytbey, sobre el particular, escribió:

La historia del mundo ha sido siempre una historia preferentemente europea, en cuanto fueron efectivamente los europeos los primeros a concebir una perspectiva del mundo pragmática y susceptible de ulteriores elaboraciones. Una vez que el mundo fue percibido en los términos de esta perspectiva, salir de la sombra proyectada por Occidente se convierte en una tarea cada vez más difícil para las demás culturas [...]. De otra parte, el mundo globalizado, fruto del expansionismo europeo, dejó de estar sometido al exclusivo control de Occidente. Sus instituciones son ahora accesibles a quien quiera explotarlas. (Spybey, 1997, pp. 39-40)

Desplazar el punto de vista eurocéntrico constituye una parte importante del desafío, pero no agota el problema, porque también en esta parte del mundo, si se quieren producir nuevas narrativas, se requiere trascender las limitaciones nacionales y etnográficas. En efecto, un primer momento poscolonial consistió en recuperar los pasados propios, distintos a las interpretaciones que se habían vuelto habituales durante el régimen colonial. Pero tempranamente se impuso la necesidad de trascender incluso este esquema, porque en los hechos, el gran

avance no radicaba en sustituir el “viejo mito colonialista” por otro “mito nacionalista hindú o indonesio”, sino pensar una mirada histórica que rehabilitara la historicidad de las experiencias particulares. En palabras de Satish Chandra, la gran misión consistía en

[...] abandonar el concepto de “centro y periferia”, ya se encuentre este centro localizado en Europa o en el Imperio del Medio. En su lugar, debería ser nuestra meta obtener lo que hasta ahora ha faltado: una perspectiva universal de los problemas centrales de la historia humana y sus antinomias dialécticas: continuidad y discontinuidad, unidad y diferenciación, estancamiento y progreso, la alternancia de fases revolucionarias y estáticas dentro de la evolución social, de aceleración y desaceleración. (Citado en Barraclough, 1981, p. 414)

Debido a que la profesionalización de la disciplina en las otras regiones del planeta sobrevino más tarde, incluso en algunas zonas no comenzó hasta bien entrada la década de los setenta del siglo XX, y como el aprendizaje profesional se sigue realizando a partir de las experiencias más logradas (es decir, las europeas y también, aunque en menor medida, norteamericanas), estas nuevas miradas históricas no han podido trascender creativamente los presupuestos implícitos en la anterior. Al sostener esto no queremos decir que se deba rechazar el acumulado de conocimiento existente, descalificar el acervo existente por ser “extranjero”, sino que la gran tarea consiste en entender las singularidades de los propios itinerarios históricos, y con la inclusión de estas otras experiencias, reevaluar las experiencias centrales que siguen alimentando las concepciones históricas predominantes. El futuro, en este sentido, parece ser promisorio, aunque complejo, porque en la actualidad el conocimiento científico no progresa algebraica sino geoméricamente, y no es lineal, sino exponencial.

En torno a este punto se ha planteado una gran encrucijada para los historiadores de los países del otrora llamado Tercer Mundo. En el proceso de recuperación de sus historias propias, éstos han asignado una alta importancia a las reconstrucciones locales, situación que ha permitido evidenciar las particularidades de estos itinerarios específicos. Sin embargo, el estudio de lo local ha ocasionado que se incurra en costos, entre los cuales seguramente el más importante consiste en el hecho de que las micronarrativas han terminado reforzando las concepciones predominantes del mundo. Como bien señala Bentley (2006, p. 26), “Las narrativas locales pueden ser esenciales en el propósito de construir alternativas a las visiones eurocéntricas del pasado, pero también demuestran ser insuficientes e inadecuadas en la realización de este propósito”. Lo que se requiere a partir de estas experiencias es la construcción de grandes narrativas que, desde estos lugares de enunciación, se planteen una visión totalizante, que incluya las historias de los mismos países desarrollados.

Ésta es una de las grandes misiones que les corresponden a estos historiadores en la fundamentación de la historia global.

En este sentido, podemos recordar que Fernández-Armesto (1995, p. 138) hace algunos años suministró un buen ejemplo de esto último, cuando sostuvo que, seguramente, y en perspectiva, el último milenio se valorará más en torno al islam que a Occidente. Sólo cuando se pueda llegar a este nivel de entendimiento se podrá decir que la historiografía de la historia global se encuentra dando sus primeros pasos.

El Islam siguió siendo en la segunda mitad del milenio, la civilización que crecía más rápidamente y todo el período que suele llamarse convencionalmente Edad Moderna, del siglo XVI al XVIII, fue realmente una era de transición. Si el actual renacimiento del Islam continúa en el próximo milenio, los siglos intermedios de indisputada supremacía de Occidente desaparecerán, mirados a larga distancia, o disminuirán hasta tener las dimensiones de un destello curioso pero, en definitiva, sin importancia.

Seguramente, una de las derivaciones más interesantes que ha permitido el paulatino desarrollo de una autoconciencia particular en estas regiones, antes llamadas periféricas, es el llamado poscolonialismo, particular forma de hibridación de los referentes de interpretación social, con el cual lo poscolonial escapa de cualquier tipo de marco binario (metrópolis/colonias), para constituirse en un nuevo arquetipo de síntesis.

Sostenemos, al igual que Marco Zupi, que éste es un nuevo arquetipo de síntesis, porque lo poscolonial no se refiere en este caso a una condición temporal (un después cronológico que sucede al momento colonial), sino a un *después lógico*, que, en el plano epistemológico, apunta a redefinir las formas de conocimiento mediante una anulación de los opuestos Norte-Sur, desarrollo-subdesarrollo, etc., redefine y renegocia la diferencia y procura hibridar disímiles sensibilidades culturales.

En rigor, han sido los intelectuales poscoloniales del Sur los puentes más preciosos de enlace para un diálogo entre el Norte y el Sur, por su capacidad para un intercambio provechoso, pues son portadores de un patrimonio híbrido, que no es ajeno a las tradiciones intelectuales occidentales ni ignorante de las raíces propias, y que, además, se encuentra provisto de un lenguaje vecino a la sensibilidad occidental (Zupi, 2004, p. 14). Con el desarrollo de este tipo de perspectivas, no solamente el mundo antes periférico comienza a salir de la oscuridad y del anterior anonimato que le impuso el dominio colonial y neocolonial; también contribuyen a refundar las ciencias sociales en un contexto de globalidad: si el etnocentrismo europeo fue la condición necesaria para la emergencia de los

saberes sociales (Wallerstein, 2001), ahora éstos comienzan a adquirir un valor propiamente mundial que, desde luego, no podían poseer en la época en la que predominaba la concepción eurocéntrica de la historia universal.

Lo que se torna cada vez más evidente es que, frente a la desvalorización de la historia universal y al posicionamiento de nuevas miradas que conjugan diferentes formas de experiencia, se impone la necesidad de una nueva narrativa mundial que inscriba la pretensión europea de constituirse en centro dentro de una perspectiva que contribuya a sopesar el lugar real ocupado por el Viejo Continente en las coordenadas planetarias, tanto pasadas como presentes. Día a día, la nueva información disponible parece sugerir que la intuición de Roland Robertson de que la globalización contemporánea se puso en marcha mucho antes que la modernidad (1992, p.170) encuentra nuevos fundamentos (Sen, 2006). Si determinadas formas de globalización, en su momento, apalancaron el advenimiento de la modernidad, de ello se infiere que aquello que se supuso como una condición intrínseca de Occidente, en realidad, fue producto de un conjunto de compenetraciones que posibilitaron la condición moderna, y que lo específico de Occidente no fue más que su apropiación en provecho propio (Hobson, 2006). Con base en este tipo de presupuestos, la historia global, si bien constituye una condición intrínseca de nuestro presente, también es un tipo de perspectiva que debe proyectarse hacia períodos anteriores, para infundir nuevas herramientas analíticas de comprensión de nuestra contemporaneidad.

Todo esto nos lleva a concluir que, cuando aludimos a que asistimos a una historia cuya configuración es *débil*, nos estamos refiriendo a una doble condición, una de las cuales apunta a las formas de conocimiento, y la otra, a la materialidad del devenir histórico: de una parte, a la pérdida de centralidad de Europa como columna vertebral de la universalidad, cuyo “vacío” ningún otro actor ha podido llenar, y a la dispersión de historias regionales y nacionales con escasos eslabonamientos entre sí, salvo los que resulten de las dinámicas sincronizadoras, de la otra. En este sentido, han sido paradigmáticas dos grandes síntesis de la historia mundial que reseñan el transcurrir del siglo XX: la de Howard y Louis (2000) y la de Giuliano Procacci (2001), las cuales recorren la centuria de región en región y de década en década, como si esta centuria fuera un mosaico en el cual cada sección representara una unidad y pudiera ser decodificada sin mayores referencias a las otras.

Mencionemos, igualmente, que el hecho de que compartamos el cuestionamiento de las viejas narrativas de la historia universal no significa que coincidamos con los postulados del relativismo posmoderno, el cual, entre otras, ha renunciado a la posibilidad de construir grandes explicaciones, tal como sostuviera Gianni Vattimo, cuando planteaba que “[...] no hay una historia única,

hay imágenes del pasado propuestas desde diversos puntos de vista, y es ilusorio pensar que hay un punto de vista supremo, comprensivo, capaz de unificar todos los restantes [...]” (1986, p. 19).

Si sostenemos que la condición histórica actual es *débil*, es porque consideramos que ya no se organiza de acuerdo con las grandes cosmogonías propias del siglo XVIII y porque reconocemos la historicidad de los diversos colectivos humanos que comportan cadencias temporales particulares dentro de un contexto integral, pero no sólo impuesto por los más fuertes, sino construido por los vínculos, interacciones y compenetraciones cada vez más sólidos que se levantan entre las distintas partes. “A la sesgada idea posmoderna se opone una realidad poderosa: la de que en nuestro tiempo el mundo tiende, por primera vez en la historia, de una forma que parece irresistible, hacia la globalidad” (Arostegui, 2001, p. 228).

Se podrá reprochar, obviamente, que el problema no es otro que una simple cuestión de perspectiva, donde las miradas locales producen historias locales mientras que las perspectivas globales producen historias globales. Empero,

[...] una de las ventajas de esta[s] última[s] es que los fenómenos que alguna vez fueron percibidos como particularistas y desconectados dejan de ser asuntos puramente locales. Más bien, son, por lo menos en parte, un producto de pueblos y regiones que están entrelazados en grandes redes. Las “cosas” ocurren localmente, pero no sola y únicamente como resultado de las influencias locales. De modo similar, los cambios locales pueden alterar la naturaleza de las redes más amplias. Las interacciones e influencias entre lo local y lo global son recíprocas, por lo menos en potencia. (Gills y Thompson, 2006, p. 2)

Reconocer el papel de la perspectiva resulta ser un asunto muy importante porque lo que en el fondo se encuentra en juego es la necesidad de construir una nueva narrativa histórica que procure reflejar de manera más apropiada y cercana la naturaleza del mundo que nos ha correspondido vivir. Ello requiere, más que las historias sobre lo particular y lo específico, que el historiador disponga de un buen conjunto de herramientas analíticas y metodológicas, para que pueda producir coherentemente explicaciones en gran escala. Como señalara Natalie Zemon Davis:

Sigue en el aire la cuestión de si es apropiado un solo relato modélico para contar la historia global. Los relatos modélicos son particularmente sensibles a la influencia de las pautas características de la época y el lugar del historiador, al margen de la utilidad que puedan tener para explicar parte de los testimonios históricos. Si hay una historia global innovadora y descentralizada que descubre trayectorias y caminos históricos alternativos o pertinentes, nada impide que sus macrorrelatos sean también alternativos o múltiples. Lo que debe hacer la historia global es situar creativamente esos relatos en un marco interactivo. (Citado en Christian, 2005, p. 18)

Este “encogimiento” del mundo, por tanto, crea la necesidad de desarrollar una nueva perspectiva que se asiente en el hecho de que la historia universal ha trasmutado en una historia global, en la cual la reducción de los espacios que separan los eventos y las situaciones amplifica y generaliza la amalgama y/o la colisión entre todos ellos. El anterior *destino único*, rasgo inherente de la historia universal, se ha convertido simplemente en una *trayectoria compartida y común*, tal como se entreteje en una historia global, donde todos los colectivos participan de un mismo horizonte espaciotemporal. Como acertadamente ha argumentado Zaki Laïdi, lo global consiste “en *compartir códigos instrumentales*, mientras que lo universal es mucho más exigente: implica *compartir sentido*. Compartir códigos revela la necesidad de un *mundo en común*. Compartir sentido se inscribe en la lógica de un *mundo común*” (Laïdi, 2004, p. 406). Para George Iggers, esta trayectoria compartida debe dar lugar a una nueva narrativa histórica, con la cual

[...] se pretende, tal como lo formulara Edward P. Thompson, salvar al calcetero pobre, al artesano “anticuado” [...] de la desmedida arrogancia de la posteridad. Esto significa, al mismo tiempo, que se renuncia a considerar al poder político como el elemento constituyente de la historia. En lugar de una sola historia, ahora existen muchas historias. Los historiadores intentan librarse de una visión “etnocéntrica”, la cual identificaba el progreso occidental con la verdadera historia, pero no tienen en cuenta las grandes pérdidas en valores humanos que acompañaron este progreso. Se recalca que las culturas no tienen una historia unitaria. La historia no arranca de un centro ni se mueve de forma unilineal en una sola dirección. No sólo existe un gran número de culturas de igual valor, incluso de esas culturas no existe ningún centro en torno al cual se pueda desarrollar una exposición unitaria. Por ello es posible una multiplicidad de historias, cada una de las cuales exige métodos específicos para aprehender los aspectos cualitativos de las experiencias vitales. (Iggers, 1998, p. 84)

Si regresamos a la imagen comparativa con que dimos inicio a este capítulo, podemos decir que la distancia que separa a la historia universal de la global es similar a la disimilitud que se observa entre la representación inconmensurable del mundo a la que tanto ayudó a construir Cristóbal Colón con su “descubrimiento” de un nuevo mundo (Kossok, 1993, p. 105) y la miniaturización de la figura del globo sugerida por el astronauta norteamericano Collins, perspectiva que, en nuestro caso, sirve de telón de fondo y de explicación para el desarrollo de un enfoque de historia global, que tiende a ser finito, contractivo y cerrado y que desconoce la validez sempiterna de las fronteras internas a la unidad.

Hablar de la existencia de una historia global no es un asunto fácil. Para muchos historiadores y científicos sociales puede parecer un término intrigante y arrogante. “Intrigante porque aprehende una porción importante de lo que sucede en el mundo que nos rodea, y es arrogante porque suena rimbombante y porque

parece violar la directriz de que lo pequeño es bello y de que el trabajo histórico de excelencia debe ser estrecho, focalizado, y estar basado en una investigación original” (Schäfer, 1993, p. 47). Más aún, porque ésta es una historia que se interesa por comprender las nuevas realidades globales y por identificar los nodos de convergencia entre los itinerarios históricos particulares.

Pero debe reconocerse que es una historia que carece a la fecha de su correspondiente fundamentación historiográfica y, por esa razón, sus referentes teóricos y metodológicos se encuentran todavía en una fase de construcción (Fazio, 2007a), pero que, por el momento, se vale de los desarrollos que han alcanzado ciertas tradiciones en la investigación histórica, como la historia de la economía mundial (Wallerstein, 1998; Bairoch, 1999; Arrighi, 2000; O’Brien y William, 2004; O’Rourke y Williamson, 2000), los estudios sobre las migraciones internacionales (Corti, 2007), las relaciones internacionales (Clark, 1997; Formigoni, 2000) y la historia del imperialismo y el colonialismo (Ferro, 2000 y 2003).

La necesidad de desarrollar esta novedosa perspectiva no constituye un simple capricho intelectual, ni obedece a una moda, ni es simplemente la focalización de la historia desde otra escala de observación. Retomando un interesante concepto metahistórico koselleckiano, puede decirse que lo que ha ocurrido y lo que impone la necesidad de desarrollar esta nueva perspectiva es que la inteligibilidad de la historia tiende en la actualidad a ser otra, porque es distinto el *espacio de experiencia* desde el cual se valora la práctica histórica, en razón de los cambios que ha experimentado nuestro presente y de la conciencia que se ha forjado en torno a ellos. Como señala el mencionado autor en el párrafo final del libro, que con anterioridad utilizamos como columna vertebral para entender las especificidades de la historia universal,

[...] hemos entrado en la etapa de la historia mundial total [global, H. F.], cuyos centros de acción se han distribuido, partiendo de Europa, a todo el globo. Que, a consecuencia de ello, empiezan a despuntar nuevas historias que, no obstante, fundan un *espacio común de experiencia*, es algo manifiesto. (Koselleck, 2004, p. 153, la cursiva es nuestra)

Para decirlo en otros términos, si nos encontramos en un nuevo mundo en el que se comparte un espacio común de experiencia, por qué no suponer que estamos también ante una nueva historia, tal como se interrogaba Fernand Braudel en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial (2002, pp. 19 y 22). El mismo tipo de inquietud debe guiarnos en la actualidad: si toda la información y la experiencia disponible parecen sugerir que el mundo presente es bastante diferente de los anteriores, con toda probabilidad se debe desarrollar una perspectiva que procure dar cuenta de esta compleja realidad y evidencie la nueva naturaleza de la historia como proceso y como forma de conocimiento.

El reconocimiento de la puesta en escena de esta historia global nos brinda importante información y análisis sobre las condiciones en que se desenvuelve nuestro presente histórico. El ejercicio que hasta el momento hemos emprendido constituye una puerta de entrada para comprender sus particularidades más intrínsecas. Pero antes de continuar con el tema central de este libro, brindemos unas cuantas consideraciones teóricas sobre los marcos cronológicos habituales en la historia y de aquellos que puede comprender el presente histórico.

Elementos para la periodización del presente

¿Qué se puede colegir para la historia y el presente histórico de estas transformaciones que se experimentan en el tiempo, el espacio y la intensificada globalización, fundamentos a partir de los cuales se ha ido construyendo una historia global? A nuestro modo de ver, como primera entrada participan del sentido que adquiere la periodización de nuestra contemporaneidad. Periodizar, en las condiciones del mundo actual, resulta ser una tarea más difícil que lo que parece a simple vista, o lo que pudo haber sido en otras circunstancias.

Ante todo, porque toda periodización debe comprender el tiempo cronológico y el tiempo duración, es decir, el tiempo como cualidad y como cantidad, con el espacio, también, en esta misma doble condición. Pero también, dada la fuerza que ha adquirido la globalización, y en la medida en que ésta ha entrado a alterar las condiciones espaciotemporales en que tienen lugar las relaciones sociales, una periodización no puede prescindir de ella en sus tres modalidades (como contexto histórico, como dinámicas particulares y como representación), más aún cuando este fenómeno ocasiona un redimensionamiento de las múltiples temporalidades diferenciadas y entraña un apreciable reajuste entre las tendencias diacrónicas y las sincrónicas.

La periodización constituye un procedimiento heurístico que requiere de un alto sentido histórico, tal como lo ha sugerido Giuseppe Galasso. Su fundamento se debe buscar en los principales registros de un determinado momento, en los intereses, las pasiones, las ideas que gobiernan el tiempo presente, así como en la necesidad inmediata e irreprimible de la contemporaneidad de esclarecer las raíces y las condiciones de su ser y de su actuación. Una periodización como la que aquí nos interesa tiene que constituir una especie de *autobiografía del presente*, cuya fisonomía pueda ser asimilada prestamente, con una sola mirada. Si bien nuestra reflexión versa sobre la actualidad, a la distancia, este razonamiento también puede ser operativo cuando se acomete el mismo ejercicio sobre épocas anteriores.

Digamos de pasada que una periodización sobre períodos lejanos también debe reconocer la densidad que le corresponde al presente, pero sin pretender amoldar el pasado para ajustarlo a su lógica o al régimen de historicidad desde el cual se encuentra ubicado el observador (Chesneaux, 1996). Lo que ocurre es que tampoco en el pasado puede haber verdades sin certezas, y estas certidumbres se construyen en el presente con base en el acumulado construido por la tradición historiográfica y a través del reconocimiento de que el documento, la huella o el vestigio son los custodios de los derechos del pasado. Protegen

[...] al historiador del riesgo de que su inevitable subjetividad pueda transformarse a su albedrío; y son también [...] los que le otorgan al pasado su consistencia, su penetrable, pero no prevenible ni inevitable opacidad, en la cual se anidan las condiciones y los elementos de hecho (documentados) que el historiador debe tener en cuenta en la periodización. (Galasso, 2000, p. 47)

Vista desde este ángulo, una periodización no constituye un mero ejercicio intelectual; es una disputada y polémica herramienta interpretativa y explicativa que contiene una gran fuerza analítica. Cuando se periodiza, se seleccionan unos acontecimientos o unas dinámicas como fuerzas que catalizan un determinado período histórico. Se privilegian unas variables en desmedro de otras. Generalmente, las periodizaciones son concebidas comenzando con un evento, cuyo impacto se quiere destacar: los franceses definen el inicio de la historia moderna y contemporánea en la Revolución Francesa de 1789; los italianos lo sitúan en el *Risorgimento*; los latinoamericanos, alrededor de 1870, cuando se empezaron a consolidar los Estados-naciones, y la historiografía soviética, mientras existió esa potencia, privilegiaba, por obvias razones, la Revolución Rusa de octubre de 1917. Tuvimos ocasión de polemizar, en la introducción de este libro, las fronteras cronológicas que se asumieron como connaturales a la historia del siglo XX, siglo de tardío debut y temprano ocaso.

Esta pluralidad de esquemas de periodización nos permite observar que sus disimilitudes obedecen a las distintas maneras en las cuales se asume la *experiencia*, y cuando se altera el contenido intrínseco de esta última, la periodización tiene que ajustarse a nuevos parámetros. “Los límites cronológicos –escribe Wallerstein– son siempre difíciles de establecer, existen en función de los problemas que se tratan. Un mismo acontecimiento puede pertenecer a dos límites cronológicos distintos según el tema que esté en cuestión. La escritura de un relato complejo requiere de un esquema flexible e inteligente” (2005, p. 84). Es decir, ninguna época histórica puede representarse como un bloque unitario, ningún período puede ser englobado dentro de una periodización con pretensión totalizante.

De aquí se desglosa una duda metódica que se viene inmediatamente a la mente: quizá, periodizar sea una práctica factible de realizar cuando se estudian

períodos anteriores, cuyas dinámicas se han decantado y son, por ende, fácilmente aprehensibles, pero, ¿cómo se puede periodizar nuestro presente si nos encontramos en una época en la cual todavía subsisten prácticas antiguas que conservan su vigencia en condiciones en que concurre una experiencia cambiante del presente y se asiste, al mismo tiempo, a la emergencia de un conjunto de situaciones y de magnos acontecimientos, los cuales están introduciendo determinados marcos referenciales, ya que también son portadores de sentido (v. gr., la caída del Muro de Berlín) y, a su manera, también están contribuyendo a la creación de nuevas experiencias y representaciones del mundo? Incluso, puede argüirse que cómo se puede periodizar la contemporaneidad cuando el presente histórico de la humanidad es tan complejo que difícilmente se le puede asimilar a una unidad orgánica, dado que en diversas partes del mundo se dispone de distintas representaciones del tiempo. Por último, si la periodización requiere de un distanciamiento para poder realizarse, entonces, ¿cómo se pueden determinar los marcos temporales de la inmediatez?

Se comprenderá que estas preguntas no son nada fáciles de resolver; pero una vía de solución se puede encontrar del lado de los acontecimientos, tema que discutiremos en el próximo capítulo, y en la precisión semántico-histórica del término presente. Como preámbulo, conviene recordar las interesantes palabras de René Rémond cuando sostuvo que la historia del tiempo presente era “una buena medicación contra la racionalización *a posteriori*, contra las ilusiones de la óptica que pueden entrañar la distancia y el alejamiento” (Institut D’histoire du temps présent, 1993, p. 33). El presente, de este modo, debe entenderse como un libro abierto, sujeto a permanentes reacomodaciones. “El estudio del tiempo presente lleva a profundizar aún más la noción de historicidad en la complejidad de las temporalidades –individuales o colectivas– y a interrogarse sobre la trilogía pasado/presente/futuro, puesto que la marcha del devenir engloba el futuro” (Bedarida, 2001, p. 155). La periodización de la actualidad, de este modo, debe ajustarse a los parámetros del sentido que le confiere al presente el régimen de historicidad predominante en la respectiva contemporaneidad.

La pertinencia de esta reflexión constituye una preocupación central para los objetivos de este trabajo, pues, como hemos tenido ocasión de documentar en anteriores escritos (Fazio, 2004), la práctica de periodizar consiste en inscribir las distintas fases y temporalidades, así como el cúmulo de acontecimientos que sus fronteras cronológicas recubren, dentro de una cierta duración, la cual, a su vez, les confiere a todos esos eventos un sentido más o menos preciso. Las fronteras temporales de una periodización deben explicar el sentido que registra el intervalo de tiempo en torno a la naturaleza del problema que se quiere destacar, que, en el caso que nos ocupa, no es otro que el mundo en su conjunto en el tiempo

presente. De esta manera, en el siguiente capítulo, cuando nos intereseamos por la naturaleza del presente histórico, no es la abstracta condición temporal la que deberemos tener en mente, sino aquella que se sitúa dentro de un determinado intervalo cronológico.

2. EL PRESENTE HISTÓRICO

El presente histórico: algunas consideraciones teóricas e historiográficas

A primera vista, el presente histórico parece aludir a una cuestión bastante trivial, simple y parcialmente obvia: se refiere a la condición de contemporaneidad para un número indeterminado de individuos, con total independencia de si la situación de éstos es la de ser participantes u observadores directos en grandes o pequeñas acciones, o si conformaban sin más el grupo de aquellos que moraban en ese determinado intervalo de tiempo.

Por fortuna o por desgracia, dependiendo siempre del ángulo desde el cual se observe, en nuestra época ya no se comparten el entusiasmo, la convicción ni la pasión que antes suscitaban las grandes certezas. Con toda probabilidad, unas cuantas décadas atrás nadie se hubiera tomado la molestia de discutir la pertinencia y/o la validez del enunciado propuesto. Sin embargo, en la actualidad, la trivialidad de esta expresión ya no puede permanecer incólume; su sentido debe ser afinado, pues, aun cuando sea un enunciado valedero, constituye una descripción que comporta muchas complejidades, aristas y sutilezas, que requieren ser precisadas.

Claro está que el hecho de que iniciemos este capítulo con una postura que arranca con un cuestionamiento de cierto tipo de certezas no significa que estemos asumiendo una actitud que pueda ser catalogada como relativista, porque, como sostuviera hace ya más de medio siglo el insigne historiador Lucien Febvre, la complicación es una estrategia argumentativa fundamental en la disciplina de la historia:

Si una cuestión histórica importante nos parece sencilla, es nuestro deber complicarla. Porque si la vemos sencilla podemos estar seguros de que la deformamos [...] En otras palabras, la función del historiador no es simplificar lo real, sino buscar, detrás de las apariencias de la sencillez, la complejidad de las cosas vivas, la ordinaria, necesaria complejidad de la vida. (Febvre, 2001, p. 116)

Retomando parcialmente este espíritu de nuestra época, así como la proclividad de la disciplina por las cosas complejas de la vida social, puede decirse

que cuando se reflexiona con más detalle sobre los elementos constitutivos que en apariencia comprende el presente histórico, el significado intrínseco que el concepto comporta comienza a perder toda su obviedad.

No sólo porque obliga a dilucidar la acepción de las dos nociones centrales que conforman esta categoría en cuestión –el presente y lo histórico–, sino también porque urge no dejar suelta la ambigüedad que entraña la comunión de ambos vocablos, sobre todo cuando se advierte la contradicción supuesta en los términos, pues uno es sincrónico y remite a la actualidad o a la instantaneidad, y el otro es diacrónico y alude al tiempo recorrido y al pasado.

Valga comentar que no son pocos los historiadores que consideran que la asociación de ambos vocablos solamente puede dar lugar a una expresión carente de sentido. Sobre el particular, no está de más recordar a Pierre Nora, historiador profusamente interesado en el entendimiento de la contemporaneidad y del tiempo presente, quien, en un artículo legendario, publicado a mediados de la década de los setenta, sostenía que “en tanto que no hay más que historia del pasado, no hay historia contemporánea. Es una contradicción en los términos. En sí, la historia contemporánea [...] es una historia sin objeto, sin estatus y sin definición” (citado en Noiriél, 1998, p. 7).

El problema contiene también otra arista de complejidad. Existe otra gama de elementos que concurren en la mayor variabilidad del concepto en cuestión. En aras de la brevedad, y para no ahondar en posturas que puedan ser tildadas de deconstruccionistas, que tanto gustan a algunos estudiosos, pero que no son de nuestras preferencias, estos otros factores pueden aglutinarse en torno a tres interrogantes centrales, y otros tantos que surgen como productos derivados de los mismos: el primero es: ¿cuáles son y cómo se determinan las fronteras cronológicas que abarca el presente histórico? El segundo podemos enunciarlo en una afirmación y en otra pregunta: si esta condición temporal alude a la contemporaneidad de los participantes, observadores y/o simples habitantes, y puesto que el presente remite a una actualidad que es mutable, es decir, es una noción que describe, en realidad, una breve proyección temporal inestable y siempre cambiante, entonces, ¿puede existir un presente histórico o más bien éste es un delgado intervalo de tiempo que se encuentra en permanente deconstrucción y construcción?

La tercera complicación la encontramos en torno a la siguiente problemática: cuando se habla de un presente histórico, ¿se está aludiendo a una condición temporal válida para el mundo en su conjunto o ésta debe descomponerse en múltiples niveles vivenciales, más próximos a las experiencias circunstanciales de los distintos colectivos humanos e incluso de los individuos? Del tipo de

respuesta que se le dé a esta cuestión se deriva otro conjunto de interrogantes: ¿puede existir un único presente histórico sin su correspondiente representación o estructuración cultural? Y de cuál sea la argumentación que se desarrolle en torno a la pregunta anterior, entonces, ¿el presente histórico se objetiviza local, nacional, internacional o globalmente? En el fondo, y para sintetizar, ¿el presente histórico es una condición de realidad, una representación o la conjunción de ambas?

Como vemos, no es tan sencillo ni evidente el sentido que comporta la categoría en cuestión. Para evitar malentendidos y, dado que el camino se presenta muy sinuoso, ir de una vez al meollo del asunto y aproximarnos a un entendimiento de este complicado problema, comencemos nuestro recorrido con una afirmación fuerte y bastante tajante, por cierto, que puede producir algo de perplejidad, en más de un historiador habituado a las grandes certezas, y rechazo, en uno que imagine su disciplina como un “oficio”, pero no por ello es equivocada: la historia como dato objetivo, como pasado ocurrido, indudablemente alguna vez existió; en su respectivo presente, el asunto constituyó una realidad objetiva y objetivizable en hechos y situaciones puntuales, los cuales trascienden las restricciones que se puedan experimentar cuando se les intenta reproducir, pero, a cierta distancia temporal, cuando se dilata el intervalo de tiempo que separa al observador del acontecimiento del momento objeto del análisis, la historia ve desvanecerse su anterior condición *existencial*. Con el correr del tiempo, la precedente materialidad del hecho histórico se transmuta en sola *presencia*. En este sentido, compartimos plenamente las palabras de Julio Arostegui, cuando sostiene:

La historia es una cualidad inserta en las cosas, una cualidad de lo social, sin duda, pero no es ella misma una cosa, como pensara Durkheim que eran los hechos sociales. No existe un hecho histórico por naturaleza. (Arostegui, 2001, p. 32)

Digamos de pasada, porque después no tendremos oportunidad de volver sobre este asunto, que esta característica de la historia de aprehender los fenómenos sociales en su temporalidad, y no como objetos, es lo que ubica a esta disciplina un paso adelante de las restantes ciencias sociales en el proceso de comprensión del complejo mundo contemporáneo, como algo cercano, así no se produzca en estos mismos términos, a lo que hemos definido como una historia global. La historia, entendida como proceso de historización y de temporalización de las situaciones sociales, permite, de esta manera, pensar y alimentar una especie de humanismo, el cual podemos definir, siguiendo al sociólogo alemán Ulrich Beck (2005), como una propuesta cosmopolita, que se ubica en una posición equidistante frente a la integración normativa, a diferencia de lo que ha sido común en las teorías sociológicas sobre la integración social de las *sociedades nacionales*, en razón de

que se esfuerza por aprehender el carácter multifacético –plástico y elástico– de los itinerarios históricos. De esta manera, cualquier renovación epistemológica en el concierto de las ciencias sociales que apunte en la dirección de querer dar cuenta de nuestra compleja realidad contemporánea no puede privarse de las perspectivas que organizan el conocimiento histórico.

Volviendo al punto que veníamos desarrollando, digamos que esta condición presencial, mas no existencial de la historia, es aplicable únicamente para uno de los dos componentes que comprende el término: el pasado, pero no para la historia, entendida como forma del conocimiento, porque el alejamiento temporal entrafña, tal como ha sugerido Renán Silva, la facultad de permitir afinar su comprensión. No se debe dramatizar, sostiene el historiador,

[...] esa llegada tardía del análisis social a lo que de más contemporáneo y novedoso hay en una sociedad. En el caso del análisis histórico esa llegada tardía al “teatro de los acontecimientos” es parte de su propia naturaleza, y de esa característica la disciplina histórica intenta hacer una de sus virtudes, pues la consideración *distanciada* –que es una regla básica en el trabajo de las ciencias sociales– y la propia necesidad de depurar las informaciones con que se trabaja, más la dificultad intrínseca de distinguir las realidades sociales que perduran –aguas profundas– de las corrientes de superficie que se marchitan al otro día de su aparición, imponen un cierto retraso que no siempre habrá que lamentar, si se recuerda que a veces el presente mismo produce una actualidad engañosa, en donde lo significativo y perdurable parecería ser lo que los medios de comunicación van describiendo hora tras hora, sin que al cabo de unos pocos días podamos recordar qué era eso que se nos imponía como *actualidad*. (Silva, 2007, p. 78, cursivas en el original)

En perspectiva, se puede aseverar que en nuestro presente no existe ninguna cosa que podamos llamar historia que pueda ser asimilada a algo real, tangible, objetivo, que sea observable como una bacteria con ayuda de un microscopio, y mucho menos, que pueda ser experimentable o manipulable. Ésta es una de las principales circunstancias que nos distancian de lo que fueron las formas decimonónicas de historiar, pues, en ese entonces, se compartía la idea de que el historiador debía asemejarse al químico, de lo cual se infería que su trabajo constituía un proceder que apuntaba a replicar la realidad.

Debemos ponernos bien de acuerdo en el análisis –sostenía Fustel de Coulanges. Muchos hablan, pero pocos lo practican. Tanto en la historia como en *la química* es una operación delicada. Para un estudio atento en cada detalle, debe extraerse de un texto todo lo que se encuentra; y no debe insertarse lo que no se encuentra. (Citado en Hartog, 1998, p. 352. La cursiva es nuestra)

Hoy por hoy, con gran dificultad podríamos compartir plenamente las palabras del ilustre historiador francés decimonónico. El desarrollo historiográfico durante el siglo XX demostró palmariamente que el pasado sencillamente

no es replicable en sus mismos términos. Nuevamente, encontramos en palabras de Julio Arostegui una adecuada explicación de este problema, cuando argumenta:

El mundo temporal al que el historiador se asoma se podría designar imaginativamente con una expresión que da título a un libro de Reinhart Koselleck: el historiador se sitúa ante el futuro del pasado. Toda construcción sobre lo histórico trabaja con una manipulación del tiempo en cuanto que escribimos desde el presente sobre el pasado y la concepción del futuro interviene igualmente en ella. El historiador se enfrenta al futuro del pasado de una manera precisa: para él, aquello de que trata es *su* pasado: el tema como tal es, en su ontología, un presente: el análisis de tal presente-pasado lo hace el historiador a la luz de lo que ha sucedido “después” de lo que describe como presente. Está, pues, trabajando con un *futuro pasado*, con un futuro del pasado. (Arostegui, 2001, p. 273, cursivas en el original)

Tampoco se puede, como sí se hace en el laboratorio, distanciarse de la historia para examinarla desde afuera, porque todo individuo se encuentra inmerso en la historia; todo hombre y mujer, en definitiva, es historia. Con toda seguridad se puede afirmar que uno de los principales rasgos que distingue y particulariza a los seres humanos es el hecho de ser criaturas históricas, y que la cultura del conocimiento, con sus pensamientos, razonamientos y prácticas institucionales, ha sido un edificio que se ha alzado sobre determinadas constantes históricas (Sommers, 1995, p. 55; Galasso, 2000).

La afirmación de que la historia, en tanto que pasado, como dato objetivo no existe nos lleva indefectiblemente a reconocer que la parte más activa y laboriosa en el proceso de producción del conocimiento histórico, tal como fue reconocido por Renán Silva en una cita anterior, no descansa en el pasado que se pretende reconstruir, sino en el tiempo y en la conciencia y estructura sociocultural de los individuos que, a la distancia, observan y analizan la historia (Chesneaux, 1996). Esta peculiaridad de la disciplina, que no difiere en sus trazos fundamentales de las formas de proceder de las restantes ciencias sociales, es la que sustenta la afirmación de que la historia constituye un conocimiento reflexivo, es decir, comporta aquella condición en la cual “las prácticas sociales son examinadas constantemente y reformadas a la luz de nueva información sobre esas mismas prácticas, que de esa manera alteran su carácter constituyente” (Giddens, 1999, p. 46).

Valga recordar (Fazio, 2007) que cuando nos referimos a que el conocimiento histórico es un saber reflexivo estamos aludiendo a una condición epistemológica distinta de los sugeridos cambios de paradigma, tan bien descritos y analizados por Thomas Kuhn en su legendario trabajo. En la perspectiva de este último, era fundamentalmente la dificultad que se experimentaba en el momento de incluir

nuevos elementos de novedad dentro de las teorías predominantes lo que conducía a los esenciales cambios de perspectivas, los cuales, a su vez, catapultaban las llamadas “revoluciones científicas”.

Cuando, por el contrario, nos referimos a la historia como un saber reflexivo queremos denotar, a diferencia de cualquier veleidad de corte positivista, que las transformaciones no sólo son aquellas que ocurren en la “realidad” externa, en el acumulado de conocimiento que se encuentra por fuera del investigador; incluyen, asimismo, las nuevas miradas y sensibilidades que los analistas desarrollan para dar cuenta de otros elementos originales de la misma realidad (Abu-Lughod, 1989), así como la traducción de las valoraciones que la sociedad emprende de sí misma (Beck, 2002), porque lo que cambia en el tiempo es el acumulado de experiencias a partir de las cuales se observa y analiza la realidad. Un célebre pasaje de J. W. Goethe da claramente cuenta de ello:

Que hay que reescribir de vez en cuando la historia del mundo es algo de lo que seguramente ya no queda ninguna duda en nuestros días. Pero tal necesidad no nace porque se hayan descubierto entre tanto muchos sucesos que antes no se conocían, sino porque se dan nuevas opiniones, porque el compañero de una época en progreso es conducido hasta posiciones de las que se puede abarcar y juzgar el pasado de un modo nuevo. (Citado en Koselleck, 2004, p. 121)

Esta constatación conduce a sostener que la historia es una disciplina bastante peculiar, en tanto que su razón de existencia y su condición de posibilidad se fundamentan y realizan, al mismo tiempo, en las dos acepciones indisolubles en las cuales se desdobra el término: es el pasado como objeto de estudio, de una parte, y comprende el conocimiento producido sobre ese mismo pasado, de la otra. Así lo sostiene, por ejemplo, Henri Marrou, cuando recuerda que la operación histórica se realiza en dos planos: el pasado vivido y el presente que recupera ese pasado: “En la historia estos dos planos sólo son aprehensibles en el seno del conocimiento que los une. No podemos aislar, sino por una disyunción formal, de un lado un objeto, el pasado, y de la otra un sujeto, el historiador” (Marrou, 1954, p. 37).

Esta doble condición es un asunto tan fundamental en la operación histórica que, como se ha profusamente demostrado, no puede haber conocimiento histórico sin esa materia prima que es el pasado, con sus huellas y vestigios que, desde la profundidad del ayer hasta nosotros, se proyectan. Pero tampoco existe el pasado al margen del conocimiento que se produce y acumula a lo largo de distintos presentes en torno a él (Moradiellos, 2001), porque esas huellas y vestigios pierden su condición natural y devienen historia durante el proceso mismo de escritura de la historia (Agacinski, 2000, p. 60).

La historia, entendida como pasado, de esta manera, comporta indisolublemente una relación, que puede ser en ocasiones simbiótica y en otras dialéctica, con su alteridad, es decir, con el no-pasado o, para mayor concreción, con el único no-pasado factible, o sea, con el presente, y en la historia, como forma de conocimiento, la dicotomía entre pasado y presente no se representa como una barrera infranqueable, sino que constituye una construcción intelectual permanente.

Sobre el particular, conviene recordar que un gran aporte de Walter Benjamin, en su intento por caracterizar algo similar a aquello que hemos denominado, siguiendo a François Hartog, régimen de historicidad, se sitúa en su manera de no considerar la vinculación entre el pasado y el presente como una simple relación de sucesión. Para él, el pasado es contemporáneo del presente, pues sólo se puede constituir al mismo tiempo que el presente (Dosse, 2000). O, como ha señalado Sylviane Agacinski (2000, p. 61), el pasado no es tanto un asunto de anterioridad, como de ancianidad. De una postura análoga se hace portador el sociólogo Norbert Elias, cuando señala que “se diría que ‘pasado’, presente y futuro, aunque son tres palabras distintas, constituyen un concepto único”. Más adelante, acota: “la frontera entre pasado, presente y futuro cambia constantemente, puesto que los hombres que viven los eventos como pasados, presentes o futuros se transforman” (Elias, 1997, pp. 88 y 91).

Dentro de esta línea de argumentación se debe entender que las fronteras entre pasado y presente son maleables, y por ello se puede sostener que si ese ayer es reconstruido y de una u otra manera gravita en el presente, así sea como un referente para la acción o para la representación de las cosas en el hoy, entonces, es un pasado que se torna activo y que conserva actualidad, es decir, se convierte en un *pasado presente*, o en un *pasado próximo* o un *pasado que no pasa*, al decir de Rousso (1998, p. 12), y entra a ser parte constitutiva de esta última condición temporal.

Si observamos el problema desde el ángulo inverso y reparamos en que un presente pierde su cualidad intrínseca y deja de ser presente, en este caso, la relación simbiótica tampoco prescribe, pues mientras existan criaturas históricas, se tendrá que reconstruir un tipo similar de relación con el nuevo presente que entre a sustituir al anterior.

La alteridad de la historia, por consiguiente, no está conformada por un único pasado con un presente omnipresente, sino por un continuo encadenamiento dialógico entre disímiles pasados y presentes. Nada es, por tanto, más distante de la realidad que imaginar que la historia es aquella disciplina que estudia el pasado, tal como se infería de un fragmento anterior que citábamos de Pierre Nora, pues, como vemos, el presente ha sido, es y seguirá siendo una importante

condición de su ser. Más bien, debemos reconocer que el pasado está condenado a un permanente desgaste “bajo el choque del presente, que actúa con la frescura de su fuerza y con su derecho a vivir”, como ha sentenciado alegóricamente Galasso (2000, p. 11).

En efecto, el uso de los términos historia, entendida como conocimiento, y pasado, en tanto que itinerario humano, puede, a primera vista, parecer un pleonasma, porque ambos conceptos aluden a la misma estructura de tiempo; la historia y el presente, en los hechos, también pueden llegar a serlo. Si esto último no se ha pensado como una redundancia, como una reiteración de significados equivalentes, se debe principalmente al siguiente factor: al hecho de que a lo largo de los dos últimos siglos, numerosos historiadores emprendieron grandes esfuerzos para tratar de convertir el pasado histórico en una cuestión objetivizable, y al conocimiento histórico, en una herramienta científica, o sea, objetiva.

Cuando predominaron estas perspectivas, la disciplina de la historia sólo abrió una pequeña ventana para la actuación del presente. François Hartog recuerda que para Halbwachs el pájaro de la historia no podía emprender el vuelo hasta que la noche estuviera bien cerrada, cuando el presente ya se encontrara muerto. Evoca también el mismo historiador galo que “en 1867 un informe sobre los estudios históricos en Francia concluía: la historia no nace en una época hasta que ésta se encuentra bien muerta. El campo de la historia es el pasado. El presente pertenece a la política y el porvenir pertenece a Dios” (Hartog, 2003, pp. 135-136).

Sin embargo, como acertadamente escribió en su momento Geoffrey Barraclough (2005, p. 13), no obstante la desmesurada aceptación de la equivalencia entre historia y pasado, lo curioso y excepcional no era que el concepto de historia se encontrara anclado en el presente, sino, por el contrario, “la noción decimonónica de la historia como algo enteramente volcado sobre el pasado”. Del mismo parecer es Jean Lacouture, cuando recuerda: “que la historia sea la ciencia del pasado, que sólo encuentre su razón de ser, su nobleza, su justificación en la laboriosa extracción de sus recursos de la montaña de los archivos, es un dogma de reciente data” (Lacouture, 1988, p. 233). En el gran libro de la historiografía esta extraña actitud ha sido más la excepción que la regla, porque desde sus orígenes los historiadores se interesaron preferentemente por impedir que su presente cayera en el olvido (Herodoto) o por entender las principales encrucijadas de la contemporaneidad (Tucidides).

Por fortuna, en la actualidad, esos viejos forcejeos intelectuales han comenzado a ser abandonados porque se reconoce su impracticabilidad, ya que la historia como conocimiento simplemente puede apostar por la búsqueda de la

verdad, sin pretender la posesión de la misma, y porque ese tipo de intenciones y prácticas convierten a la historia en un simple “oficio”, en un “taller”, carente de metafísica.

Para tranquilidad de quienes no gusten de nuestra posición, quizá se sientan más cómodos con las palabras de Jacques Le Goff (1995, p. 29), cuando escribe: “Creo en definitiva que la historia es la ciencia del pasado, con la condición de saber que éste se convierte en objeto de la historia a través de una reconstrucción que se pone en cuestión continuamente”; empero, no debe olvidarse que esta reconstrucción permanente, de la que nos habla este historiador, no es otra cosa que el cuestionamiento y la reescritura que imponen los respectivos presentes, tal como claramente ha demostrado Reinhart Koselleck con base en los diferentes tipos de experiencia que se amalgaman en determinados espacios de experiencia.

El desgaste experimentado por ese tipo de esfuerzos llevó a que se comprendiera de modo más cabal que la historia, para existir, requiere en su inteligibilidad tanto del presente como del pasado. Sobre este punto conviene recordar que el “gremio” de los historiadores siempre ha reconocido en los *Annales* a una de las más fecundas corrientes historiográficas contemporáneas, sobre todo porque se constituyó en uno de los principales núcleos paradigmáticos metodológicos de las ciencias sociales, siendo, además, lo que es altamente significativo, la única propuesta que ha surgido desde el campo de la investigación historiográfica. Lo que más ha llamado la atención, y que, por consiguiente, ha sido lo que se recuerda de manera permanente, ha sido el énfasis que puso esta “escuela” o corriente en la *histoire-problème*, procedimiento metodológico que, en su momento, revolucionó la disciplina porque se preocupaba ante todo por la construcción de problemas, y no por la mera narración de episodios (Burke, 1996).

Sin embargo, sólo se evoca de manera tangencial que la *historia problema* no podía existir al margen de una propuesta epistemológica mayor que se preocupaba por dos cosas principalmente: de una parte, una consideración relativizada del hecho histórico, porque, como sostenía Lucien Febvre, no existe ninguna realidad de la que se pueda servir espontáneamente el historiador, y, de la otra, una necesaria relectura de la relación entre el pasado y el presente.

El *combate por la historia*, para retomar una máxima que tanto gustaba a este último historiador, llevado a cabo por los *Annales*, en beneficio de una dialéctica entre pasado y presente, se desarrolló en dos frentes: de una parte, contra los eruditos puramente confinados en la reconstitución del pasado, y, de otra parte, contra los economistas y sociólogos, cuando se inclinan por ocultar el espesor temporal de los objetos sociales (citado en Dosse, 2000, p. 47). “Lo que representaba la contribución esencial del historiador a la ciencia de la sociedad

era la dimensión histórica, la habilidad para ‘colocar’ el presente en su contexto, el guardarse de la estrechez de miras que afectaban tanto a economistas y politólogos como a los *historiens historisants*” (Barraclough, 1981, p. 345). De tal suerte que lo que expondremos a continuación se inspira, en parte, en esa genial intuición e imaginación que fue propuesta y parcialmente desarrollada, pero que por desgracia no fue ultimada, por Marc Bloch y Lucien Febvre.

Hemos sostenido en varias ocasiones que la historia debe entenderse como la intermediación que se presenta en el diálogo inagotable entre estos dos registros temporales, pero sin olvidar que los resplandores del futuro también participan en su calidad de “horizonte de expectativa”. La ecuación pasado/presente no es otra cosa que la principal forma de diálogo dialéctico que registra el pensamiento histórico. Pero lo que le confiere un valor, una cualidad actualizada al pasado no es el haber ocurrido, sino la relación indisoluble que mantiene con la estructura cultural predominante en un determinado momento presente.

Veamos un ejemplo tomado al azar de esta cambiante interrelación entre un evento del pasado y la estructura cultural predominante en un determinado momento. Durante buena parte del siglo XX, y sobre todo durante varias décadas de su segunda mitad, detractores y simpatizantes sostenían que la Revolución Rusa de octubre de 1917 había sido aquel acontecimiento capital que había determinado el desenvolvimiento de toda la centuria, “el corto siglo XX”, al decir de Eric Hobsbawm, o como sostuvo en su momento François Furet (1995, p. 117): “La Revolución Bolchevique de octubre de 1917 adquirió el estatus de acontecimiento universal. Se inscribió en la filiación de la Revolución Francesa, como algo del mismo orden, que abrió una época en la historia de la humanidad”.

Es indudable que la historia del último siglo no puede ser imaginada ni reconstruida sin hacer referencia a este importante acontecimiento. Pero ocurre que, cuando empezamos a adentrarnos en el espesor del siglo XXI, cuando el presente ya no se encuentra representado por la contradicción sistemática entre el socialismo soviético y el capitalismo de libre mercado, entonces, el itinerario de la revolución bolchevique se convierte en un simple recoveco en el camino.

El presente actual, “con su derecho a la vida” como dice Galasso, le asigna un valor y un sentido al pasado de acuerdo con sus vicisitudes, preocupaciones y problemas. “Es en función de sus necesidades presentes –escribió Lucien Febvre– que la historia recoge sistemáticamente, que clasifica y agrupa los hechos pasados. Es en función de la vida que se interroga la muerte: organizar el pasado en función del presente es lo que podríamos denominar la función social de la historia” (Febvre, 1975).

Claro que puede llegar a presentarse el caso en que emerja una estructura cultural, que en su momento será un nuevo presente, que le asigne nuevamente una alta significación a ese otrora importante acontecimiento ruso, europeo y mundial. El presente, de esta manera, no clausura el pasado, pues, como señalábamos con anterioridad, elementos de éste pueden reconvertirse en unos pasados presentes, mientras que otros, que pueden encontrarse más próximos a la contemporaneidad, se transfiguran prestamente en pasados históricos. Es, por lo tanto, en el presente donde se materializa la toma de conciencia en torno a las contingencias de la historia, donde tienen lugar las relaciones de fuerzas, las contradicciones y oposiciones en torno al significado mismo que ella comporta. Por último, pero no menos importante, es en el presente donde hallamos no el pasado, sino la conciencia que se tiene de este último.

El presente y el presente histórico

Hasta aquí hemos emprendido una reflexión preliminar que nos ha permitido determinar el lugar cardinal que ocupa el presente en la operación y en la escritura histórica. Hemos tenido ocasión de demostrar que esta dimensión temporal constituye una condición vital para la existencia misma de la historia. Llegado a este punto, una pregunta, sin embargo, empieza inmediatamente a rondar nuestra mente: ¿cómo debe entenderse el presente? Interrogante que suscita de inmediato una gran perplejidad porque prestamente se experimenta una angustia similar a la que en su momento profesó san Agustín, cuando se formuló un interrogante análogo sobre el tiempo. “Si nadie me plantea la pregunta, yo lo sé. Si alguien me pregunta y quiere que le explique, ya no lo sé”. Con el presente ocurre exactamente lo mismo. A primera vista todos sabemos qué es, pero cuando tenemos que explicar su significado, experimentamos grandes dificultades, sobre todo porque la respuesta tampoco es fácil de exponer. Lo único que de entrada se puede afirmar es que ni el pasado ni el presente “pueden develar el sentido del presente” (Agacinski, 2000, p. 9).

Para facilitar el esclarecimiento de esta cuestión, hagamos un breve recorrido sobre distintas posturas que los historiadores han asumido en su intento por responder a este interrogante. Se observa que, sobre el particular, tres aproximaciones convocan a la mayor parte de los profesionales de esta disciplina. Los primeros entienden el presente en un doble sentido: de una parte, como una sucesión de eventos locales singulares y como una simultaneidad de múltiples acontecimientos lejanos, de la otra. Para los segundos, el presente es una porción infinitesimal de tiempo, entre el pasado y el futuro. Los últimos, interpretan esta condición temporal como una duración y, por ello, como un intervalo de tiempo más extenso que la instantaneidad (Kern, 1995, p. 89).

Como buen representante de los primeros podemos considerar al historiador inglés Timothy Garton Ash, para quien el presente es una “fina línea, de apenas un milisegundo de longitud entre el pasado y el futuro”. También identifica esta condición temporal con un pasado muy reciente y con los acontecimientos actuales (Garton Ash, 2000, p. 16). Dentro de este mismo grupo podemos ubicar a François Bedarida, quien ha sostenido que el tiempo presente constituye un espacio de tiempo minúsculo, un simple punto pasajero y fugitivo, ya que su principal peculiaridad es la de desaparecer en el momento mismo en el que comienza a existir. En sentido estricto, considera el historiador francés, no se puede acometer la historia del presente, porque basta con se comience a hablar de ella para que se convierta en pasado (Bedarida, 2001, p. 156).

Entre los segundos podríamos ubicar al historiador alemán Reinhart Koselleck, quien propone distintas aproximaciones sobre el presente, una de las cuales consiste en el entendimiento de este registro temporal como aquel punto de confluencia donde el futuro se convierte en pasado. Es decir, constituye “la intersección de tres dimensiones de tiempo, donde el presente está condenado a la desaparición”. Sería, entonces, “un punto cero imaginario sobre un eje temporal imaginario” (Koselleck, 2001, p. 116).

Entre los últimos podríamos citar al historiador francés Fernand Braudel, quien poco trabajó sobre el presente, pero realizó importantes consideraciones sobre este intervalo temporal, como cuando escribió: “La búsqueda histórica debe forzar la puerta del tiempo presente. Lo paradójico estriba en que, para eso, el mejor medio me parece una zambullida en lo que he denominado la *larga duración* histórica” (Braudel, 1991, p. 143, cursiva en el original).

Las dos primeras aproximaciones son muy pulcras y sugestivas en sus definiciones y, a primera vista, no son pocos los individuos que, en un primer momento, se identificarían con sus enunciados. Pero si las observamos con mayor detenimiento, se puede reconocer que son muy estrechas en las representaciones que evocan, y seguramente son pertinentes como proyecciones temporales a escala de las experiencias individuales, pero no son adecuadas cuando se quiere hacer inteligible la apropiación que del presente acometen las sociedades y, menos aún, el conjunto de éstas.

Tampoco son del todo valederas, porque, en sentido estricto, el presente es elástico, ya que toda dimensión temporal es presente, tal como lo sostenía enfáticamente el filósofo italiano Benedetto Croce, en la medida en que el pasado es algo que ya dejó de existir, mientras que el futuro se mantiene como una simple posibilidad, idea que se puede redondear con la afirmación de Walter Benjamin, para quien, como lo veíamos, el pasado y el presente no son registros que se

puedan entender a partir de su sucesión, pues ambos nacen al mismo tiempo. De un parecer similar era san Agustín, quien, en una vertiente más de naturaleza psicológica, entendía el presente como un registro ampliado a una temporalidad larga que engloba la memoria de las cosas pasadas y las expectativas de las cosas futuras. “El presente del pasado es la memoria; el presente del presente es la visión y el presente del futuro es la expectativa” (citado en Dosse, 2000, p. 99). Para san Agustín, el presente era, en el fondo, un “espacio de experiencia”.

Estas aproximaciones, no obstante el hecho de ser proferidas por destacados historiadores y pensadores sociales, pueden llegar a ser definiciones válidas dentro de una perspectiva planetaria solamente cuando se razona sobre el presente inmediato, o cuando se emprenden análisis de coyuntura, en la acepción que a este término le asignan los científicos políticos, los economistas o los periodistas, o cuando se quiere entender el componente subjetivo individual del tiempo, pero no son apropiadas cuando se quiere subrayar el componente temporal que entraña el presente. Menos útiles resultan cuando se les quiere utilizar como fundamento para construir un marco de aproximación del presente histórico, porque tendrían que aludir a un dilatado espacio de tiempo, tendrían que ser nociones que comportaran una densidad temporal más o menos extendida.

Aunque no compartamos completamente el sentido intrínseco de estas dos primeras aproximaciones, hemos querido enunciarlas porque en ellas podemos encontrar algunas importantes claves que son de gran utilidad para la comprensión del presente histórico contemporáneo. De la primera se puede rescatar la idea de que el presente constituye un registro temporal en el que se realizan los acontecimientos, cercanos y distantes. Es muy sugestiva esta tesis porque insinúa que el presente se transforma en una condición temporal en la cual las anteriores sucesiones de eventos se desdobl原因 al incluir también la concordancia de los mismos. Cuando se complejiza la sucesión con la simultaneidad se invita a pensar que el presente también comporta una *extensión espacial*, dimensión que se encuentra abierta extensivamente hasta abarcar al mundo entero.

Al ampliarse el concepto para englobar una dimensión espacial, el presente deja de representarse de modo estricto como un simple intervalo dentro de un tiempo lineal, pues tiene que incorporar también determinadas formas de organización del espacio y, desde luego, no puede ceñirse a una región o experiencia en particular, sino que se encuentra abierto hasta implicar al vasto mundo. Esto nos lleva a una primera constatación: el presente no es una categoría exclusiva de tiempo; simboliza, más bien, una determinada dimensión espaciotemporal. Al espacializarse, el presente deja de ser un registro genérico único, pues tiene que estar abierto para amalgamar disímiles estratos de tiempo, es decir, las cadencias de todos aquellos a quienes incluye y representa.

Con esta inferencia que hemos realizado a partir de esta conceptualización del presente, encontramos una importante clave que nos permite brindar una respuesta parcial a uno de los interrogantes que nos formulábamos con anterioridad: al entrañar una dimensión espacial, el presente comprende una condición de tiempo que se refiere a una experiencia colectiva y, en ese sentido, el presente histórico sólo puede ser mundial, y no exclusivamente local o regional. Sobre el particular, conviene recordar una bella expresión acuñada por Octavio Ianni, la cual sirve adecuadamente para caracterizar nuestro presente: “el globo dejó de ser una figura astronómica para adquirir plenamente una significación histórica” (Ianni, 1996, p. 3).

El hecho de que identifiquemos el presente con una forma de mundialidad, ello no significa que lo estemos interpretando ni como una macroestructura ni como un escenario que remite de nuevo a una forma disfrazada de universalidad histórica. Esta mundialidad existe en la medida en que incluye, encadena y se retroalimenta de los variados presentes en los cuales se desarrollan las experiencias particulares de los distintos colectivos. Al representarse como un fenómeno planetario, el presente contemporáneo debe comportar, sin duda, una apariencia de homogeneidad, producir determinadas formas de encadenamiento, pero en su composición contiene complejos conjuntos de referentes temporales particularizados, contruidos a partir de las disímiles experiencias vividas, tanto colectivas como individuales, razón por la cual este presente mundial puede experimentarse, y con toda seguridad se experimenta, de modo diferenciado en las distintas regiones del planeta. Como oportunamente escribió Giuseppe Galasso (2000, p. 48): “Ni siquiera el presente histórico de la humanidad en su conjunto es representable como una unidad orgánica [...] en diversas partes del mundo, no necesariamente lejanas entre sí, se vive en tiempos diversos y se tienen intuiciones y representaciones del tiempo muy distintas entre sí”.

Otra inferencia importante que se puede extraer de esta tesis es que este entendimiento espacial del presente convierte a la *sincronía* en una categoría histórica de suma relevancia, pues a partir de ella se pueden ubicar las distintas experiencias homologables dentro de un compartido horizonte histórico-espaciotemporal. Este último punto reviste una alta significación porque es habitual la tendencia a identificar la historia con la diacronía y asumir que la sincronía, presente o pasada, sería una propiedad sobre la que versarían otras disciplinas sociales, como la sociología y la antropología. Pero, como vemos, en su calidad de registro espaciotemporal, la sincronía también constituye un atributo de la historicidad, más evidente, por supuesto, en nuestro presente que en épocas pasadas, en las cuales, muy probablemente, se podía compartir una historia presente, pero no se participaba de un mismo presente histórico.

Si se reconoce la validez de lo anterior, entonces, de modo imperativo surge la necesidad de pluralizar la categoría civilización, aseveración válida tanto para la acepción dieciochesca, con la cual se pretendía designar a toda la humanidad, como para sus expresiones más particulares referidas a determinados colectivos humanos. La civilización ya no puede seguir siendo entendida como una entidad única y relativamente homogénea, tal como figuraba en las legendarias historias universales, como una matriz consustancial al conjunto del género humano, sino que tiene que descomponerse en distintas experiencias colectivas de vida, razón por la cual, en lugar de civilización, en nuestro presente debe comenzarse a hablar de una naciente *sociedad global*, pero entendiéndola obviamente no como una entidad estable, homogénea o sistémica, sino como un entramado de colectividades que comportan distintos registros temporales, pero que, en nuestra contemporaneidad, han entrado a participar de un mismo horizonte espaciotemporal.

Desde luego, una inferencia importante que se desprende de esta obligada pluralización de experiencias es que cuando se reconocen sus múltiples formas de existencia, se desvaloriza seguidamente la pretensión de universalidad de cualquier experiencia histórica particular. Prevengamos de antemano un posible equívoco a que puede dar lugar el concepto que estamos empleando: el modo como estamos entendiendo la sincronía es algo muy distinto de aquella que en su momento brillantemente introdujo Immanuel Wallerstein (1998), cuando queriendo demostrar la manera como en la época moderna el mercado sustituía al Estado, en su calidad de institución básica de regulación social, desarrolló su teoría del sistema mundo, de acuerdo con la cual los distintos colectivos, ubicados en diferentes espacios, independientemente de la distancia que los separara y de sus niveles de desarrollo, se encontraban articulados, es decir, sincronizados, por la institucionalidad del mercado mundial. De suyo, de esta concepción se deducía que las manifestaciones políticas y culturales se conformaban como reflejo inmediato del avasallante mercado (Ortiz, 2004, p. 31).

En la concepción wallersteniana de sincronía, todas las civilizaciones quedaban inscritas dentro de un “pensamiento único”, compuesto de los criterios y las instituciones que se proyectaban a partir de aquel núcleo de donde emanaba la fuerza sincronizadora, a saber, la civilización occidental, donde se habría creado por vez primera el sistema mundo, en contraposición con los antiguos imperios mundos. Para nosotros, por el contrario, la sincronización del presente, tal como aquí la estamos entendiendo, no suprime, sino que realza la diacronía en la que se desenvuelven las historias de los distintos colectivos, pero dentro de un horizonte compartido, que no puede ser otro que el que se conforma dentro de una heterogénea sociedad global. Por esta manera de entender la sincronía es que sostenemos que no hay nada más distante de la realidad del presente que imaginar que

el empequeñecimiento del mundo sería sinónimo de compactación; en realidad, comporta igualmente la inclusión potenciada de la diferencia.

Otro elemento que se desprende de esta inclusión de la sincronía dentro de la dimensión del presente consiste en que cuando se expande la espacialidad de este registro temporal, concomitantemente se ralentiza la cadencia en que transcurre el tiempo. La *longue durée* braudeliana constituye, desde luego, una de las composiciones más logradas en este sentido (Braudel, 2002). Esta pluralización de experiencias, con la alteridad, que ha sido su evidente corolario, no constituyó una ampliación temática exenta de consecuencias para la historia, el entendimiento del tiempo histórico y, por consiguiente, la composición del presente. Agostino Giovagnoli (2005, p. 40) resumió el problema en los siguientes términos:

El conocimiento de esta alteridad plantea, al menos implícitamente, el problema de las relaciones: reconocer al otro como tal supone una relación entre el sujeto que reconoce y el sujeto que es reconocido. Las ciencias humanas no ignoraron este problema y buscaron maneras de afrontarlo de acuerdo con sus enfoques específicos. Lo propio de la historia es el tiempo, pero la óptica de la alteridad es más estática que dinámica, tiende a iluminar las situaciones más que a afrontar los cambios, subrayar la distancia más que focalizar los encuentros. La influencia de las ciencias humanas en la historia ha inducido a esta última a poner entre paréntesis los tiempos breves de los cambios, para privilegiar aquellos largos de la continuidad también en las relaciones entre Europa y el resto del mundo, hasta llegar a contemplar la posibilidad de una historia inmóvil...

Cuando se resaltan los efectos que ha tenido en el pensamiento histórico esta sofisticación que comporta la comprensión de una pluralidad de tiempos con base en la diversidad de formas de civilización dentro de la naciente sociedad global, y la alteridad, que es uno de sus resultados más prominente, ello permite destacar que esta manera de entender la temporalidad y también el presente es un fenómeno exclusivo de nuestra contemporaneidad, y seguramente no puede hacerse extensivo a otros presentes ya concluidos.

Evidentemente, han existido otros momentos en la historia en los cuales se ha renegociado de modo dramático también la relación con el tiempo. Así, por ejemplo, el intervalo que va desde mediados del siglo XVIII hasta bien entrado el XIX constituyó un período en el cual se afirmó la idea de que el devenir histórico estaba registrando una fuerte aceleración.

Todas las relaciones estancadas y enmohecidas –escribieron Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*–, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas. (Marx y Engels, 1976, tomo 1, p. 114, cursiva nuestra)

Ésta fue una época en la cual la negociación de la relación con el tiempo consistía en una especie de fuga hacia adelante, un progreso que englobaba todas las experiencias históricas, el predominio de un futuro por colonizar, donde el presente se reducía a lo efímero, donde “todo lo sólido se desvanece en el aire”.

Más adelante tendremos ocasión de analizar las condiciones en que fue apareciendo una nueva actitud frente al presente; por el momento, constatemos simplemente que la nuestra es otra coyuntura histórica en la cual se ha renegociado la relación con el tiempo, y si hay algo que lo particulariza es la dilatación del presente.

De la segunda corriente de interpretación se puede retomar su carácter filiforme, su propuesta relacional con lo precedente y lo subsiguiente, es decir, el entendimiento del presente como un registro temporal también abierto en los extremos a ciertos elementos del pasado y otro tipo de inferencias que puedan derivarse del futuro inmediato. Cuando se sostiene que el presente es un registro temporal, cuyos pliegues se entremezclan y realizan en la intersección con el pasado y el futuro, se quiere señalar que, desde un punto de vista histórico, el presente comporta también una dimensión *diacrónica*, comprende una secuencia temporal, y que, por ende, los distintos registros temporales deben ser asimismo temporalizados. “Si todas las dimensiones de tiempo –escribe Koselleck– están contenidas en un presente que se despliega, sin que podamos remitir a un presente concreto porque continuamente se escapa, entonces las tres dimensiones de tiempo tendrán que ser a su vez temporalizadas” (2001, p. 118).

Esta necesaria temporalización de los registros temporales constituye otra premisa importante para el tema que nos interesa, porque sugiere que puedan existir distintas calidades de pasados y de futuros en relación con el presente. El citado historiador alemán reconoce la existencia de un pasado presente y de un futuro presente que se corresponden con un presente abarcador que tiende a desaparecer. Pero si hay también un presente que se dilata para englobar a su antecesor y a su sucesor, entonces existe también un “presente pasado con sus pasados pasados y sus futuros futuros”. Por último, el historiador alemán distingue la existencia posible de un presente futuro con su pasado futuro y su futuro futuro.

Esta puesta en perspectiva del presente es muy sugestiva, evidentemente, porque permite comprender mejor las complejidades de las que el presente se hace portador y reconoce que el presente es un intervalo que no se contrapone de modo fulgurante ni al pasado ni al futuro. De la principal tesis desarrollada por esta corriente retomamos, por tanto, la cualidad diacrónica del presente, pero renunciamos al resto porque, no obstante los elementos de novedad que comporta,

constituye una visión poco operativa cuando se quieren utilizar estas secuencias temporales en cualquier tipo de ejercicios de operación histórica.

Por ello, nos inclinamos por una distinción más simple de estos registros temporales, contenidos implícitamente en esta propuesta. En tal sentido, podemos hablar de pasados *históricos*, que comprenden aquella gama de eventos y de situaciones que ya han concluido, que son inmodificables, que no se proyectan sobre el presente, de los cuales se puede aprender, pero sobre los cuales ya no se puede actuar. “El pasado histórico constituye lo ‘viejo’, dicho de otra manera, es una estructura sociocultural que ya hemos superado” (Heller, 1989, p. 47). Pero también se pueden distinguir otros que se encuentran a gran distancia de nosotros, pero que actúan como *pasados próximos*, tal como ha sugerido Ovidio Capitan, en la colección de ensayos que portan el sugestivo título *Medioevo: passato prossimo*:

El medioevo es “actual” precisamente porque es pasado; pero pasado como elemento que se ha apegado a *nuestra historia* de manera definitiva, para siempre, y nos obliga a tenerlo en cuenta; porque encierra un formidable conjunto de respuestas que el hombre ha dado y que no puede olvidar, aun cuando ha verificado su inadecuación. La única sería abolir la historia... (Citado en Le Goff, 1995, p. 31, cursiva en el original)

Se pueden reconocer además otros registros de pasados, como el reciente, que figurativamente se pueden representar como un *pasado presente*, el cual se extiende hasta la actualidad, y cuyos valores actúan todavía en el hoy. De la misma forma, se puede distinguir la existencia de futuros intangibles, lejanos, inasibles, y otros próximos. Mientras los primeros son escatológicos, en los últimos es donde se recrean las esperanzas, los temores y los riesgos que participan en la composición del presente.

A partir de estas dos perspectivas podría ofrecerse una primera aproximación acerca de la naturaleza del presente histórico contemporáneo. Tal como ha sostenido el historiador francés Pierre Nora, un principio determinante que nos ha correspondido vivir consiste en que durante nuestra contemporaneidad se ha asistido a una ruptura en la continuidad temporal, se ha producido una inversión en relación con el pasado y el futuro, lo cual significa que se ha llegado a una fase terminal en la comprensión de un tiempo histórico homogéneo.

Pasado y presente han perdido algo de su linealidad. Cada instancia adquiere cierta autonomía. Y entre un futuro que ha devenido totalmente imprevisible y el pasado rendido a su extrañeza, a un sentimiento definitivo de su pérdida, el presente, hasta entonces una simple transición, pasarela y punto de pasaje, se convierte en la categoría imperativa de nuestra comprensión de nosotros mismos. (Nora, 1993, p. 46)

Si es distinta la condición de nuestro presente, entonces, podemos sostener que la estructura del tiempo histórico no debe interpretarse como una “flecha del

tiempo”, sino como un registro que comprende diversos planos y que se organiza como una extensión temporal *a geometría variable*, en consonancia con el tipo de régimen de historicidad prevaleciente en un momento determinado.

Nos ha parecido conveniente incluir este breve pasaje del historiador *annalista*, porque su concepción del presente histórico se referencia, *grosso modo*, a partir de estas dos concepciones de presente que hemos esbozado, pero también porque incorpora elementos novedosos, válidos exclusivamente para nuestra contemporaneidad, como son la experiencia de renegociación de la relación que se mantienen con el pasado y el futuro, con base en la tesis de que el presente actual ha dejado de ser un simple puente entre los dos grandes registros temporales, para devenir una condición omnipresente y extendida a lo largo del tiempo.

En efecto, la principal particularidad de nuestra contemporaneidad consiste en que nos encontramos en medio de un “presente omnipresente” o una “sociedad de urgencia”, para retomar una interesante imagen sugerida por Zaki Laïdi, cuando escribe:

La fortaleza de la urgencia en nuestra sociedad refleja esta sobrecarga del presente ante el cual expresamos nuestras expectativas y que nos conduce a exigir del presente lo que antes se esperaba del futuro. En todo el mundo, las sociedades políticas parecen estar confrontadas a los mismos problemas, a los mismos desafíos, incluso en la manera de enunciarlos. Se habla hoy de la crisis del Estado, de la privatización del sector público, de la transparencia de la administración, de la valorización del capital humano, sin hacer mención de temas más políticos como el tránsito al mercado o a la democracia. De aquí se desprende el sentimiento de vivir una temporalidad única. (Laïdi, 1998, pp. 18-20)

Esta presentización obedece a que hasta hace no mucho nos enfrentábamos a un tipo de modernidad que se estructuraba en torno al tiempo de la política, lo que implicaba constantes referencias al pasado para el manejo del presente, y mantenía el objetivo de proyección hacia el futuro. En la actualidad, como producto de las grandes innovaciones económicas, tecnológicas y comunicacionales, se ha comenzado a desplazar el anterior vector configurador del tiempo por la ritmicidad de la economía y, sobre todo, del mercado, el cual, a partir de la velocidad del consumo, de la producción, de los intercambios y los beneficios, tiende a desvincular el presente del pasado, transforma todo en actualidad y retrotrae los anhelos futuros a la inmediatez. En esta manera en que se comprime un tiempo que tiende a presentizarse participan también las modernas tecnologías, que promueven la dictadura de la inmediatez, y la televisión, que impone la temporalidad del videoclip, que ignora lo anterior y lo posterior (Chesneaux, 1996).

Es debido a esta sobrecarga del presente que la diacronía y la sincronía se sintetizan de manera barroca. Si en épocas anteriores la distancia espaciotemporal

explicaba la existencia de trayectorias históricas independientes (preeminencia de la diacronía), al reducirse estos intervalos comienzan a surgir patrones globales que develan la intimidad de las sociedades, acentúan la competitividad e imponen determinados tipos de reajustes (preponderancia de la sincronía). La particularidad del mundo actual consiste precisamente en la acentuación de ambas expresiones, lo que produce inéditas trayectorias, resonancias y síntesis.

De la tercera, por último, que es con la cual sentimos mayor afinidad intelectual, se destaca la comprensión del presente como *duración*, sustantivo que, recordemos, deriva del verbo durar, que significa subsistir, permanecer, continuar siendo; es decir, es un término que simboliza el lapso de tiempo que abarca un proceso desde el comienzo hasta su finalización. La duración designa, por tanto, un movimiento de transformación, es un devenir, en el cual convergen los elementos diacrónicos con los sincrónicos, que arranca en un presente pasado, transita por el presente sin más, hasta que se sumerge en un futuro presente.

El concepto de devenir introduce un enriquecimiento y una apertura de la idea de pertenencia: el presente actual, tal como lo vivimos y sentimos, es siempre un punto de tensión entre un pasado memorizado, que moldea una historia (colectiva, personal) en torno a acontecimientos destacados que nos han marcado e instruido, y un futuro que, por cierto, no conocemos, pero que anticipamos, en el cual proyectamos perspectivas, dentro del cual estamos siempre orientándonos. (Zarifian, 2004, p. 24)

Aun cuando a veces se les utiliza como sinónimos, la duración es una noción que encierra un significado distinto del concepto tiempo. Este último es un término que se organiza espacialmente, que se descompone en intervalos simétricos, y no representa ninguna propiedad de las cosas, al ser una proyección externa a los fenómenos; el tiempo, en síntesis, es solamente un modo particular y convencional de pensamiento que sirve de referencia para organizar cronológicamente los eventos. La duración, al contrario, es un atributo de la misma realidad (Zarifian, 2001, p. 95), es un proceso que se conecta con un pasado, determina la calidad de los cambios, expresa el *devenir* de los fenómenos sociales, importante condición que permite comprender el sentido de la historia en su propio recorrido.

La duración –la *durée*– ha sido un concepto cuyo desarrollo fue incluido como una importante categoría sociológica en las reflexiones del filósofo Henri Bergson, y adquirió carta de ciudadanía en la historia, y a través de ella en la mayoría de las ciencias sociales, con la corriente histórica de los *Annales*, y particularmente, a través de la obra de Fernand Braudel, para quien “cada realidad social segrega su tiempo, o sus escalas de tiempo, como vulgares cascarones” (2002).

Si bien retomamos el concepto de esta tradición intelectual, diferimos con esta última en tres aspectos. El primero consiste en que para el historiador galo

la duración no se organizaba como una condición de tiempo, sino que se derivaba de la ritmicidad del espacio historizado (Le Goff, 1988, p. 37), emanaba de la preocupación braudeliana por asignarle un sentido espacial al tiempo. De acuerdo con su interpretación, el tiempo no es unilineal ni mensurable cronológicamente. Existen tres grandes duraciones, cada una de las cuales corresponde a una esfera particular: el tiempo largo o la historia,

[...] casi inmóvil, la historia del hombre en sus relaciones con el medio que lo rodea; historia lenta en fluir y en transformarse, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones y de ciclos incisamente reiniciados [...] Por encima de esta historia inmóvil se alza una historia del ritmo lento [...] una historia *social*, la historia de los grupos y las agrupaciones [...] Finalmente, la historia tradicional, o, si queremos, la de la historia cortada, no a la medida del hombre, sino a la medida del individuo, la historia de los acontecimientos [...] Una historia de oscilaciones breves, rápidas y nerviosas. (Braudel, 1997, tomo I, pp. 17-18, cursiva en el original)

De acuerdo con nuestro parecer, cuando se quiere entender el sentido de la duración en nuestro presente, lo cual seguramente también podría ser extrapolable al conjunto de períodos en que se subdivide la historia, el núcleo central ya no se encuentra en el espacio, sino en el mismo registro temporal. Esta tesis es particularmente válida para nuestro presente porque, entre las grandes consecuencias que ha tenido el despliegue de la globalización intensa actual, la más llamativa consiste en que en nuestra contemporaneidad esta última ha comenzado a prescindir del espacio ya anulado, sobre todo en lo que respecta a su condición de obstáculo en la fluidez de las relaciones. En el extremo, un entendimiento temporal de la duración no sólo permite una mejor aproximación a la secuencialidad del fenómeno en cuestión, sino que también hace más fácil actuar sobre él.

En torno a este punto, encontramos una diferencia de fondo entre la vieja historia universal y la historia global. La universal, como tuvimos ocasión de comentarlo con anterioridad, se acantonaba en la inclusión dentro de una narrativa común de variadas civilizaciones separadas espacialmente unas de otras; la global, por el contrario, permite trazar una historia del mundo, porque recaba la unidad de estas distintas experiencias civilizatorias en la duración, es decir, engloba el espesor histórico de los diferentes colectivos. Éste es otro rasgo característico exclusivo de nuestra contemporaneidad. Difieren también porque la unicidad tal como se representa en la historia global no constituye un valor moral, sino que es el producto contingente del entrecruzamiento de destinos, experiencias y expectativas.

Otro de los aspectos en que diferimos de la concepción braudeliana consiste en que esta duración espacializada, que tuvo el importante mérito de contribuir a historizar las permanencias junto con los cambios, estaba ceñida a una concepción

estructural de la historia y de la duración. “Para nosotros los historiadores, una estructura es, sin duda, ensamblaje, arquitectura, pero más aún una realidad que el tiempo usa mal y vehicula muy largamente” (Braudel, 1969, p. 105). A nuestro modo de ver, la duración se encuentra disociada de cualquier consideración estructuralista, porque es una dinámica ante todo temporal, es un proceso, y, de suyo, se encuentra pluralizada en los variados itinerarios históricos que han existido y que pueden existir.

Por último, si bien Braudel tuvo el importante mérito de diversificar las variadas escalas de duración, su concepción histórica ambicionaba restituirle una unidad a esta dialéctica de temporalidades, referenciándolas como expresiones variadas de un tiempo único. Los acontecimientos, las coyunturas y las largas duraciones eran recíprocos unos con otros. Pero entonces, como sostiene François Dosse (2000, p. 51), si la unidad temporal se subdivide en numerosos niveles, estos últimos quedan vinculados dentro de una temporalidad global que las reúne en un mismo conjunto, con lo cual se terminan anulando las particularidades intrínsecas que contiene cada una de estas expresiones temporales.

Con base en estos elementos que hemos ido precisando se puede sostener que la duración tiene otras dos particularidades que la convierten en una categoría singular: de una parte, es un concepto que muestra la variable unicidad que revisten las distintas combinaciones de tiempo, de lo cual se infiere que el presente no se constituye en un momento distinto u opuesto al pasado o al futuro, y, de la otra, es una noción que permite comprender el sentido, la naturaleza y la razón de ser de los cambios históricos. Mientras la utilidad del tiempo se limita a registrar el momento cronológico en el que se suceden los cambios, la duración permite aprehender el contenido y el sentido de las transformaciones, con todas sus ralentizaciones y aceleraciones. El tiempo, por tanto, no constituye una categoría histórica, es simplemente un registro convencional creado para facilitar la orientación; la duración, en cambio, es una noción histórica en su misma naturaleza.

El entendimiento del presente como duración permite recuperar aquellos elementos que hemos derivado de las dos concepciones anteriores: es una conceptualización de tiempo abierta a la diacronía y a la sincronía, no puede ceñirse a ninguna experiencia histórica en particular, reconoce la existencia de una multitud de duraciones que se corresponden con distintas formas de experiencias y con los ritmos diferenciados que se presentan en los distintos ámbitos sociales.

Con base en estos elementos podemos concluir que el presente histórico, en suma, es una condición de tiempo (duración y diacronía), que incluye tanto ese tipo de situaciones pasadas, sobre las cuales todavía se puede reaccionar y que, a su manera, participan en la modelación del presente, como “aquella línea en el

horizonte” donde intervienen las esperanzas, los pronósticos y los anhelos. Pero es, al mismo tiempo, una condición de espacio temporalizado que abraza todo elemento de significación mundial (sincronicidad). Parafraseando a Geoffrey Barraclough (2005, 18), historiador que fue pionero por su gran preocupación por reflexionar sobre la condición histórica de la contemporaneidad, se puede sostener que el presente histórico se inicia cuando los problemas que son actuales en el mundo de hoy *asumen por primera vez una fisonomía más o menos clara*. El presente, de esta manera, se convierte en una *época*, porque comporta formas que han podido adquirir una cierta homogeneidad y una determinada estabilidad. Es, al mismo tiempo, un presente que no recusa completamente al pasado, al ser una etapa de un conjunto histórico que lo trasciende.

Con esta definición queremos señalar dos cosas: la primera consiste en que una explicación del presente histórico tiene que ser lo suficientemente maleable como para que sea el mismo despliegue de este registro temporal el que determine las fronteras de su propia cronología; él mismo tiene que establecer su propia periodización, tal como tuvimos ocasión de discutirlo en páginas anteriores.

El presente es cambiante y aquello que en un momento se definió como presente; después tiene que transmutarse en un pasado que prestamente se aleja de la contemporaneidad. Pero lo que siempre tendrá que comportar para poder autoconcebirse como tal, es reconocer sus orígenes, es decir, determinar aquel agregado de significación que un conjunto de eventos o situaciones ha implicado para un determinado presente (el acontecimiento como factor constructor, como *epoch-making*). El presente histórico, por tanto, no alude a un lapso determinado, rígido y convencional de tiempo, como puede ser el de una generación o el último medio siglo, lo cual quizá sea válido para precisar las fronteras cronológicas de la historia contemporánea, sino a todo el intervalo que cubre un período desde el momento en que cobran forma aquellos problemas que son propios, inherentes y particulares de una determinada contemporaneidad.

El segundo elemento que queremos resaltar consiste en que no debe hablarse de presente a secas, sino de presente histórico, porque es con el acompañamiento de este calificativo que podemos entenderlo como duración, como un proceso dinámico y cambiante. Pero debe ser histórico también en otro sentido: lo que define la “personalidad” que asume el presente no es la contemporaneidad desde la cual se observa, sino la coyuntura germinal en la que surgieron y se plasmaron por vez primera los problemas fundamentales del presente en cuestión. Este oxímoron, a través de la combinación de palabras aparentemente opuestas, entra a conformar un nuevo concepto. De ahí se desprende la importancia de precisar el momento fundacional del respectivo presente histórico: justamente, esa coyuntura original comprende el núcleo germinal del *régimen de historicidad*

de la contemporaneidad dada, sin que de ello se vaya a presuponer que el origen agote su sentido. Como tendremos ocasión de analizar más adelante, la variabilidad de sus fronteras cronológicas es lo que explica la importancia que adquiere la periodización en y para el presente.

Se comprenderá que cuando destacamos estos elementos como constitutivos del presente no nos estamos refiriendo a un presente genérico, válido para todas las épocas, sino que estamos tratando de recuperar los elementos consustanciales del presente actual, es decir, de aquel espacio de tiempo en donde la sincronidad espacial se ha convertido en una contemporaneidad espaciotemporal y donde elementos de futuro próximo quedan incluidos en el presente.

Con seguridad, toda generación siempre habrá considerado que su presente es especial, distinto e irreplicable, diferente de todo momento anterior. Existen, sin embargo, sólidos fundamentos para considerar que el que nos ha correspondido vivir efectivamente lo es. No es simplemente porque vivamos en él que creemos que nuestro presente guarda profundas diferencias con todos los anteriores. Lo que distingue y particulariza a nuestro presente histórico es que se construye sobre una matriz histórica particular, la cual solamente puede ser global.

Presente, historia e historiografía

Como vemos, no hay nada más distante de la realidad que la idea de que la historia puede ser catalogada como un saber rígido, frío e inmutable, ni nada más falso que imaginar su ociosidad, con el argumento de para qué interesarse por cosas que ocurrieron hace tiempo, si ya no nos atañen, y si, además, son conocidas por todos. Sobre el particular, conviene recordar a la historiadora norteamericana Natalie Zemon Davis, cuando argumentaba que “la historia no sirve solamente por las perspectivas que abre, por los puntos de vista que nos descubre, a partir de los cuales podemos mirar y entender el presente. También nos sirve por la sabiduría o la paciencia que puede darnos y por la esperanza de cambio con que nos puede confortar” (Pallares, 2005, p. 73). En una línea de argumentación similar, Peter Burke, se preguntaba: ¿para qué sirven los historiadores?, a lo cual responde que, a su parecer, “existen para interpretar el pasado en el presente. Son un tipo de intérpretes, de traductores, de traductores culturales” (Pallares, 2005, p. 167).

El apasionamiento que suscita y la perennidad del interés que despierta la historia obedecen al hecho de ser un conocimiento reflexivo, en el cual el presente interviene activamente de dos maneras: como principio y como finalidad. Como principio, en tanto que la temporalidad del observador interviene dinámicamente

en la comprensión que se elabore del pasado en sí. Obligatoriamente, siempre habrá tantas lecturas del pasado como presentes y valoraciones del presente en cuestión, razón por la cual la historia se convierte en una fuente inagotable de conocimiento a la que siempre habrá que recurrir para indagar en los presentes anteriores y también para comprender los actuales.

Sin embargo, el presente también constituye una finalidad, porque la utilidad, la pertinencia, la razón de ser de escribir historia consiste en que permite hacerle un esguince al presente, a través de un *distanciamiento* problematizado por los recovecos del tiempo, para producir otros marcos de aproximación y comprensión de aquellos procesos y situaciones que explican e interesan a la contemporaneidad. Es finalidad también porque es en el presente cuando tiene lugar la comunión de los diferentes intervalos de tiempo. Es en esta doble condición del presente donde se descubre la utilidad y la pertinencia de la apropiación del pasado por parte de las generaciones presentes, pues, como señala uno de los principales historiógrafos de los *Annales*,

El pasado debe ayudarnos a descifrar un presente que tiene el espesor y la opacidad de la vida, porque para nosotros es ante todo una experiencia. Se puede hacer de dos maneras: revelando por su distanciamiento con el presente la variabilidad de una humanidad que uno está tentado a creer eterna y asumiendo la lectura como arqueología del presente. (Burguière, 2006, pp. 47-48)

Una tesis similar sostenía Michel de Certeau (1975), para quien, en su finalidad presentista, la historia debía contribuir a poner en escena lo diverso, tenía que destacar las diferencias que entraña el pasado. De esa manera, la historia asume como finalidad la historización del presente.

Si bien la historia entraña esa doble relación con el presente, no debemos olvidar que es también un tipo de conocimiento que se ha ido forjando de la mano de múltiples instituciones, prácticas y personas a lo largo de distintas generaciones, y que su “acumulado de conocimiento”, más cualitativo que cuantitativo, se convierte asimismo en un referente que gravita en la producción y en la escritura histórica posterior.

Conviene resaltar este aspecto del problema porque encontramos aquí otra constante relacional entre la historia y el presente con el pasado, pero no con aquel que se refiere a la “realidad” histórica, sino aquel acumulado que ha sido forjado por el conocimiento histórico, el cual condiciona los marcos de inteligibilidad que se gestan desde los respectivos presentes. En este plano, la alteridad entre estos dos registros temporales no es completa, no opera de manera prístina, no es un desaforado relativismo, donde todo vale o por lo menos puede ser, porque

la historia y el presente se encuentran “prisioneros” de las distintas etapas por las que ha transitado el conocimiento histórico.

Esta “prisión” se objetiviza en una de las actividades centrales de la disciplina: la historiografía, práctica fundamental en la historia, la cual permite valorar, sopesar y equalizar los tipos de conocimiento que se producen dentro de los estándares de la disciplina; precisar los disímiles contextos en los que se gesta el conocimiento; evidenciar los factores que intervienen en la asimilación de las variadas sensibilidades temáticas, así como las traslaciones que hacen los historiadores de la reflexividad que emprende la misma sociedad.

A partir de esta centralidad de que goza la práctica historiográfica, el conocimiento histórico, en su recorrido temporal y en su trayectoria conceptual, ha ido modelando unos puntos de referencia más o menos formalizados, los cuales han cumplido la función de delimitar unos marcos generales de comprensión de las distintas coyunturas, con sus altos y bajos, en las que se subdivide el devenir histórico. En ocasiones, estos puntos de referencias se convierten en evidentes lugares comunes, en convenciones, en supuestos, los cuales, de tanto repetirse y divulgarse, así como por las relaciones de poder y fuerza que se desencadenan dentro de la academia, terminan siendo interiorizados como una incuestionable verdad, como una representación “verídica” de la propia “realidad”. Este arraigo en torno a verdades incontrovertibles obedece a que, por lo general, sólo de manera lenta se van incorporando las transformaciones en las experiencias.

Sea éste el momento adecuado para recordar otra polémica tesis koselleckiana (Hobsbawm, 1998, p. 241): “puede que la historia –a corto plazo– sea hecha por los vencedores, pero los avances en el conocimiento de la historia –a largo plazo– se deben a los vencidos” (Koselleck, 2001, p. 83; 1997, p. 238). Mientras los vencedores tienden a interpretar un éxito inmediato como una “teleología *ex post* de larga duración”,

La experiencia que se extrae de una derrota contiene un potencial de conocimiento que sobrevive a quien lo ocasiona, en particular cuando en razón de su propia historia el vencido está obligado a reescribir la historia general. De esta manera, se puede explicar un buen número de innovaciones en el campo (de elaboración metodológica reciente) de las interpretaciones históricas, en el origen de las cuales se encuentran derrotas personales como experiencias específicas a generaciones enteras. (Koselleck, 1997, p. 239)

La experiencia de no constituir en un momento determinado una perspectiva hegemónica, la madurez de la reflexión sobre las condiciones que condujeron a la situación dada, así como su posterior inclusión dentro del conocimiento histórico general, terminan conformando una representación distinta y mucho más valedera

de la propia realidad, porque la “derrota” permite desarrollar una perspectiva que involucra otras dimensiones de experiencia, las cuales no estaban incorporadas en las “verdades” anteriores.

En un trabajo anterior (Fazio, 2007), trajimos a colación un ejemplo de este tipo de inquietud intelectual, la cual fue planteada seductoramente de manera reciente y paralela por dos analistas contemporáneos; Drayton Richard (2002, p. 108), cuando ha argumentado que el Viejo Mundo fue arrastrado al moderno por el Nuevo Mundo, y Christian Grataloup, quien, de modo más vehemente, y con el propósito de cuestionar ciertos clichés preconcebidos, se planteó la posibilidad de invertir la correlación que se ha establecido entre el advenimiento de la Revolución Industrial y el dominio europeo del mundo. Se preguntaba:

¿Cuál es la escala pertinente de la Revolución Industrial?, a lo cual respondió que debía “ser la escala del mundo”. Pero ¿cómo transcurre esta relación? ¿Se debe entender que la economía occidental, por sus producciones y sus consumos, se eleva a la escala del mundo gracias al crecimiento de la demanda interna de los países del corazón industrial? ¿O bien que el dominio del espacio mundial ejercido por los europeos es la causa fundamental de la revolución? Plantear el problema de este modo es introducir una respuesta sugestiva en la cual las dos marcas son indisolubles. De hecho, desde los grandes descubrimientos no es posible pensar Europa sin el mundo (Grataloup, 2007, p. 166).

Prestamente se comprende que lo que se encuentra en juego es un asunto de no poca monta. Cuando se sostiene que la Revolución Industrial fue aquello que hizo grande a Europa y construyó su excepcionalidad, implícitamente se está sugiriendo que, por malo que haya sido el dominio ejercido por Europa sobre el resto del mundo, éste fue un resultado natural del desarrollo histórico, tal como ha procurado argumentar David Landes (1999). Pero cuando se recaba en el segundo elemento argumentativo, en el papel previo desempeñado por la expansión europea, se concluye que ésta no hizo otra cosa que sobreponerse a conjuntos de redes existentes; entonces, se infiere que el desarrollo de Europa no sólo se realizó a costa de los demás, sino que fue posible por la subyugación de éstos. Con este cambio de perspectiva, estos “otros”, de objeto, se convierten en objetos, en sujetos y en elementos relacionales de la misma historia del Viejo Continente y de la globalidad. O, como ha señalado Hobson, la revolución industrial británica debe considerarse como una fase en la “continua historia acumulativa del desarrollo económico global”, cuyos orígenes se remontan a la China de la época Sung (Hobson, 2006, p. 261).

Como demuestra este ejemplo, una idea preconcebida, como es aquella que fundamentaría la excepcionalidad europea a partir de la Revolución Industrial, no

es del todo cierta, ni demuestra que ésa haya sido la correlación histórica que en efecto tuvo lugar entre los distintos elementos. Eso es más bien lo que, de tanto repetirse, se ha terminado creyendo, dado el predominio que ha ejercido la visión eurocéntrica de la historia. Ahora, cuando el taller del mundo ya no se encuentra representado por Inglaterra, sino por China, ¿no es el momento oportuno para volver a reconocer que a finales del XVIII el coloso asiático estaba mucho más desarrollado que la isla otrora “dueña de los mares”?, y que, quizá, el dominio europeo no es más que un esguince en el largo trayecto de desenvolvimiento de la humanidad, o que lo más durable del último milenio no fue el desarrollo de Occidente, pues, como ha sostenido Fernández-Armesto, “El dominio mundial occidental, que los libros de historia universal tratan de describir o ‘explicar’ [...] fue más tardío, más débil y más breve de lo que se supone comúnmente” (1995, p. 13). O, como de modo más enfático precisó el mismo historiador en un texto anterior:

Tal vez no pasará mucho tiempo antes de que la “civilización occidental” se considere definitivamente liquidada, no porque vaya a desaparecer de forma cataclísmica, como han profetizado algunos de nuestros numerosos oráculos, sino simplemente fusionada en una nueva “civilización global” que, con una gran deuda hacia el mundo occidental pero con una identidad claramente diferenciada, parece formarse en torno nuestro. Al mismo tiempo, los motores de la economía mundial se han trasladado hacia Japón y California. Probablemente, el Pacífico desempeñará en la historia de la “civilización global”, el mismo papel unificador que ha ejercido el Atlántico en la de Occidente. (Fernández-Armesto, 1992, pp. 225-226)

El mayor conocimiento de que disponemos en la actualidad de las historias de los contextos no europeos, los vencidos de otrora, ha conllevado que se hayan comenzado a incluir en las grandes narrativas generales y, con ello, se esté produciendo un vuelco epistemológico fundamental en el conocimiento histórico de nuestro presente y de los caminos que han conducido a él.

Evidentemente, cuando sostenemos que se deben recuperar esas otras voces, no solamente tenemos en cuenta la necesidad de trascender el siempre criticado eurocentrismo; también se debe hacer justicia en otro sentido: generalmente, cuando se habla de colonialismo, se incluye a aquellas naciones europeas que lo practicaron en exceso. Pero otras civilizaciones, en otros tiempos, también fueron “potencias colonialistas” (Ferro, 2000). Lo mismo ocurre con la trata de esclavos, tema que inmediatamente nos trae a la mente a esos barcos ingleses que transportaban a millares de negros desde las costas de África al continente americano. Sin embargo, a veces de manera superficial, recordamos que el tráfico musulmán de esclavos negros se remonta a una fecha tan temprana como el siglo VII y se mantuvo hasta finales del siglo XIX, y afectó con la deportación a aproximadamente 15 millones de personas (Bairoch, 1999, p. 204).

Formularse este tipo de interrogantes no representa sólo una preocupación intelectual; constituye también una tarea académica y política de trascendental importancia. No debemos olvidar que el conocimiento histórico comporta él mismo una historia, y en su desarrollo han intervenido, consciente o inconscientemente, involuntaria y deliberadamente, numerosas lecturas desinteresadas y/o deseadas de la “realidad”.

Como tuvimos ocasión de discutirlo anteriormente, la más manifiesta de todas ellas fue el denodado esfuerzo por convertir a la historia europea, hasta hace poco occidental, y hoy de un escindido Occidente, en la columna vertebral del pasado y del devenir de todos los pueblos del mundo. Sin duda que sus presupuestos se pueden validar cuando se acomete una historia *desde y para* Europa o desde el Atlántico norte, pero cuando se observa que el mundo ha ingresado en una era poseuropea y parcialmente posatlántica, esta orientación pierde buena parte de su anterior pertinencia, porque lo que hoy se requiere es emprender una historia que procure dar cuenta de los entrecruzamientos entre los más disímiles pueblos. Sostener esta tesis no significa caer nuevamente en los cantos de sirena del relativismo posmoderno. Es, más bien, el desarrollo de una perspectiva tal el que permitirá pensar en una historia que sea global, plural e incluyente.

Al calor de este problema podríamos preguntarnos por la importancia que tiene emprender una historia que trascienda el europeísmo implícito que se le ha conferido al sentido mismo que comporta la historia. Pero también conviene destacar cuáles son los fundamentos en los que se asienta esta trascendencia de la centralidad europea, porque el asunto no es simplemente una cuestión de moralidad o de actitudes más o menos democráticas, sino que se articula en torno a cambios fundamentales que ha experimentado el mundo a los largo de las últimas décadas.

Sobre el particular, conviene traer a colación otra sugestiva tesis que ha sido propuesta y desarrollada por Agostino Giovagnoli, cuando sostiene que a lo largo del siglo XX el mundo empezó a ser *menos europeo y más contemporáneo*, el siglo mundo del que habla Marcello Flores (2002), circunstancia que no se produjo como resultado del azar, sino que fue promovida, desde luego, por la forma que revistió el afianzamiento de la misma historia universal, en un contexto de creciente mundialidad. Si recordamos a Koselleck, con su célebre fórmula de “la contemporaneidad de lo no contemporáneo”, se puede reconocer que en el camino de la civilización que fue inherente a la concepción tradicional de la historia universal, se presuponía la existencia de un ordenamiento cronológico, catalizado por la preeminencia europea sobre los pueblos restantes.

Ahora bien, el escenario que impera en la actualidad es muy distinto. El despliegue y la intensificación de ciertas dinámicas globalizantes, que posibilitaron el ensamblaje primero de una historia mundial, y después de una global, han dejado sin piso la anterior fórmula kosellekiana, porque una importante disimilitud que encierran éstas con respecto a la anterior consiste en que estas nuevas constelaciones históricas comportan un desarrollado sentido de *contemporaneidad histórica*, es decir, comparten un mismo presente, lo que significa que todo aquello que se ubique dentro del rango de lo cronológicamente contemporáneo hace parte del devenir general e interfiere en él, provocando una progresiva desarticulación interna que disloca el viejo esquema de la universalidad.

Es nuevamente en torno a este punto donde también se puede observar la distancia que separa a la globalidad de la universalidad. Mientras que esta última ha sido una pretensión de naturaleza más filosófica que histórica y aludía a un tipo de compactación y de trascendencia común válida para todo el género humano, sin que intermediara ningún tipo de aterrizaje concreto en la realidad, la primera es un asunto de naturaleza sociológica e histórica: “Cuando hablamos de mercado global, sociedad global, economía global, identificamos cosas y procesos que se desarrollan en el plano real de los hombres” (Ortiz, 2005, p.38).

Como hemos sostenido previamente (Fazio, 2007), el hecho de que la globalidad se diferencie del universalismo no significa que sea un concepto cercano al relativismo. Más bien, se puede sostener que intermedia y reúne elementos de ambos, en tanto que mientras el universalismo pretende suprimir las fronteras entre los distintos colectivos, el relativismo, en la medida en que recaba en la “otredad”, se propone reconstruirlas. La globalidad, por su parte, transforma, pluraliza y entreteje las fronteras entre los diferentes grupos. El universalismo, en tanto que arranca de la existencia de la categoría de género humano, se aproxima a suprimir las diferencias, y el relativismo las potencia y esencializa. La globalización, nuevamente, se ubica en un punto intermedio, en la medida en que destaca la transnacionalización de las diferencias. Por último, se distingue de ambos en el sentido de que el universalismo y el relativismo cultural procuran imponer su respectivo punto de vista, mientras que la globalización simplemente da cuenta de las horizontalidades que sincronizan el mundo, sin que pueda presuponerse una finalidad preestablecida.

Esta progresiva dilatación de las prácticas históricas, que incluye la historia global, acentuó la relativización del rol central asignado al espacio europeo, y la correspondiente multiplicación de vicisitudes y problemas en contextos distintos al convencional sirvió para romper la anterior unidad que revestía la sucesión histórica:

En este sentido, se puede decir que el carácter europeo de la historia no ha sido puesto en discusión antes que nada por una crítica directa y explícita, de tipo moral, sino sobre todo de modo indirecto e implícito, por los efectos de la percepción del tiempo y del espacio producidos por la emergencia de tantas realidades extraeuropeas. (Giovagnoli, 2005, p. 13)

Ahora bien, si, como hemos sostenido, el presente histórico se inicia cuando los problemas actuales en el mundo de hoy asumen por primera vez una fisonomía más o menos visible, y para el caso de nuestra contemporaneidad, cuando éstos adoptan un perfil globalizante, eso significa que para poder establecer sus fronteras temporales, se impone la necesidad de emprender un análisis inverso a la cronología, a saber: a partir de las particularidades que encierra la contemporaneidad, se deben precisar sus orígenes y se debe determinar cuándo por vez primera las características del hoy adquirieron su fisonomía más o menos clara. Esto nos lleva, por tanto, a acometer un análisis sobre el sentido que encierran los acontecimientos.

Acontecimiento, periodización e historia del tiempo presente

El estudio de los acontecimientos ha constituido uno de los campos más debatidos y polémicos en la historia. A lo largo del siglo XX, se observó un cierto menosprecio hacia los mismos, por la centralidad que a los grandes acontecimientos se les había conferido en las reconstrucciones históricas del pasado anterior. Con el ánimo de fundamentar formas de escritura histórica distintas a las convencionales, los historiadores, durante el siglo XX, se interesaron por visiones más totalizantes, como el estudio de las “estructuras” o de los grandes procesos.

Un par de referencias a Braudel nos permiten comprender bastante bien el relativo desdén que existía hacia éstos. Éste, “por lo que a mí se refiere, me gustaría encerrarlo, aprisionarlo, en la corta duración; el acontecimiento es explosivo, tonante. Echa tanto humo que llena la conciencia de los contemporáneos; pero apenas dura, apenas se advierte su llama”. En otro pasaje del mismo texto, señaló: “La ciencia social casi tiene horror del acontecimiento. No sin razón: el tiempo corto es la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones” (2002, pp. 62-63 y 66).

A nuestro modo de ver, no es del todo correcto interpretar el acontecimiento como un fenómeno genérico; el acontecimiento no es un simple hecho histórico; podemos decir, más bien, con Julio Arostegui (2001, p. 256), que el acontecimiento es el “productor de la historia”, aun cuando su variabilidad sea muy grande: algunos se convierten, en lejanía, en unidades de tiempo (v. gr., el Renacimiento); otros

se representan como un conjunto de múltiples eventos (la Revolución Francesa); unos terceros pueden ser estructurales, en tanto que expresan los movimientos que se desarrollan en clave subterránea (v. gr., la caída del Muro de Berlín); otros son acontecimientos de clausura de un período (el derrumbe de la Unión Soviética); otros pueden catalogarse como germinales, en la medida en que tienen la capacidad de engendrar un nuevo ciclo (la Revolución Industrial), y un último grupo aglomera a los que conservan un perfil más episódico.

A excepción de estos últimos, se puede afirmar que si un acontecimiento puede llegar a asumir alguno de estos tipos de representación, ello significa que constituye un evento cuyos efectos y vibraciones persisten a cierta distancia espacial y temporal de su epicentro (Ricœur, 2002, p. 320). Para alcanzar esta condición y validarse en su respectivo presente, un acontecimiento tiene que disponer de la condición de ser capaz de introducir una distancia cualitativa entre su “anterior” y su “posterior”, entre el “antes” y el “después”; tiene que prefigurar o simbolizar el cierre de un capítulo y el inicio de un nuevo entramado. Un acontecimiento que logre imponer este tipo de cisuras desencadena un cambio social que transforma a la sociedad, puesto que con él “el pasado deja de ser el patrón sobre el que se traza el presente, para pasar a ser como máximo un modelo de referencia” (O’Brien y William, 2004, p. 26).

Hace algunos años, el filósofo Paul Ricœur proponía una tipología de los enfoques que han predominado sobre los acontecimientos: al primero lo definía como el acontecimiento infrasignificativo, que corresponde a la descripción de lo que ocurre y evoca la sorpresa, la nueva relación que establece. El segundo, orden y reino del sentido, linda con lo no acontecimental, debido a que es decodificado dentro de esquemas que lo ponen en correlación con ciertas regularidades, lo cual entraña muchas veces una negación del evento mismo. Y por último, el suprasignificativo, que recupera el acontecimiento como emergencia. En este caso, el acontecimiento engendra sentido y es parte integrante de una narración constitutiva de identidad fundacional (citado en Dosse, 2000, p. 110).

Como se comprende rápidamente, en la historia del tiempo presente es este último entendimiento del acontecimiento el que representa la mayor importancia. Ello nos lleva a sostener que su significación para la explicación del presente radica en que tiene que ser un tipo de situación que disponga de capacidad para arrojar luces sobre las regularidades con las cuales se correlaciona. En el caso de nuestra contemporaneidad, se observa una gran profusión de acontecimientos, lo que hace que este procedimiento pueda disponer de sólidos fundamentos.

Múltiples factores se encuentran detrás de esta reemergencia de la calidad y la significación de los acontecimientos en nuestra contemporaneidad. Algunos

autores han destacado el vértigo, es decir, la velocidad con que se desarrolla la historia en la actualidad (Hobsbawm, 2007); otros hablan de la amplificación de la condición histórica (Gauchet, 2003), debido, entre otros, al incremento en el número de agentes que intervienen en distintas acciones; los más, quizá, han subrayado el papel que han desempeñado los modernos medios de comunicación, que nos informan sobre los mismos; mientras que otros más han subrayado el hecho de que las ciencias en general, con su interés en nociones tales como el caos, la irreversibilidad y lo fractal, han roto con el determinismo evolucionista y han entrado a acentuar nuevas formas de temporalidad, las cuales privilegian lo contingente, lo singular; en síntesis, aquello que en la historia se conoce como el acontecimiento (Dosse, 2000, p. 114). En el campo específico de la historia, el predominio de concepciones discontinuistas de la historicidad también ha realzado la importancia del acontecimiento, debido a que se le entiende como un tipo de evento que ya no se reconoce dentro del esquema de la “flecha del tiempo”. Un buen exponente de esto último es Michel Foucault, quien sostenía que por acontecimiento ha de entenderse

[...] no una decisión, un tratado, un reino, una batalla, sino una relación de fuerzas que se invierte, un poder confiscado, un vocabulario que se retoma y se vuelve contra sus usuarios, una dominación que se debilita, se distiende, se envenena a sí misma y otra que hace su entrada, enmascarada. Las fuerzas que están en juego en la historia no obedecen ni a un destino ni a una mecánica, sino al azar de la lucha. No se manifiestan como las formas sucesivas de una intencionalidad primordial; tampoco adoptan la forma de un resultado. Siempre aparecen en las circunstancias singulares del acontecimiento. (Citado en Chartier, 2007, p. 91)

Ahora bien, cuando se quiere acometer un estudio sobre el presente, no se puede asumir una postura relativista frente al acontecimiento, como ocurrió durante buena parte del siglo XX. Un procedimiento tal resulta ser inoperante, porque, como recordaba Renán Silva en una cita antes señalada, es difícil observar en la inmediatez el movimiento y la densidad de “las aguas profundas”. Debido a esta dificultad, consideramos que –a diferencia de una interpretación en los términos en que se popularizaron la estructura analítica braudeliana (Aguirre, 2000) u otros esquemas estructural-funcionalistas, que privilegiaban el análisis estructural, es decir, la larga duración de los movimientos históricos lentos (“la historia casi inmóvil”)– el estudio histórico del presente debe rescatar la importancia de *los acontecimientos en su duración*, yendo hasta las realidades profundas que éstos traducen, porque son situaciones que se convierten en una adecuada manera de entender los tejidos y movimientos subterráneos más profundos, los cuales son imperceptibles a simple vista y resultan menos inteligibles cuanto más próximos se encuentran a nuestro presente.

Es decir, sólo los acontecimientos pueden generar certidumbres sobre la esencia de las realidades presentes. Abocado a la contemporaneidad, el acontecimiento, además, actúa como el guardián del presente-pasado, es el tipo de situación que le confiere consistencia a la historia y sirve para aminorar la subjetividad “presentista” del historiador. “El acontecimiento es un elemento de la experiencia cuya explicación sólo encuentra el significado posible si lo integramos en la estructura misma de la realidad a la que modifica” (Arostegui, 2001, p. 258).

A partir de estas consideraciones hemos sostenido (Fazio, 2004) que cuando se quiere hacer de los acontecimientos un marco de inteligibilidad de nuestro presente, no deben entenderse como simples epifenómenos, “como fugaces fosforescencias”, sino que deben interpretarse como “ventanas y no como espejos”, al decir de Rainer María Rilke (1985), es decir, deben decodificarse como situaciones que alimentan unas perspectivas que permiten observar movimientos profundos, sin ser el reflejo mecánico de éstos. Más allá del significado intrínseco que en sí puedan comportar, en el discernimiento de la naturaleza de los acontecimientos podemos captar fulgores de la coyuntura y de los procesos, aun cuando en ocasiones tengan también la capacidad para convertirse en circunstancias que pueden dar origen a una nueva coyuntura y/o acelerar, desviar o desacelerar un proceso. El acontecimiento, en el fondo, no es sinónimo de instantaneidad, y trabajar sobre su naturaleza no implica necesariamente un repliegue sobre la inmediatez. La veracidad se encuentra, más bien, en el lado opuesto: “el pensamiento sobre el acontecimiento se abre al tiempo, e incluso, de una cierta manera, al tiempo indefinido, un tiempo que se sumerge en el pasado y se abre sobre el futuro” (Zarifian, 2001, p. 128).

Un par de problemas que se experimentan en la actualidad con el estudio del acontecimiento se pueden exponer en los siguientes términos: de una parte, una dificultad radica en el vértigo que generan los medios de comunicación, los cuales, en el día a día televisivo, periodístico o radial, producen la impresión de que nos están brindando un sentido total del presente:

La economía mediática del presente no deja de producir y de consumir el acontecimiento, con la televisión tomando el relevo de la radio. Con una particularidad: el presente, cuando tiene lugar, desea percibirse como un momento histórico cumplido, como pasado ya ocurrido. En alguna medida se repliega sobre sí mismo para anticipar la mirada que se tendrá de él, cuando será completamente pasado, como si quisiera “prever” el pasado, convertirse en pasado antes de haber alcanzado su plenitud como presente. (Hartog, 2003, p. 127)

En efecto, son los medios de comunicación los que agotan el acontecimiento en la instantaneidad, pero ello no significa que los acontecimientos tengan esa cadencia efímera ni que una mirada histórica no pueda trascender esta construcción

breve mediante una correlación del fenómeno en cuestión con dinámicas más lentas y estructurales.

De la otra, en el reflejo instantáneo del acontecimiento interviene también la atracción que ejercen la velocidad del consumo y el tratamiento de los acontecimientos como si fueran artículos de consumo. Pierre Nora, en un paradigmático artículo de la década de los setenta, se preguntaba: “¿Quizá el tratamiento al que sometemos el acontecimiento es una manera [...] de reducir el tiempo mismo en un objeto de consumo y de dotarlo de los mismos efectos?” (Nora, 1977, p. 227).

No obstante estas dificultades, consideramos que la relación entre los acontecimientos, las coyunturas y los procesos no es, como se ha supuesto habitualmente, una presunta “determinación en última instancia” de estos últimos sobre los primeros, sino que constituye una relación dialéctica, de retroalimentación mutua, en la cual cada uno de estos movimientos, que se registran en diferentes duraciones, asigna un sentido, una impronta, e incluso a veces, una determinada direccionalidad a los demás.

Ésta es la razón que explica la importancia que le asignamos a la elucidación del significado de los acontecimientos como perspectiva para el análisis del presente, en tanto que éstos son situaciones visibles que tienen la capacidad de arrojar luces sobre el curso general de la historia. Un análisis del presente no puede arrancar de la pretensión de comprender los magnos movimientos subterráneos, porque –a diferencia de lo que ocurre con los procesos históricos pretéritos, ya consumados, en los que son palpables las decantaciones de los despliegues subterráneos– en una proximidad temporal no se pueden percibir las vibraciones que se presentan en clave subterránea. Por eso la historia del tiempo presente debe emprender una involución del marco metodológico que acariciaba Braudel y arrancar de los “destellos de luz” (los acontecimientos), para captar las vibraciones subterráneas (coyunturas y procesos) y, de esa manera, “horadar” en la oscuridad (estructuras).

En razón de lo anterior es que sostenemos que ninguna periodización de nuestro presente puede basarse en simples conjeturas, más aún cuando ella es el principal espacio de inteligibilidad de nuestra contemporaneidad. Debe operar como una perspectiva de análisis que exceda la lógica formal de la causalidad (explicación en términos de antecedentes, causas, efectos y consecuencias) y debe, además, descifrar el cúmulo de fenómenos que incluye en términos de resonancia o de correlación, es decir, estableciendo enlaces diferenciados entre los distintos elementos que engloba.

Las reflexiones que hasta aquí nos han acompañado nos brindan importantes herramientas conceptuales para adentrarnos en el tema central al que está

dedicado este capítulo y observar la manera como debe entenderse nuestro presente histórico, la determinación de sus coordenadas temporales; comprender el modo en que convergen los procesos históricos con las representaciones que se construyen sobre los mismos, y la determinación del acontecimiento fundacional del presente histórico y de la historia global.

De un presente histórico a otro

Con base en los elementos anteriormente analizados, podemos pasar en este momento a disertar sobre la naturaleza del presente histórico contemporáneo. En este apartado nuestro propósito principal consiste en discutir sobre el acontecimiento o la fecha-acontecimiento que corrientemente se ha utilizado para determinar el inicio del presente histórico y demostrar la pertinencia de recurrir a otro menos habitual, pero más simbólico, en su calidad de *autobiografía del presente*.

Ha sido un rasgo común del pensamiento histórico situar el principal punto de inflexión de la historia contemporánea —el marco cronológico germinal de cualquier periodización del presente— en el momento en que tuvo lugar el desenlace de la Segunda Guerra Mundial (Howard y Louis, 2000). Dentro de esta perspectiva, 1945, por tanto, sería un año bisagra, un importante año-acontecimiento, en la medida en que habría marcado la finalización de un período (culminación del “antes”, la derrota del nazi-fascismo) y el inicio de otro nuevo (emergencia de un “después”, el orden bipolar de la Guerra Fría).

Es evidente que en la historia del siglo XX, e incluso en el largo período de la historia moderna y contemporánea, 1945 no puede considerarse como un año cualquiera. Geoffrey Barraclough (1981, p. 345), en un interesante balance sobre el estado del conocimiento histórico en la segunda mitad del siglo XX, argumentaba que la Segunda Guerra Mundial había partido el siglo en dos:

La destrucción del hebraísmo europeo, la bestialidad nazi en Europa oriental, la erradicación de decenas y centenares de miles de hombres, mujeres y niños en una nueva gigantesca *Völkerwanderung* y por último el holocausto atómico en Hiroshima y Nagasaki hicieron imposible a cualquier persona no insensible observar el curso de la historia con la antigua tranquilidad satisfecha.

Esta opinión, hoy por hoy, de la que seguramente nadie dudaría, no se impuso, empero, de forma inmediata, ni de manera generalizada. Por largo tiempo, prevaleció la inmensa carga del pasado, y sólo cuando sobrevino un cambio generacional, cuando alcanzaron la edad adulta los nacidos antes, durante e inmediatamente después de la guerra, se pudieron dejar atrás los prejuicios y los comportamientos arraigados en el período de entreguerras (Giovagnoli, 2005, p. 117),

y la valoración del conflicto como acontecimiento *dividing* alcanzó la magnitud que hoy conocemos.

Conviene igualmente recordar que la fecha-acontecimiento de 1945 no podía imponerse fácilmente, porque hasta finales de los sesenta el registro principal de tiempo seguía siendo el futuro con un presente como antesala, tal como lo presuponían los milagros económicos alemán, japonés e italiano, los treinta gloriosos franceses, los genéricos “años dorados” o el futuro radiante del socialismo “real”, el cual estaba comenzando a sentar las bases del comunismo. Los imaginarios sociales que se derivaban de estas situaciones eran ingeniosas prospectivas que idealizaban la marcha hacia el futuro. En general, la historia del siglo XX arrancó con el apego a un acentuado futurismo (v. gr., el manifiesto futurista de Marinetti) y, a medida que fue transcurriendo el tiempo, toda la centuria se fue tornando cada vez más presentista.

Le correspondió a la cultura antifascista la exaltación de la Segunda Guerra Mundial al rango de ruptura que interrumpió el curso del siglo, al dividirlo en dos fases muy diferentes. Posteriormente, “el 68, bajo el impulso de una revolución cultural que parecía introducir sólo entonces elementos radicales de novedad, puso en discusión el carácter absoluto de tal discontinuidad, anticipando, por así decir, una nueva periodización inspirada en la globalización y en sus efectos” (Giovagnoli, 2005, p. 132).

Visto en perspectiva, el fin de la Segunda Guerra Mundial representó un conjunto de profundos cambios, algunos de los cuales han perdurado por más de medio siglo, y supuso la transformación de un sinnúmero de instituciones de larga data. Si quisiéramos registrar en pocas palabras su profunda significación, podríamos recordar que acabó con uno de los regímenes “totalitarios” más aberrantes que la historia haya conocido; engrandeció y pareció perennizar el poder de dos grandes potencias emergentes –Estados Unidos y la Unión Soviética–, portadoras ambas de grandes pretensiones hegemónicas de proyección mundial. Entrañó igualmente la sistematización de la competencia entre dos grandes sistemas socioeconómicos: el capitalismo y el socialismo. Por último, sirvió de ocasión para que se iniciara una nueva constelación histórica, cuyo centro nodal, en contravía de lo que había ocurrido durante los tormentosos últimos cinco siglos, ya no se encontraba localizado en el suelo de la Europa occidental.

Todas estas importantes transformaciones fueron enaltecidas poco después por la centralidad sistémica que entró a desempeñar el orden de la Guerra Fría, en su calidad de arquitectura superior de organización de la política mundial, situación que obviamente realizaba, de suyo, el poder referencial de las dos grandes superpotencias; normalizó y pretendió perennizar el esquema de competición bipolar eco-

nómico, político y militar, el cual se basaba en una desaforada carrera armamentista y en la disuasión nuclear; trasladó el centro nodal del sistema internacional de un anterior anclaje geográfico y territorial a un conjunto de relaciones de fuerza, que las dos superpotencias orquestaban y desplegaban a escala planetaria y, particularmente, sobre los espacios comunes de competición militar y geopolítica. Todo ello tuvo como corolario alimentar la representación de que el mundo de posguerra era una constelación internacional diametralmente distinta de cualquiera que la hubiera antecedido. Ello, sin embargo, no era exclusivamente un asunto de representación; aludía también al predominio de un tipo distinto de arquitectura, la cual poco a poco iba subsumiendo lo internacional dentro de lo mundial.

Una situación bastante paradójica ocasionada por el surgimiento y la consolidación de este armazón geopolítico planetario, y que sin duda tuvo un poderoso impacto en la conciencia histórica, fue que, no obstante los radicales elementos de novedad que trajo consigo, la Guerra Fría se convirtió, asimismo, en una dinámica que sirvió para amortiguar el proceso de deseuropeización, que desde hace algún tiempo venía experimentando el mundo, puesto que el Viejo Continente siguió desempeñando un relevante papel en la política mundial, pero no tanto por las acciones, facultades y capacidades de sus Estados más poderosos, sino debido al hecho de que la competición sistémica eternizaba a este “promontorio” asiático como la principal plaza de la contienda entre las dos grandes potencias:

La confrontación ideológica de la Guerra Fría suponía que Europa constituyera todavía el corazón de las relaciones internacionales. Al cabo de pocos años los acontecimientos que sacuden el continente asiático vuelven evidente que se ha puesto en marcha una dinámica de la cual Europa resulta siempre más marginal. (Flores, 2002, p. 315)

Si bien Europa se mantuvo como la arena central de la política mundial (la división del continente en sistemas económicos opuestos, la OTAN y el Pacto de Varsovia, la Cortina de Hierro, la competición intersistémica, la división de Alemania, los dos Berlines), sus motivaciones, acciones y desenlaces ya no los podían controlar ni las instituciones de la Comunidad ni menos aún sus Estados miembros. Evidentemente, en los demás campos, como los desarrollos tecnológicos, la cultura, el poder o incluso los conflictos, para no citar más que algunos, Europa desde hacía tiempo que estaba viendo esfumarse su anterior preeminencia (Therborn, 1999).

Hemos querido resaltar este lugar “aventajado” que le correspondió al Viejo Continente dentro de esta competición intersistémica, porque ello contribuyó enormemente a alimentar el imaginario de que la Guerra Fría, y de suyo el año de 1945, comportaba elementos nuevos (v. gr., la emergencia de las potencias

extraeuropeas, la competencia intersistémica, etc.), pero que se inscribían dentro de un guión de larga duración continental (Europa como columna vertebral de la historia universal y/o mundial). Continuidad y cambio parecían no ser dinámicas completamente excluyentes; simulaban, más bien, poder convivir dialécticamente dentro del escenario de desenvolvimiento general de la historia.

Este lugar central que siguió detentando el Viejo Continente demuestra también que se requería que transcurriera un cierto lapso de tiempo para poder valorar la importancia que le había correspondido al fin de la Segunda Guerra Mundial en la determinación del presente histórico, debido a la gravitación que todavía tenían los prejuicios y los comportamientos anteriores. La plena aceptación de esta conflagración como quiebre radical en la historia del siglo XX, en realidad, “pertenece a un segundo momento, identificable con los años sesenta y setenta, cuando se difundió la idea de una guerra distinta a aquella que había sido vivida directamente, que la convertía en una experiencia sólo parcial” (Giovagnoli, 2005, p. 117).

Este ejemplo es también ilustrativo de otro problema que se enfrenta cuando se quiere definir el presente histórico: demuestra la desavenencia que en ocasiones se presenta entre el proceso histórico en su duración y su representación. La deseuropeización efectiva se tornó completa sólo cuando el proceso de cambio fue acompañado de un imaginario equivalente del mismo, situación que tuvo lugar cuando se produjo la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989. Sus orígenes, empero, pertenecen a un momento anterior.

No ha sido fortuito, por consiguiente, que cuando comenzó a caer en desuso la fecha-acontecimiento de 1945, como momento de iniciación del presente, un buen número de analistas hubiera optado por sustituirla por 1989. Entre ellos se encuentra Henry Rousso, para quien ya no es posible concebir la Segunda Guerra Mundial como la matriz del tiempo presente, cuando sostiene que la caída del Muro de Berlín invita a emprender otro tipo de periodización (Rousso, 1998, p. 76). Más adelante expondremos las razones que nos llevan a considerar esta fecha como inapropiada; es mi intención, por el momento, simplemente consignar que ha sido común en la academia sobrevalorar las situaciones que comporten un contenido geopolítico. Igualmente, es importante destacar que lo que une a ambas fechas –1945 y 1989– es la Guerra Fría, y que mientras perduró el predominio de este guión de la política mundial, cuyo inicio se fundamentaba en el escenario inmediato de posguerra, difícilmente los analistas podían considerar otro tipo de elementos como fundacionales del presente histórico. Por último, conviene recordar que 1989 fue un año apoteósico, pero no obstante sus numerosas reverberaciones que participaron en la modelación del “después”, fue un año-acontecimiento más europeo que propiamente mundial.

No está tampoco de más recordar que 1945 ha seguido siendo un año que comporta un cierto carácter inaugural, porque persisten numerosos elementos de continuidad que enlazan todavía ese entonces con nuestro presente. En efecto, grandes instituciones que florecieron en esa época continúan siendo actores importantes del acontecer mundial en los albores del siglo XXI: la ONU, la OTAN, las organizaciones surgidas de Bretton Woods, etc. Una de las dos grandes potencias que descolló en aquel entonces –Estados Unidos– ocupa en la actualidad la posición de única gran potencia, y toda la información más reciente disponible parece demostrar que muchos de sus funcionarios y dirigentes aún hoy siguen percibiendo el mundo de acuerdo con los estereotipos y cánones propios de la Guerra Fría. De igual forma, los principales actores del sistema internacional entonces prevaleciente –los Estados– siguen cumpliendo un rol de primer orden en los inicios del siglo XXI.

El lugar de significación que le sigue correspondiendo a esta fecha puede observarse también en el hecho de que para varios de los países más poderosos del mundo actual, cuyos gobiernos son los que más inciden en la producción de un sentido planetario e incurren en la orientación de su direccionalidad, el año de 1945 sigue siendo uno de sus principales puntos de inflexión.

Fue a partir de esa coyuntura cuando descolló Estados Unidos como la gran potencia que hoy conocemos. Rusia reconoce en la llamada “gran guerra patria” y en su desenlace una de sus páginas más gloriosas de su historia, tal como quedó una vez más demostrado con la arrebatadora conmemoración de los 60 años de la capitulación de Alemania, lo que llevó además al ex presidente Vladimir Putin a renegociar la relación con el pasado soviético. También fue en el contexto de la inmediata posguerra cuando varios países europeos encontraron el laboratorio ideal que les ha permitido dejar atrás muchas de las viejas contradicciones, a través del fortalecimiento de un novedoso proceso de integración: la Comunidad, hoy por hoy, la Unión Europea. Fue a raíz de la derrota en la guerra que Japón inició su conversión en una pacífica potencia mercader, India encontró el escenario ideal para su independencia y la China comunista comenzó a dejar atrás un siglo de convulsionada historia de humillación que lindaba con la desintegración.

No obstante el lugar de alta significación que todavía le corresponde a esta fecha, expresamos serias dudas sobre la pertinencia de seguir considerando ese año-acontecimiento como el inicio del actual presente histórico. Ello no significa desconocer la importancia que en su momento tuvo y que probablemente seguirá teniendo para muchos el crucial año de 1945, aunque no esté de más recordar que nunca ha sido válido para todos, porque para muchos países del “Tercer Mundo” el gran catalizador de sus respectivas historias presentes se retrotrae a la lucha por la liberación nacional y al derrumbe de los imperios coloniales (Buultjens, 1999,

p. 76). El problema en sí que nos interesa destacar es que ese crucial momento creó un *después* mundial del cual, para bien o para mal, muchas de sus páginas han comenzado a transformarse, otras a extinguirse, y otras más han sido incluidas en el gran archivador del pasado histórico.

Tampoco está de más recordar que las épocas históricas, entre las cuales se encuentra el presente que nos interesa, no deben entenderse como contenedores de tiempo; son, más bien, intervalos temporales con dilatadas fronteras cronológicas, razón por la cual no pueden ser consideradas como unidades contrapuestas a todo aquello que las precede o sucede. Como bien ha documentado la disciplina histórica, las eras o los períodos se traslapan en sus bordes, a veces, incluso de modo excesivo, dando lugar a intervalos más o menos largos de transición. En la historia perviven dialécticamente la permanencia y el cambio, los elementos de continuidad con los de novedad. Además, por más que una nueva era comporte circunstancias y dispositivos particulares, ello no supone una negación de todo lo precedente; más bien, lo que ocurre es que los factores de continuidad tienen que reajustarse para adaptarse a los nuevos tiempos.

Por último, no olvidemos que ya han transcurrido más de tres largos lustros desde que finalizó la Guerra Fría, aquella arquitectura política y geopolítica que redimensionó el orden de posguerra, y podríamos preguntarnos qué validez y qué utilidad heurística tendría seguir aferrados a una concepción de la historia que pretende redimensionar el año de 1945 como el gran punto de inflexión del mundo en la etapa contemporánea. Si, como señalábamos con anterioridad, la periodización constituye un ejercicio que procura otorgar inteligibilidad a los eventos que se sitúan en su interior, un intervalo de tiempo que se prolonga desde 1945 hasta el segundo lustro del siglo XXI no nos dice mucho sobre el mundo más actual, es decir, no representa el tipo de problemas que aquejan a nuestra contemporaneidad, y las propiedades consustanciales a nuestra inmediatez, por su parte, introducen una distorsión sobre la esencia del capítulo bipolar, de la otra. En pocas palabras, no existe ninguna clara correlación o identificación entre lo que ocurrió hace cuatro o cinco décadas con el significado que comporta nuestra contemporaneidad más inmediata.

Es decir, la dinámica que ha registrado el mismo desarrollo histórico reciente impone la necesidad de tener que repensar el espacio de tiempo dentro del cual nos situamos. Más aún cuando, durante la época de la Guerra Fría, fue tan abarcadora la concepción que redimensionaba los asuntos políticos, militares y geopolíticos que, por regla general, las dinámicas que ocurrían en los otros ámbitos simplemente se ignoraban o se decodificaban dentro de los cánones en los cuales transcurría la representación de esta particular forma de competición política y militar. Hoy por hoy, sabemos que numerosas transformaciones estaban

ocurriendo en clave subterránea, no eran visibles ni podían interpretarse dentro de los guiones intelectuales entonces predominantes, y ello explica en alto grado que no se les prestara la debida atención.

Es más, cabe recordar que fue tan estrecha e ideologizada la interpretación del mundo entonces prevaleciente que, como se ha profusamente demostrado, la Guerra Fría no se acabó debido a su propio agotamiento ni por un nuevo punto de inflexión en la misma, como pudo haber sido un confrontación en caliente entre sus principales protagonistas, sino por el encadenamiento que se presentó entre dinámicas que tenían lugar en los distintos ámbitos sociales e incluso en lugares geográficos distantes entre sí. En suma, fueron los desarrollos subterráneos los que terminaron siendo los grandes catalizadores de nuestra contemporaneidad, y ello impone la necesidad de tener que repensar el sentido que comporta nuestro presente histórico.

Varias soluciones se han intentado proponer, con el ánimo de resolver este crucial problema. Una de ellas fue tomar la caída del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989 (9/11), como un nuevo momento axial en sustituto del anterior, tesis que se encuentra impresa en la mayor parte de las historias sobre el siglo XX, que comentábamos en la introducción. François Hartog (2003), por su parte, ha propuesto precisar el intervalo temporal del régimen moderno de historicidad entre dos fechas simbólicas: 1789 y 1989. A su parecer, después de la caída del Muro de Berlín se habría dado inicio al régimen de historicidad que sería el nuestro.

El 9/11, en efecto, ha sido uno de los acontecimientos más poderosos de nuestro presente, sin el cual no se pueden entender muchas de las transformaciones ocurridas en el recodo de los siglos XX y XXI. Fue un acontecimiento planetario que introdujo un poderoso quiebre en la vida internacional. Sin embargo, considerarlo como un nuevo punto de inflexión, en sustitución de 1945, implica mantenerse aferrado a una concepción bastante tradicional del presente, por cuanto implica seguir privilegiando la dimensión política y geopolítica como vector estructurante de la mundialidad (creación y fin de la Guerra Fría, respectivamente), cuando en realidad la globalidad, que ha sustituido a la anterior mundialización, se ha construido sobre otro tipo de parámetros. Más importante aún, el 9/11 no se explica por sí mismo; fue un tipo de acontecimiento que sincronizó muchas dinámicas que venían desarrollándose desde tiempo atrás, tales como la emergencia de un capitalismo de tipo transnacional, la sobreposición de nuevos referentes ideológicos, las dinámicas de individualización, etc., con la única novedad, importante por cierto, de ubicar a muchas de ellas dentro de un gran movimiento envolvente (Fazio, 2000).

Otra ha consistido en considerar no el 9/11, sino el 11/9, bella coincidencia numerológica, es decir, el ataque contra el Pentágono y las Torres Gemelas, como un acontecimiento *dividing*, en tanto que habría sido un hecho histórico por todos conocido y cuya producción quedó inscrita en un ámbito público mundializado. Ya hace algunos años nos formulábamos esta misma pregunta y tratábamos de evaluar su significación mediante una comparación entre este acontecimiento con el 9/11, para revisar si se le podía considerar como un evento “estructural” o si más bien debería interpretarse como un suceso más episódico, más localizado y frugal. En esa ocasión escribíamos –tesis que seguimos compartiendo– que, pese a que es difícil determinar su alcance, porque nos encontramos aún bajo los efectos de los esplendores del fenómeno, desconocemos cuáles serán sus consecuencias y desenlaces, concordamos con la postura intelectual del historiador británico Timothy Garton Ash, cuando sostiene que el ataque terrorista se ubica a medio camino entre ambos tipos de eventos, pero “más cerca del primero, aun cuando probablemente nunca llegue a revestir la carga valorativa que tuvo la caída del Muro de Berlín” (*La Repubblica*, 15 de septiembre de 2001). Se puede argumentar que con el ataque terrorista el “después” no se ha configurado a partir de la carga real o simbólica que contiene el evento, sino que ha dependido en lo fundamental de la voluntad y de las opciones políticas que se tracen los actores más influyentes del sistema internacional (Fazio, 2002, pp. 14-15).

Una tesis parecida a la nuestra, aun cuando más apropiada para los parámetros de este trabajo, fue planteada por François Hartog, cuando sostiene que el Once de Septiembre no ocasionó *ningún cuestionamiento del esquema temporal predominante*, “a menos que la administración americana haya decidido convertirlo en el punto cero de la historia mundial: un nuevo presente, un solo presente, el de la guerra contra el terrorismo” (Hartog, 2003, p. 116). Los pocos años que nos separan de ese dramático evento han demostrado que la tentativa de los dirigentes estadounidenses por hacer del Once de Septiembre un acontecimiento fundacional no logró convertirse en una realidad.

Un defecto en que incurre gran parte de los análisis que pretenden privilegiar ciertos eventos recientes como fecha-acontecimiento germinales del presente, como sustituto del fin de la Segunda Guerra Mundial, consiste en que no logran correlacionarse con dinámicas de naturaleza estructural, con lo cual terminan forjando representaciones aleatorias y diferenciadas del período histórico que nos ha correspondido vivir.

De todo lo anterior se puede inferir que ninguna de estas fechas-acontecimiento puede identificarse con el inicio cronológico del presente histórico contemporáneo, porque todas ellas recaban más en elementos circunstanciales que en factores

que especifiquen la fisonomía de nuestro presente histórico. Por lo tanto, siguen abiertas las preguntas que nos formulábamos anteriormente, seguimos sin saber dónde se sitúa el nacimiento de nuestro presente histórico, un presente que le dé sentido a nuestra contemporaneidad y que incluya aquellas dinámicas que las lecturas politológicas y económicas anteriores tendían a ignorar o a minusvalorar. Como ya sabe el lector, a nuestro modo de ver, el presente histórico surgió a finales de la década de los años sesenta, coyuntura simbólicamente representada en los acontecimientos presentes en el año 1968, momento en que debutó un nuevo régimen de historicidad.

Avancemos de una vez en nuestra tesis, y para ello recurramos una vez más al historiador italiano Agostino Giovagnoli, quien brinda una atractiva comparación entre el momento y las circunstancias en que se produjo el advenimiento del discurso sobre lo moderno y la coyuntura histórica que nos interesa destacar.

El pasaje a la idea moderna de historia fue acelerado por el gran terremoto que destruyó Lisboa en 1755: para todos los intelectuales europeos, de Voltaire a Kant, aquel evento representó un fuerte empuje para pensar la historia como el progresivo dominio de la razón humana sobre las fuerzas oscuras de la naturaleza. A la generación de 1968 el problema pareció plantearse en los términos opuestos: las catástrofes, el enemigo y el mal podían provenir del interior más que del exterior, de la sociedad más que de la naturaleza. Toda la sociedad estaba sometida al dominio del terror, no a pesar, sino gracias al progreso, el cual traicionaba la antigua promesa de resolver gradualmente todos los problemas de la humanidad, amenazando, además, con crear otros más graves. (Giovagnoli, 2005, p. 60)

Tal como se infiere de esta cita, una gran particularidad que encierra el año de 1968 consiste en ser un momento especial en el cual se asistió a una singular y radical renegociación social con el tiempo, a través de un futuro que ya no colma esperanzas y con un presente (el riesgo nuclear) que pende como espada de Damocles sobre las cabezas de la nueva generación. Éste es un primer factor que nos ha llevado a considerar esta coyuntura específica como el momento fundacional de nuestro presente histórico.

El segundo elemento lo retomamos de una tesis que desarrollamos en un trabajo reciente, en el cual tuvimos ocasión de hacer un ejercicio comparativo entre nuestro presente con otros períodos de la historia moderna (Fazio, 2007). Esta idea la volveremos a plantear de manera breve, porque nos ayuda a precisar otros factores que le imprimen una impronta de excepcionalidad a nuestro presente. Generalizando, y pecando de un cierto esquematismo, se pueden distinguir, a lo largo de los siglos que recubre la época moderna, tres plataformas en torno a las que se ha organizado la historia general de la humanidad. La primera fue la matriz nacional, que recababa en los tipos de organización que se desprenden

de la existencia de las naciones, entre los cuales se pueden citar dinámicas tales como la internacionalización, la interdependencia, la transnacionalización, etc. La segunda, que no excluye a la anterior, es la matriz planetaria, en la cual se inscriben todas aquellas prácticas que involucran al mundo en su conjunto, como los problemas ecológicos, medioambientales, el riesgo nuclear, etc. La última es la matriz de la globalidad, que incluye numerosos elementos de las anteriores, pero se ubica en un plano distinto, en tanto que designa la expansión de las relaciones sociales a lo largo y ancho del planeta, y remite a una condición espaciotemporal particular.

La primera matriz predominó en el siglo XIX y perduró hasta mediados del XX, época de grandes naciones y de poderosos Estados que procuraban internacionalizar sus actividades. La segunda fue propia del contexto de la Guerra Fría y, particularmente, de sus primeras dos décadas, antes de que se diera inicio al ocaso de dicho esquema geopolítico. Consistió en una internacionalización de lo nacional dentro del respectivo bloque hegemónico por la respectiva superpotencia. La tercera comprende los años en que se comenzó a asistir a una intensificación de las dinámicas de la globalidad, desde finales de los sesenta hasta nuestro presente más inmediato.

Es en torno a esta última matriz donde puede distinguirse una de las constantes que más particularizan de manera exclusiva a nuestra contemporaneidad. En épocas pasadas, dos o más comunidades podían vivir simultáneamente, pero sin que compartieran necesariamente el mismo registro temporal. Los incas y los ingleses en el siglo XIV coexistían simultáneamente, pero no compartían el mismo registro de presente. La comunión (Heller, 1989, p. 48), si es que existía, se remitía exclusivamente a que estas comunidades se ubicaban dentro de *la misma historia presente*, pero sin compartir *el mismo presente histórico*. Es decir, en esas épocas, la realidad mundial se conformaba a partir de la concurrencia de múltiples presentes localizados, con laxos o nulos eslabonamientos entre sí.

La excepcionalidad de nuestro presente histórico radica en que éste se conforma a partir de esta matriz global, situación que conlleva una comunión cada vez más fuerte entre las historias presentes (diacrónicas) y el presente histórico (sincrónico). Es decir, el nuestro es un presente global, donde la contemporaneidad cronológica se ha convertido en una *contemporaneidad histórica*. Como señala Agostino Giovagnoli:

El conocimiento de la simultaneidad entre eventos que se verifican en lugares muy lejanos ha contribuido a difundir la sensación de vivir todos dentro de un mismo espacio: el espacio del mundo. Gradualmente, la distinción entre la contemporaneidad cronológica y la contemporaneidad histórica, entre el desarrollo de Europa y el

atraso de los otros continentes, basado en la centralidad europea en la historia de la civilización, se ha tornado insostenible. (Giovagnoli, 2005, p. 47)

Es decir, una característica propia y exclusiva de nuestro presente histórico es su condición global, donde se entrecruzan y confluyen las distintas experiencias históricas particulares que encadenan experiencias diacrónicas específicas con tendencias sincrónicas compartidas.

De esta tesis podemos inferir, por tanto, la segunda característica de este presente histórico: si la primera consistió en la dilatación del presente, ésta consiste en su globalidad. Si argumentamos que un presente que se remonta a 1945 dice poco a nuestra contemporaneidad, ello se debe a que aquél era un registro temporal que recién estaba comenzado a dilatar su sincronidad y lo hacía sólo desde arriba, desde la carrera armamentista y el riesgo de la amenaza nuclear, desde el poder que detentaban las grandes potencias, lo cual, obviamente, entrañaba ciertos tipos de alineamiento por parte de los distintos pueblos. Era un presente que se organizaba a partir de la *matriz planetarizada*, y por ello, las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX reconocían una única temporalidad presente mundializada, tal como se desprendía de la lógica de funcionamiento de la Guerra Fría.

El período actual, por el contrario, es muy distinto: es un presente que se organiza en su globalidad. Esta distinción no es simplemente un asunto de conciencia o de representación. Una comunidad puede vivir en un presente específico, y éste puede ser el resultado de un pasado propio al respectivo colectivo, pero, con la intensificación de las tendencias globalizantes, ese presente particular queda incluido como un segmento dentro de un presente histórico general, un mismo horizonte espaciotemporal. Este presente histórico no es la suma de las historia presentes nacionales, sino que es un presente global, válido para todas las experiencias colectivas y particulares.

Este presente histórico amalgama dos tipos de fuerzas: la sincronidad, que no es lo mismo que la simultaneidad, pues la primera es una condición temporal, mientras que la segunda es un concepto espacial. La sincronidad, que puede identificarse con una *contemporaneidad sin pasado*, y la diacronía de las trayectorias históricas específicas, las cuales, desde luego, comportan un pasado profundo –pero que ya no pueden administrar su presente de manera autónoma–, producen el entrecruzamiento de los disímiles itinerarios históricos y sustancian la existencia de una modernidad-mundo.

Debido a la fuerza de la sincronidad, este presente histórico es discontinuo con respecto a las experiencias particulares y también frente al pasado general, pero al mismo tiempo es continuo, ya que ha sido catapultado por las matrices

precedentes. No está de más recordar que en la historia los factores de continuidad y discontinuidad no deben comprenderse como conceptos completamente antinómicos.

En síntesis, se puede concluir que la periodización del presente no puede basarse en conjeturas ni en movimientos particulares, sino que debe recabar en factores que evidencien los movimientos más profundos que atraviesan a todas las sociedades. Uno es la revalorización de la relación con el tiempo, y el otro, que –de paso– les asigna un valor y un sentido a las demás dinámicas sociales, ha consistido en la consolidación de la matriz de la globalidad. Tal como hemos sostenido, y que a continuación nos propondremos ilustrar, el año-acontecimiento de 1968 constituye un importante punto de inflexión, en la medida en que entrañó el inicio de la finalización de la matriz mundializada y su sustitución por la de la globalidad.

ANNUS MIRABILIS: A MANERA DE CONCLUSIÓN

Los años finales de la década de los sesenta constituyeron un momento muy particular. Fue, de una parte, la coyuntura de mayor esplendor de todo el andamiaje económico, social, político, geopolítico y cultural construido en las dos primeras décadas de la Guerra Fría, pero de la otra, constituyó un momento en el que comenzaron a aparecer las primeras grandes fisuras dentro de este rígido armazón.

Sobre el particular, llaman poderosamente la atención los siguientes dos hechos: primero, todo el orden de la Guerra Fría se organizaba en torno a la actuación de un conjunto limitado de actores, entre los cuales se destacaban, por obvias razones, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Pero las grietas que fueron apareciendo tuvieron la particularidad de involucrar a las dos grandes potencias, pero también de trascenderlas. Finales de los sesenta, de este manera, pueden ser definidos como el *gran punto de inflexión* de todo el período de la Guerra Fría, cuando aparecieron los elementos que llevarán este guión político mundial a su irremediable ocaso (Formigoni, 2000; Westad, 2005), cuando la Guerra Fría dejó de ser lo que antes fue, cuando se inició el tránsito de un esquema bipolar a uno multipolar, en el cual un papel cada vez más importante les correspondería a Japón, Europa Occidental, China y el “Tercer Mundo”.

Las principales fisuras que aparecieron fueron el resultado de la actuación de una legión de múltiples actores y dinámicas estatales, supraestatales e infraestatales. A manera de ilustración, y sin ninguna pretensión de agotar este extenso tema, conviene recordar la reorientación experimentada por la China de Mao Tse Tung, que puso fin a la “Revolución Cultural”, que rompió con su anterior ostracismo, dinámica que finalmente conduciría a que se sellara el compromiso de normalización de las relaciones con Estados Unidos, con lo cual la división del mundo en dos bloques sufrió su más duro golpe, además de crear las condiciones para una paulatina inserción del coloso asiático en la política y en la economía mundial; la *Ostpolitik*, iniciativa política iniciada por el gobierno de Alemania Occidental, cuyo resultado más visible sería el establecimiento de un esquema de creciente interdependencia entre las dos partes en que estaba dividida Europa; la política autonomista de la Francia gaullista frente a la OTAN y a Estados Unidos, que tantos problemas ocasionaría a este último en lo referente al precio internacional del oro y, de suyo, del dólar, principal bastión del sistema financiero inter-

nacional; la mayor independencia de Rumania y de la discolta Cuba *vis-à-vis* de la Unión Soviética; el punto de no retorno en que cayó el modelo socialista de tipo soviético, luego del ahogamiento del experimento checoslovaco, conocido como la Primavera de Praga, el cual pretendía construir un “socialismo con rostro humano”, y la contestación generalizada de este sistema a través de los movimientos “disidentes”, cada vez más radicalizados; el ocaso norteamericano en Vietnam, cuyo momento más difícil se vivió luego de que los norvietnamitas y el Vietcong lanzaran la ofensiva de Tet, a finales de enero de 1968, situación que terminó llevándose por delante al presidente Johnson y el prestigio nacional e internacional de la gran potencia.

Estas distintas situaciones fueron una clara demostración de los elevados niveles de pluralización que estaba experimentando entonces el mundo. Pero también estos años se caracterizaron por la gran intensidad que alcanzaron las tendencias sincronizadoras. En efecto, en su mayor parte estas actuaciones se encontraban regularizadas, situación que condujo a que el impacto de eventos, a veces pequeños, incluso, produjera resonancias en lugares muy distantes (v. gr., Vietnam se convirtió en una *problemática local* en los distintos confines del globo).

La coyuntura, empero, no se realizó únicamente a expensas de la Guerra Fría; más bien, sus principales eventos se nutrieron de la mencionada estructura mundial existente. La bipolaridad, en la medida en que convirtió “lo internacional en nacional dentro del respectivo bloque” (Kaldor, 2004, p. 144), creaba un escenario donde lo propiamente internacional era en realidad aquello que, en últimas, trascendía a la propia organización. La competición intersistémica se convirtió, de este modo, en un ambiente que acentuaba la interacción de los asuntos internacionales con las cuestiones domésticas, y los asuntos económicos, sociales, culturales e ideológicos con las políticas nacionales, intrabloques y mundiales. En razón de esta peculiaridad, la mundialidad de la Guerra Fría se convirtió en una importante pasarela por la cual transcurrieron muchos de los eventos, imaginarios y referentes políticos e ideológicos de un bloque a otro y de un país a otro.

Dentro de esta coyuntura histórica cobró vida 1968, un año que, como ha señalado el escritor mexicano Jorge Volpi, “excedió, en muchas ocasiones, cualquier ficción posible” (2006, p. 20). La ONU decretó que ese sería el año internacional de los derechos humanos. Fidel Castro, por su parte, declaró que el 1 de enero se daba inicio al “año del guerrillero heroico”, en honor del Che Guevara, compañero de armas del líder cubano, muerto el 8 de octubre anterior en la selva boliviana. Simple coincidencia, pero lo cierto es que entre estos dos extremos transcurrieron sus 52 semanas. No sería exagerado decir que estas dos represen-

taciones –los derechos humanos y el imaginario de la “revolución”– compendian gran parte del significado que englobaron estos doce meses. Numerosos fueron los acontecimientos, en los más variados países y sistemas económicos, que se encauzaron en dirección de una profundización de los derechos civiles (v. gr., Estados Unidos, Polonia, Checoslovaquia), mientras otros, igualmente rebeldes, sin recusar los anteriores, evocaban en el recuerdo los ecos de la gesta del iconográfico revolucionario argentino-cubano (Vietnam, México, Francia, Alemania, Estados Unidos, etc.) (Dreyfus-Armand, 2000, pp. 42-47).

Simbólicamente, 1968 se ha convertido en un año emblemático como pocos; no sólo por la copiosidad de sucesos de la más variada índole que se desplegaron a lo largo de sus 52 semanas, sino porque, con el correr del tiempo, se ha transformado en una fecha emblemática, en un ícono, en una imagen representativa, con una inmensa carga de esperanzas, anhelos y frustraciones. O, para decirlo en el lenguaje propio de los historiadores, 1968 dejó de ser una simple fecha para convertirse en un *acontecimiento*, en un extraordinario suceso que personifica nuestra contemporaneidad, una situación que resume muchas de las grandes transformaciones que han sacudido al planeta a lo largo de estas últimas cuatro décadas. Al convertirse en un acontecimiento, 1968 ha dejado de ser un listado cronológico de hechos sueltos y se ha convertido en historia.

Como una argucia de la historia, 1968 fue un año-acontecimiento que no se pudo decodificar en su inmediatez. En realidad, tuvieron que transcurrir varias décadas, sobrevenir otros importantes acontecimientos, entre los cuales un lugar destacado le correspondió a la caída del Muro de Berlín, en noviembre de 1989, aquel 89 que invierte numerológicamente el 68, acumularse otra gama de experiencias, al decir de Koselleck, y desplegarse una serie de tendencias en los más variados campos, para que se develaran algunos de sus más recónditos significados, para que sus claves más profundas pudieran empezar a ser reconocidas.

Sólo entonces el 68 dejó de ser un simple signo, una circunstancia, una situación, y se convirtió en un acontecimiento, en historia, cuando se expandieron sus vibraciones y se tomó conciencia de su carácter inaugural. Es decir, sólo después de haberse interiorizado el impacto ocasionado por eventos y situaciones posteriores se pudo comprender su significado más profundo, que no fue otro que el hecho de engendrar una profunda revolución sociocultural, muchas de cuyas reverberaciones aún no se extinguen.

En eso precisamente consistió la genial intuición de Fernand Braudel, quien, casi contemporáneamente con estos sucesos, comparó los acontecimientos que *simbólicamente* se sintetizan en torno a mayo del 68 con revoluciones culturales tan trascendentales en la historia de Europa como el Renacimiento o la Reforma,

puesto que fueron eventos que sacudieron el edificio social, rompieron los hábitos y las resignaciones, y todo “el tejido social y familiar quedó lo suficientemente desgarrado, como para que se crearan nuevos géneros de vida en todos los niveles de la sociedad” (Braudel, 1979, tomo 3, p. 790). En otro texto, escrito a inicios de los ochenta, volvió a validar esta misma tesis, cuando aseveró:

Que la Revolución europea occidental, casi mundial, de 1968 ha fracasado políticamente, lo sabemos todos a casi quince años de distancia. Pero triunfó y no volverá atrás por lo que concierne a las costumbres, a la relación entre los sexos, a la crisis aguda de la familia, a la monstruosidad, a ojos de las personas mayores, de las relaciones que nacen delante de nosotros, flores vigorosas, cuya vista nos choca, entre los hijos y sus padres. (Braudel, 1991, p. 132)

A nuestro modo de ver, además de este componente, el cual de por sí lo convierte en un acontecimiento de trascendental importancia, desde *nuestra experiencia* histórica, el aspecto más llamativo ha consistido en que el 68 fue el año-acontecimiento que puso en marcha la intensa globalidad contemporánea, tanto en su dimensión espacial (sincronizando el planeta) como en su registro temporal (regularizando situaciones anteriores y posteriores). 1968 fue un año cuyos acontecimientos se caracterizaron por su *transnacionalidad*, porque, en su sentido más profundo, fueron situaciones que evidenciaron la consolidación de fenómenos globales que vinculaban –de acuerdo con la jerga entonces en boga– lo “interno” con lo “internacional”.

A diferencia de otro año capital de la historia moderna y contemporánea como fue 1945, cuya inteligibilidad se capta cabalmente a partir del concepto de internacionalidad de los eventos que incluye, el 68 requiere concatenar una concepción que sea *global y local*, al mismo tiempo. Como con gran acierto ha escrito Arif Dirlik, los acontecimientos del 68 se desencadenaron en muchos territorios nacionales y se representaban a través de una conceptualización del globo en términos de Tres Mundos (el capitalista, el socialista y aquel de los países en desarrollo), representación que alcanzó su trazado más preciso en esos años. Pero, al mismo tiempo, “1968 representó una globalización sin precedente de la conciencia radical, que cuestionaba las fronteras nacionales, así como los límites que implicaba la metáfora de los tres mundos” (Dirlik, 2003, p. 314). En este sentido, se puede sostener que nada como el 68 ha contribuido más a debilitar los referentes nacionales y estatales, no obstante el hecho de que su identificación con la globalización fuera incompleta.

Para los jóvenes de aquel entonces, todos los países, con total independencia de los sistemas socioeconómicos existentes, eran percibidos como convergentes, eran visualizados como alineados en torno a la misma matriz de modernización, cuyos rasgos análogos más importantes consistían en el avance hacia un desco-

munal poderío económico y militar, en el predominio de la sociedad sobre los individuos, en la dominación del Estado sobre las personas, además de los variados comportamientos opresivos que se representaban en el uso que se asignaba a los desarrollos tecnológicos.

Fue también propio de esta coyuntura que se asistiera a una fuerte tendencia a globalizar la representación de los paradigmas, problemas y opciones de desarrollo, los cuales, no obstante haber emergidos en determinados contextos locales particulares, constituían importantes referentes de acción en las otras latitudes.

La principal particularidad del 68 se expresa, por tanto, en que precisamente durante esa coyuntura histórica se asistió por primera vez, de modo evidente y claro, al nacimiento de la *globalidad histórica*, es decir, a un entrecruzamiento, de una parte, entre ciertas tendencias que apuntaban hacia una mayor sincronidad y el encadenamiento de variadas situaciones análogas en apariencia, pero distintas en cuanto a su contenido, con otras que, por su parte, expresaban el desarrollo de trayectorias históricas particulares, que sólo son aprehensibles a través de un análisis individualizado, pero dentro de un entramado de resonancias que se presentan entre todas ellas. En esta globalidad histórica es donde nuestro presente reconoce trazos de su fisonomía más actual.

A lo largo de sus trescientos sesenta y seis días ocurrieron numerosos acontecimientos –locales, nacionales, internacionales y mundiales– en los distintos confines del planeta, muchos de los cuales trascendieron sus respectivas localidades y generaron réplicas en lugares incluso muy distantes de los de sus epicentros. A diferencia de otros años que también estuvieron cargados de significación, éste, en particular, se caracterizó por la excesiva acumulación de tensiones y de agudos problemas por todo el mundo, sin que ninguna región del planeta pudiera pretender monopolizar su sentido, modelando por vez primera esa constelación histórica débil que hemos señalado como propia de la historia global. Vietnam, Corea del Norte, Japón, China, Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, el Pacto de Varsovia, Alemania, Italia, Francia, España, Inglaterra, Egipto, Cuba, México, Argentina, Canadá, Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional, el Concilio Vaticano II, la cotización del oro, la inflación, la televisión a color, etc., aparentemente poco tenían en común, pero, en los hechos, se encontraban fuertemente encadenados y sincronizados. Fue un año en que se produjeron acontecimientos en vías de globalización, que amalgamaba, en distintos formatos, las variadas situaciones geográficas, espaciales y temáticas.

Es muy llamativo el hecho de que los movimientos de rebeldía juvenil no se confinaran en ninguna una región geográfica en particular, pues se expresaron al unísono a lo largo y ancho del planeta y sacudieron por igual a las sociedades

capitalistas desarrolladas, a las socialistas y a aquellas que en ese entonces se aglutinaban bajo el concepto de “Tercer Mundo”. Es decir, estas revueltas no fueron la expresión de la descomposición, crisis o radicalidad que experimentaba un tipo particular de sociedad, sino de todas ellas.

Cabe destacar una característica que fue inherente a estas expresiones de rebeldía: la concordancia temporal y el hecho de que atravesaran a todas las sociedades, sin distinción de su sistema socioeconómico, son elementos muy importantes para entender las particularidades que comportaba el 68, no obstante el hecho de que en otros momentos históricos también se presentaron circunstancias análogas en las cuales se asistió a una relativa sincronización de determinados eventos. Al respecto, podríamos recordar los movimientos de independencia en el continente americano en los albores del siglo XIX, que se extendieron casi uniformemente desde México hasta el Cono Sur, o las revoluciones de 1848 que sacudieron simultáneamente a varios países europeos. Estos casos son, empero, de una naturaleza muy distinta al que aquí nos interesa, porque se circunscribieron geográficamente a una región en particular, respondían exclusivamente a un tipo de circunstancia, o se regularizaban a partir de determinados sucesos que se originaban en la respectiva metrópolis. Cada una de estas expresiones de efervescencia, a final de cuentas, obedecía a un determinado patrón compartido y en su interrelación además operaba la proximidad, que actuaba como un importante agente que facilitaba la transmisión y propagación de ideas, personas, acciones, etc.

Las expresiones de rebeldía del 68 obedecían a un patrón muy distinto, debido a que la concordancia que registró la mayor parte de los acontecimientos que se desarrollaron a lo largo de esas 52 semanas fue espontánea, dado que obró como una sincronización que se llevó a cabo sin la intermediación de ninguna organización internacional y sin obedecer a ningún patrón compartido. Pero también, a diferencia de los ejemplos comentados del siglo XIX, respondían a cambios que tenían lugar en el escenario internacional regional y/o colonial; una de las grandes especificidades de las revueltas del 68 consistió en que eran una compleja amalgama de referentes internacionales con causalidades especiales, específicas de cada experiencia en particular. Es decir, su expresión no fue producto de un cambio en el sistema internacional que hubiera afectado a las distintas sociedades, sino que obedeció a disímiles problemas y disyuntivas que experimentaban los diferentes países, pero que en un determinado momento se conectaron en su *glocalidad*.

En el advenimiento de esta globalidad histórica, un papel muy importante le correspondió indudablemente a lo que podríamos denominar como sincronización de las representaciones. Daniel Cohn-Bendit, más conocido como *Dany el Rojo*, sobre el particular, recordaba: “El 9 de octubre de 1967, nos enteramos de la muerte

del Che Guevara en la Selva Boliviana [...] Su rostro, ligeramente melancólico, decoró innumerables habitaciones de estudiantes. Se convirtió para toda una generación en el símbolo del guerrillero constructor de una sociedad nueva, y su famoso eslogan ‘Creemos uno, dos, tres Vietnams’ fue una especie de credo para nosotros” (citado en Volpi, 2006, p. 82).

En esta sincronización de las representaciones ningún acontecimiento tuvo tanta relevancia como la guerra en Vietnam, que unió a todos los jóvenes en torno a un objetivo común. Vietnam no se vivía como una guerra lejana, era un “asunto interno” en todos los países del mundo. Nada generó más secuelas en Estados Unidos que esta guerra, que obligó a la sociedad norteamericana a enfrentarse consigo misma. El heroísmo del pueblo vietnamita contribuyó a sintonizar este tipo de emociones. Como acertadamente escribe Hobsbawm, en los años sesenta “el Tercer Mundo devolvió de hecho al Primero la esperanza de la revolución: Cuba y Vietnam” (Hobsbawm, 2003, p. 238). Pero fue sobre todo el Che Guevara, más que Fidel Castro, Ho Chi Ming o Mao Tse Tung, quien logró suscitar una globalización de la solidaridad contestataria, con su famoso eslogan de creación de varios Vietnam.

Indudablemente, esta sincronización de las representaciones fue posible por la masificación que registraban los medios de comunicación y, particularmente, la televisión, que, entre otras, contribuyó a debilitar los lazos de solidaridad intergeneracional, al tiempo que ponía en comunicación a los individuos de una misma generación. No es fruto de la casualidad que precisamente en esos años se empezara a popularizar la tesis de la “aldea global”, es decir, el achicamiento del planeta como resultado de los avances registrados en los modernos medios de comunicación, los cuales habían puesto en contacto permanente e instantánea a la población de todo el planeta (Thompson, 1998) y estaban haciendo posible igualmente el surgimiento de inéditos estilos de vida y nuevas formas de identificación.

La rápida difusión de la comunicación creaba vínculos sociales e interculturales que alimentaban el imaginario de compartir una misma causa e inéditos objetivos políticos. Como declarara Cohn-Bendit: “Nos conocíamos a través de la televisión, por las imágenes que veíamos unos de otros en la pequeña pantalla. No nos relacionábamos entre nosotros, pero teníamos una conexión con lo que nuestra imaginación creaba al ver las imágenes de los demás en televisión” (citado en Kurlansky, 2004, p. 293).

Existían, empero, ciertas disimilitudes en la manera como se expresaba el impacto que ejercían los medios. A diferencia de las naciones altamente industrializadas, donde la televisión a color paralizaba a la población al mostrar por vez

primera el rojo de la sangre de los muertos en Vietnam, en las sociedades socialistas y en gran parte del Tercer Mundo los modernos medios de comunicación, o no habían alcanzado tan elevados niveles de masificados o se encontraban bajo un fuerte control por parte de los gobiernos, cuando no eran simplemente propiedad de estos últimos. La interconexión, en estos casos, perdía velocidad, se aminoraba la audiencia, pero no por ello era menos efectiva. En los países de la Europa Centro Oriental y en la Unión Soviética se recurría permanentemente a afiches, *graffiti*, panfletos y periódicos clandestinos. Éstos fueron los inicios del *samizdat*, contracción de dos palabras rusas, que alude a las publicaciones clandestinas, editadas por los mismos autores, que tan importante papel desempeñarían en las décadas siguientes en el desenmascaramiento de estos regímenes.

Los medios ocasionaron otros dos importantes impactos: alimentaron el desarrollo de una nueva mentalidad, cuyo imaginario colectivo se reconvirtió en una parte importante de la nueva cultura de masas. Pero también contribuyeron a la homogeneización lingüística y nutrieron a la población con un sentimiento de contemporaneidad y de vecindad geográfica (surgimiento de un tiempo global). La contracultura juvenil, además, se entrelazaba con la cultura de vanguardia (fotografía, *pop art*, *nouvelle vague*), en un intercambio recíproco en el cual la contracultura juvenil tomaba de esta última los estilos y el lenguaje, mientras la cultura de vanguardia recibía de la primera una dimensión de masas y una politización más clara. A su vez, la cultura de vanguardia se vinculaba con el surrealismo, el existencialismo, la sociología política, la antropología, el psicoanálisis y la literatura, como para que nada quedara suelto (Flores, 2002, pp. 379 y 418; Dreyfus-Armand, 2000).

Es invocando este tipo de argumento que se pueden considerar las revueltas del 68 como una “verdadera revolución mundial” (Arrighi, 1999, p. 83), poco comprendidas en ese entonces, o simplemente entendidas en su inmediatez como síntomas de un malestar social por parte de jóvenes radicales, cuando, en realidad, habrían sido situaciones que, de hecho, estaban sacudiendo los cimientos de las sociedades modernas. Mayo del 68, escribe Daniel Cohen, puede interpretarse como el momento en que “se resquebraja el entramado social sobre el que se apoya el mundo industrial de los ‘tiempos modernos’. Sus protagonistas, esos jóvenes nacidos después de la Segunda Guerra Mundial, ya no soportan lo que denuncian como hipocresías de la sociedad burguesa” (Cohen, 2001, p. 36).

La valoración de estos sucesos como una “revolución mundial” obedece a que análogos movimientos de rebelión de jóvenes y estudiantes se presentaron en los diferentes confines del planeta. Los más visibles, o los que alcanzaron una mayor resonancia política y mediática, tuvieron lugar en Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia, España, Polonia, Checoslovaquia, China, India, Egipto, Etiopía,

México, Argentina y Perú. Escaso fue, sin embargo, el número de países donde no hubo expresiones similares. Si nos atenemos únicamente al continente americano, las excepciones que confirman la regla fueron únicamente las tres Guayanas, Cuba y Jamaica.

No obstante su heterogeneidad, cuando se quieren precisar algunas de sus características principales, podría decirse que los unía el hecho de ir en contravía del sistema imperante, independientemente de su fundamentación socioeconómica, tanto en los niveles nacionales como en el mundial. En el Este, se recusaba el socialismo de Estado, mientras que en Occidente el ánimo de estos movimientos era profundamente anticapitalista. Sin embargo, el espíritu que movilizaba a estos disímiles movimientos consistía en que sus acciones eran entendidas como parte de una revuelta global contra el capitalismo, el socialismo burocrático, el imperialismo y el colonialismo, con lo cual sintetizaban en un solo movimiento las demandas de la juventud del Primer, Segundo y Tercer Mundo. Sobre el particular, Jorge Volpi escribe:

Aunque existían diferencias entre la agitación surgida en los países subdesarrollados –donde los estudiantes están más cerca de los grandes problemas nacionales– y la aparecida en los países desarrollados –donde la protesta se centraba en cuestiones relativas al autoritarismo, la educación y la guerra–, en realidad, parecía haber una asombrosa *comunidad de intereses* entre unos y otros. Este simple hecho demostraba la urgencia de una transformación social en todo el mundo. (Volpi, 2006, p. 199, la cursiva es nuestra)

No era extraño, en tales circunstancias, que Martin Luther King identificara el movimiento de los derechos civiles en Estados Unidos con la lucha de las naciones subdesarrolladas por la libertad. Declaraciones similares se expresaba en todas las latitudes, pero evidentemente donde fue más fuerte el rechazo sistemático y conjunto al comunismo y al capitalismo fue en Alemania, particularmente en el dividido Berlín, otro importante epicentro de estas revueltas juveniles.

Esta “revolución” significaba que se estaba comenzando a asistir a una sustitución del espacio social, cultural y político que preferentemente había estado representado en el Estado nacional por un indeterminado *horizonte*, mucho más amplio, que amalgamaba, indistintamente, las *nuevas experiencias y expectativas*. En este sentido, el 68 expresa una tendencia propia del mundo globalizado, la propensión hacia la desterritorialización del Estado y, más en general, hacia una separación de los pueblos, las etnias y la cultura con respecto a los lugares habitados. Claro está que mientras se debilitaban estos referentes nacionales y estatales tradicionales, esta generación universal no pudo encontrar los instrumentos adecuados para “pasar verdaderamente a la historia de un nosotros definitivo de

las fronteras nacionales a la historia del mundo” (Giovagnoli, 2005, pp. 66-67); su cimentación con la globalización quedó incompleta.

Otra particularidad de la mayor parte de estos movimientos consistía en que recuperaron una preocupación permanente por las teorías de la izquierda (Furet, 1995). A pesar del dogmatismo propio de la época y los estereotipos con los cuales se decodificaba la realidad, los estudiantes se caracterizaron por interesarse más por el “joven” que por el “viejo” Marx, es decir, por la denuncia de la alienación tanto como de la explotación, por la emancipación del individuo de la subordinación al colectivo (Gilcher-Holtey, 2000, p. 91).

La nueva postura era muy congruente con numerosas posiciones que se asumían en distintos frentes, como el mayor apego a un espíritu libertario e individualista, la defensa del individuo frente al colectivo, el rechazo del burocratismo y de todas las estructuras jerárquicas, la denuncia del autoritarismo, la tendencia a la espontaneidad, la minusvaloración del papel de la clase obrera en su calidad de líder de la revolución y el entendimiento de esta última no sólo como una revolución social, política e internacional, tal como había sido usual durante la época moderna, sino como una transformación radical de las condiciones de la existencia humana, desde las formas de trabajo hasta el comportamiento privado, las relaciones entre los sexos hasta la familia (Gilcher-Holtey, 2003, p. 257). De más está decir que después del 68 no sólo la izquierda nunca volvería a ser la misma; tampoco lo sería la revolución.

El interés en el tema de la alienación explica también la gran aceptación de un autor como Marcuse, quien con su “hombre unidimensional” había demostrado que el consumo de masas ocasionaba una manipulación de la población por parte del establecimiento, de los medios y de los grandes intereses económicos. Este tema de la enajenación también convirtió a Hermann Hesse en un autor de referencia para los jóvenes de finales de los sesenta porque, al tiempo que denunciaba el carácter enajenante de la sociedad moderna, abría una compuerta para superar la alienación a través del acercamiento al misticismo asiático. Pero no solamente los teóricos, escritores e intelectuales inspiraban a los jóvenes. Grupos como los Beatles ejercieron una influencia quizá mayor que los teóricos de la revolución, y por ello fueron ferozmente atacados por los elementos más conservadores de la sociedad, tanto en Occidente como en el Este, en el Norte como en el Sur.

La obsesión por el tema de la alienación abría también una importante compuerta que ponía en comunicación a los sectores más militantes con otros movimientos contraculturales como los *beatniks* (escépticos, meditabundos que buscaban la realización personal) y los *hippies* (colorida realización individual, droga, libertad sexual, desprendimiento material, “Peace and Love”). En síntesis,

La revolución cultural de fines del siglo XX —escribe E. Hobsbawm— debe, pues entenderse, como el triunfo del individuo sobre la sociedad o, mejor, como la ruptura de los hilos que hasta entonces habían imbricado a los individuos en el tejido social. Y es que este tejido no sólo estaba compuesto por las relaciones reales entre los seres humanos y sus formas de organización, sino también por los modelos generales de esas relaciones y por las pautas de conducta que eran de prever que siguiesen en su trato mutuo los individuos, cuyos papeles estaban predeterminados, aunque no siempre escritos. De ahí la inseguridad traumática que se producía en cuanto las antiguas normas de conducta se abolían o perdían su razón de ser, o la incomprensión entre quienes sentían esa desaparición y quienes eran demasiado jóvenes para haber conocido otra cosa que una sociedad sin regla. (Hobsbawm, 1997, p. 336)

Estas expresiones de rebeldía, por regla general, rechazaban las estructuras jerárquicas y centralizadas, razón por la cual preferían la espontaneidad al centralismo de las organizaciones sociales tradicionales, puesto que en los viejos esquemas el colectivo terminaba ahogando las manifestaciones de la individualidad. Esto mismo era lo que los llevaba a identificarse con posturas posmaterialistas, con la expansión última de las subjetividades y la tendencia a descubrir nuevos estilos de vida.

Llama poderosamente la atención otra característica que fue inherente a estas expresiones de rebeldía. Por lo general, los movimientos sociales se habían organizado con base en una específica composición social o de acuerdo con los objetivos que perseguían. Los factores que los hacían distintivos, los elementos en los cuales recababan su identidad, las cosmovisiones que organizaban sus correspondientes puntos de vista, se inferían, generalmente, de su composición o de las finalidades que pretendían alcanzar. Sin embargo, fue propio de los movimientos del 68 el hecho de romper con estas formas convencionales de organización, porque preferían ser espontáneos e improvisados y, por ello, constituían una compleja amalgama social que no actuaba en un área específica de la política, pues su objetivo era abstracto y general, dado que pretendían atacar y transformar toda la estructura de la sociedad.

Otra singularidad de estos movimientos consistía en su novedosa relación con el tiempo, particularmente con el presente. Hartog sugiere que 1968 fue un espasmo que puso en cuestionamiento el tiempo como progreso (2003, p. 15), con sus consignas de “Olvidar el futuro” y “*Tout, tout de suite!*”. “La consigna ‘¡Olvidar el futuro’ es probablemente la contribución de los sesenta al encierro extremo sobre el presente. Las utopías revolucionarias, progresistas y futuristas en su principio debían operar en un horizonte que casi no traspasaba el círculo del presente. ‘*Tout, tout de suite!*’, decían los muros de París, en 1968. Antes que se difundiera el ‘*No future*’” (Hartog, citado en Leduc, 1999, p. 72).

Hemos sostenido que ha sido consustancial a la modernidad mundo una inédita percepción del tiempo y de su relación con el espacio. La aceleración del mundo material y de las imágenes y la información mediática han sido dos poderosos procesos que han contribuido enormemente a minar la anterior concepción del espacio y han alterado la subjetivación de la distancia temporal. Como señala Huysen:

En ambos casos, se altera el mecanismo de percepción fisiológica. Cuanta más memoria almacenamos en nuestras bases de datos, tanto más es chupado el pasado hasta ingresar en la órbita del presente, listo para ser ingresado en la pantalla. El sentido de continuidad histórica o, respectivamente, de discontinuidad histórica, que dependen de un antes y un después, ceden lugar a la simultaneidad de todos los tiempos y espacios prontamente accesibles en el presente. (Huysen, 2002. p. 153)

En el 68 esta tendencia se manifestó por primera vez con gran fuerza. Quizá, esta presentización desbordada explica, en parte, el inusual y desmesurado consumo de drogas alucinógenas, puesto que había que vivir intensamente la inmediatez. Pero también, debido al impacto de los modernos medios de comunicación y las primeras transmisiones vía satélite, ésta puede ser considerada como la *primera generación global*, porque todos ellos fueron movimientos en los cuales se produjo una radical irrupción del presente. No porque crearan esta presentización, sino porque la llevaban hasta sus últimas consecuencias. Incluso el afamado existencialismo, tan en boga en esos años, puede ser considerado una forma de presentismo. Para estas jóvenes generaciones, el presente se convirtió en el “nuevo horizonte de expectativa” que reincorporaba los anteriores espacios de experiencia:

Y dado que en todos los casos, lo que los movimientos del 68 querían transformar era su propio presente, subvirtiendo la realidad alienada o falsificada o autoritaria en que vivían, entonces su despliegue desembocó, necesariamente, en el hecho de poner en el centro de la atención a la experiencia vivida inmediata. [...] Es a raíz de esta revolución cultural que el presente va a manifestarse con mucha más fuerza [...], rompiendo con la rígida división entre pasado y presente. (Aguirre, 2004, pp. 112 y 113)

Este predominio del presente alimentó la disolución de la solidaridad diacrónica entre generaciones y reafirmó la solidaridad sincrónica dentro de la misma generación. Esta presentización, en la medida en que se desvincula del porvenir y de la herencia, “experimenta una creciente dificultad para pensarse en la dimensión temporal” (Balandier, 1985, p. 135). En alto grado esta predisposición a un presente omnipresente obedeció al hecho de que la generación del 68 era la primera que había crecido bajo la sombra de la bomba atómica y le correspondió vivir en un contexto en que se globalizaba el sentido del destino de la humanidad. Agostino Giovagnoli y Mark Kurlansky son enfáticos en este sentido. El primero

constata que ésta fue la primera generación que no esperaba simplemente, como todas las demás, “vivir una transición entre un pasado y un futuro relativamente homogéneo, pues les incumbía la tarea de elegir entre un pasado y un futuro alternativo” (Giovagnoli, 2005, p. 62). El segundo recuerda que “criarse durante la guerra fría tuvo el mismo efecto para la mayoría de los niños del mundo. Les hizo temer a ambos bloques. Esta fue una de las razones por las que los jóvenes europeos, latinoamericanos, africanos y asiáticos condenaron con semejantes rapidez y decisión la acción militar norteamericana en Vietnam” (Kurlansky, 2004, p. 143).

No obstante la sincronicidad, no debemos perder de vista que eran movimientos que se inscribían en unas realidades nacionales específicas y respondían a las contingencias que suscitaban las respectivas dinámicas nacionales (expresiones particularistas dentro de un contexto de historia global). Es decir, estos movimientos no obedecían a preocupaciones totalmente mundiales, en la medida en que sus acciones eran catalizadas por problemas domésticos. Más bien, se convirtieron en situaciones de rebeldía que conjugaban indistintamente lo nacional con lo global. En Estados Unidos se cristalizaron como una convergencia de varias tendencias que venían desarrollándose a lo largo de los años sesenta: el movimiento por los derechos civiles, varias organizaciones provenientes de la población afroamericana, el rechazo de los jóvenes universitarios a la guerra de Vietnam y la resistencia a formas tradicionales de autoridad. Seguramente, uno de los rasgos más particulares del movimiento juvenil norteamericano fue que con su rechazo al reclutamiento puso en evidencia que estos jóvenes ya no se sentían tentados a dar la vida por el Estado, como sí lo habían hecho sus progenitores durante la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Corea, lo que, sin duda, evidenciaba un elevado nivel de desestatización.

En Europa se asistió a una radicalización del movimiento, bajo la influencia del romanticismo revolucionario del Che Guevara y de la fe doctrinaria en el comunismo de Mao. Estas expresiones de rebeldía localizadas eran, en el fondo, desarrollos globales que se producían en *clave local*, pero, como bien ha documentado Marcello Flores,

[...] fue en París, *en mayo, que el 68 se convirtió en el sesenta y ocho*. Sin el mayo de París [...], el movimiento no habría alcanzado la fugaz forma de una revolución, el poder no se habría sentido amenazado y debilitado, los jóvenes no habrían madurado la conciencia de poder cambiar la sociedad, entrelazando la rabia contra el presente con la esperanza de hipotecar el futuro. (Flores, 2002, p. 421, cursivas nuestras)

Pero el 68 no solamente revela la importancia de la sincronicidad, también fue un año que comportó otra cualidad de tipo diacrónico: acontecimientos ocu-

rridos en años anteriores y posteriores sólo adquirieron significación y pueden entenderse en toda su cabalidad cuando se entrelazan con situaciones que alcanzaron su máximo paroxismo durante estas 52 semanas. Por ello, no pueden suscitar más que estupefacción las palabras de Eric Hobsbawm, historiador que nos despierta el mayor de los respetos, cuando escribe que “1968 no fue el fin ni el principio de nada, sino sólo un signo” (Hobsbawm, 1997, p. 288):

[...] lo que realmente ha transformado el mundo occidental es la revolución cultural de los sesenta. El año 1968 quizá no sea un punto de inflexión en la historia del siglo XX tan decisivo como 1965, que no tuvo ninguna importancia política, pero que fue el año en el que la industria francesa del vestido produjo por primera vez más pantalones de mujer que faldas, y en el que el número de seminaristas católicos empezó visiblemente a disminuir [...] Cabría afirmar que el índice verdaderamente significativo de la historia de la segunda mitad del siglo XX no es la ideología ni el movimiento estudiantil, sino el auge de los pantalones vaqueros. (Hobsbawm, 2003, p. 244)

Evidentemente, ningún intervalo de tiempo, por pequeño o amplio que sea, puede concentrar todo el significado que comporta una época. En ello concordamos con Hobsbawm. Pero si los pantalones de mujer y el número de seminaristas terminaron siendo asuntos importantes, a la postre, ello fue significativo porque durante 1968 se intensificaron los movimientos y las acciones conducentes a una mayor igualdad de género, sexo, raza, etnia, etc., y porque la acentuación de los procesos de individuación espoleó formas no institucionales de religiosidad y espiritualidad. De no haber sido así, estas situaciones hubieran permanecido como pequeños cambios sueltos, como expresiones de ciertas tendencias, sin mayores vínculos con transformaciones de mayor calado, que apuntaban a inéditas formas de organización social. La importancia del año-acontecimiento de 1968 radica precisamente en que les confirió un sentido genérico a todas estas manifestaciones, anteriores y posteriores, de la misma manera como el mayo parisino convirtió las variadas “revueltas” juveniles en una “revolución global”.

Como bien reconoce el mencionado autor, esas palabras fueron escritas por un historiador que nunca ha vestido “unos vaqueros” y que difícilmente pudo comprender estos sucesos desde “dentro”, desde sus significados últimos. Es que el cabello largo y la minifalda no eran simples modas, eran formas de acercarse a nuevos tipos de individualidad, principal emblema de una juventud rebelde. Como señala Gauchet (2003, p. 52): “La minifalda no era simplemente un fenómeno de moda, era un fenómeno de la sociedad que portaba una estética de la existencia y participaba de la crítica de un mundo burgués polvoriento, mezquino, represivo”.

Al no ser éste un escrito sobre el 68, podríamos no sentirnos obligados a ofrecer una somera evaluación sobre su significado. Pero bien vale la pena de-

dicarle un par de reglones. Mucho se ha hablado sobre su “fracaso”, pero no podemos menos que concordar con aquellos que han sostenido que ha hecho más decente la vida de millones de personas. Gitlin recuerda que las revueltas se tradujeron en nuevas posiciones políticas, muchas de las cuales mantienen todavía gran parte de su validez: la idea de una política de la diferencia (de raza, género, nación, sexualidad), sin que implicara una anulación de las diferencias; la idea de un mundo único y de los límites que se deben fijar al incontrolado poder humano. Aunque se les combata, y aunque en ocasiones se requiera de una política mucho más práctica, las principales ideas forjadas por estos movimientos han delineado una visión política que aún pervive. “Una especie de movimiento fantasma permanece en vida” (Gitlin, 1987, pp. 435-436).

El 68 también promocionó a una generación que ha sabido adaptarse mejor a las constantes que ha impuesto la globalización. En razón de esta incipiente globalidad, no fue extraño, por tanto, que muchos “graduados” del 68 no experimentaran mayores sobresaltos para acomodarse subsiguientemente a las nuevas formas de globalismo. Unos, asumiendo posiciones intrasistémicas, como Robin Cook, antiguo ministro de Exteriores del gobierno de Tony Blair, que dimitió a su cargo por discrepancias en torno a la posición británica frente a la invasión a Irak; Javier Solana, antiguo combatiente contra la instalación de bases norteamericanas en suelo español, que llegó a ocupar los cargos de secretario general de la OTAN y de alto representante de la Unión Europea, y el más emblemático de todos, Daniel Cohn-Bendit, el afamado “Dany el Rojo”, principal ícono del mayo francés, y que hoy es un connotado líder francoalemán del Partido Verde, y otros, “graduados del 68, desde China, India hasta México, están en diferentes partes, manteniendo vivas las posibilidades de alternativas al aparentemente victorioso capitalismo” (Dirlik, 2003, p. 317).

A más largo plazo, también contribuyó a debilitar los pactos sociales en los cuales se sustentaban el fordismo, el socialismo en su versión soviética y el desarrollismo, y, de esa manera, abrió el camino para el desarrollo de nuevos esquemas de modernización. También entrañó un primer síntoma de recusación de los omnipotententes Estados nacionales.

Pero lo que en realidad el 68 simboliza, y en ello radica su gran significado histórico en su calidad de parteaguas de nuestro presente histórico, es que en él comenzó a surgir una, por cierto, todavía frágil identidad colectiva, la cual apuntaba hacia un *cosmopolitismo planetario ético-existencial*, más que político e histórico. Para que este cosmopolitismo pudiera comenzar a derivar en una expresión más política e histórica fue menester esperar a que otros acontecimientos posteriores permitieran su realización en la práctica histórica. Es en este punto donde se encadenan el 68 y el 89.

BIBLIOGRAFÍA

- ABU-LUGHOD, Janet L., 1989, *Before European Hegemony. The World-System A.D. 1250-1350*, Nueva York, Oxford University Press.
- AGACINSKI, Sylviane, 2000, *Le passeur de temps. Modernité et nostalgie*, París, Seuil.
- AGUIRRE, Carlos Antonio, 2000, *Braudel y las ciencias sociales*, Madrid, Editorial Fundamentos.
- AGUIRRE, Carlos Antonio, 2004, *La historiografía en el siglo XX. Historias e historiadores entre 1848 y ¿2025?*, Madrid, Montesinos.
- ANDERSON, Benedict, 1993, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ANDERSON, T. H., 1995, *The Movement and the Sixties*, Nueva York, Oxford University Press.
- ARENDT, Hannah, 1997, *Les origines du totalitarisme. L'impérialisme*, París, Fayad.
- AROSTEGUI, Julio, 2001, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica.
- ARRIGHI, Giovanni, 1999, *Movimientos antisistémicos*, Madrid, Akal.
- ARRIGHI, Giovanni, 2000, *El largo siglo XX*, Madrid, Akal.
- ASSAYAG, Jackie, 2005, *La mondialisation vue d'ailleurs. L'Inde désorientée*, París, Seuil.
- AUGÉ, Marc, 2001, *Ficciones de fin de siglo*, Barcelona, Gedisa.
- BAIROCH, Paul, 1997, *Victoires et déboires. Histoire économique et sociale du monde du XVIe siècle à nos jours*, París, Gallimard.
- BAIROCH, Paul, 1999, *Mythes et paradoxes de l'histoire économique*, París, La Découverte.
- BALANDIER, Georges, 1985, *Le détour, pouvoir et modernité*, París, Fayard.

- BALLANTYNE, Tony, 2002, "Empire, Knowledge and Culture: From Proto-globalization to Modern Globalization", en HOPKINS, A. G., editor, *Globalization in World History*, Nueva York, Norton.
- BARRACLOUGH, Geoffrey, 1981, *Historia. Principales tendencias de investigación en ciencias sociales y humanas*, tomo II, Madrid, Tecnos.
- BARRACLOUGH, Geoffrey, 2005, *Guida alla storia contemporanea*, Bari, Laterza.
- BECK, Ulrich, 2002, *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*, Barcelona, Paidós.
- BECK, Ulrich, 2005, *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*, Barcelona, Paidós.
- BECK, Ulrich y GRANDE, Edgar, 2006, *La Europa cosmopolita. Sociedad y política en la segunda modernidad*, Barcelona, Paidós.
- BEDARIDA, François, 2001, "Le temps présent et l'historiographie contemporaine", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, volumen 69.
- BENTLEY, Jerry H, 2006, "Globalizing History and Historizing Globalization", en GILLS, Barry K. y THOMPSON, William R., editores, *Globalization and Global History*, Nueva York, Routledge.
- BERG, Manfred, 2003, "The Revival of Holocaust Awareness in West Germany, Israel and the United States", en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- BERGER, Suzane, 2003, *Notre première mondialisation. Leçons d'un échec oublié*, París, Seuil.
- BERNKORF, Nancy 2003, "China under Siege: Escaping The Dangers of 1968", en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- BLOCH, Marc, 1974, *Apologie pour l'histoire*, París, Armand Collin.
- BONNAUD, Robert, 2000, *Tournants et périodes*, París, Kimé.
- BOUTIER, Jean, 2004, "Fernand Braudel, el historiador del acontecimiento", *Historia Crítica* No. 27, enero-junio.
- BRAUDEL, Fernand, 1969, *Ecrits sur l'histoire*, París, Flammarion.
- BRAUDEL, Fernand, 1979, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme. XV-XVIIIème*, tres tomos, París, Armand Colin.

- BRAUDEL, Fernand, 1991, *Escritos sobre la historia*, Madrid, Alianza.
- BRAUDEL, Fernand, 1997, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, dos volúmenes, México, Fondo de Cultura Económica.
- BRAUDEL, Fernand, 2002, *Historia y ciencias sociales*, Madrid, Alianza.
- BRENNER, Robert, 1999, *Turbulencias en la economía mundial*, Santiago, Lom.
- BRIGHT, Charles y GEYER, Michael, 1987, "For a Unified History and the World on the Twentieth Century", *Radical History Review* No. 39.
- BRINKLEY Alan, 2003, "1968 and the Unraveling of Liberal American", en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- BURGUIÈRE, André, 2006, *L'école des Annales. Une histoire intellectuelle*, París, Odile Jacob.
- BURKE, Peter, 1996, *La revolución historiográfica francesa: la escuela de los Annales, 1929-1984*, Barcelona, Gedisa.
- BUULTJENS, Ralph, 1993, "Global History and the Third World", en MAZLISH, Bruce y BUULTJENS, Ralph, *Conceptualizing Global History*, Boulder Colorado, Westview Press.
- CHAKRABARTY, Dipesh, 2000, *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press.
- CHARTIER, Roger, 2007, *La historia o la lectura del tiempo*, Barcelona, Gedisa.
- CHESNEAUX, Jean, 1996, *Habiter le temps*, París, Bayard.
- CHRISTIAN David, 2005, *Mapas del tiempo. Introducción a la "gran historia"*, Barcelona, Crítica.
- CLARK, Ian, 1997, *Globalization and Fragmentation, International Relations in the Twentieth Century*, Nueva York, Oxford University Press.
- COHEN, Daniel, 2001, *Nuestros tiempos modernos*, Barcelona, Tusquets.
- CORTI, Paola, 2007, *Storia delle migrazione internazionali*, Bari, Laterza.
- COURTOIS, Christian, 2000, editor, *Le livre noir du communisme*, París, Robbert, Laffont.

- CROZET, Yves, 1998, “Mondialisation de l'économie et renouvellement du concept économique de nation”, *Études Internationales*, vol. XXIX, No. 2, Montreal, junio.
- DE CERTEAU, Michel, 1975, *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard.
- DIAMOND, Jared, 2006, *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*, Bogotá, Debate.
- DIRLIK, Arif, 2003, “The Third World in 1968”, en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- DOSSE, François, 1987, *L'histoire en miettes. Des Annales à la “nouvelle histoire”*, París, La Découverte.
- DOSSE, François, 2000, *L'histoire*, París, Armand Collins.
- DREYFUS-ARMAND, Geneviève, 2000, *Les années 68. Le temps de la contestation*, Bruselas, Éditions Complexes, Institut d'histoire du temps présent y CNRS.
- DUBY, George y LARDREAU, Guy, 1980, *Dialogues*, París, Flammarion.
- EISLER, Jerzy, 2003, “March 1968 in Poland”, en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER Detlef, editores, *1968. The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- ELIAS, Norbert, 1997, *Sobre el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- FAZIO Vengoa, Hugo, 2000, “La caída del Muro: el acontecimiento de final de siglo”, en FAZIO Vengoa, Hugo y RAMÍREZ, William, *10 años de la caída del Muro. Visiones desde Europa y América Latina*, Bogotá, IEPRI, Departamento de Historia de la Universidad de los Andes, Fescol y Tercer Mundo.
- FAZIO Vengoa, Hugo, 2001, *La globalización en su historia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- FAZIO Vengoa, Hugo, 2002, *El mundo después del 11 de septiembre*, Bogotá, IEPRI y Alfaomega.
- FAZIO Vengoa, Hugo, 2004, *El mundo en los inicios del siglo XXI: ¿hacia una formación social global?*, Bogotá, CESO-Uniandes.
- FAZIO Vengoa, Hugo, 2006, “Globalización y relaciones internacionales en el entramado de un naciente tiempo global”, *Análisis Político* No. 53, enero-abril de 2006.

- FAZIO Vengoa, Hugo, 2006a, “La historia global: ¿encrucijada de la contemporaneidad?”, *Revista de Estudios Sociales* No. 23.
- FAZIO Vengoa, Hugo, 2007, *Cambio de paradigma: de la globalización a la historia global*, Bogotá, Uniandes.
- FAZIO Vengoa, Hugo, 2007a, *El mundo y la globalización en la época de la historia global*, Bogotá, IEPRI y Siglo del Hombre Editores.
- FAZIO Vengoa, Hugo, editor, 1997, *La Gran Europa*, Bogotá, IEPRI y Ecoe Editores.
- FEATHERSTONE, Mike y LASH, Scott, 1997, “Globalization, Modernity and the Spatialization of Social Theory”, en FEATHERSTONE, Mike, LASH, Scott y ROBERTSON, Roland, Editores, *Global Modernities*, Londres, Sage.
- FEBVRE, Lucien, 1975, *Combates por la historia*, Madrid, Ariel.
- FEBVRE, Lucien, 2001, *Europa: génesis de una civilización*, Barcelona, Crítica.
- FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe, 1992, *Colón*, Barcelona, Crítica.
- FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe, 1995, *Millenium*, Barcelona, Planeta.
- FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe, 2004, *Historia de la comida. Alimentos, cocina y civilización*, Barcelona, Tusquets.
- FERRER, Aldo, 1998, *Historia de la globalización. Orígenes del orden económico global*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- FERRER, Aldo, 2000, *Historia de la globalización II. La revolución industrial y el segundo orden mundial*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- FERRO, Marc, 2000, *La colonización. Una historia global*, México, Siglo XXI Editores.
- FERRO, Marc, 2003, *Le livre noir du colonialisme XVIe-XXIe siècle: de l'extermination à la repentance*, París, Robert Laffont.
- FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, 2003, “Introduction”, en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- FLORES, Marcello, 2002, *Il secolo mondo. Storia del noventa*, Bolonia, Il Mulino.
- FONTANA, Josep, 2001, *La historia de los hombres*, Barcelona, Crítica.

- FORMIGONI, Guido, 2000, *Storia Della politica internazionale nell'età contemporanea*, Bologna, Il Mulino.
- FURET François, 1995, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, París, Robert Laffont/Calmann Lévy.
- GALASSO, Giuseppe, 2000, *Nientr'altro che storia. Saggi di teoria e metodologia della storia*, Bologna, Il Mulino.
- GALGANO, Francesco, 2005, *La globalizzazione nello specchio del diritto*, Bologna, Il Mulino.
- GARCÍA Canclini, Néstor, 1999, *La globalización imaginada*, Barcelona, Paidós.
- GARTON ASH, Timothy, 2000, *Historia del presente. Ensayos, retratos y crónicas de la Europa de los 90*, Barcelona, Tusquets.
- GAUCHET, Marcel, 2003, *La condition historique*, París, Gallimard.
- GEERTZ, Clifford, 1999, *Mondo globale, mondi locali. Cultura e politica alla fine del ventesimo secolo*, Bologna, Il Mulino.
- GELLNER, Ernest, 1988, *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza.
- GEYER, Michael y BRIGHT, Charles, 1995, "World History in a Global Age", *American Historical Review*, octubre.
- GIDDENS, Anthony, 1999, *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.
- GIDDENS, Anthony, 2000, *El mundo desbocado*, Barcelona, Taurus.
- GILCHER-HOLTEY, Ingrid, 2000, "La contribution des intellectuels de la Nouvelle Gauche à la définition du sens de mai 68), en DREYFUS-ARMAND, Geneviève, *Les années 68. Le temps de la contestation*, Bruselas, Éditions Complexes, Institut d'histoire du temps présent y CNRS.
- GILCHER-HOLTEY, Ingrid, 2003, "May 1968 in France: The Rise and Fall of a New Social Movement", en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968. The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- GILLS, Barry K. y THOMPSON, William R., 2006, "Globalizations, Global Histories and Historical Globalities", en GILLS, Barry K. y THOMPSON, William R., editores, *Globalization and Global History*, Nueva York, Routledge.
- GIOVAGNOLI, Agostino, 2005, *Storia e globalizzazione*, Bari, Laterza.

- GITLIN, Tod, 1987, *The Sixties. Years of Hope Days of Rage*, Nueva York, Bantam Books.
- GOUGEON, Jacques-Pierre, 1993, *L'économie allemande*, París, Marabout.
- GRATALOUP, Christian, 2007, *Géohistoire de la mondialisation. Le temps long du Monde*, París, Armand Colin.
- GRUZINSKI, Serge, 2004, *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*, París, Editions La Martinière.
- GUERREAU Alain, 2001, *L'avenir d'un passé incertain. Quelle histoire du Moyen Age au XXe siècle?*, París, Seuil.
- HABERMAS, Jürgen, 2006, *El Occidente escindido*, Madrid, Trotta.
- HANNERZ, Ulf, 1998, *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, Valencia, Cátedra.
- HARTOG, François, 1998, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas de Fustel de Coulanges*, París, PUF.
- HARTOG, François, 2003, *Régimes d'historicité. Presentisme et expériences du temps*, París, Seuil.
- HARTOG, François, 2005, *Évidence de l'histoire*, París, Gallimard.
- HARVEY, David, 1998, *La condición de la posmodernidad. Investigaciones sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu.
- HARVEY, David, 2004, *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal.
- HELLER, Agnes, 1989, *Teoría de la historia*, México, Fontamara.
- HERAS, Laura Leticia, 1999, "La política y el tiempo histórico", *Convergencias. Revista de Ciencias Sociales*, México, Año 6, No. 18, enero-abril.
- HERRING, George C., 2003, "Tet and the Crisis of Hegemony", en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- HILWIG, Stuart, 2003, "The Revolt against the Establishment: Student versus the Press in West Germany and Italy", en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press, German Historical Institute.
- HOBBSAWM, Eric, 1990, *La era del imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor.
- HOBBSAWM, Eric, 1991, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica.

- HOBBSAWM, Eric, 1997, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- HOBBSAWM, Eric, 1998, *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica.
- HOBBSAWM, Eric, 1999, *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona, Crítica.
- HOBBSAWM, Eric, 2001, *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica.
- HOBBSAWM, Eric, 2003, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- HOBBSAWM, Eric, 2007, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica.
- HOBBSAWM, Eric y RANGER, Terence, 2002, *La invención de la tradición*, Editores, Barcelona, Crítica.
- HOBSON, John M., 2006, *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*, Barcelona, Crítica.
- HOPKINS, A. G., 2002, “The History of Globalization –and the Globalization of History?”, en HOPKINS, A. G. *Globalization in World History*, Nueva York, Norton & Company.
- HORN, Gerd-Reiner, 2003, “The Changing Nature of the European Working Class: The Rise and Fall of the ‘New Working Class’ (France, Italy, Spain, Czechoslovakia)”, en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- HOWARD, Michael y LOUIS, Roger W, 2000, editores, *Historia Oxford del siglo XX*, Barcelona, Planeta.
- HUIZINGA, Johan, 1967, *Per una definizione del concetto di storia ed altri saggi*, Bari, Laterza.
- HUYSEN, Andreas, 2002, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, Fondo de Cultura Económica.
- IANNI, Octavio, 1996, *Teorías de la globalización*, México, Siglo XXI.
- IGGERS, George, 1998, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales: una visión panorámica y crítica del debate internacional*, Barcelona, Idea Books.
- IKENBERRY G., John, 2003, “Illusion of Empire: Defining the New American Order”, *Foreign Affairs*, diciembre.
- INSTITUT D’HISTOIRE DU TEMPS PRÉSENT, 1993, *Écrire l’histoire du temps présent*, París, Éditions du CNRS.

- JAMESON, Frederic, 2000, "Globalización y estrategia política", *New Left Review* No. 5, noviembre/diciembre, Madrid.
- JARAUSH, Konrad H., 2003, "1968 and 1989: Caesuras, Comparisons and Connections", en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- JEANNENEY, Jean-Noël, 2001, *L'Histoire va-t-elle plus vite? Variations sur un vertige*, París, Gallimard.
- JUDT, Tony, 2006, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Barcelona, Taurus.
- KALDOR, Mary, 2004, *La sociedad civil global*, Barcelona, Tusquets.
- KERN, Stephen, 1995, *Il tempo e lo spazio. La percezione del mondo tra Otto e Novecento*, Bolonia, Il Mulino.
- KOSELLECK, Reinhart, 1993, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós.
- KOSELLECK, Reinhart, 1997, *L'expérience de l'histoire*, París, Gallimard, Seuil.
- KOSELLECK, Reinhart, 2001, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós.
- KOSELLECK, Reinhart, 2004, *historia/Historia*, Madrid, Trotta.
- KOSSOK, Manfred, 1993, "From Universal to Global History", en MAZLISH, Bruce y BUULTKENS, Ralph, editores, *Conceptualizing Global History*, Boulder, Westview Press.
- KRAMER, Mark, 2003, "The Czechoslovak Crisis and the Brezhnev Doctrine", en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- KUMAR, Krishan, 2000, *Le nuove teorie del mondo contemporaneo. Della società post-industriale a la società post-moderna*, Turín, Einaudi.
- KUNZ, Diane, 2003, "The American Economic Consequences of 1968", en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press, German Historical Institute.
- KURLANSKY, Mark, 2004, *1968. El año que conmocionó el mundo*, Barcelona, Ediciones Destino.

- LACOUTURE, Jean, 1988, “L’histoire immédiate”, en LE GOFF, Jacques, editor, *La nouvelle histoire*, Bruselas, Complexe.
- LAÏDI, Zaki, 1997, *Un mundo sin sentido*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LAÏDI, Zaki, 1998, *Malaise dans la mondialisation*, París, Editions Textuel.
- LAÏDI, Zaki, 2000, *Le sacre du présent*, París, Flammarion.
- LAÏDI, Zaki, 2004, *La grande perturbation*, París, Flammarion.
- LANDES, David, 1999, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Barcelona, Crítica.
- LATOUCHE, Serge, 2005, *L’occidentalisation du monde*, París, La Découverte.
- LÉCLERC, Gérard, 2000, *La mondialisation culturelle. Les civilisations à l’épreuve*, París, PUF.
- LEDUC, Jean, 1999. *Les historiens et le temps. Conceptions, problématiques, écritures*, París, Seuil.
- LE GOFF, Jacques, 1988, “La nouvelle histoire”, en LE GOFF, Jacques, editor, *La nouvelle histoire*, Bruselas, Éditions Complexe.
- LE GOFF, Jacques, 1995, *Pensar la historia*, Madrid, Altaya.
- LE GOFF, Jacques, 2004, *L’Europe est-elle née au Moyen Age?*, París, Seuil.
- LEGGEWIE, Claus, 2003, “A Laboratory of Postindustrial society: Reassessing the 1960 in Germany”, en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- LÉVI, Jean, 1997, “Teoría de la evolución y verdad histórica en la China de los Reinos Combatientes (siglos V-III a.C)”, en GADOFFRE, Gilbert, *Certidumbres e incertidumbres de la historia*, Bogotá, Norma y Editorial Universidad Nacional.
- LÉVI-STRAUSS, Claude, 1952, *Race et histoire*, París, UNESCO.
- LOPEZ, Roberto S., 2004, *Nascita dell’Europa*, Milán, Il Saggiatore.
- LORAUX, Nicole, 1980, “Thucydide n’est pas un collègue”, *Quaderni di Storia*, v. XII.
- LUKE, Timothy, 1997, “Global System, Globalization and the Parameters of Modernity”, en FEATHERSTONE, Mike, LASH, Scott y ROBERTSON, Roland, editores, *Global Modernities*, Londres, Sage.

- MALECK-LEWY, Eva y MALECK Berhard, 2003, "The Women's Movement in East and West Germany", en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- MARRAMAO, Giacomo, 2006, *Pasaje a Occidente. Filosofía y globalización*, Buenos Aires, Katz.
- MARROU, Henri-Irénée, 1954, *De la connaissance historique*, París, Seuil,
- MARX, Karl y ENGELS, Frederick, 1976, *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso.
- MAZLISH, Bruce, 1993, "Global History in a Postmodernist Era?", en MAZLISH, Bruce y BUULTJENS, Ralph, *Conceptualizing Global History*, Boulder, Westview Press.
- MIGNOLO, Walter, 2003, *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid, Akal.
- MINC, Alain, 1993, *La vendetta delle nazioni. La rinascita dei nazionalismi*, Milán, Sperling & Kupfer.
- MINC, Alain, 1993a, *Le Nouveau Moyen-âge*, París, Gallimard.
- MORADIELLOS, Enrique, 2001, *Las caras de Clío. Una introducción a la historia*, Madrid, Siglo XXI.
- NECLASSA, A. I., editor, 2000, *Globalnoie soobshetvo: novaya sistema koordinat* (La comunidad global: nuevo sistema de coordinación), San Petersburgo, Aleteia.
- NEDERVEN PIETERSEN, Jan, 1997, "Globalization as Hybridization", FEATHERSTONE, Mike, LASH, Scott y ROBERTSON, Roland, editores, *Global Modernities*, Londres, Sage.
- NIEDHART, Gottfried, 2003, "Ostpolitik: The Role of the Federal Republic of Germany in the Process of Détente", en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- NOIRIEL, Gérard, 1997, *Sobre la crisis de la historia*, Valencia, Frónesis, Cátedra y Universitat de València.
- NOIRIEL, Gérard, 1998, *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?*, París, Hachette.
- NOLTE, Ernst, 1995, *Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación histórica del siglo XX*, Barcelona, Ariel.

- NORA, Pierre, 1977, “Le retour de l'événement”, en LE GOFF, Jacques y NORA, Pierre, editores, *Faire l'histoire*, París, Gallimard, tomo 1.
- NORA, Pierre, 1993, “De histoire contemporaine au présent historique”, en INSTITUT D'HISTOIRE DU TEMPS PRÉSENT, *Écrire l'histoire du temps présent*, París, CNRS.
- O'BRIEN, Robert y WILLIAM, Marc, 2004, *Global Political Economy. Evolution and Dynamics*, Nueva York, MacMillan.
- O'ROURKE, Kevin H. y WILLIAMSON, Jeffrey G., 2000, *Globalization and History*, Cambridge, Mit Press.
- ORTIZ, Renato, 2003, *Lo próximo y lo distante. Japón y la modernidad mundo*, Buenos Aires, Interzona.
- ORTIZ, Renato, 2004, *Mundialización y cultura*, Bogotá, Convenio Andrés Bello.
- ORTIZ, Renato, 2005, *Mundialización: saberes y creencias*, Barcelona, Gedisa.
- OSTERHAMMEL, Jürgen y PETERSSON, Niels P., 2005, *Storia della globalizzazione*, Bologna, Il Mulino.
- PALLARES-BURKE, María Lucía, 2005, *La nueva historia. Nueve entrevistas*, Valencia, Universitat de València y Universidad de Granada,
- PEEMANS, Jean-Philippe, 1996, “Globalización y desarrollo: algunas perspectivas, reflexiones y preguntas”, en VARIOS AUTORES, *El nuevo orden global. Dimensiones y perspectivas*, Bogotá, Facultad de Derecho de la Universidad Nacional y Universidad Católica de Lovaina.
- POMBENI, Paolo, editor, 2006, *Introduzione alla storia contemporanea*, Bolonia, Il Mulino.
- POMIAN, Krzysztof, 1984, *L'ordre du temps*, París, Gallimard.
- PROCACCI, Giuliano, 2001, *Historia general del siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- REVEL, Jacques, 1999, *Fernand Braudel et l'histoire*, París, Hachette.
- RICHARD, Drayton, 2002, “The Collaboration of Labor: Slaves, Empires and Globalization in the Atlantic World, ca 1600-1850”, en HOPKINS, A. G., *Globalization in World History*, Nueva York, Norton & Company.
- RICÉUR, Paul, 2002, *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- RILKE, Rainer María, 1985, *El testamento*, Madrid, Alianza.
- ROBERTSON, Robbie, 2005, *3 olas de globalización. Hacia una conciencia global*, Madrid, Alianza.

- ROBERTSON, Roland, 1992, *Globalization: Social Theory and Global Culture*, Londres, Sage.
- ROBERTSON, Roland, 1997, "Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity", en FEATHERSTONE, Mike, LASH, Scout y ROBERTSON, Roland, editores, *Global Modernities*, Londres, Sage.
- ROUSSO, Henry, 1998, *La hantise du passé*, París, Textuel.
- ROSS, Kristin, 2002, *May'68 and its Afterlives*, Chicago, The University of Chicago Press.
- SAID, Edward, 2004, *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo.
- SCHÄFER, Wolf, 1993, "Global History: Historiographical Feasibility and Environmental Reality", en MAZLISH, Bruce y BUULTKENS, Ralph, editores, *Conceptualizing Global History*, Boulder, Westview Press.
- SEN, Amartya, 2006, *El valor de la democracia*, Madrid, El Viejo Topo.
- SILVA, Renán, 2007, *A la sombra de Clío*, Medellín, La Carreta.
- SINGER, Daniel, 2002, *Prelude to Revolution. France in May 1968*, Cambridge, South End Press.
- SKIDELSKY, Roberto, 1999, "El crecimiento de una economía mundial", en HOWARD, Michael y LOUIS, Roger W. editores, *Historia Oxford del siglo XX*, Barcelona, Planeta.
- SOMMERS, Margaret R., 1995, "Where is Sociology after the Historic Turn? Knowledge Cultures, Narrativity and Historical Epistemologies", en MCDONALD, Terrence J., editor, *The Historic Turn in the Human Sciences*, Michigan, The University of Michigan Press.
- SOYINKA, Wole, 2004, "La globalizzazione guardata di traverse", en ZUPI, Marco, editor, *Sotto sopra. La globalizzazione vista dal Sud del mondo*, Bari, Laterza.
- SPYBEY, Tony, 1997, *Globalizzazione e società mondiale*, Trieste, Asterios.
- STONE, Lawrence, 1979, "The Revival of Narrative. Reflections on a new Old History", *Past and Present*, No. 85.
- THERBORN, Göran, 1999, *Europa hacia el siglo XXI*, México, Siglo XXI.
- THOMPSON, John, 1998, *Los media y la modernidad*, Barcelona, Paidós.
- TODOROV, Tzvetan, 2003, *El nuevo desorden mundial*, Barcelona, Península.
- TOURAINÉ, Alain, 1969, *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, París, Maspero.

- TOURAINÉ, Alain, 2006, *Un nuevo paradigma. Para comprender el mundo de hoy*, Buenos Aires, Paidós.
- VATTIMO, Gianni, 1986, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura contemporánea*, Barcelona, Gedisa.
- VIVARELLI, Roberto, 2005, *I caratteri dell'età contemporanea*, Bolonia, Il Mulino.
- VOLPI, Jorge, 2006, *La imaginación al poder. Una historia intelectual de 1968*, México, Era.
- WALLERSTEIN, Immanuel, 1998, *El moderno sistema mundial*, México, Siglo XXI.
- WALLERSTEIN, Immanuel, 2001, *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI.
- WALLERSTEIN, Immanuel, 2005, *Las incertidumbres del saber*, Barcelona, Gedisa.
- WESTAD Odd, Arne, 2005, *The Global Cold War. Third World Interventions and the Making of Our Times*, Washington, Cambridge, Cambridge University Press.
- WHITROW, G. J., 1990, *El tiempo en la historia*, Barcelona, Crítica.
- WITTNER, Lawrence S., 2003, "The Nuclear Threat Ignored: How and Why the Campaign Against The Bomb Disintegrated in the Late 1960s", en FINK, Carole, GASSERT, Philipp y JUNKER, Detlef, editores, *1968 The World Transformed*, Washington, Cambridge University Press y German Historical Institute.
- ZARIFIAN, Philippe, 2001, *Temps et modernité. Le temps comme enjeu du monde moderne*, París, L'Harmattan.
- ZARIFIAN, Philippe, 2004, *L'échelle du monde. Globalisation, altermondialisme, mondialité*, París, La Dispute/Snédit.
- ZUPI, Marco, editor, 2004, *Sotto sopra. La globalizzazione vista dal Sud del mondo*, Bari, Laterza.

Este libro se terminó de imprimir
en agosto de 2008,
en la planta industrial de Legis S.A.
Av. Calle 26 N. 82-70 Teléfono: 4 25 52 55
Apartado Aéreo 98888
Bogotá, D.C. - Colombia

